

JAMES DELARGY

55

Ha habido 54 víctimas antes que esta.
¿Quién será la número 55?

Lectulandia

Mi nombre es Gabriel. Un hombre llamado Heath intentó matarme. Él quiere que yo sea el número 55.

Mi nombre es Heath. Un hombre llamado Gabriel intentó matarme. Él quiere que yo sea el número 55.

¿Quién está mintiendo?

Gardner's Hill es una ciudad remota y tranquila situada en la Australia Occidental. Allí vive el sargento de policía Chandler Jenkins, quien se enorgullece de dirigir la pequeña y tranquila comisaría de policía local.

Todo esto cambia el día en el que un hombre herido llega a la comisaría. El extraño está cubierto de sangre seca. Su nombre es Gabriel, y le cuenta a Chandler lo que recuerda. Cuenta que le drogaron y condujeron a una cabaña en las montañas y que allí lo ataron con cadenas de hierro. El hombre que le hizo esto se llamaba Heath, y le dijo a Gabriel que él iba a ser el número 55, su 55.^a víctima.

HEATH ES UN ASESINO EN SERIE.

Mientras se inicia la investigación, un hombre que dice llamarse Heath entra en la comisaría y le cuenta a Chandler lo que recuerda: que le drogaron y condujeron a una cabaña en las montañas y que allí lo ataron con cadenas de hierro. El hombre que le hizo esto se llamaba Gabriel, y le dijo a Heath que iba a ser el número 55, su 55.^a víctima.

GABRIEL ES UN ASESINO EN SERIE.

DOS SOSPECHOSOS. DOS HISTORIAS IDÉNTICAS. ¿CUÁL SERÁ LA VERDADERA?

James Delargy

55

ePub r1.0

numpi 16.03.2020

Título original: 55
James Delargy, 2019
Traducción: Ana Herrera

Editor digital: numpi
ePub base r2.1



Para aquellos que nunca tuvieron una oportunidad

I

*L*e ardían los pulmones como si no respirara oxígeno, sino aquel polvo rojo asfixiante que se levantaba con cada paso. Unos pasos que no le llevaban a ninguna parte. Porque ahí estaba: en ninguna parte. Era lo único que sabía. En medio de la nada. Y, aun así, el mundo se abalanzaba sobre él, las ramas bajas se estiraban hacia él y parecían atraerlo hacia ellas. Querían quedárselo para siempre.

Casi habían podido con él, pero consiguió escapar. Y ahora corría con toda su alma, como si le fuera la vida en ello. Una frase hecha que jamás había imaginado que pudiera ser tan real. Pero no le parecía que hubiese salvado la vida. En absoluto. El miedo. Se concentraba en cada paso que daba, en cada piedra con la que tropezaba, en cada zigzaguo entre los árboles. Como un animal, era puro instinto de supervivencia. Las cosas solo eran peligrosas o seguras.

Los rayos de aquel sol implacable se filtraban entre los árboles, abrasando la tierra allí donde entraban en contacto con ella y sembrando de motas de luz el suelo desnudo, pero sin ofrecer ningún camino hacia la libertad. Solo había árboles, piedras, más árboles y más piedras... No sabía hacia dónde iba. No sabía si se dirigía hacia la civilización o si, por el contrario, se internaba más y más en una zona despoblada.

Al rodear otra roca requemada por el sol, notó que se le agarrotaban las pantorrillas, como si todavía llevase aquellos grilletes. Ese metal frío y oxidado que había pensado que lo mantendría encadenado hasta que ese psicópata decidiera matarlo. No podía parar. A pesar del dolor, de la fatiga y de la falta de aire en los pulmones, no podía parar.

Porque parar era morir.

Vio un claro entre los árboles, un poco más adelante. Esperaba que fuera el fin del infierno, un lugar donde encontrar una carretera, una granja, un camino de tierra..., cualquier cosa que indicase que estaba en el mundo real. Se esforzó para inhalar más aire y corrió hacia la luz. Al adelantar un pie,

chocó con una piedra que seguramente llevaba allí siglos sin que nadie la molestara. Perdió el equilibrio. Agitó un brazo, pero no encontró nada más que aire. Su hombro chocó con el tronco de un árbol, que se estremeció pero se mantuvo firme. Él mismo siguió en pie, aunque no supo cómo.

Se acabaron los árboles. La resplandeciente luz del sol le cegó. Pero sus esperanzas de dar con un lugar civilizado se esfumaron al instante. Lo que tenía delante era solo un pequeño claro, con cinco o seis parches de tierra distintos y con unas protuberancias rectangulares que parecían... tumbas. Si no se levantaba enseguida, él mismo acabaría en una de ellas. Lo sabía.

Se incorporó. Le dolía todo el cuerpo. El sudor empapaba su ropa. Rodeó el cementerio sin apartar la mirada de aquel lugar y entró en una zona dominada por más árboles y piedras. Le pareció que caminaba en círculos.

El terreno volvía a ascender. Le dolían las piernas y los pulmones por el esfuerzo. En la distancia, el débil resplandor azulado de un cielo sin nubes señalaba la cima de una colina. Desde allí arriba podría orientarse.

Se distrajo y no vio la raíz del árbol que sobresalía del suelo. Cayó de bruces y chocó contra el duro suelo y levantó un montón de polvo. Ahogó un grito de dolor para no revelar su posición. Sin embargo, su gruñido resonó como un eco burlón y ahogó el piar de las aves, el zumbido de los insectos y el ruido de su asesino.

Al llegar a la cima de la colina, otra decepción: desde allí no veía nada de nada; solo una caída de unos tres metros. Presa del pánico, miró a izquierda y derecha, pero no vio ningún camino seguro.

No tenía tiempo de buscar una ruta alternativa. De repente, notó un fuerte empujón en la espalda y chocó contra el suelo. Rodó justo a tiempo para evitar que unos nudillos le dieran de lleno en la mejilla izquierda. El golpe le alcanzó de refilón, pero bastó para que cerrara los ojos durante una décima de segundo. Preparó entonces el puño y lo lanzó hacia delante con fuerza. Encontró algo duro, posiblemente un hombro. Su atacante respondió clavándole la rodilla en el muslo. El dolor hizo que abriera mucho los ojos; se le nubló la vista. Sin precisión, lanzó una serie de puñetazos frenéticos y descoordinados. Algunos dieron en el blanco, otros al aire. Sin embargo, por muchos golpes que diese, le devolvían el doble, precisos, en la cabeza y en el cuello. Eran golpes sordos que hicieron que ante él apareciera un caleidoscopio de diamantes... Por desgracia, sin valor alguno. Le retorcieron el pelo, le aplastaron la cabeza contra el suelo. No había compasión. Todo se volvió oscuro. Si se desmayaba, estaba perdido. Se levantó y se agarró a

aquella oscura silueta que tenía encima. Sujetó los brazos de su atacante y se echó a un lado, buscando el equilibrio.

Sin embargo, donde tenía que haber estado el suelo, no había nada. Así pues, continuó rodando durante lo que le pareció una eternidad. Notó una sensación de levedad en su cuerpo; parecía que los golpes que había recibido en la cabeza le hubieran vuelto ingrávido. Al mismo tiempo, notó un placer casi irreal. Todo había terminado. Le habían matado. Ahora estaba yendo hacia un lugar ignoto más allá de este mundo. No podía hacer nada por evitarlo.

Sin embargo, al aterrizar, todo cambió.

Con el golpe contra el suelo, expulsó todo el aire de los pulmones. Fue como si se le escapara el alma. Al abrir los ojos, distinguió la áspera pared del precipicio que se alzaba junto a él. Era de un gris parduzco, con un poco de neblina de un azul pálido en la parte superior. Poco a poco, el color pardo, el gris y el azul se diluyeron en la oscuridad y se desmayó.

Wilbrook era el hogar de Chandler Jenkins. Había vivido allí toda su vida. Treinta y dos años largos y aburridos estancado en la meseta de Pilbara, en el interior de Australia Occidental, una tierra con dos mil quinientos millones de años de antigüedad (por lo bajo) y que en tiempos formó parte del antiguo continente de Ur. A veces, a Chandler le parecía que esos átomos prehistóricos habían penetrado en sus huesos y le habían envejecido prematuramente. Aquel polvo rojo cobrizo que cubría como una capa reseca ese paisaje casi muerto de tan achicharrado solía tener ese efecto en la gente.

La localidad era un asentamiento remoto. El lugar habitado más cercano era Portman, a unos cien kilómetros. Estaba conectado por una carretera que se alejaba en la distancia como la cola retorcida de un dragón. Wilbrook no era tan antiguo, ni siquiera en términos australianos. Solo constaban registros desde principios del siglo XIX. Había recibido su nombre de un famoso minero de Albany que dejó su región vinícola, de un verde exuberante, y se adentró en el sur para escarbar en la tierra en busca de riquezas. Y las encontró. Una mina de oro llena de pepitas que sobresalían de la tierra como los malvaviscos en los cereales del desayuno de un niño. Algunas eran tan grandes que se tenían que levantar con las dos manos. Corrió la voz y pronto aparecieron cabañas y chamizos, estructuras de madera endebles que desafiaban la gravedad y la sensatez. Después de las cabañas llegaron los negocios: bares, tabernas, burdeles..., al menos dos de cada clase. La población se disparó, aparecieron por allí miles y miles de personas que querían hacerse ricos. Los artículos de los periódicos proclamaban que si uno quería hacer realidad sus sueños, aquel era el lugar adecuado. Pero el sueño duró poco: las vetas disminuyeron rápidamente y apenas quedaron unas pocas partículas atrapadas en unos cedazos oxidados. Sin embargo, siguió llegando gente, que se dedicaba febrilmente a tamizar piedras de las corrientes; luego ahogaban sus

penas en whisky y con las mujeres que se podían pagar. Al final, cuando aumentaron las deudas, también lo hicieron las tensiones.

El resultado fue un polvorín que explotó una noche de verano: diez hombres se enzarzaron en un tiroteo en Main Street (la calle principal). El único superviviente, Tom Kelly, alias Tomato, murió al día siguiente a causa de una herida en un hombro que le afectó una arteria. Al aumentar la violencia, las perspectivas de riqueza hicieron justamente lo contrario. Los médicos, los abogados y los comerciantes fueron los primeros en irse, con destino al siguiente lugar desde donde les llamaba la fiebre del oro. Aquella floreciente localidad, que en sus buenos tiempos llegó a tener cinco mil habitantes, quedó reducida a apenas mil personas. Solo quedaron un par de bares y burdeles que iban aguantando: para ellos, la desesperación era siempre un buen negocio.

Una vez que el oro desapareció, las familias tuvieron que ganarse la vida como buenamente pudieron en una tierra que era tan dura con ellos como con los animales que intentaban criar. Y así continuaron las cosas durante los siguientes cuarenta años. El pueblo apenas respiraba. Luego se descubrieron unas vetas de hierro y de asbesto azul bajo aquella tierra llena de cicatrices. Empezó una nueva fiebre. Las empresas mineras compraron grandes extensiones de terreno a precios de ganga. Siguió una rápida expansión y la construcción de los primeros edificios de ladrillos de la localidad. Tal como había ocurrido hacía años, las vetas se agotaron de repente. Entonces, las empresas, sin sentimentalismo ni remordimientos, trasladaron su negocio a unas cuantas horas por carretera, a Portman, como una serpiente de montaña que solo deja tras ella la piel desechada.

Chandler y su familia vivían en ese pellejo vacío. En todo caso, a pesar de sus problemas, él estaba orgulloso de su pueblo. Porque era «suyo». Era el sargento del lugar. De hecho, el «*sheriff*», porque aquel pueblo parecía haber parado el reloj a principios del siglo XIX. La amplia calle principal lucía con orgullo su asfalto; en tiempos solo había sido de tierra apisonada. Resplandecía en la luz. Una rotonda de cemento en el centro ofrecía un alivio innecesario para el tráfico. Raramente circulaban muchos coches por allí. Sobre las aceras se alzaban unas verandas muy coloridas que proporcionaban refugio del sol, aunque poco podían hacer con ese calor inclemente. Los postes de metal que las sustentaban (y que no se habían tocado desde hacía un siglo) eran los últimos bastiones de un tiempo pasado.

Aparcó delante de la comisaría (un bloque cuadrado de hormigón) y se miró en el espejo retrovisor. Lo que vio fue el reflejo de una cara cada vez más redonda; un rostro atractivo, de treinta y tantos años ya, que luchaba contra los efectos de las noches en vela y de la vida de padre soltero. El pelo rubio había perdido un poco de volumen, aunque todavía no cedía terreno. Rubio y ligeramente bronceado, parecía un surfero algo envejecido, aunque nada estaba más lejos de la realidad. Chandler se mantenía siempre bien lejos del mar. Al menos en tierra si algo o alguien viene a matarte, lo ves.

Bill Ashcroft, el anciano sargento, se había retirado el mes de junio anterior, por lo que Chandler había asumido el mando temporalmente. En realidad, no había trabajo para cinco personas: algunas infracciones de tráfico, disputas domésticas, un ocasional atraco a alguno de los tres pubs de la localidad (unos bares que, por cierto, más que competir por el negocio, acogían a los clientes a los que en los otros locales les habían vedado la entrada). En todo caso, fuera como fuese, a la comisaría se le había asignado una cuota de cinco agentes. Y la Fuerza Policial de Australia Occidental se esforzaba por mantener todos sus efectivos. En realidad, temían que, si perdían uno, podían caer todos. Como las fichas de un dominó.

Al entrar vio al novato, Nick Kyriakos. Estaba en el mostrador de recepción. Allí seguiría hasta que Chandler se fiara de él, de que podía hacerlo bien fuera de las cuatro paredes de la comisaría. No era necesario arriesgarse y sacar a campo abierto a un joven de veinte años, a pesar de que Nick había demostrado ser inteligente y respetuoso. Era un joven curioso, ansioso de gustar y de aprender. Eso sí, estaba completamente obsesionado con las biografías de los asesinos en serie.

Tanya, su agente más veterana y segunda en el mando, ya estaba en su escritorio. Nunca llegaba tarde. Eran tan severa como la cola de caballo que solía llevar. Hacía siempre los primeros turnos, para poder recoger a sus tres hijos de la escuela primaria, al otro lado del pueblo. Había tenido a los críos en rápida sucesión durante los cinco años de excedencia de los que acababa de volver. Chandler se imaginaba que eran resultado de algún procedimiento clínico. Las cosas siempre eran así con Tanya, como una operación militar. Si le ascendían, recomendaría que también la ascendieran a ella. Se lo merecía. Los que son capaces de compaginar los hijos con el trabajo se merecen lo mejor. Él lo sabía perfectamente, pues tenía dos hijos. Pero ella al menos tenía un compañero que la ayudaba.

Chandler se metió en su despacho. El sistema de aire acondicionado había fallado de nuevo. El ambiente de la comisaría era tan pegajoso como la cola

de carpintero. Tomó asiento y miró por la ventana hacia la distancia, a Gardner's Hill, un montículo rocoso y cubierto de bosques que recibió su nombre por el primer alcalde del pueblo.

Desde aquella distancia, la colina parecía atractiva; los árboles envolvían el lado visible del pueblo, altos, rectos y dirigiéndose hacia el cielo. Era una anomalía de un verde lujurioso en una tierra que, por lo demás, era completamente roja. Más allá de la cresta, había cientos de hectáreas de tierras salvajes. Eran ese tipo de tierras que siempre habían tentado a la gente para explorarlas. Pero hasta a los excursionistas más experimentados, acostumbrados a condiciones extremas, les parecían difíciles. Aquel lugar atraía sobre todo a aquellos que querían encontrarse a sí mismos. O perderse.

En principio, aquel era un día típico en la vida de Chandler: tranquilo e introspectivo. Pero todo estaba a punto de cambiar.

Una conmoción traspasó la puerta abierta. No reconocía la voz, pero sí la desesperación. Intentó captar el acento: del sur, muy al sur, quizá de Perth. Si era así, aquel hombre estaba muy lejos de casa.

—Sargento, creo que debería venir... —lo llamó Tanya. Su voz, normalmente serena, parecía nerviosa.

Chandler bajó los pies de la mesa y se arregló la camisa por encima del estómago. Desde que Teri le dejó, había engordado un poco. Como si su cuerpo quisiese compensar esa pérdida con otra cosa: unos kilos de más.

Entró en el despacho principal. Sentado ante el escritorio de Tanya, al principio vio a un hombre muy nervioso, de veintitantos años, con una camiseta y unos vaqueros que parecían haber pasado por una dura prueba.

Chandler se tocó el cuello y soltó un taco. Había olvidado la corbata. No era demasiado estricto con el uniforme en general, pero prefería llevarla cuando hablaba con la gente. Creía que eso reforzaba su autoridad.

«Tienes que parecer el propietario, pero actuar como si fueras el gerente», le había aconsejado Bill.

Contempló al hombre con precaución. Nick había ido arrastrando su silla desde su mesa, como si así cumpliera con su cometido de no desatender la recepción.

El hombre se levantó. Tanya retrocedió, como dispuesta a actuar. Aquel chico parecía aterrorizado. Tenía una estatura similar a la de Chandler, aunque con un físico distinto. Nervioso, desviaba la mirada de Chandler hacia las paredes y la puerta. No sabía qué hacer. Parecía que sus ojos quisieran escapar de su cuerpo. Para evitarlo, entrecerraba los párpados hasta convertirlos en simples rendijas. Parecía sufrir un inmenso dolor.

—Quería que yo fuera el número cincuenta y cinco —farfulló el joven, que miró a Chandler a la cara por primera vez.

Se echó a temblar y cerró con mucha fuerza los ojos.

Chandler tomó algunas notas mentales. Definitivamente, acento de Perth. Una barba crecida: no había visto una cuchilla de afeitar desde hacía unas cuantas semanas. Un trabajador itinerante, supuso: demasiado lúcido y limpio para ser un vagabundo.

—¿A qué se refiere? —le preguntó Chandler, sin perder la calma, aunque se sentía bastante descolocado.

—Cincuenta y cinco... —repitió el hombre.

Chandler miró a Tanya, buscando su ayuda.

Ella negó con la cabeza.

—Cincuenta y cinco... ¿qué? —preguntó Chandler. Pensó en posar la mano sobre su hombro para reconfortarlo, pero tal vez lo único que conseguiría sería asustarlo.

—El tío... El asesino...

—¿Qué asesino?

—El que me secuestró. Me llevó... allí. Al bosque..., los árboles. — Señaló hacia la pared.

Estaba señalando hacia Gardner's Hill, más allá de los ladrillos.

—Pero ¿quién...?

—Un loco.

Las piernas del joven vacilaron. Tenía los pantalones manchados de sangre. No parecía sangre fresca, sino que se había secado al sol. Chandler, sin embargo, no quería que se desmayara. Tendió la mano y tocó el brazo del hombre, que esbozó una mueca de dolor.

—Bueno, estamos aquí para ayudarle. —Hizo que se sentara de nuevo en la silla, para controlar mejor la situación—. ¿Cómo se llama? —preguntó.

—Gabriel.

—Muy bien, Gabriel. Yo soy Chandler. Soy el sargento de esta comisaría. ¿Sabe usted dónde está?

Gabriel negó con la cabeza.

—En Wilbrook.

Notó un chispazo de algo en los ojos de Gabriel, algo que interpretó como esperanza. Esperanza de haber encontrado la seguridad. Chandler siguió proporcionándole información. Tal vez así el chico les correspondiera y les dijera algo más.

—Wilbrook, Australia Occidental. Esta es Tanya, mi agente de mayor rango. Y este Nick, otro de los agentes. ¿De dónde viene usted?

De nuevo un dedo tembloroso señaló la pared.

—De allí.

Chandler intentó esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—Quiero decir que... ¿Dónde vive?

—En Perth... Pero viajo.

Se derrumbó en la silla. Por un momento, pareció que se iba a caer.

—¿Tiene usted algún documento de identidad?

—Me los robó.

Chandler asintió.

—Está bien... ¿Sabe usted cómo se llama ese hombre, Gabriel?

Se quedó callado. Los ojos que habían recorrido la habitación en redondo empezaron a cerrarse. Chandler miró de nuevo sus ropas. La sangre seca no parecía indicar ninguna herida grave, pero no se podía descartar una hemorragia cerebral no detectada.

—¿Ha podido usted...?

—Heeeath —dijo Gabriel, pronunciándolo como un largo suspiro.

—¿Heath? —Chandler hizo señas a Tanya, que ya lo estaba escribiendo.

Gabriel asintió.

—El loco. Se llamaba Heath. Me robó el carné de identidad.

Su cuerpo, que parecía gelatina temblorosa, se puso tenso e intentó levantarse.

—Tengo que salir de aquí...

Chandler se adelantó e hizo que volviera a sentarse en la silla. Estaba acostumbrado a aquella reacción: la urgencia de escapar. Mucha de la gente que pasaba por una comisaría de policía sentía la necesidad de irse enseguida. Tal vez creían que, si se quedaban allí cierto tiempo, podrían acabar por acusarles de algo.

—Quédese aquí. Le pediremos atención médica.

—No —dijo Gabriel, con los ojos muy abiertos—. Quiero contarles lo que ocurrió y después irme de aquí. Por si vuelve.

—Ahora está a salvo —le aseguró Chandler.

—No hasta que me haya ido bien lejos de aquí.

Gabriel respiró hondo, luchando contra la energía nerviosa que le invadía. Hizo una mueca al notar que le dolían las costillas; debía de tenerlas magulladas, pensó Chandler.

—Llamaremos a un médico —dijo Tanya.

—No, quiero contarles lo que ocurrió.

La sala de interrogatorios estaba detrás de la recepción. Era pequeña y se usaba casi exclusivamente para almorzar. En lugar del amarillo veraniego de las paredes del despacho, aquel lugar estaba presidido por un tono verde oscuro. Chandler había leído en alguna parte que ese era el color que hacía que a la gente se le aflojara la lengua.

La silla de plástico rechinó bajo el peso del hombre. Chandler se sentó al otro lado de la mesa. El tablero de PVC gris estaba manchado de mostaza. Tenía que averiguar a quién le tocaba el turno de limpieza..., probablemente, a él mismo.

—Estamos a 23 de noviembre de 2012 —le dijo al hombre—. Por favor, diga su nombre completo para que quede registrado.

—Gabriel Johnson.

—¿De dónde es?

—Originalmente, de Perth, pero..., ¿cómo lo llaman ustedes...? ¿Sin residencia fija?

—Sin domicilio fijo.

—Eso es. Sin domicilio fijo. Lo siento, estoy un poco... —Los ojos de Gabriel se pasearon por la habitación, como si no quisiera dejar escapar ningún detalle.

No había muchas cosas que ver.

—¿Edad?

—Treinta.

Estaba cansado. Sin duda, había pasado por momentos complicados, pensó Chandler. Su piel lucía un bronceado intenso que embellecía las cicatrices de acné que manchaban sus mejillas, todavía algo infantiles.

—¿Y qué estaba haciendo por aquí arriba?

—Buscando trabajo.

—¿De qué?

—De jornalero, peón, cualquier cosa. Pensé en probar en algunos sitios por aquí cerca.

—¿Alguno en particular?

—No. Pero he oído que había algo de trabajo.

No estaba equivocado. En aquellas vastas llanuras, había muchísimos establecimientos ganaderos y haciendas de tamaño gigantesco. Eran casi como pequeños países. Gabriel tenía el físico adecuado para trabajar en esos sitios: el de una persona acostumbrada a vivir con una dieta de carne y poco más. Parecía la clase de persona dispuesta a hacer cualquier cosa, desde vigilar una perforación minera a marcar ganado.

—¿Y cómo conoció a ese tal... Heath?

Al mencionar su nombre, el chico empezó a temblar. Tardó un buen rato en dominarse.

—Yo estaba en Port Hedland. Había llegado de Exmouth el día anterior, con un camionero.

—¿Tiene su nombre?

Gabriel se encogió de hombros, como si no importara.

—Lee no sé qué más. Chino, de cincuenta y tantos años. Gordo. Fumaba cigarrillos hechos a mano previamente, que guardaba metidos en la visera. No sé mucho más de él.

—¿Y le dejó a usted en Port Hedland? —preguntó Chandler.

—Sí, él iba a Darwin.

—¿Y qué hizo usted en Port Hedland?

—Dormir.

—¿Dónde?

—En el parque.

—¿Qué parque?

Gabriel negó con la cabeza.

—No lo sé. Di un paseo por allí. Había césped..., árboles..., un banco. Ya sabe, un parque.

Chandler tomó nota para insistir en ello más adelante.

—Siga.

Su voz parecía más calmada, pero todavía estaba alterado, como un perro nervioso que ladra de vez en cuando.

—Después decidí ir hacia el interior. Para buscar trabajo.

—¿Por qué no quedarse cerca de la costa?

—Un tipo de Exmouth me dijo que era mucho mejor ir hacia el interior. Decía que la mayoría de la gente se queda en la costa. Es verdad que los

desplazamientos son fáciles, pero hay más competencia para encontrar trabajo, de modo que los jefes pagan mucho peor. Y, además, me parecía una aventura.

Gabriel hizo una pausa, como si hubiera perdido el hilo de sus pensamientos. Chandler decidió dejarlo vacilar, que las palabras y pensamientos le llegasen de manera natural.

El chico parpadeó con fuerza y volvió en sí.

—Yo estaba... en la carretera... la principal. —Se detuvo y miró a Chandler—. No sé el nombre.

Chandler sí. Era la Highway 1, una vena negra que al final iba a parar a la 95, que conducía a Wilbrook. Había recorrido de punta a punta esa carretera muchas veces; sobre todo, cuando empezó a salir con Teri, en aquellos tiempos en los que ella era una chica alegre y juerguista que vivía en la costa. No sabía que aquel lugar siempre tiraría de ella.

—Iba andando, el sol me cegaba y no veía nada. Oí que sonaba un motor por detrás y saqué el pulgar. Ya habían pasado dos coches de largo aquella mañana. Esperaba que este me recogiera..., pero siguió adelante.

—¿Puede describirlo? —preguntó Chandler. Miró el espejo bidireccional, esperando que Tanya estuviera grabando todo aquello. Había pasado casi un año desde el último interrogatorio que habían grabado: un caso de violencia doméstica. June Tiendali se enfadó mucho con su marido, que pasaba todas las veladas con sus palomas mensajeras, en lugar de estar con ella. Como resultado, le golpeó el brazo con un palo de hockey.

—Un coche muy cuadrado. No recuerdo de qué marca. Creo que se le había caído el logotipo. Marrón oscuro..., pero podría ser por el polvo, que cubría hasta las ventanillas. Me acuerdo de que tenía rota una de las luces de freno. Eso sí. Corrí hacia allí, temiendo que pudiera echar a andar en cualquier momento. —Gabriel miró con pesar a Chandler—. Ojalá lo hubiera hecho.

—¿El número de matrícula?

Gabriel negó con la cabeza.

—También estaba tapado por el polvo. Quizás aposte...

—De acuerdo, siga.

—De modo que subí. Tendría que haber mirado primero, pero necesitaba trabajo rápidamente. Encontrar alojamiento y comida.

—Entonces, ¿qué aspecto tenía ese... Heath?

Chandler preparó su bolígrafo para apuntar la descripción. Esperaba que fuera más detallada que la del coche: marca desconocida, matrícula

desconocida, vehículo cuadrado, polvoriento. Era como la mayoría de los coches viejos que circulaban por aquellas carreteras.

Gabriel cerró los ojos y respiró hondo. Chandler dejó que el silencio se prolongara. Miró hacia el espejo; su reflejo le devolvió la mirada de un policía cansado. La claridad de sus ojos azules subrayaba aún más las ojeras.

—Unos centímetros más bajo que yo. Bronceado, como si trabajara al aire libre. Robusto. Decía que tenía treinta años, como yo, pero parecía un poco..., no sé..., nervioso. —Gabriel hizo una pausa—. Probablemente tendría que haberme dado cuenta entonces de que había algo «oscuro» en ese tipo.

—¿Qué quiere decir con eso de «oscuro»?

—Pues algo... raro —dijo Gabriel—. Llevaba una barba que le disimulaba los rasgos. Como si quisiera irse convirtiendo en una sombra.

Gabriel miró a Chandler, como pidiéndole que le confirmara que esas palabras tenían algún sentido.

—No, no tiene que recordarme que es una estupidez ir haciendo autostop por aquí —añadió, repentinamente a la defensiva—. En ese momento me pareció bien... O quise convencerme a mí mismo de que era lo más adecuado. Yo sabía..., bueno, creía que si intentaban hacerme algo, podría defenderme. El hombre me dijo que se llamaba Heath y que volvía a casa desde la ciudad, con suministros. Aquello me tranquilizó bastante. Quiero decir que ningún asesino se presenta, ¿no?

Una vez más, levantó la vista en busca de confirmación. Chandler asintió, aunque no estaba del todo de acuerdo. Si Heath tenía la intención de matar, ¿qué importaba dar detalles? Pero aquello sí que le decía una cosa: que si Heath se mostrara tan confiado como para conversar tranquilamente con su posible víctima eso significaba que ya lo había hecho antes, que estaba relajado y que dominaba la situación. Estaba tan seguro de sí mismo que podía mostrarse abierto con su víctima: la número cincuenta y cinco. Se sintió agarrotado por la emoción y el temor. Aquello podía ser grave. Necesitaba sonsacarle más detalles a la víctima antes de que se cerrara en banda.

—¿Le dijo quién era?

—Solo que vivía por aquí cerca.

—¿En Wilbrook?

Chandler no recordaba a ningún Heath en la zona. Podía ser un nombre inventado, claro. Pensó en quién de los que vivían por allí alrededor podía matar a tanta gente. Wilbrook no andaba escaso de locos precisamente, pero no creía que hubiese nadie con las agallas suficientes como para aquello.

—No..., no lo sé..., solo dijo que «por aquí». Su acento era del este, diría yo. De todos modos, me pareció bastante amigable... Bueno, lo suficiente. Solo quería que me llevaran un rato en coche. No quería que nos hiciésemos íntimos amigos.

Chandler le hizo señas para que continuara.

—Le dije que era de Perth. Cuando dijo que estaba muy lejos de casa, yo le conté que tenía que ir donde estaba el dinero. Le dije que, aunque por aquí el paisaje es un poco árido, tiene cierta belleza. —Gabriel se encogió de hombros e hizo una mueca—. Es mentira, pero me he dado cuenta de que siempre es mejor halagar al que te lleva en coche. Como haría una puta, supongo.

Chandler lo miró con extrañeza, pero su expresión decía que no era una broma. Hablaba en serio.

—Al cabo de una hora pasamos por un par de desvíos que llevaban a unas granjas. Le dije que allí mismo me iba bien, pero él dijo que todo el mundo iba a aquellos sitios. Dijo que era como pararse en el primer abrevadero que te encuentras, el más grande, aquel donde los animales ya han embarrado el agua. Dijo que pagaban muy mal. Según él, otras haciendas que estaban más lejos pagaban mejor. Le pregunté si había trabajado en alguna de ellas, por si podía darme un nombre o una forma de presentarme, pero no me contestó. Pensé que no era por mala educación, sino tal vez hubiera tenido alguna mala experiencia y no quería hablar del asunto. Chandler tomó nota de comprobar en las granjas si alguien conocía a un tal Heath, o si alguien recordaba que hubiese trabajado para ellos.

Gabriel continuó.

—Seguimos durante otra media hora. Todo el paisaje se convirtió en polvo. Yo empezaba a preguntarme cómo podía sobrevivir nada en aquel lugar, y mucho menos un rebaño de reses. Me moría de sed. Incluso con las ventanillas abiertas de par en par, el aire ardía. Supongo que él vio que tenía la cara muy roja. Me dijo que había agua en la parte de atrás, si quería. Y así fue como me cogió.

—¿Con el agua?

Gabriel asintió.

—Estaba buena, quizá con un sabor un poco terroso, pero no me importó mucho, la verdad. Era agua, y yo tenía tanta sed... —Su mirada fue fúnebre, como si estuviera enfadado consigo mismo—. Empecé a sentirme adormilado casi de inmediato. Al principio pensaba que era por el cansancio o por el calor, pero la cosa iba a más, cada vez más. Intentaba levantar los brazos y no

podía. Los notaba como si no los tuviera pegados al cuerpo. Recuerdo que me volví a mirar a Heath. Él también me miraba, como si no pasara nada. Era como si observara un proceso que hubiese contemplado muchas veces. Ni siquiera miraba hacia la carretera ni adonde íbamos, sino a mí. Lo hizo durante un tiempo que se me hizo eterno. Pasó una sombra por delante de su cara, hasta que solo pude ver la silueta de su calavera. Luego me desmayé, supongo. Creo que puso algo en el agua.

De nuevo, los ojos de Gabriel se pasearon a su alrededor. Chandler reconoció aquella mirada. La víctima confusa, intentando rellenar los huecos y sin conseguirlo.

—Me desperté en un cobertizo de madera. No sé cuánto tiempo estuve sin sentido, pero todavía había luz, que se filtraba entre las tablas. Supuse que solo habían sido un par de horas. —De repente, una sombra de preocupación le atravesó el rostro—. A menos que hoy sea viernes...

—No, es jueves —le aseguró Chandler.

Aquello pareció aliviar un poco a Gabriel. El hecho de no haber perdido un día entero de su vida. O, más bien, tener todavía una vida.

—Me había puesto grilletes en las muñecas, sujetos a una viga del techo.

—¿Grilletes? —preguntó Chandler.

—Sí..., de esos de hierro, muy gruesos. Dos aros en forma de D, unidos por una cadena que estaba fijada a la pared. Lo mismo justo por encima de los tobillos. Estos no estaban unidos a nada, pero era imposible soltarse. Para que no pudiera escapar. Se había asegurado de eso.

—¿Estaban en una granja? ¿En el bosque? ¿En un anexo?

—Allí arriba —dijo Gabriel—. En esa colina que ha dicho usted. Veía los árboles entre las tablas. Estaba atrapado dentro de una leñera donde había sierras, hachas y cosas así. Todo normal, pero horrible.

—¿Puede darme algún detalle más? ¿Ruidos, olores?

Gabriel se encogió de hombros.

—El suelo era de tierra. Había una pila de leña en la esquina, para el fuego. Oía movimiento en la puerta de al lado, o sea, que suponía que me habían encadenado junto a una cabaña. Grité pidiendo ayuda. Entonces apareció Heath. Le pregunté dónde estaba, y él me dijo que en casa. Le rogué que me soltara y le prometí que no le diría a nadie lo que había hecho. Me dijo que me calmara. Parecía enfadado, como si le estuviera distrayendo de algo importante.

Las piernas de Gabriel empezaron a temblar y a moverse por debajo de la mesa. Sus ojos examinaban la habitación como si estuviera intentando

escapar. No había otra forma de salir de allí que por la única puerta que había.

—Lo siento, yo... es que tengo un poco de claustrofobia.

—¿Quiere que abramos la puerta?

—Por favor.

Chandler se levantó de la silla y abrió la puerta; a la vista, apareció el despacho que estaba enfrente y la serie de pequeñas ventanas situadas muy arriba, por encima de una hilera de archivadores grises, al otro lado de la habitación.

Gabriel los miró.

—Tuve miedo de que me hiciera algo en ese mismo momento. Se acercó a mi cara. Entonces fue cuando dijo lo del número cincuenta y cinco. No dijo nada más. Retrocedió hacia la puerta. Me daba miedo preguntarle qué quería decir. Pero supuse...

Gabriel se detuvo.

—¿Qué supuso? —preguntó Chandler, ansioso de oír sus propias suposiciones expresadas en voz alta.

—Que yo iba a ser su víctima número cincuenta y cinco.

Aunque hacía tanto calor que parecía que se podía fundir el plástico, Chandler notó que un escalofrío le recorría la espalda. Mientras relataba la historia, Gabriel parecía revivirla, sus músculos fibrosos se movían bajo la camiseta ensangrentada; los tendones del antebrazo estaban tensos. Puro terror.

—Él me dijo que no tenía que preocuparme de si me iba a matar o no —continuó Gabriel—. Porque, por supuesto, yo acabaría muriendo. Estaba escrito.

—¿Qué quiere decir con que «estaba escrito»? —preguntó Chandler.

Gabriel se encogió de hombros.

—Ni idea. Si se le ocurre algo a usted, oficial...

—Vale, siga —dijo Chandler, tomando nota de la frase.

—Tenía que soltarme. Cuando se fue, intenté liberarme de los grilletes. —Gabriel le enseñó las palmas de las manos y las muñecas llenas de ampollas, con círculos rojos en torno a ellas, la piel rozada y el vello fino arrancado de raíz—. Tiré de ellas, intenté arrancarlas de la pared. Chillaba pidiendo socorro. Ni una sola vez vino a decirme que me callara. No le preocupaba que alguien pudiera oírme. Entonces comprendí que estaba en medio de la nada. Seguí tirando y al final conseguí romper uno de los cierres, pero seguía teniendo una mano sujeta a la pared. Busqué en el banco de trabajo con la mano libre y conseguí coger una de las herramientas. Casi me descoyunto el

hombro, pero conseguí alcanzar el hacha. Intenté cortar el grillete que faltaba por soltar, sin cortarme la muñeca. Me aterrorizaba que él entrara y me sorprendiera. Solo quería una oportunidad de liberarme. Una oportunidad de vivir. Me quedé callado, pero luego me preocupó que mi silencio llamara su atención. Así pues, seguí chillando para cubrir el sonido del hacha golpeando el metal. Sonaba como una puta campana de iglesia...

Levantó la vista.

Chandler le hizo señas de que continuara, intrigado por la precisión de los recuerdos del joven. Las palabras surgían de su boca con fluidez, como el agua que surge de una presa rota.

—No sé cómo conseguí doblar el metal como si fuera un superhéroe. Me solté la otra mano. La llave de los grilletes de la pierna estaba colgando de un clavo. Así pues, al cabo de unos segundos, me había soltado. Estaba mucho más asustado que cuando estaba encadenado. Recuerdo que probé a salir por la puerta del cobertizo, pero estaba sujeta con un candado. Solo había otra salida, que conducía al edificio de al lado. Aquel de donde había salido él. La abrí: solo era una habitación llena de suministros.

Gabriel respiró hondo, como si hasta entonces hubiera contenido el aliento.

—¿Y Heath? —dijo Chandler.

—Estaba sentado detrás de un escritorio cubierto de papeles y mapas. En la pared había una gran cruz. Pasé de puntillas hacia la puerta principal, pero cuando la abrí, las bisagras chirriaron. Se volvió. Nos miramos el uno al otro, quietos. Luego empezó la caza. Yo corrí hacia fuera, pero era como estar en medio de ninguna parte. No había más que árboles y tierra alrededor. No sabía qué dirección tomar, así que me fui hacia la derecha.

—¿Por qué hacia la derecha?

—No lo sé... Supongo que porque soy diestro... No sé por qué. Todos los caminos me parecían iguales. Notaba las piernas agarrotadas tras haber tenido los pies sujetos con grilletes. Tenía que moverme deprisa, no sabía si este tipo llevaba un arma de fuego...

Chandler casi veía el corazón de Gabriel latiendo con fuerza bajo la camiseta. Los recuerdos fluían intensos y descontrolados. Después de respirar hondo, aspirando con tanta fuerza que pareció dejar sin oxígeno la habitación, continuó:

—Me fui hacia la cresta. Miré hacia atrás. Heath estaba solo a unos diez metros por detrás de mí. Seguí corriendo y corriendo hasta que tropecé con un

terrrón suelto y caí en un pequeño claro. La tierra estaba toda removida. — Gabriel le miró—. Eran tumbas.

El aire de la habitación pareció volverse aún más opresivo.

—¿Tumbas? —frunció el ceño Chandler—. ¿Y cómo lo sabe?

Gabriel negó con la cabeza.

—No..., no lo sé seguro. Solo recuerdo que en aquel momento pensé que «parecían» tumbas. Cinco, seis, siete quizá... Unas formas rectangulares. — Hizo una pausa y se quedó mirando a Chandler, como si acabara de darse cuenta de lo cerca que había estado de morir—. Me levanté, seguí corriendo y llegué a una colina. Pensaba que podría ver algo desde la cima, pero no se veía nada, solo un precipicio por el otro lado. No tendría que haberme parado.

Otro suspiro. Se rehízo, los tendones de su mandíbula vibraron.

—Saltó encima de mí. Intenté darle unos puñetazos, pero no acerté con ninguno. De todos modos, no le habrían detenido. Rodamos y rodamos... Luego caí, como si no tuviera peso. ¿Ha sentido eso alguna vez?

Gabriel miró a Chandler.

—Pues no.

—Era una sensación rara, excitante. Hasta que aterricé. Fue como si me hubiera atropellado un tren. Como si hubiera abandonado del todo mi cuerpo. Pensé que era así, que me había ido al cielo. —Miró a Chandler, buscando su complicidad.

Aunque sus padres le habían inculcado las virtudes de la religión, primero a él y luego a sus dos hijos, Chandler nunca había sido practicante activo, por así decirlo. Para él, la religión era como cultivar tomates en casa. Le parecía muy bien consumirlos, pero plantarlos él en su propia casa... Recordó que, al día siguiente, su hija mayor, Sarah, iba a celebrar su primera confesión, antes de la primera comunión. Se suponía que tenía que ayudarla aquella noche, practicar con ella lo que tenía que decir, cuándo arrodillarse, cuándo ponerse de pie...

—Me desperté un poco después. Por segunda vez en el mismo día, me pregunté dónde estaba. Vi el risco por encima de mí. Me di cuenta de que me había caído. Volví a notar el dolor de la caída. Entonces me acordé de Heath. Estaba tirado a mi lado. En el suelo. A nuestro alrededor, mucha sangre.

—¿Estaba muerto? —Un sospechoso muerto le facilitaría mucho la vida.

—Pues no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Pues que no sé si estaba vivo o muerto. No me acerqué, por si se estaba haciendo el muerto. Lo he visto en las películas, oficial. Así que me levanté y

me fui como pude.

—¿Y lo dejó allí?

Gabriel asintió. No se podía confirmar la muerte. Chandler tenía que suponer que Heath había sobrevivido. Aquello era frustrante. Tendría que organizar la persecución de un hombre herido. Y una persecución por aquellas tierras... Pero si Gabriel había conseguido llegar al pueblo al cabo de pocas horas, Heath no podía estar tan lejos. Podían encontrarlo, recuperarlo y arrestarlo.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Chandler.

—Por pura suerte. Fui tambaleándome un par de horas, hasta que encontré un camino de tierra. Lo seguí, buscando algo de ayuda, pero no pasó nadie por él. Entonces di con una bicicleta antigua. Estaba oxidada y hecha polvo, pero era mejor que nada. Fui con ella hasta el final del camino de tierra, vi el pueblo en la distancia y decidí acercarme aquí, temblando de miedo a cada coche que pasaba, esperando que Heath saltara de uno de ellos, o que me atropellara y me dejara muerto en la cuneta.

—¿Qué carretera? —preguntó Chandler. Estrecharía mucho el campo de búsqueda.

Gabriel negó con la cabeza.

—No lo sé. Es todo muy confuso, oficial. Creo que no tenía nombre. Era solo un camino de tierra. Él me perseguía. Ese asesino... iba persiguiéndome. Pero yo conseguí escapar.

Gabriel se desmadejó en el asiento, exhausto tras haber contado su historia y librándose momentáneamente de un gran peso. Chandler le examinó. Seguía con los ojos cerrados. Su lenguaje corporal era de alivio. Aun así, no parecía tranquilo del todo.

—Ahora ya está a salvo.

Él abrió los ojos. Luego la boca, con una sonrisa cansada y torcida. Unos dientes perfectamente alineados resplandecieron al instante: o buenos genes, o un excelente trabajo de ortodoncia.

—Solo quiero irme a casa —dijo Gabriel.

—Pensaba que no tenía casa...

—Y no tengo.

—Entonces, ¿adónde irá?

—Pues a cualquier sitio. Lejos de aquí.

—¿A otra granja?

—No, eso no, joder.

—Preferiría que se quedara por aquí cerca.

La sonrisa de Gabriel se convirtió en un ceño fruncido. Aquella no era la noticia que quería oír.

—¿Por qué?

Una vez tomada la declaración, Chandler no tenía autoridad sobre Gabriel, o sea, que tenía que inventarse algún motivo para retenerlo cerca.

—Por si necesito que identifique algún cadáver.

Lo miró de tal manera que Gabriel pensó que tal vez hubiera pillado su táctica. Los ojos, que antes buscaban huir, parecieron serenos y centrados. Imploraba que le dijera la verdad.

—¿Y dónde me quedaría?

Inmediatamente, Chandler pensó en las celdas, pero no resultarían demasiado atractivas para Gabriel, que estaba aterrorizado. Sin embargo, la oferta de una noche lujosa podía funcionar...

—Tenemos un excelente hotel en el pueblo.

No era del todo cierto. El establecimiento de Ollie Orlander no era ningún palacio. Sin embargo, para un jornalero del campo, acostumbrado a dormitorios de veinte camas, podía resultar bastante cómodo.

—Vale —dijo Gabriel, evasivo—. ¿Y tendré protección?

—Sí, pondremos a alguien de guardia fuera.

Sí, haría eso. Se lo encargaría a Jim. A Jim le encantaría estar todo el día allí sentado con sus crucigramas a medio hacer.

—¿Quiere que llamemos a alguien? —preguntó Chandler.

—No —dijo Gabriel, abruptamente.

Se tensó al momento. La familia parecía un tema sensible.

—¿No tiene familia? —preguntó Chandler, hurgando un poco más.

Breve movimiento negativo con la cabeza.

—¿Por qué?

Chandler estaba tentando a la suerte, pero identificar los puntos conflictivos y profundizar en ellos formaba parte de su trabajo. A veces, aquello le ponía de mal humor, no solo con los demás, sino también consigo mismo.

Gabriel le dirigió la misma mirada fría que antes: una mirada inquietante que sugería que Chandler no debía presionar más. Decidió no hacerlo. Aquel joven ya había pasado por suficientes infortunios ese día. No tenía que explicar por qué no tenía familia.

—Están todos muertos, sargento —respondió finalmente Gabriel.

Pronunció aquella frase sin emoción alguna, sin agitación, con toda su energía nerviosa ya consumida. Después de su frenética huida, de correr para

salvar la vida, de las pruebas por las que había pasado su cuerpo, Gabriel no podía más.

—Sargento —dijo despacio, suavemente—, lo único que tenemos todos en común cuando nacemos es que necesitamos a nuestros padres y el consuelo de la religión. A mí me faltaron las dos cosas.

—¿Qué quiere decir?

Gabriel suspiró y cerró los ojos.

—Nada. Cosas de familia. Estoy muy cansado y enfadado. Además, tengo miedo. Solo quiero dormir.

Chandler quería hacerle más preguntas, pero sabía que ahora ya no le llevarían a ninguna parte.

Condujo a Gabriel a la oficina. Andaba inseguro, como si hiciera grandes esfuerzos para permanecer erguido. Tanya los acompañó. Con un gesto sutil, informó a Chandler de que había grabado la conversación.

—¿Qué tenemos de ropa? —preguntó Chandler.

—No gran cosa... —respondió ella, rebuscando en una caja con ropa que no se había podido vender ni en la tienda de caridad.

Escogió la prenda mejor, aunque todas eran bastante malas: una camiseta naranja llena de manchas con un pequeño logo en el pecho.

—¿Para qué me dan esto? —preguntó Gabriel, cuando Chandler se la tendió.

—Para que se lo ponga.

—Pero ya tengo la mía... —Gabriel miró su camiseta ensangrentada—. No quiero molestar.

—No puede ir por el pueblo así. Asustaría a nuestros vecinos —dijo Chandler, que lo acompañó hacia el patio con paredes de piedra arenisca que estaba junto a la comisaría, hacia los coches de policía.

Gabriel le miró. Su prevención había desaparecido, aunque no del todo.

—No tengo gran cosa, señor. No me gusta desprenderme de nada. Ni siquiera de esta camisa.

Chandler lo comprendía. De niño protegía ferozmente sus cosas. Incluso había llegado a pelearse con su mejor amigo Mitchell, un amigo al que había perdido hacía mucho tiempo, por una vieja pelota de fútbol a la que habían dado tantas patadas que estaba deformada y rodaba como Brian East por la calle Princess Street un sábado por la noche.

—No tiene por qué hacerlo. Simplemente, coja la camiseta y póngasela. Es un regalo —dijo Chandler.

Gabriel la cogió.

—Primero me daré un ducha —dijo cuando llegaron al coche patrulla.

Chandler salió de la comisaría con el coche y se dirigió al pueblo. El sol de la tarde parecía querer freírlos. El intenso calor intentó aplastarlos y dejarlos pegados al plástico negro del asiento. Como si fuera a cocerlos en sus propios fluidos.

Mientras pasaban por delante de los negocios familiares y las tiendas de la calle principal, todas cerradas, Chandler echó un vistazo al pasajero. Gabriel le devolvió la mirada, arrellanado en el asiento, con una calma que se correspondía con su lenguaje corporal. Ahora estaba bajo protección policial. Y Chandler esperaba no decepcionarle.

—¿Está seguro de que no quiere que lo vea un médico? —le preguntó.

—Solo tengo hematomas, creo. El doctor no me podría hacer nada. Al menos el dolor me recuerda que debo estar alerta.

Chandler le dedicó una sonrisa.

—Espere a tener una exmujer...

Su pasajero esbozó un principio de sonrisa.

—¿Cuándo fue?

Hasta la voz de Gabriel sonaba relajada. Ahora parecía un locutor de radio de un programa nocturno. Una voz cálida, con toques melancólicos, capaz de hacer dormir a los oyentes. Parecía una persona distinta.

Chandler lo calculó:

—Siete..., siete años y medio.

—Mucho tiempo. ¿La echa de menos?

—No, desde que amenazó con quitarme a mis hijos.

—Oh. —Gabriel se le quedó mirando—. ¿Tenía algún motivo para intentar llevárselos?

Chandler no quería hablar de aquel tema con un desconocido, pero su voz era como un hombro sobre el que llorar, como si Chandler fuera un oyente que llama a medianoche y no puede apartarse de la radio, donde desahoga todos sus temores y sus penas.

—Pues no lo creo.

—¿Cuántos hijos tiene?

—Dos. Quizá lo mejor que he hecho en toda mi vida. —Chandler sonrió y miró a su pasajero—. Dos cosas buenas.

Si hablar de Teri ponía a prueba sus nervios, nunca perdía la oportunidad de alabar las virtudes de sus hijos, casi como compensación por no verlos tanto tiempo como habría deseado. Su trabajo resultaba exigente: largas horas, horarios raros, papeleo, procedimientos...

—¿Qué edad tienen?

—Sarah tiene casi once. Jasper va hacia los nueve.

—Sarah y Jasper. Bonitos nombres —dijo Gabriel.

Chandler notó que su afirmación era poco entusiasta.

—¿Y usted no tiene a nadie? ¿Novia? ¿Hermanos o hermanas? ¿Primos? ¿Tíos?

El hombre negó con la cabeza.

—No. Nadie... —Había vuelto a adoptar el mismo tono seco y a la defensiva de la comisaría.

—Lo siento —dijo Chandler. No podía imaginar no tener familia.

Gabriel se le quedó mirando y no dijo nada durante unos segundos. Una de esas miradas que ponen nervioso. Al final habló con voz resignada.

—Ya estoy acostumbrado.

—Antes ha dicho que le fallaron la familia y la religión...

Chandler dejó que aquella frase flotara entre ellos, mientras daban la vuelta en torno a la estatua de Stuart MacAllen, el escocés que descubrió la veta de hierro que le insufló un poco de vida a aquel pueblo. Al menos, durante unas décadas. Ahora, secos y abandonados los pozos de las minas, la juventud se había ido desperdigando hacia otros lugares más prósperos de aquella tierra. Y no se les podía echar la culpa. La gente debe ir adonde hay trabajo. Y por allí había poco.

Aunque le dio su tiempo, Gabriel no respondió. Quizá no hubiera respuesta... Tal vez había sido un lapsus en un momento de tensión, o puede que se tratara de un asunto íntimo, algo de lo que no hablar con un desconocido. Como la batalla que se avecinaba por la custodia de sus hijos, supuso.

Pasaron junto a la veranda naranja chillón del Red Inn, un establecimiento que anunciaba orgullosamente que llevaba funcionando desde finales del siglo XIX, a pesar de haber cambiado de domicilio dos veces. Tenía esa ubicación desde 1950, el año que nació su madre.

Gabriel interrumpió sus pensamientos.

—¿Y ahora qué va a ocurrir?

—Seguiremos los trámites.

—Por ejemplo... Me tranquilizará mucho saber qué están haciendo.

—¿No confía en nosotros?

La sonrisa vacilante de Gabriel no le ofreció ninguna respuesta.

—Sabemos lo que estamos haciendo, señor Johnson. Llevo haciéndolo hace más de diez años.

—Pero ¿con cuántos asesinos en serie se ha encontrado?

Era una buena pregunta.

—Después de dejarle en el hotel, pondré una *byc*...

—¿Qué? —interrumpió Gabriel.

—Una *byc*. Orden de búsqueda y captura.

—Ah. —Gabriel se encogió de hombros—. Me parece muy bien.

—La mandaré por todo el estado, norte y sur, para asegurarnos. Luego organizaremos una búsqueda en la colina, para intentar encontrar al tipo o su cuerpo. Trataremos de localizar esas tumbas. Aunque debo admitir que encontrar a ese hombre, a Heath, si le gusta vivir en el territorio salvaje, no será fácil, dado el tamaño de la zona.

Chandler miró a Gabriel, intranquilo por su respuesta.

—Enviaremos un helicóptero y una avioneta para que echen un vistazo.

—¿Como si estuvieran buscando a alguien que se ha perdido?

—Algo así. También haremos una búsqueda por la superficie.

—Parece como buscar una aguja en un pajar...

Chandler se encogió de hombros.

—Es lo que hay... La fuerza estará en el número. Es un hombre contra cientos.

—Como Jesús entre los no creyentes.

Chandler lo miró.

—¿Es religioso?

Gabriel bufó por la nariz.

—Creo en algo, si es eso lo que me está preguntando. ¿Y usted?

—Mis padres sí creen. Yo estoy de acuerdo. Una base moral para los niños, supongo. Ya tomarán sus propias decisiones cuando sean mayores. Dios no obliga a nadie a seguirle.

—No... Ojalá sus seguidores fueran todos igual de tolerantes.

La conversación se detuvo en seco. No importaba. Habían llegado al Gardner's Palace, un edificio achaparrado, de tres pisos, que parecía tallado

de un solo bloque de piedra, de un rojo intenso, más intenso ahora que el polvo dejaba sus cicatrices en el paisaje. Era un edificio muy corriente: alquitrán negro en el tejado, paredes pintadas de blanco, para reflejar algo el terrible calor, postigos de madera que protegían todas las ventanas y el edificio en sí.

Un par de butacas remendadas en la pequeña zona de recepción les dieron la bienvenida. No era el Ritz, pero sí era un lugar lo bastante bueno para las raras ocasiones en que necesitaban alojar a alguien.

El propietario, Ollie Orlander, los saludó. El vientre le sobresalía por encima de los pantalones como si fuera pasta recalentada en una cazuela. A Ollie le encantaba acoger a los descarriados de la policía. El Gobierno le pagaba las facturas y él podía alquilar su habitación más cara, engañosamente conocida como «*suite* presidencial», al precio más alto.

Ollie miró intensamente a su nuevo huésped para asegurarse de que entendía quién era el propietario del hotel. Un intento de intimidación innecesario: quizá por eso muy pocos repetían. Chandler sabía que los huéspedes preferían que se les diera la bienvenida con cordialidad, y no con suspicacia.

Los ojillos de Ollie se volvieron hacia el policía.

—No causará daños, ¿verdad?

—No es ningún criminal —dijo Chandler.

—Entonces, ¿por qué viene contigo?

—Nos ha proporcionado información. Tenemos que alojarle esta noche.

—¿La *suite* habitual?

Chandler asintió, cansado.

—La *suite* habitual servirá.

—Muy bien, señor. —Una sonrisa torcida le iluminó la cara, bastante gruesa.

Se fue a preparar las cosas mientras Chandler dirigía a Gabriel al piso de arriba.

—No espere demasiado —le advirtió Chandler.

—Con que pueda darme un baño caliente y disfrutar de una cama blanda será suficiente.

Chandler le miró a la cara. Otra vez aquel nerviosismo. Otra vez esos ojos que lo examinaban todo a su alrededor, como si Heath fuera a aparecer en cualquier momento.

—Pondré a un agente en la puerta.

—No es necesario, sargento.

Llegaron a la puerta de la *suite* presidencial.

—Insisto —dijo Chandler.

No pensaba dejar que Gabriel se convirtiese en víctima de su propia valentía.

Cuando el agente Jim Fall llegó con su cuaderno de crucigramas, sacó su cuerpo delgaducho del coche patrulla por etapas: primero la pierna derecha, luego la izquierda; posteriormente, sus brazos se agarraron al techo del coche. Por último, sacó el torso a la luz de la última hora de la tarde. Cómo había conseguido sobrevivir Jim en los estrechos túneles de las minas era algo que Chandler todavía no se explicaba. Aunque se habían hecho policías solo con un par de años de diferencia, Jim se negó a ascender: estaba a gusto con las responsabilidades que el cargo de agente le proporcionaba. Aquel hombre era responsable hasta decir basta.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Jim, alargando las palabras mientras se rascaba el pelo, canoso y revuelto.

—Vigilar el hotel. Asegurarse de que nuestro huésped está bien.

—¿Qué pasa? ¿Tememos que escape?

—Pues no estoy seguro...

Parecía que Gabriel ya se había recuperado lo suficiente para querer irse de la ciudad... Quizá por eso, en un principio, había rechazado la protección.

—Solo hay que estar atento —añadió Chandler, que dejó a Jim sentado bajo un toldo, en el café de Annie, al otro lado de la calle.

Tanya ya había llamado al último miembro del equipo para que acudiera. Luka Grgic se frotaba los ojos, somnoliento. Era su día libre. La expresión enfurruñada de su rostro ya le decía a Chandler lo mucho que le molestaba que lo hubieran llamado. Aunque fuese joven y a veces un tanto imprudente, sabía muy bien que no podía cuestionar las órdenes de un superior, por más frustrado que se sintiera al encontrarse metido en el escalafón entre Chandler y Tanya. A Chandler, su ambición le recordaba un poco a Mitch. Negó con la cabeza para no pensar en su antiguo compañero. Tenían que concentrarse.

—Bueno, ¿de qué se trata, jefe? —preguntó Luka, bostezando.

—Tenemos un problema...

Las cejas de un negro carbón de Luka se fruncieron, sombreando aquellos ojos ardientes que tanto gustaban a gran parte de la población femenina de la ciudad. Si Wilbrook hubiese celebrado una competición para ver quién era el soltero más cotizado, Chandler lo hubiese tenido claro: Luka.

—Tenemos la declaración de un joven que asegura que un hombre llamado Heath le ha atacado y le ha tenido preso en Gardner's Hill. Heath, según la descripción, tiene veintitantos años, mide metro setenta o un poco más, robusto, con el pelo castaño y barba. Bronceado, como si trabajase al aire libre. Debemos considerarle peligroso, posiblemente vaya armado.

—¿Y por qué le buscamos? ¿Por agresión, secuestro? —preguntó Luka.

—Intento de asesinato. —Chandler miró a todo su equipo—. Y tenemos motivos para sospechar de que quizás haya matado antes.

—¡Sí!

Chandler se volvió para ver de dónde venía el grito. Avergonzado por haber demostrado tan descaradamente su felicidad, Nick retrocedió a su escritorio y fingió que escribía en un papel. Chandler ya sabía que aquello iba a pasar. Su fascinación por los asesinos en serie era tal que Chandler intuía que no había ni uno solo cuya historia no conociera al dedillo.

Chandler miró a Tanya. Era la única que no le escuchaba. Estaba trabajando en la *byc*.

—¿Cuánto queda hasta que podamos enviar...?

—Ya está lista —anunció ella.

Chandler rápidamente supervisó los detalles.

—Perfecto.

Pulsando un botón, la *byc* inició su camino hacia todas las comisarías de Pilbara, Australia Occidental, Territorio del Norte y Australia del Sur. La policía estatal querría también una copia. Wilbrook pronto se convertiría en el foco de atención.

Queriendo adelantar trabajo, Chandler buscó unos mapas generados por ordenador para hacerse una idea de la zona que tenían que cubrir. En la pantalla parecía viable para un equipo pequeño, ya que había pocas cotas de nivel y marcas dispersas por el mapa. Sin embargo, las copias de papel extendidas encima de la mesa de reuniones confirmaban el verdadero tamaño de la región. Quizás en aquella zona no hubiera nada, pero era una nada muy extensa.

—Vas a tener que llamar al Cuartel General —dijo Tanya.

Chandler lo sabía. Sabía lo que aquello representaba. El Cuartel General significaba Port Hedland. Y Port Hedland significaba Mitch.

—Ya lo sé.

—Necesitaremos como mínimo... veinte, ¿no crees? —dijo Luka, dejando claro de inmediato que jamás había puesto un pie en la colina.

—El triple, a menos que tengamos mucha suerte —replicó Chandler. Miró a Tanya—. A ver si podemos conseguir para hoy un helicóptero o un avioneta. Los usaremos para vigilar y ver si hay algo raro, quizá para estrechar la zona de búsqueda. —Se volvió hacia Luka—. Luka, comprueba el nombre de Heath, busca a cualquier delincuente con ese nombre o apellido. Concéntrate en alguien que haya sido investigado o acusado por asesinato o agresión. Conseguidme toda la información que podáis.

Una vez dadas las órdenes, los agentes se fueron y a Chandler le quedó por hacer una tarea que temía. Implicar a Mitch. Reducir su propio papel de líder a ayudante. Pero si Gabriel estaba en lo cierto, tenían a un criminal muy peligroso suelto. Necesitaba apoyo para rodear la zona, montar controles de carretera para cercar al sospechoso, así como organizar una búsqueda en la colina y en las granjas cercanas. Era demasiado para solo cinco agentes.

Buscó el teléfono, pero le interrumpió un grito que venía desde la oficina principal. El acento de Melbourne de Nick resonó casi como si fuera una lengua extranjera.

—Cero, cero, uno, sargento.

Una broma interna, el código para una llamada de su madre. Para Chandler era su servicio de urgencias personal. Lo más probable era que su padre hubiera intentado hacer algo que a ella no le gustaba. Como era verano, era previsible que estuviera intentando sacar la gran piscina de goma hinchable desde el garaje al jardín. Un trabajo que correspondía a Chandler a cambio de tener canguros gratis.

—¿Qué pasa, Nick? —preguntó Chandler.

En aquel preciso momento, no necesitaba ninguna distracción. Quizá se estuviera imaginando que oía una risita ahogada, pero de todos modos le irritaba.

—Tiene algo que ver con Sarah.

—Vale, pásamela.

Chandler respondió cuando todavía sonaba el primer timbrado.

—¿Chandler?

—Sí, mamá, soy yo —suspiró.

—Qué acento más raro tiene ese chico nuevo tuyo, pensaba que me había equivocado de número...

—Me llamas dos veces al día, mamá.

—No, no es verdad.

Aunque su voz era suave, hablaba con la confianza de una mujer que conocía perfectamente su lugar en el mundo y que estaba satisfecha con él. Chandler decidió cambiar de tema. No tenía sentido liarse en aquellos momentos en una discusión absurda.

—¿Qué le pasa a Sarah?

—Ah, sí, Sarah. Creo que tienes que hablar con ella. Está muy preocupada por lo de la primera confesión de mañana.

—¿Qué es lo que le preocupa? Solo tiene que decir lo que debe, arrodillarse, levantarse...

—Tiene diez años.

—Ya sé qué edad tiene, mamá.

—A esa edad, tú no querías dormir con la luz apagada.

Chandler ya había oído muchas veces aquella historia, así que la interrumpió.

—¿Y no puedes encargarte tú de eso? ¿O papá?

—Podríamos, pero creo que sería mejor para ella que viniera de su padre.

—Estoy muy ocupado.

—No creo que sea para tanto...

—Mamá, ocúpate de esto por ahora, por favor. Iré más tarde para hablar con ella. O, si no, haré que una de sus amigas hable con ella.

—¿De modo que tu solución es que una niña de diez años aconseje a otra niña de diez años?

No parecía que aquella idea le gustara demasiado. Y Chandler no podía echarle la culpa. No era una sugerencia demasiado acertada, pero no podía pensar en aquellos momentos más que en la situación que tenía entre manos: en Gabriel.

—Tengo que dejarte, mamá —se despidió, y colgó.

Pensaba en la víctima aterrorizada en la comisaría y en la voz tranquila y serena en el coche, de camino hacia el hotel. Se le ocurrió la idea de que Gabriel quizá se lo hubiese inventado todo, que estuviera mintiendo para llamar la atención. Para proporcionar un poco de chispa a su aburrida existencia. O que buscase la fama. O la infamia. Como haría un asesino en serie. Pero parecía asustado de verdad. Además, la sangre y los hematomas eran reales. Y también los roces de las muñecas y las ampollas de las manos. Y si Chandler desechaba la idea de que todo aquello fuera un montaje..., lo único que quedaba era la posibilidad real de que, cerca de ellos, anduviera libre un asesino en serie.

Miró el teléfono. Quizá Mitch enviase a otra persona, pero no se hacía demasiadas ilusiones. Ojalá no tuviera que volver a trabajar con él, pero no era demasiado optimista al respecto.

2002

*H*acía mucho calor, incluso para finales de noviembre. Chandler se movía justo por el límite de los árboles para aprovechar toda la sombra que pudiera entre las escasas ramas. Andaba en zigzag, de tronco a tronco. Los demás hacían lo mismo. En realidad, parecían un puñado de borrachos uniformados perdidos en la zona despoblada, buscando desesperadamente agua y cobijo. La sal le picaba en el corte que se había hecho al afeitarse como un zombi aquella mañana a las seis. Él no se había metido en la policía para hacer turnos de doce horas caminando por el monte, buscando en medio de aquel agujero del infierno a un autoestopista perdido. Pero como eran novatos, Mitch y él no estaban en posición de negarse a formar parte de aquel destacamento.

Su compañero al menos tenía unas piernas muy largas, toda una ventaja en aquel terreno tan desigual. Eso y una barbilla que sobresalía de su rostro como una antena, guiándole por todas partes entre las rocas del suelo. Aunque eran de la misma edad, Mitch parecía mayor, más delgado, casi enfermizo de tan flaco, con los brazos y las piernas demasiado largos; se estiraban y se retorcían arbitrariamente. Cuando estaba furioso, tendía a agitarlos a su alrededor como esos muñecos hinchables que mueve el viento y que ponen en los solares donde se venden coches usados... Pero él no sonreía, claro. Mitch raramente sonreía.

Bundabaroo, la región que incluía las colinas de Gardner's Hill, era una extensión salvaje particularmente inhóspita. Montañas infranqueables, árboles y rocas, que, o bien crujían y se deshacían bajo los pies, y te hacían resbalar, o bien eran tan agudas que te cortaban hasta el hueso. Un experimento de Dios para demostrar las condiciones más extremas en las que podía prosperar la vida. Un lugar donde la única civilización que se podía encontrar era

Wilbrook, aunque, como se solía decir en broma, si Wilbrook es el último reducto civilizado que te queda, es que tienes problemas graves.

A pesar de estar en el siglo XXI, todavía no habían explorado la región a pie. No del todo. Solo había dos formas de adentrarse allí: por un camino de tierra que bordeaba la falda de Gardner's Hill, o bien por medio de un peligroso descenso en helicóptero entre una mezcla enmarañada de árboles altos y ásperos arbustos hasta la inestable superficie que quedaba debajo.

Estaban allí porque había desaparecido un chico de diecinueve años que se llamaba Martin Taylor. De su desaparición se cumplían cuatro días. Aquella jornada habían trasladado un equipo de perros rastreadores desde la costa, para ayudarlos en la búsqueda. Los animales se permitían el lujo de trabajar solo tres horas al día, por el calor que hacía, ya que estaban en pleno verano; en cambio, los humanos tenían que trabajar doce.

Oyendo el ruido del helicóptero por encima y los ladridos ansiosos de los sabuesos, Chandler intentó concentrarse en el ruido que tenía más cerca: el crujido de sus propias botas pisando el sotobosque. Externamente estaba buscando a Martin, pero por dentro no conseguía empatizar con él. Otro chico de ciudad que quería vivir la gran aventura al aire libre, aunque no estaba preparado en absoluto para lo que se iba a encontrar allí. No había caminos definidos, nada que pudiera guiarle, excepto sus ojos, la brújula y algunos mapas. El GPS era una quimera. Allí la tierra era igual que hace quinientos millones de años: sin definir, rocas, árboles y paisaje entremezclados, la tierra y el cielo fundidos, sin ninguna pista de cuál era el camino de salida.

Toda la información que tenían de los movimientos de Martin procedía de Eleanor Trebech, la propietaria del Garden's Palace, el hotel donde el chico se había alojado la noche anterior a su desaparición. Eleanor les dijo todo lo que sabía. Eso sí: se lo dijo a su manera, con su típico aire desinteresado, el pelo rizado en espirales inacabables.

Sus respuestas adoptaban la forma tanto de señales de humo como de palabras: fumaba como un carretero. De ella habían obtenido una descripción y una idea de lo preparado que iba el joven. Botas recias, gafas de sol. Una camiseta ligera que relucía con un verde intenso muy llamativo en el vestíbulo poco iluminado. Una mochila diminuta que no podía contener lo suficiente para una caminata larga. Un joven airado, decía ella, que acababa de romper con su novia. Una separación fea, suponía.

Bill Ashcroft hizo una pregunta más, con su inimitable estilo brusco.

—¿Le dijo cuándo iba a volver?

Eleanor negó con la cabeza. Martin no le había dicho que le guardara la habitación, así que ella no se metió: no era asunto suyo. Y acabó la conversación volviendo a la satinada revista de tendencias que tenía delante, sentada ante el mostrador de recepción.

La información que recogieron de su familia y amigos le señalaba como excursionista con algo de experiencia y cierto número de caminatas de fin de semana en su haber, pero para esta excursión Martin había descuidado dos aspectos básicos: salió a caminar solo y no informó a una persona responsable de la ruta que iba a seguir y cuándo esperaba volver. Desde luego, nadie podría decir que Eleanor Trebech fuera una persona responsable: tres matrimonios y medio, así como su historial de accidentes de coche provocados por la embriaguez, más bien decían lo contrario. Pero no proporcionarle ninguna información de sus planes parecía un acto de abandono voluntario.

La única pista que tenían del lugar desde donde había partido era el coche, un oxidado Holden que encontraron abandonado en el hueco entre los árboles que constituía el aparcamiento de tierra de Gardner's Hill. Al analizarlo vieron que no había gasolina en el depósito y que la suspensión funcionaba a base de rezos, más que de mecánica. Nadie se podía explicar cómo había aguantado el trayecto por aquella carretera tan difícil.

En el coche encontraron una brújula, estaquillas para montar una tienda y una chaqueta, necesaria por la noche, cuando la temperatura baja rápidamente. Había también un pequeño botiquín metido bajo el asiento del conductor, un sitio donde se podía olvidar fácilmente. Quizás a propósito.

En aquel momento, todavía nadie había dicho en voz alta la posibilidad de que Martin hubiera muerto. Se especulaba con que estuviera vivo e ignorando que toda aquella gente le estuviera buscando. Tal vez había hecho autostop y se había ido a algún otro sitio sin informar a nadie. Quizás incluso a las antiguas minas. No era raro. Tres veces en los dos últimos años se habían dado incidentes en los cuales algunos activistas medioambientales entraron en las minas y cayeron por accidente en alguno de los pozos abiertos. Dos habían escapado solo con huesos rotos y una multa importante, pero otro cayó en un mal agujero y se rompió el cuello. Pasaron seis meses hasta que lo encontraron. Lo mismo pasaba allí arriba en la colina, había pozos naturales en abundancia y huecos escondidos entre la maleza. Si Martin hubiese caído en uno de ellos, nadie le habría oído gritar.

Fue el grito furioso lo primero que oyó, seguido por protestas e indignación. Chandler llevaba un rato hablando con Tanya sobre modificar la *byc*, para incluir una advertencia a la hora de acercarse al sospechoso, cuando un hombre desconocido llegó cojeando a la comisaría. Su cojera era mayor por culpa del cañón de la escopeta clavado en su espalda. La escopeta la empuñaba Ken *Kid* Maloney, de cincuenta y seis años, nacido y criado en esa misma ciudad. Más que criado, habría que decir «mal criado». Lucía una barba tan salvaje como sus ojos. Murmuró algo de que había cogido a aquel cabrón en sus tierras. El resto era difícil de entender. Casi nadie entendía su acento, tan confuso.

Chandler miró de reojo a sus colegas y los tranquilizó. No debían reaccionar. Todavía no. Era la segunda vez aquel año que Ken les traía a alguien encañonado con una escopeta. La primera vez fue una pareja de mochileros que decía que le habían robado cosas de casa. Una afirmación que resultó no tener fundamento: simplemente, eran una pareja sedienta que quería algo de agua. Ken forzó aquel malentendido. Esta vez solo había una víctima. Chandler apartó los ojos de la escopeta y los clavó en el tembloroso rehén, para calmarlo. El corazón le dio un vuelco.

Aquel tipo encajaba perfectamente con la descripción de Heath.

Más o menos, metro setenta de alto. Como había descrito Gabriel, tenía el centro de gravedad recio y bajo de un trabajador del campo, apto para acarrear grandes pesos. Llevaba el pelo color castaño revuelto, como si no se hubiera peinado desde hacía meses; la barba, de al menos una semana, era un poco más oscura que el pelo. Estaba chorreando sudor. Una pequeña cruz colgaba bajo su camisa verde de cuadros; tenía un bolsillo desgarrado. Completaban su atuendo unos pantalones por debajo de la rodilla que parecían de leñador, adecuados para el exterior... y para mantener a alguien encerrado en un cobertizo antes de asesinarlo. La sangre parecía indicar que sí, que era posible.

—¿Entonces va a venir alguien a arrestarle? —dijo Ken, con el arma firmemente apretada contra la espalda del hombre.

Con la mano, Chandler hizo señas a sus colegas de que retrocedieran. La cara de Ken era la viva imagen de la frustración. Una frustración peligrosa.

—Nos lo vamos a llevar ahora, Ken. Tú baja el arma.

Chandler esperaba transmitir autoridad, pero no estaba seguro de haberlo conseguido.

—¿Por qué demonios tengo que bajar la escopeta? —preguntó Ken—. Alguien tiene que mantenerlo vigilado...

—Déjalo, vamos, Ken —dijo Chandler.

Pensó que si hubiera sabido quién era aquel hombre, probablemente no se habría atrevido a acercarse a él. Ken estaba loco, pero no era ningún idiota.

—No voy a apartar la escopeta hasta que venga alguien a arrestarlo —respondió, con la voz enredada en la barba, como si el pelo hubiera tapado y cerrado sus labios.

Chandler avanzó un poquito para oírlo mejor. Fue un error. Ken reajustó su postura, amenazante.

Su rehén soltó entonces un murmullo indescifrable. Suplicaba.

Chandler decidió intentar aplacar a Ken.

—Venga, Ken, ¿qué ha hecho este hombre? —preguntó.

—Lo he pillado.

Chandler estiró el cuello todo lo que pudo, sin atreverse a mover el resto de su cuerpo por si Ken se alteraba.

—Estaba intentando robarme el coche.

—¿Estaba en tu casa? —preguntó Chandler.

Si era Heath, seguramente buscaba un coche para huir. O para perseguir a su presa.

—No, yo estaba cerca de la casa de Turtle. Cazando un maldito conejo de esos. Iba a volver al coche cuando he cogido a este hijo de puta intentando ponerlo en marcha. No se tocan las propiedades de la gente —dijo Ken, con los ojos muy abiertos y fingiendo una inocencia similar a la de los conejos que se suponía que estaba cazando.

Chandler sabía perfectamente que la historia de los conejos era mentira. Si Ken había estado donde Turtle, casi seguro había sido para robar huevos de las gallinas de los corrales. Pero, bueno, de eso ya se encargaría otro día. Ahora mismo necesitaba que Ken retrocediera y soltara a ese tipo. Así podría hacerle más preguntas y confirmar sus sospechas.

—Está bien, Ken, vale —accedió Chandler—. Y ahora, si me dejas a mí al sospechoso, podré arrestarlo.

—Yo no intentaba... —empezó a hablar el joven.

El cañón de la escopeta se clavó en su espalda y le hizo callar.

—¡Sí que lo intentabas, joder, te he pillado! —exclamó Ken, gritando al oído de su rehén. Luego le dijo a Chandler—: Habrá huellas..., huellas dactilares en el volante. Y por si acaso te digo que yo no tengo nada que ver con la sangre. No puedes cargarme eso. Este tío ya la llevaba.

—Te creo, Ken. Y ahora...

—No le he puesto un dedo encima. Díselo. —Ken apretó el cañón de su escopeta contra la espalda del detenido.

Este tartamudeó:

—No ha si..., sido...

Ken no le dejó acabar.

—¿Lo ves?

—Lo veo —dijo Chandler. Desvió la conversación hacia el otro hombre; estaba casi seguro de que era el asesino en serie que buscaban—. ¿Está bien?

En los ojos del hombre vio dolor.

—No, no estoy nada bien. ¿Acaso parece que estoy bien? —dijo, y enseguida hizo una mueca de dolor. No por el cañón..., había algo más que le causaba incomodidad.

Ken volvió a apretar el cañón del arma otra vez, provocando un gruñido por parte del detenido.

—Entonces dile lo que has hecho, chico. O lo que intentabas hacer cuando te he detenido.

—Ken, deja que seamos nosotros quienes nos ocupemos de esto —dijo Chandler.

—Si consigo que lo confiese, no podrás acusarme de nada a mí.

—No te voy a acusar de nada, Ken, pero tienes que bajar el arma. ¡Ahora!

Aquello tenía que terminar ya. Cuanto más tiempo Ken estuviera allí, más posibilidades había de que apretase el gatillo.

Luka los interrumpió:

—No podemos considerar como prueba nada de todo esto, Ken. No si le sigues apuntando con una escopeta.

Chandler se volvió a mirar a su agente. Técnicamente, Luka había dicho la verdad, pero la verdad no ayudaba demasiado. Ya tenía a un posible asesino en serie en sus manos, no necesitaba además una investigación por asesinato.

—¡Ken! El arma. ¡Ahora! —Chandler tendió la mano para coger la escopeta. Aunque trató de dominarse, no pudo evitar que le temblara.

—La escopeta es mía —dijo Ken.

—Y te la devolveré.

—Tengo derecho a llevarla.

—Pero no tienes derecho a apuntar con ella a la gente.

—¿Aunque sea un hijo de puta que me quería robar el coche?

—Ya nos lo has traído a nosotros. Con eso basta.

—Pero no lo ha confesado... —dijo Ken.

El tipo volvió a hacer una mueca, con la mandíbula muy apretada. Parecía derrotado. El asesino en serie cogido por azar, sus planes cuidadosamente trazados frustrados por un paisano del pueblo algo tonto pero bastante peligroso.

Como Ken no quería dejar el arma, Chandler miró al joven.

—¿Ha intentado usted robar el coche?

El otro asintió con la cabeza. Una confesión con una escopeta apuntándolo.

—Sí, intenté robarle el coche. Tenía que hacerlo. Tenía que huir, tenía que...

Su confesión quedó interrumpida por otro golpe de la escopeta.

—Una mierda, chico. No hay excusa que valga. Vosotros, los cabrones de la ciudad, creéis que os podéis salir con la vuestra, hagáis lo que hagáis aquí.

—Ya tenemos su confesión, Ken. Puedes soltarlo —dijo Chandler.

—Pero no se arrepiente.

—¡Ken!

El hombre frunció el ceño, quitó la escopeta de la espalda de su rehén y la apuntó hacia el techo. Chandler soltó el aire de sus pulmones. La tensión empezó a disminuir y todos destensaron los hombros. Tanya y Luka corrieron a apartar a Ken de su rehén. Chandler fue hacia él. Ken se resistió cuando Tanya intentó quitarle la escopeta de las manos.

—La escopeta es mía.

—Cuarenta y ocho horas, Ken —dijo Chandler—. Para que te vayas calmando. La próxima vez que veas a un intruso, nos llamas.

—Quiero que me la devuelva. ¡Dos días, nada menos! Yo necesito esa escopeta... —Ken frunció el ceño. Parecía perdido sin su arma, con los ojos muy abiertos y llenos de dolor, como si le hubieran quitado de las manos a su único hijo.

—Dos días —repitió Chandler, ignorando la mirada de frustración de Tanya.

Ya sabía lo que opinaba ella: nadie debía llevar armas, excepto la policía. Quizá fuera porque ahora tenía tres hijos, aunque nunca le habían gustado las armas. Eso sí: no le daba miedo tener que empuñar una. Chandler hizo una seña en su dirección para que sacara a Ken fuera de la comisaría. Por una vez, era el menos peligroso de los locos allí presentes.

Una vez que hubo salido Ken, Chandler examinó al sospechoso. Tenía la cabeza gacha, mirando al suelo. Nada en sus regordetas y sudadas mejillas sugería que fuese capaz de matar a cincuenta y cuatro personas. Cuando levantó los ojos para mirarle, Chandler vio que estaban entrecerrados; detectó cierta maldad en ellos. El hombre cogió aliento con fuerza y gruñó, enseñando los dientes. Las manos de Chandler fueron a su pistola y tocó el metal, dispuesto para desenfundar.

—Tenía que robar ese coche. Tenía que hacerlo —susurró el hombre.

Luka se detuvo cerca del sospechoso, esperando instrucciones. Chandler miró hacia un lado de la habitación. Al comprender su mensaje, su colega retrocedió.

—¿Es usted Heath? —preguntó Chandler, curvando los dedos en torno a la culata del arma.

El hombre, que parecía herido, levantó la cabeza despacio, con la mandíbula firmemente apretada. Era la mirada de un hombre que había estado muy desprotegido.

Los ojos, de un castaño muy oscuro, miraron a Chandler. Luego a los demás. Chandler se preparó, tensando los dedos en torno al arma. Si intentaba escapar, sería ahora.

Asintió una vez. Con una expresión de confusión, más que de amenaza.

—¿Cómo ha sabido...?

—¿Se llama usted Heath? ¿Sí o no? —repitió Chandler.

—Sí, me llamo Heath. Heath Barwell —dijo, frunciendo el ceño. Su expresión de dolor había desaparecido. Todo era fingido. Aunque había sido muy convincente, la verdad.

—¿Es usted del este?

—Sí, de Adelaida.

—¿Y qué le ha traído por aquí? —Chandler empezó despacio, con preguntas fáciles para calmarle, como si excavara en un yacimiento arqueológico, donde es mejor usar un pincel que un buldócer.

—Por trabajo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Pues cualquiera. Granjas, recoger fruta, peón. Lo que quiera, he hecho de todo.

—Así que conoce bien este sitio, ¿no?

Heath negó lentamente con la cabeza.

—No.

Chandler notó la suspicacia y las dudas en la voz de Heath, como si buscara un camino seguro en un campo minado.

—Señor Barwell, voy a tener que arrestarle...

—Tenía que robar el..., coger el coche —farfulló Heath—. Estaba huyendo de...

—No nos interesa el coche —le interrumpió Chandler, colocando los brazos de Heath hacia la espalda y deslizándole las esposas en las muñecas, que ya estaban muy enrojecidas. También tenía las palmas llenas de ampollas, ya fuera de calor o por el trabajo—. Queremos hablar con usted de algunos asesinatos...

Inmediatamente, las manos esposadas se apartaron de su contacto. Heath se volvió hacia él con los ojos llameantes. Al dar un paso para apartarse de Chandler, Tanya y Luka se acercaron.

—De eso precisamente quería hablarle —dijo Heath.

—¿Quiere confesar? —preguntó Chandler, luchando contra una curiosa sensación de anticlímax y de emoción simultáneas. Pero una confesión significaba no tener que traer a Mitch, y entonces...

—¿Qué quiere decir con eso de que si quiero confesar? Fue a mí a quien atacaron —dijo Heath, moviendo la cabeza como para señalar una dirección—. Allá arriba. En el bosque.

Tanya y Luka condujeron al sospechoso hacia un asiento. Chandler se quedó de pie frente a él, preguntándose qué intentaba Heath. ¿Estaría desviando la atención? ¿Mintiendo para salvarse? ¿Era todo un juego?

—¿Qué quiere decir? —preguntó, siguiéndole la corriente.

—Pues quiero decir —empezó Heath, con aire ofendido— que alguien me secuestró e intentó matarme. Conseguí escapar de allí. Entonces tropecé con ese hijo de puta con el peinado de paleta y la escopeta.

—¿Quién le atacó? —preguntó Chandler.

—¿A quién se refiere?

—Al de los bosques.

—Decía llamarse Gabriel —dijo Heath, humedeciéndose los labios agrietados con la lengua.

Un millón de ideas estallaron en el cerebro de Chandler, pero fue Tanya quien habló, todavía al acecho y dispuesta a saltar.

—¿Cómo era ese tal Gabriel?

—Pues alto..., más alto que yo. Quizá como usted de alto. —Señaló hacia Chandler—. Pero más delgado. Hablaba..., no sé..., parecía que no era de por aquí.

«Pues no, no lo es», pensó Chandler. Gabriel era de Perth, aunque se suponía que, para alguien del este, todos los del oeste más o menos sonaban parecido. Pensó que no debía caer en la misma trampa. Dejarse llevar por los estereotipos conducía a un mal trabajo policial.

—¿Algo más? —preguntó Chandler.

La descripción no era demasiado precisa. No tenía por qué ser Gabriel Johnson.

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó Heath—. Era de su misma altura, algo bronceado, con barba de días, pero tenía una cara como..., no sé, parecía muy joven. Como si no pegara con el cuerpo, como si la barba fuera falsa. Hablaba muy bien. Con una voz muy aterciopelada.

Eso sí que encajaba. Heath acababa de describir a Gabriel. De hecho, el recuerdo quizá fuese demasiado bueno, más un estudio prolongado del sujeto que una mirada azarosa y asustada con la mente a mil revoluciones.

Chandler miró a sus compañeros. Tanya parecía tan asombrada como él mismo. Luka le miraba, esperando instrucciones. Nick seguía detrás del mostrador de recepción, con los ojos muy abiertos, disfrutando del espectáculo.

—Por eso he intentado robar el coche —dijo Heath—. Huía para salvar la vida. Tienen que creerme...

Chandler no supo qué decir.

—¿Sargento? —intervino Luka, buscando una respuesta. Parecía que le gustara hacer eso cuando alguien estaba bajo presión, y más aún si era su jefe.

—Metedlo en una celda —indicó Chandler.

No era más que una táctica dilatoria, pero en ese momento no se le ocurría nada mejor.

Luka asintió.

Heath explotó, intentando en vano librarse de los dos agentes que le arrastraban.

—¡No pueden hacer eso! —chilló, mientras se lo llevaban hacia las celdas—. ¡Tengo mis derechos! ¡No pueden encerrarme!

—Puedo, si está usted bajo custodia —respondió Chandler.

—¿Por qué motivo?
—Por robar un coche, para empezar.
—¡Pero iban a asesinarme!
—Entonces en las celdas estará seguro —respondió Chandler mientras las protestas del hombre se desvanecían en la distancia.

Chandler se sentó ante el escritorio de Tanya e intentó aclarar sus ideas. Tenía a dos personas y cada una de ellas aseguraba haber sido atacada por la otra. A una la tenía encerrada, y a la otra la había dejado marchar. ¿Quién decía la verdad? ¿Quién «creía» él que decía la verdad? ¿Quién había entrado voluntariamente, o quién se había presentado amenazado por el cañón de una escopeta? Empezaría por interrogar al que tenía bajo su custodia.

—¿Llamo al Cuartel General? —dijo la entusiasta voz de Nick.

—Déjame pensar.

—Podríamos tener un asesino en serie, sargento. —Nick parecía emocionado.

Luka entró en la oficina principal, procedente de las celdas de atrás.

—¿Está bien encerrado? —preguntó Chandler.

—Sí —respondió Luka. Cogió una lata de Coca-Cola de la nevera. Chandler tenía la sensación de que la temperatura en la comisaría había aumentado, aunque pareciera imposible, pues el calor ya era espantoso—. Supongo que querrá evitar que la imaginación de Nick se desboque.

Chandler estuvo de acuerdo. Era responsabilidad suya mantener a raya las emociones, aunque él mismo apenas podía dominar las suyas.

—No sabemos a qué nos enfrentamos. Podría ser simplemente una disputa entre amigos que se les ha ido de las manos. Tendremos algo más cuando llamemos al Cuartel General. Vamos a tranquilizarnos todos.

Era un mantra que Chandler se repetía a sí mismo, de pie ante la sala de interrogatorios, intentando calmar sus nervios. Dentro había un hombre que había asesinado a cincuenta y cuatro personas. O bien un chico que había

discutido con un amigo y no suponía más amenaza que las moscas que zumbaban en torno a la luz del techo. Habían dejado que Heath sufriera durante veinte minutos, antes de llevarlo allí.

En ese tiempo Chandler había hablado con Jim, que le había dicho que no había ninguna novedad con Gabriel, testigo y víctima, ahora implicado como posible sospechoso. Había ordenado a Jim que continuase la guardia y que le llamase si cambiaba algo. Después del interrogatorio, volvería a traer a Gabriel.

Chandler entró en la sala de interrogatorios. Heath estaba sentado a la mesa, con las esposas puestas. Tanya hacía guardia al fondo de la habitación. Los ojos de Heath estaban cerrados y apretados. Chandler se sentó. Le dejó meditar un momento, examinando a aquel hombre, intranquilo y emocionado a la vez por lo que estaba a punto de descubrir.

—Señor Barwell, ¿quiere usted atendernos?

Abrió los ojos y lo miró. Esperaba encontrarlos fríos y calculadores, pero en ellos solo vio cansancio y una mirada que sugería que llevaba despierto demasiado tiempo..., o bien que su cerebro luchaba por contener un terrible secreto.

—Qué remedio —escupió Heath, levantando las esposas. Podía estar cansado, pero conservaba los ánimos suficientes para responder con ironía.

—Tengo que hacerle algunas preguntas —dijo Chandler.

—Le he dicho todo lo que sé. Le he dicho quién me tuvo cautivo y quién intentó matarme. Le he dado una descripción... ¡Y soy yo el que está encerrado!

—Usted intentó robar un coche, señor Barwell.

—Ya le he explicado por qué. Huía de un asesino. Eso hace que no cuente el intento de robo de coche, ¿no le parece? —Hubo una pausa. Heath dio marcha atrás, al darse cuenta de que acababa de confesar un delito—. No puede acusarme porque ni siquiera ha empezado el interrogatorio ni me ha leído mis derechos.

El sudor le caía desde el pelo hasta la barba, que parecía haberse vuelto más oscura todavía en la última media hora.

—Ya sé lo del coche —dijo Chandler—. Lo que quiero saber es lo demás. Quiero que me cuente usted su historia. Cómo llegó aquí.

Otra pausa. Heath parecía sopesar si valía la pena confiar en Chandler o no. Pero no importaba: dada su actual situación, no tenía elección. Se echó hacia atrás. Se tocó el pelo, despeinándolo todavía más. Luego se pasó las

manos por la cara, que estaba tan bronceada y castigada como la de Gabriel. Ahí acababa su parecido.

Sus historias coincidían casi a la perfección. Como Gabriel, Heath decía estar sin trabajo y sin dinero. Aseguró que viajaba al interior para conseguir trabajo en alguna granja.

—¿Tenía usted un nombre? ¿Una ubicación? ¿Un número de teléfono?

—¿A qué se refiere, llamar antes y reservar? —preguntó Heath, burlón.

—Debía de tener alguna pista, para venir hasta aquí, tan lejos.

Heath suspiró, frustrado.

—Hacía lo que hago normalmente: ir sobre la marcha. Un recolector de la costa me dijo que tierra adentro las cosas estaban mucho mejor, que la mayoría se quedaba por la costa porque te mueves con más facilidad, pero que también hay más competencia. —Heath le miró—. Pero ir buscándose la vida por ahí no es ningún crimen, que yo sepa, ¿no?

Pues no, no lo era, pero hacía menos creíble su historia. Chandler necesitaba algo más.

—Siga.

—Bueno, pues estaba levantando el dedo para salir de Port Hedland en autostop cuando Gabriel me paró.

—¿Qué coche llevaba?

—No lo sé. Un coche muy hecho polvo, color polvo también.

—¿Marca?

Heath encogió los hombros.

—Se paró. Era lo único que me importaba. Aunque fuera un coche de mierda, hecho polvo, era mejor que ir sudando como un loco todo el día, con este sol tan asqueroso.

—¿Número de matrícula?

Heath suspiró y cerró los ojos.

—Si no me acuerdo de la marca, ¿cómo coño piensa que voy a acordarme de eso?

Chandler no respondió. Las descripciones de Gabriel y Heath del coche coincidían, y eran igual de vagas.

—¿Y siempre hace autostop? —preguntó Chandler.

—Solo si no me queda otro remedio.

—¿No le dio mal rollo al verle?

—Era alto, delgado... Yo habría podido con él, si hubiera intentado algo. Se presentó como Gabriel. Dijo que volvía de la ciudad con suministros.

—¿Y nada más?

Heath posó la mirada en la pared de detrás.

—Únicamente que vivía por aquí, solo. Me pareció que era verdad. Quiero decir que no hablaba mucho. Y, cuando lo hacía, hablaba tan bajito que apenas le oía. Me hizo pensar que a lo mejor era..., ya saben, gay. —Volvió a mirar a Chandler—. No tengo nada en contra de ellos... Lo que haga la gente en su casa es asunto suyo. Quiero decir que no los odio ni nada —añadió Heath, haciendo esfuerzos por explicarse.

Chandler le dejó continuar, tal vez así revelase algo.

—Lo que digo es que yo no tenía miedo. Estaba todo controlado. —Heath cerró los ojos y reflexionó un momento—. Vamos, más bien, que pensaba que lo tenía todo controlado. Le pregunté a qué se dedicaba, para ser amable y eso, pero la verdad es que lo único que quería era dormir unas horas. Pero como no lo conocía, no lo hice.

—¿Y de qué hablaron?

—De nada, en realidad. Le dije que era de Adelaida y que ese sitio donde estábamos me parecía tan árido como el trecho que va de Coober Pedy a Alice Springs, pero que allí era donde estaba el dinero. Salimos de la ciudad y nos dirigimos tierra adentro. Pasamos un par de cruces...

—¿Le pareció que había algo raro en él? —le interrumpió Chandler.

—No, simplemente que íbamos pasando por sitios donde habría podido conseguir trabajo. Él me dijo que todo el mundo iba a esos mismos sitios. Repetía una frase... —dijo Heath, mirando al techo—. Decía que era como pararse en el primer abrevadero que uno ve. —Heath le miró—. ¿Conoce el dicho?

Chandler negó con la cabeza: quería que Heath continuase hablando.

—Decía algo así como que llegas allí y todos los animales han pisoteado el suelo y han dejado el agua demasiado turbia para poder beberla. Aseguraba que era mejor buscar más lejos. Así pues, seguimos. Era agradable ir moviéndose, en lugar de cocerme vivo en la cuneta. Me dijo que había agua detrás, si me apetecía. —Heath hizo una mueca—. No vi por qué no debía beber. Tenía sed.

Chandler ya veía adónde se dirigía la historia. Droga en el agua. Lo mismo que les había contado Gabriel.

—Un par de minutos después empecé a notar que me mareaba. Como si me quedara sin pilas. Al principio pensé que era solo que mi cuerpo se relajaba, la ansiedad de estar en el coche de un desconocido y el aire caliente que entraba por la ventanilla, amodorrándome. Sin embargo, cada vez era

peor, hasta que al final no me sentía los brazos ni las piernas. Entonces debí de desmayarme. Supongo que había puesto algo en el agua.

Chandler le dejó continuar, tomando notas.

—Me desperté en un cobertizo. —Heath husmeó el aire—. Olía como a savia dulce, quizá por la madera cortada amontonada en un rincón. Estaba sujeto con una especie de grilletes antiguos, que me hacían daño en las muñecas. —Le enseñó a Chandler la piel despellejada que marcaba sus gruesas muñecas—. Los pies también. Unas cadenas como las que se ven en las pelis antiguas de Ned Kelly, el famoso bandolero. Ese tipo de cosas... Unos hierros muy gordos sujetos por una cadena a la pared. El tío no quería que me fuera.

—¿Puede usted describirlos exactamente?

Heath sacudió la cabeza.

—En forma de D..., unos aros unidos por una cadena. Y también en las piernas. Tenía las muñecas sujetas a la pared. Las piernas no, pero las cadenas eran demasiado pesadas para moverme, como si las hubiesen metido en un bloque de cemento. Chillé mucho pidiendo socorro, pero fuera solo se oía el ruido de algunos animales... y movimiento en la puerta de al lado. Entonces supuse que me habían encadenado en un cobertizo de herramientas, al lado de una cabaña. Me preocupó mucho pensar para qué serían las herramientas. —Miró a Chandler—. Todo parece muy siniestro cuando estás encerrado. Seguí gritando hasta que se me irritó la garganta, pero Gabriel no me hizo caso. Sabía que no había nadie por allí que pudiera oírme. Al cabo de un rato, apareció en la puerta, ni enfadado ni contento..., solo estaba allí. Le supliqué que me dejase ir. Él me dijo que me calmara, con esa voz suya suave, tan rara. Temía que fuera a hacer algo allí mismo, pero mencionó algo del cincuenta y cinco. Le pregunté que qué mierda quería decir con eso, pero me respondió que tenía trabajo que hacer y se fue. Le dije que no tenía por qué matarme. Entonces dijo algo que todavía me da escalofríos cuando me acuerdo: «No tienes que preocuparte por eso. No tienes que preocuparte en absoluto. Por supuesto que te voy a matar».

Heath miró a Chandler, como si tuviera que reforzar aquel recuerdo con su mirada.

Chandler fue directo.

—Si Gabriel estaba tan decidido a matarle, ¿cómo es que consiguió escapar?

El sospechoso puso las muñecas esposadas encima de la mesa, con la piel desgarrada y ennegrecida por los bordes. El polvo cubría una herida.

—Pura suerte. Iba pegando tirones de las cadenas, esperando que, al ser tan viejas, se acabaran rompiendo. Y así fue. Uno de los mecanismos de cierre saltó. Durante unos segundos me quedé helado, mirándolo en el suelo. No podía creer que hubiese ocurrido de verdad. Me incliné y cogí un hacha del banco. Di con ella en el otro grillete, procurando no cortarme la muñeca. Seguí dándole golpes y escuchando atentamente para ver si él aparecía por la puerta de al lado.

—¿Y no apareció?

Heath sonrió, con cierto orgullo.

—Me puse a gritar otra vez, para cubrir el ruido de los golpes. Y cuanto más golpeaba más gritaba. Conseguí doblar el metal lo suficiente para sacar la mano. —Heath se miró la palma de la mano, hinchada—. Iba a hacer lo mismo con las piernas, pero encontré la llave colgando de un clavo. Quería usar el hacha para romper la puerta del cobertizo, pero no estaba afilada. Así pues, fui a la puerta de al lado y me asomé dentro.

Heath cerró los ojos, recordando la escena.

—Él estaba allí, mirando al otro lado, con papeles y mapas alrededor. Parecía estar planeando algo. Probablemente, dónde enterrarme.

—Así pues, ¿estaba de espaldas a usted? —preguntó Chandler.

—Sí.

—¿Y usted tenía el hacha?

—Sí.

—¿Por qué no le atacó?

Heath hizo una pausa, como si estuviera haciéndose la misma pregunta.

—Solo quería largarme de allí, sargento. De todos modos, él se volvió y se me quedó mirando. Parecía tan sorprendido como yo. Me lancé hacia la puerta, salí y eché a correr. Odio a muerte el campo.

—Pero usted trabaja en el campo —dijo Chandler.

—Solo por el dinero. Deme usted ladrillos, tela asfáltica y aire acondicionado... Lo prefiero una y mil veces... Pero no tengo cabeza ni estudios para poder tocarme los huevos detrás de un escritorio.

Chandler le hizo volver a su historia.

—Entonces, ¿salió corriendo, pero no lo despistó?

—No. Joder, ese tío tiene el físico de los corredores de larga distancia. Conseguí llegar a las tumbas.

—¿Tumbas? —preguntó Chandler, que fingió que no sabía de qué le estaba hablando.

—Sí, tumbas... O al menos parecían tumbas.

A Chandler, esa forma tan repentina de echarse atrás le dio mala espina. Fue como si ese tipo estuviera fingiendo no saber demasiado.

—¿Cuántas tumbas?

—Creo que seis. Al ver las tumbas, me pareció que había ido a parar al infierno, con el calor que hacía y todo eso. —Heath esbozó una débil sonrisa, pero rápidamente la borró de su rostro, al ver que Chandler no se la devolvía—. Fui hacia la cima de una colina. Pensé que desde allí podría averiguar cómo escapar, pero no había más que una caída de unos tres metros. Entonces él me cogió y me empujó. Me tiró al suelo. —Heath se aclaró la garganta—. No recuerdo gran cosa de la pelea, aparte de que ninguno de los dos conseguía sujetar bien al otro. Ambos íbamos rodando aquí y allá para intentar colocarnos bien. Supongo que entonces debimos de caer por el borde. Nos dimos un buen porrazo. Recuerdo que pensé que me había muerto. No tenía aire en los pulmones. No podía mover los brazos ni las piernas. Supongo que me desmayé. Me desperté mirando hacia el risco. No tenía ni idea de dónde estaba.

—¿Cuánto tiempo estuvo inconsciente?

—No lo sé. El sol todavía iba subiendo, así que supongo que un par de horas.

—De acuerdo —dijo Chandler—. ¿Y dónde estaba Gabriel?

—Pues a mi lado, lleno de cortes y de hematomas. Vivo... o muerto, entonces no me importó. Lo dejé allí.

Así que ninguno de los sospechosos había intentado rematar al otro. Chandler suponía que si alguno de los dos hubiera sido un auténtico asesino en serie, habría aprovechado aquella oportunidad. Lo único que estaba claro era que uno de ellos no decía la verdad.

Heath continuó contando su historia.

—Fui dando traspiés durante unas pocas horas. Al final di con una carretera de tierra. La seguí y llegué a una granja. No me pareció que hubiera nadie dentro. Por eso intenté coger el coche. Justo entonces fue cuando me encontró el idiota ese de la escopeta. Y aquí estamos: hablando mientras ese psicópata anda por ahí suelto.

Chandler decidió jugársela y ver cómo reaccionaba su detenido:

—Ese psicópata está contando exactamente la misma historia que usted..., que usted le secuestró e intentó matarle.

Heath pareció horrorizado. Se puso muy blanco y sus ojos parpadearon rápidamente.

—¡Está mintiendo!

—De acuerdo. ¿Por qué? —preguntó Chandler.

—¿Cómo que «por qué»?

—¿Por qué iba a mentir Gabriel?

Heath se adelantó hasta el borde del asiento, rozando el suelo con las patas de la silla.

—Ya se lo he dicho. Porque es un psicópata.

—Quiero decir que si tuvo algún motivo específico. ¿Hay alguien por ahí que quiera secuestrarle y matarle? ¿Alguien que le odie tanto como para preparar todo esto? ¿Algún enemigo? ¿Deudas? ¿Algo?

—No tengo absolutamente nada ni debo nada —escupió Heath.

Quizás era la primera cosa sincera que decía, pensó Chandler. Por su postura, parecía siempre nervioso, como un gato sobresaltado, con las garras enterradas en las suaves almohadillas de su ropa.

—Es un psicópata, señor..., sargento... Como sea que le llamen.

—Sargento está bien.

Pareció aún más nervioso: debajo de la mesa, las piernas empezaron a repiquetear arriba y abajo, como pistones.

—No puedo decirle nada más, sargento.

Chandler asintió. Ya había exprimido todo lo posible aquel limón. Necesitaba algo de tiempo para planear su próximo movimiento. Lo único que tenía, en aquel preciso momento, era la palabra de un desconocido contra la de otro. Por lo demás, solo su opinión sobre quién estaba diciendo la verdad, si es que alguien la decía.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Heath.

—¿Adónde? —preguntó Chandler.

—A cualquier sitio.

—Creo que es mejor que se quede aquí, ¿no le parece? Si hay un asesino en serie que anda detrás de usted...

Heath abrió la boca como si fuera a decir algo, pero no articuló palabra.

Chandler y Tanya salieron de la sala de interrogatorios y volvieron a entrar en la oficina. Allí los recibió Luka, que andaba de un lado a otro entre los escritorios, dando vueltas sin cesar como si siguiera un circuito imaginario.

—¿Qué? —preguntó Luka.

—Tenemos que detenerle —respondió Chandler.

Los ojos de Luka se iluminaron, pero fue Nick quien habló. Su voz incorpórea desde un lugar invisible que estaba doblando la esquina, en el mostrador de recepción.

—¿Así que lo ha hecho él?

—No lo sé —contestó Chandler—. Cuentan exactamente lo mismo.

—No puede ser tan exacto —dijo Luka.

Tanya le interrumpió:

—Pues sí: prácticamente idéntico, palabra por palabra.

—Entonces, ¿a quién acusamos? —preguntó Nick.

—Todavía no lo sé —reconoció Chandler. Se volvió hacia Tanya—. De momento, metedlo en una celda. Y tened mucho cuidado.

Hablaba muy en serio. Entre todos ellos, se había formado un vínculo muy estrecho. Por nada del mundo quería tener que explicar a Simon, a Errol o Katie que a su mamá le había pasado algo muy malo. Ni tampoco a la madre inválida de Jim. El año anterior habían enterrado a su padre. El viejo perdió la batalla contra el enfisema que se le había formado por el tiempo pasado en las minas. Aquel hombre había combatido en la guerra con tanta valentía como contra la enfermedad. Y había insistido en que su funeral fuese una celebración de la vida. Y eso fue lo que tuvo. Tres días seguidos. Tan intenso fue que los participantes en el duelo apenas consiguieron sobrevivir.

Y aunque sabía menos de los otros dos agentes, también se preocupaba por Luka y por Nick. Por Luka, a pesar de sus defectos. Y por Nick, porque era difícil no mostrarse algo paternal con aquel chico, que había cruzado todo el país, desde Melbourne, para trabajar allí. Esa preocupación casi paternal también contribuía a que le costara poner a Nick en el terreno, aunque sabía que pronto tendría que deshacer ese cordón umbilical.

—Mételo en la celda más alejada. Voy a traer aquí a Gabriel otra vez. No quiero que estén el uno cerca del otro. —Miró a los ojos a Luka y a Tanya—. Y no hagáis nada sin tener el apoyo de un compañero. Por lo que respecta a nosotros, hemos de pensar que los dos hombres son extremadamente peligrosos.

La localidad estaba tranquila, más incluso que de costumbre, como si el asesino en serie hubiese pasado por el pueblo eliminando a todos sus habitantes mientras él estaba ocupado entrevistando a Heath. Chandler sintió que el calor le oprimía un poco más.

La ruta hasta el hotel le llevaba cerca de casa de sus padres. Pensó en parar para ocuparse del tema de Sarah. Quizá la abuela hubiese intentado quitarle el teléfono. Sabía que eso la ponía frenética. Pero al final no se detuvo: tenía que enfrentarse a algo mucho más grave que el enfurruñamiento de una niña.

En el hotel, Jim seguía en su puesto, tan inamovible como el minuterero del reloj de la ciudad. Se había atascado debido al polvo hacía unos cuantos años y ya no era más que una reliquia, en plena era digital. Mientras Chandler aparcaba, Jim salió del coche patrulla, oscuro y flaco como un árbol quemado por un rayo.

—Todavía sigue ahí —dijo Jim, anticipándose a la pregunta de su jefe—. ¿Por qué lo tenemos que encerrar?

—Para interrogarlo más a fondo. Hay cosas que no cuadran... —respondió Chandler, empezando a cruzar la calle. Al llegar al hotel se detuvo—. O más bien todo lo contrario, Jim. Es todo demasiado perfecto. Tengo que averiguar por qué.

Encontraron a Ollie en el mostrador de recepción, leyendo un periódico, con las carreras del día rodeadas por una mezcolanza de círculos negros y nombres subrayados. Era su código, indescifrable.

Inmediatamente, Ollie frunció el ceño, sorprendido.

—¿Qué estáis haciendo aquí? Sabéis que no me gusta recibir dos visitas de la policía el mismo día. Una es buen hábito social, dos significa que hay problemas.

—Necesitamos hablar con tu huésped.

Ollie fingió indignarse.

—¿Qué es eso de «tu huésped»? Sabéis que tengo muchos huéspedes...
—Y empujó el libro de registro hacia Chandler, como prueba.

Chandler lo apartó.

—Llévame a su habitación, Ollie, sin más —ordenó.

Todavía refunfuñando entre dientes, Ollie los condujo a la *suite* presidencial del piso superior.

Chandler lo apartó y se dirigió a Jim con un susurro:

—El plan es pedirle que venga a la comisaría para responder a unas pocas preguntas más. Si se resiste, lo esposamos y lo llevamos a la fuerza.

Chandler llamó con los nudillos. No dijo su nombre ni el asunto que le había llevado allí. No quería darle a Gabriel la posibilidad de huir o de armarse. Suponer que era un asesino loco era lo más seguro.

No se oía nada. Chandler volvió a llamar, esta vez más fuerte, por si tenían que despertar a Gabriel.

Nada.

Ollie se acercó y les susurró:

—Ha usado el baño antes. Ha gastado la mayor parte del agua caliente. Voy a tener que colgar las sábanas sucias fuera, y que sea el sol el que mate cualquier bicho que tengan...

—¿Tienes la llave maestra? —preguntó Chandler, impaciente.

—Sí, espera... —susurró Ollie, pero con voz fuerte.

Chandler le miró.

—Date prisa.

Ollie metió la llave en la cerradura con torpeza, como si quisiera avisar. Chandler suspiró al comprobar su impericia. Casi habría sido más efectivo darle una patada a la puerta.

Con la puerta ya abierta, Chandler apartó a Ollie a un lado y entró con la pistola desenfundada. Jim le siguió.

En la habitación no había nadie.

—¿Gabriel? —llamó Chandler, que pasó rápidamente al baño desde el dormitorio. La bañera forrada de madera estaba llena de agua, pero no había ni rastro de Gabriel.

—¿Nada? —gritó por encima de su hombro.

—Nada —respondió Jim.

Gabriel había desaparecido.

Buscaron a fondo. Habitaciones, armarios, escaleras, el cuarto de la colada y el vestíbulo. Lo comprobaron todo. Pero el resultado siempre fue el mismo: ni

rastros de su sospechoso ni, en realidad, de ningún otro huésped. La cocina estaba vacía, aparte de algunas ollas, sartenes y restos de excrementos de rata.

Gabriel se había esfumado.

Al acabar la búsqueda, una idea horrible se le metió a Chandler en la cabeza. Que en el breve tiempo transcurrido entre el momento en que dejaron allí a Gabriel y la llegada de Heath a la comisaría, Gabriel, de alguna manera, había acabado por ser víctima de Heath. El tiempo era muy justo, pero ¿podía ser que Heath estuviera fuera de la comisaría esperando, les siguiera al hotel y matara a Gabriel? Pero entonces, ¿cómo había conseguido Ken capturar a Heath y mantenerlo vigilado? ¿Podía haber venido andando hasta aquí y haber llegado a tiempo? La casa de Ken estaba a unos quince kilómetros del pueblo.

Fue al mostrador de recepción e interrogó a Ollie.

—¿No has oído nada raro?

—Nada, aparte del baño.

—¿Y no podría haber pasado a tu lado sin verlo?

—He estado aquí todo el rato. No es posible que se haya ido sin que yo lo viera. Además, de todos modos, ¿qué quieres de él?

Puede que Ollie fuera poco escrupuloso, pero no era ningún idiota. La policía no hace todos esos esfuerzos por nada. Chandler le quitó importancia.

—Es testigo de una agresión.

—¿Ah, sí? —dijo Ollie, escéptico.

No se lo había creído, pero a Chandler le importaba un bledo. Quería examinar la habitación de Gabriel una vez más.

La cama estaba intacta, no habían cogido nada del minibar. Por su parte, no había usado las botellas de champú y acondicionador en miniatura. Debía de haberse marchado enseguida. Y si no había pasado por delante de Ollie y Jim, entonces...

Al final del pasillo. La salida de incendios. Al examinarla de cerca, vieron que el precinto de seguridad estaba roto. La puerta conducía a unas escaleras metálicas, al callejón de atrás, a Anzac Street y a la libertad.

Envió a Jim para que vigilase el perímetro de la localidad, por si daba con el sospechoso intentando abandonar el pueblo. Era una posibilidad remota. Sin embargo, por el momento no tenían otra cosa: solo posibilidades remotas.

De vuelta en la comisaría, Chandler explicó la situación a su equipo.

—¿Crees que el asesino es él? —preguntó Tanya, sin levantar la vista.

Chandler quería seguir siendo imparcial, pero era complicado. La cosa no pintaba bien para Gabriel, pero es cierto que, desde un principio, había querido salir de la ciudad y alejarse de la amenaza contra su vida. El miedo podía haberle hecho huir.

—Tendremos que traerlo aquí y ver qué pasa —dijo Chandler—. Jim está buscándolo ahora mismo. Luka y yo nos uniremos a él. Tanya y Nick, vosotros quedaos aquí.

—¿Porque soy mujer? —Tanya levantó la vista de las pilas de formularios de su escritorio, poniendo mala cara.

—No, porque confío en ti para que vigiles al único sospechoso que tenemos.

—¿No crees que es momento ya de llamar al Cuartel General? —preguntó.

Su equipo le miró.

—Entre los tres no podemos cubrir toda la ciudad —dijo Luka.

Tanya asintió.

—Tiene razón.

Chandler lo sabía. También sabía lo que suponía llamar al Cuartel General: Mitch.

En tiempos fueron muy buenos amigos. Cuando eran niños, habían vivido solo un escalón por encima de la pobreza. Se metieron en la policía a la vez, aprovechando unas mismas circunstancias bastante dramáticas. En un accidente de avión junto a Newman, en 2001, murieron bastantes agentes de policía. Eso dejó libres algunos puestos para nuevos reclutas. Una forma trágica de tener una oportunidad.

En un principio, Chandler ni siquiera había considerado la idea. No entraba en sus planes ser policía. De momento, se las arreglaba bien trabajando en la tienda de comestibles CJ, reponiendo estantes y, a la mínima, holgazaneando un poco en la parte de atrás. El único motivo de que solicitara ese trabajo fue Mitch. Y a su vez, Mitch se apuntó única y exclusivamente por presiones de su familia. Su tío era uno de los que murieron. Chandler rellenó el formulario en parte por solidaridad con Mitch y en parte por curiosidad, por ver si le aceptaban.

Chandler juró el cargo en agosto de 2001, junto a Mitch, orgulloso y asombrado. A ambos les pusieron aquellas brillantes insignias en el pecho uniformado.

Después de la graduación, los destinaron a Wilbrook juntos, en la parte más baja del escalafón. Ambos irían ascendiendo. Pero no aquí. No juntos.

Chandler se sentó en su oficina y miró el teléfono, esperando que Nick le pusiera con el Cuartel General. Le asustaba tener que hablar con Mitch. Se preguntaba si su viejo amigo habría cogido unos kilos y ya no tendría nada que ver con ese chico flacucho y pálido de años atrás. Habían pasado diez años desde la última vez que se vieron. Aun así, a través del primo de Mitch, que vivía en la ciudad, Chandler sabía que había ido ascendiendo desde que se fue a Perth. No le importó. Hasta que llegó un despacho anunciando que había un nuevo inspector en Port Hedland, el inspector Mitchell Andrews. Eso cambiaba mucho las cosas. De hecho, ahora Mitch era su jefe. Hasta el momento, las circunstancias y la árida tierra los había mantenido apartados, pero las cosas estaban a punto de cambiar.

Sonó el teléfono.

—Inspector Mitchell Andrews, Cuartel General de Port Hedland.

La voz sonaba serena, cómoda en su puesto de mando. Detrás de ella, Chandler casi oía girar las ruedas dentadas del cerebro de Mitch. El hombre al que conoció tenía una habilidad increíble para compartimentar sus pensamientos y fomentar el pensamiento racional. A veces era demasiado racional, capaz de eliminar todo sentimiento. Pero quizás el filo se hubiera suavizado en los diez años transcurridos desde entonces. Tal vez Chandler pudiera empezar desde cero, conseguir que solo fueran jefe y subordinado. Se le formó un nudo en el estómago.

—Sargento Jenkins, ¿está usted ahí?

Chandler se dio cuenta de que no había dicho nada.

—Sí, Mitch, estoy aquí.

Hubo una pausa en el otro extremo. Volvió a oírse la voz, llena de indignación y con un toque de amenaza.

—Es inspector Andrews, sargento. Debe dirigirse respetando el rango.

Pues ya tenía la respuesta. En lugar de calmar un poco el engreimiento de Mitch, el tiempo lo había exacerbado. No había duda.

—¿Está ahí todo su equipo? —preguntó Mitch.

—No, solo nosotros dos... —No podía pronunciar el nombre oficial de Mitch; su mente se rebelaba ante una petición tan egocéntrica.

—Reúnalos y póngame en el manos libres. Quiero dirigirme a todos.

Chandler hizo señas a su equipo para que entrase, todos excepto Nick, que se quedó en el mostrador de recepción. Era mejor no dejarlo vacío. De todos modos, mantuvo la puerta abierta para que Nick también pudiera oírle. Dio al botón.

—Está en manos libres.

—Soy el inspector Mitchell Andrews, del Cuartel General de Port Hedland —resonó la voz autoritaria de Mitch—. He pensado que tenía que presentarme primero, porque algunos de ustedes no me conocen. Estoy seguro de que su... sargento les ha informado. Tenemos un sospechoso por un posible asesinato múltiple encerrado en una de sus celdas, y otro huido. Hasta el momento, la situación no se ha manejado tan bien como me habría gustado, pero no es culpa suya.

No lo dijo, pero parecía obvio que estaba echándole la culpa a Chandler.

Mitch continuó.

—La situación requiere agentes experimentados en este tipo de temas, que hayan recibido el entrenamiento adecuado...

—Necesitamos aquí a alguien que nos ayude a organizar la búsqueda, y que dirija un subequipo —le interrumpió Chandler, ansioso por recalcar la falta de apoyo.

—Ya nos estamos ocupando de eso, sargento Jenkins —dijo Mitch, con calma.

Chandler miró a Tanya, la única persona de su equipo que ya había trabajado con Mitch. Esperaba que le guiñara un ojo o que hiciera una mueca, pero lo que obtuvo fue mucho peor: una mirada de simpatía.

—Ya hemos identificado a alguien con la experiencia adecuada y que conoce bien la zona —dijo Mitch.

—¿Quién? —preguntó Chandler.

—Yo.

Bueno, ya estaba. Chandler intentó respirar hondo, pero el suspiro se le atascó en la garganta, alojado junto a los recuerdos horribles de la última vez que Mitch y él habían trabajado juntos.

2002

La familia de Martin se unió a la búsqueda. A Chandler le encargaron permanecer junto al padre de Martin, Arthur, un hombre que parecía estar a punto de sufrir un ataque al corazón. Tenía cincuenta y muchos años, y era muy grueso y achaparrado, como si estar toda su vida laboral sentado detrás de un escritorio hubiese detenido su crecimiento. Su cuerpo regordete cargaba con el enorme peso de la ansiedad, que le aplastaba un poco más a cada segundo que pasaba allí, perdiendo la esperanza ante la tierra reseca.

El campamento parecía prometedor, a pesar de que las piedras ennegrecidas por el fuego estaban medio enterradas; el viento se había llevado hacía tiempo cualquier ceniza que hubiese podido quedar. Arthur insistió en registrarlo de todos modos, aunque Chandler le había rogado que siguieran desplazándose y cubrieran otro kilómetro más antes de que oscureciera. El viejo iba dando vueltas, buscando pistas que indicasen que su hijo había estado allí. Pasaba un palo por el polvo, barría el suelo, con la esperanza de descubrir cualquier mínima prueba que pudiera quedar. Era descorazonador verle arrastrar los pies de un lado a otro por el claro, barriendo hojas muertas desde hacía mucho tiempo y apartando insectos de su camino.

Chandler se refrescaba un poco a la sombra cuando Mitch apareció junto a él. El entusiasmo inicial de su amigo ya se había desvanecido. Su temperamento era cada vez más complicado. Había querido organizar a los voluntarios como si fueran esclavos. Sin un «gracias», solo con una advertencia de que mantuvieran los ojos bien abiertos. Más que animarlos, los abroncaba.

A lo largo de las últimas semanas, el aspecto de Mitch había cambiado: sus mejillas estaban chupadas por el hambre, y las marcas de acné juvenil se hicieron más profundas.

Mitch le susurró:

—Me he apuntado para trabajar como policía, no para hacer de perro rastreador.

—Esto es trabajo de policía. Estamos intentando determinar qué ha podido pasarle. ¿No te llama el sentido del deber?

Chandler se sorprendía a sí mismo por ese sentido del deber. De adolescente no había tenido nada parecido. Sin embargo, de adulto lo había desarrollado hasta límites insospechados. El cuerpo de policía y haberse convertido en padre le habían envejecido. En realidad, se estaba convirtiendo en su padre, un hombre sólido, digno de confianza. No es que eso fuera malo, pero es que solo tenía veintidós años.

Mitch levantó una ceja. No había respondido al intento de Chandler de motivarle.

—Lo que tengo es la sensación de que estamos buscando a alguien que no quiere que lo encuentren, Chandler. Si se ha ido hasta tan lejos, es porque sabía adónde iba. Y sabía que no iba a volver.

—¿Y qué quieres entonces, Mitch? ¿Asesinatos? ¿Droga? ¿Prostitución? Pues vete a una gran ciudad.

Mitch cogió una rama seca de un árbol. La madera se partió, desgajándose del tronco.

—Me lo estoy pensando —dijo, deshaciendo la madera reseca con la mano, dejando que los restos cayeran al suelo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Chandler, desviando su atención del anciano que iba barriendo el polvo.

Mitch asintió.

—Claro.

—Pero solo llevas un año en el cuerpo.

—¿Y qué?

—¿Quién te va a aceptar?

Mitch se humedeció los labios, extrañamente azulados.

—He hablado con una oficial policía de alto rango de Perth. Dice que está dispuesta.

—Perth... ¿El maldito Perth?

—Sí, el maldito Perth. No voy a llegar a ninguna parte si me dedico a este condenado juego del escondite.

—Vaya, sí que tienes planes... —dijo Chandler, sarcástico—. Grandes planes.

—Tú te has quedado estancado, por eso lo dices.

—No me siento nada estancado.

La mueca de Mitch estaba llena de desdén. Chandler sintió ganas de darle un puñetazo.

—Te liaste con Teri y ahora estás atrapado.

Imaginar a su novia, embarazada de ocho meses, y que se le hiciera un nudo en el estómago fue todo uno. Quería estar con ella, en lugar de andar recorriendo aquellos bosques. Le dijo a Mitch lo que le había dicho a Teri.

—La vida sigue. Así tiene que ser. No hay más remedio.

Y con eso dejó a Mitch junto al árbol y volvió al lado de Arthur. El anciano había descubierto un envoltorio de plástico e intentaba averiguar de qué podía haber sido.

Pero no era nada, solo otra pista falsa: el plástico era demasiado antiguo y estaba demasiado degradado para que lo hubiesen tirado recientemente. Dejaron el claro y anduvieron entre los matorrales, siguiendo un grupo de piedras apiladas poco definido, que los guio hasta un amplio collado entre dos riscos, como un paso hacia lo desconocido.

Al llegar a la cima, el paisaje se abrió. Las copas de los árboles alfombraban todo el suelo, impenetrable, pero al menos ofrecían refugio contra el sol impenitente. Una abrumadora sensación de aislamiento invadió a Chandler. Una imagen a la vez maravillosa y espantosa. No mucha gente llegaba hasta allí, tan lejos. Ni siquiera los más locos. ¿Por qué Martin habría ido hasta allí? Había maneras más sencillas de suicidarse. Pero solo había pasado una semana. Todavía existía alguna posibilidad de que Martin estuviera vivo.

Dando los primeros pasos por el otro lado de la colina, llegó hasta él la voz de Mitch, ordenando a los voluntarios que se dispersaran. A algunos de ellos, aquellos gritos les irritaban, pero Chandler vio que a Mitch le importaba un pimiento. Se preguntó si Martin habría podido sobrevivir allí fuera una semana. Si Arthur podía. Si Mitch podía. Si él mismo podía.

—*B*ueno, esto es lo que vamos a hacer, sargento Jenkins. —La voz sabionda y condescendiente sonó de nuevo por el altavoz, imposible de ignorar—. Primero, asegurarnos de que la policía estatal de carreteras tiene una descripción del hombre al que buscamos.

—Gabriel —le interrumpió Chandler, sintiendo la necesidad de añadir algo que valiera la pena. Ojalá Mitch prescindiera de tanta formalidad. Ahora mismo estaba actuando como si no se conocieran.

—Denles una buena descripción. Tengan en cuenta que puede cambiar su aspecto de alguna manera.

—Hecho —dijo Chandler.

—Y lo más importante de todo es que cierren las carreteras. Las rutas principales...

—No tengo agentes suficientes para eso —dijo Chandler.

La respuesta fue tranquila.

—Se ha hecho un llamamiento para que acuda a ayudar la policía estatal.

—Eso costará un poco de tiempo, Mitch... —Chandler decidió seguirle el juego—, inspector Andrews. Para entonces, es posible que Gabriel ya se haya ido. Bloquear las carreteras podría ser como cerrar la puerta del granero...

Mitch le cortó. Su tono seco dejó claro que no le gustaba lo más mínimo que se discutieran sus decisiones.

—Hemos de intentarlo, sargento Jenkins..., después del lío que ha organizado. Dejar que un sospechoso principal se vaya de la comisaría sin más... No, peor incluso: llevarlo en coche y registrarlo en un hotel... A expensas del contribuyente. Sin duda es pasarse de la raya en cuanto a lo de comprender a los criminales.

Chandler imaginó la cara arrogante y marcada con cicatrices de acné en el otro extremo del teléfono y decidió recordarle al inspector Andrews algo fundamental:

—Quizá Gabriel no sea un criminal.

—Primero los atrapamos. Después dejamos que los expertos decidan esas cosas, ¿de acuerdo? —Una pausa—. Además, hay una tercera cosa que tendrá que hacer: evitar que todo esto aparezca en los periódicos. Al menos, hasta que tengamos más pruebas. No queremos que la prensa entorpezca la investigación.

—¿Bloqueo total?

—Total —confirmó Mitch.

—¿Y qué le digo a la gente del pueblo?

—Nada, sargento Jenkins. Informarles solo supone otra oportunidad de que haya una filtración. Al cabo de cinco minutos, ya estaría en Twitter y en Facebook. Así es como funcionan las cosas hoy en día... Acceso instantáneo a noticias instantáneas. Quizás usted no se dé cuenta, ahí donde está. Créame: no le hará ningún favor que corra la voz de que ha dejado escapar a uno de los sospechosos principales, sargento.

Chandler lo entendía perfectamente, pero no advertir a su familia y a sus amigos de que un posible asesino en serie andaba merodeando por las calles no le parecía una buena idea.

—Creo que debería decírselo.

—Insisto en que no lo haga, sargento Jenkins.

—Chandler, Mitch... Es Chandler. Ya sabes.

Hubo una ligera pausa.

—Si avisa usted, sargento Jenkins, no hará más que empeorar las cosas. Puede que cunda el pánico y que eso ayude a que nuestro sospechoso escape. Además, las consecuencias de desobedecer una orden directa de un superior son graves, como muy bien sabe. Pronto estaré ahí, así que...

—Está a más de cuatrocientos cincuenta kilómetros de distancia...

—Tres horas —respondió Mitch—. Salgo enseguida. Así pues, sargento Jenkins, le agradecería que dejase espacio en la comisaría para que mi equipo y yo nos pongamos al día enseguida. —Hizo una pausa—. Mientras tanto, sargento Jenkins..., intente no empeorar la situación aún más.

Sonó un clic y a continuación un tono de llamada. Fue como si Mitch hubiese dejado caer el auricular de golpe tras lanzar un insulto final.

En la sala se hizo el silencio, tal vez como muestra de respeto a Chandler, que, tratando de recuperar su prestigio, les dijo:

—Las cosas se van a poner bastante mal.

No era un mensaje positivo, pero al menos fue sincero.

Sus compañeros reunidos en la mesa asintieron, aunque fue Nick el que acabó hablando.

—No sé qué pasó entre ustedes dos, sargento, pero ese tío es un gilipollas. Tanya asintió.

—Un creído y un gilipollas.

Chandler asintió.

—Bueno, por ahora, será mejor que os guardéis esas opiniones para vosotros. Vamos a trabajar.

A pesar de la horrible sensación de que le faltasen el respeto delante de sus propios subordinados, Chandler se dispuso a seguir las instrucciones de Mitch.

—Tanya, coge la 142 y la autopista hasta que la estatal llegue a tu posición. Luka, tú vete a Daly, por si se dirige hacia el sur, y no hacia el norte. Enviaré a Jim a Stockman's. Tendremos que rezar para que eso baste. Y tened mucho cuidado. No sabemos de qué puede ser capaz ese hombre.

—Quizá esté usando los mismos medios para irse que empleó para llegar aquí —apuntó Nick.

—Es poco probable —respondió Chandler, aunque le gustó que su agente más joven no se sintiera sobrepasado por esa situación—. Vino en bicicleta, según declaró. Pero comprobad cualquier informe de robo de un vehículo, ya sea coche, bicicleta, tractor... Lo que sea.

Luka y Tanya salieron, mientras Nick confirmaba que no existía informe alguno de que hubiesen robado un vehículo. Chandler lo sospechaba. En un pueblo pequeño, cualquier cosa tan importante como el robo de un coche, o incluso el robo de una bicicleta, habría organizado un escándalo de inmediato. Y eso servía para recordarles lo serio que se había puesto el asunto. De casi estar mano sobre mano, habían pasado a tener un posible asesino en custodia y otro huido. Esas cosas que pasaban en la vida: nunca llovía, y de repente se ponía a diluviar y todo quedaba inundado; tenía una mujer, y luego ya no tenía mujer; no tenía hijos, y de repente tenía que hacerse cargo, él solito, de dos.

Lo malo es que la inundación que ahora se les venía encima, amenazaba con llevárselos a todos por delante.

Quince minutos más tarde tenía la confirmación de que Luka, Tanya y Jim estaban en sus respectivos puestos: todo estaba tranquilo. Sería una estupidez por su parte si Gabriel intentaba salir por las vías principales (si es que no se había ido ya), pero no podía hacer otra cosa. Eso era lo menos que Mitch esperaba de él.

Nick estaba derrumbado detrás del escritorio de recepción: era el vivo retrato de la frustración.

—Te sacaré muy pronto ahí fuera... —dijo Chandler, pero era mejor esperar algo más rutinario que aquello.

—¿Cuándo? ¿Cuándo va a pasar algo como «esto»?

Chandler quiso consolarle.

—Míralo de esta manera, Nick: no esperaba que ocurriera nada parecido a esto por aquí..., pero ha pasado. Así pues, si puede ocurrir aquí, puede pasar en cualquier sitio. Y lo mejor que puedes hacer ahora mismo es estar ahí, detrás del mostrador de recepción, justo donde están pasando las cosas. Quizá pienses que no estás donde está la acción, pero la verdad es que no podemos dejar el teléfono sin atender, ni este sitio desprotegido, especialmente con un sospechoso en custodia y con otro que está suelto por ahí y que quizás intentó matarlo. Si lo intentó una vez, nadie nos dice que no pueda volver a probarlo. Quizás ahora mismo no estés en primera línea, pero estás aquí. Venga, vamos: ahora haz una descripción de Gabriel para la policía estatal.

Nick asintió y se enderezó en su silla.

—Y recuérdales que no deben decir nada a la prensa. Es secreto: nada de Facebook, ni Twitter ni Snapchat. —A Chandler no le gustaba tener que decir aquello, pero no le quedaba otra.

Nombró aquellas redes sociales como si supiera de qué estaba hablando, pero, en realidad, solo sabía las cosas que le había contado su hija. Por lo demás, no podía hacer nada: solo esperar que se filtrara una noticia o que llegaran los refuerzos. Por dentro, se sentía mal por tener que ocultar aquella información a la gente del pueblo, pero puede que, a su pesar, Mitch tuviera razón. Lo importante es que no cundiera el pánico.

Sin saber cuándo conseguiría ver de nuevo a Sarah y a Jasper, llamó a sus padres. Como siempre, fue su hijo quien cogió el teléfono.

—¿Diga? —gritó, lleno de entusiasmo.

Su hijo pequeño tenía una naturaleza curiosa, o una voz interior que parecía insistirle para que metiera los dedos donde no debía, o desmontara cosas y las dejase tiradas por todas partes hechas un desastre, para que otros las reconstruyeran más tarde.

—Soy yo, Jasper.

—¡Papá!

El chico prácticamente chilló al teléfono.

—Sí, soy papá. ¿Qué estabas haciendo? ¿Están todos en casa?

«Solo los llamo para ver cómo están», se aseguró a sí mismo. No les iba a dar ningún aviso, solo quería confirmar que estaban bien.

—Pues... sí. El abuelo y la abuela están viendo la tele. Sarah está en su habitación.

—Muy bien. ¿Por qué no le pides al abuelo que te ponga una película?

Así estarían todos en el interior de la casa y no se meterían en problemas.

—Pero tú dices que no es bueno que esté en casa todo el día...

—Ya lo sé, pero a veces sí que está bien. Y ahora ve a buscar a Sarah para que hable conmigo.

El receptor resonó. Su hijo lo había dejado caer y se había quedado colgando. Chandler miró hacia el mostrador de recepción. Nick estaba dando la descripción de Gabriel.

—¿Sí? —Sarah sonaba irritada: la antítesis de la de su hermano.

Ella no quería más que volver a su iPhone. Había intentado apartarla de aquella adicción, pero, dada la cantidad de tiempo que pasaba en el trabajo, le había resultado imposible. La niña se pasaba el día absorta con todo lo que proponía esa tecnología, desde el *Angry Birds* al *Candy Crush*, y todo tipo de juegos donde se disparaba a animales y se salvaban obstáculos. Chandler había probado uno de esos juegos en una ocasión. Francamente, no le veía la gracia.

—Me alegro de oír tu voz —dijo Chandler.

—Sí, papá, pero es que tengo cosas que hacer.

—¿Qué tal ha ido el ensayo para la primera comunión?

Era lo único que le hacía ilusión en aquellos momentos, aparte del teléfono. La oportunidad de exhibirse ante sus amigas.

—Bien... Queda todavía un ensayo final, pero no llevaremos los trajes. Ni siquiera usaremos las palabras correctas, pero he estado hablando con Nick y Amy y ellas...

—¿Le has pedido ayuda a tu hermano?

—¿A Jasper? ¡No! ¿Por qué iba a querer que me ayudara? No sabe nada... Él... no hace más que liarlo todo. —Parecía horrorizada por la mera posibilidad que le había sugerido.

—Hazlo por mí... Sé que a él le gustaría ayudarte.

—Pero ¿cómo me puede ayudar...?

—Bueno, con cualquier cosa —le interrumpió Chandler—. Para que no se sienta excluido.

Hubo una pausa. Sarah bufó un poco, porque todo aquello seguía pareciéndole completamente absurdo.

—*Vaaale*, ya pensaré algo —dijo. Y luego añadió—: ¿Papá?

—Sí, cariño.

—¿Cuándo vuelves a casa?

—No estoy seguro. A lo mejor no puedo esta noche.

—¿Por qué no?

—Porque ha surgido algo.

—Ah. Vale.

Y eso fue todo. Decepción superada. Le molestó que estuviera tan acostumbrada a su ausencia que pareciera no importarle. No le extrañaba que Teri le hubiese demandado para obtener la custodia. Aunque no quería admitirlo, tenía razón: pasaba demasiado tiempo en el trabajo. Pero lo que no acababa de comprender es que estaba al mando de una fuerza muy pequeña y tenía que cubrir una zona muy grande. Una excusa muy válida. Además, les faltaba un hombre, desde que Bill se había jubilado, hacía un año. Otra excusa que quizá no colara cuando llegasen ante los tribunales. Pero esa era una batalla para otro día. Un día más tranquilo.

—¿Papá? —Era Jasper otra vez.

¿Cuánto tiempo llevaba divagando? Chandler se recriminó a sí mismo no ser capaz siquiera de dedicar a sus hijos toda su atención durante una llamada telefónica de cinco minutos.

—Sí, todavía estoy aquí, Jasper.

Se imaginó a su hijo al otro lado del receptor. Nueve años y apenas metro cuarenta de altura, con el pelo de un color rojizo sin tocar por el cepillo o el gel. Solo una generosa aplicación de agua lo sujetaba el tiempo suficiente como para darle un poco de forma.

—He visto el *kart* en el garaje. ¿Podré sacarlo cuando vuelvas?

El *kart* era el proyecto del verano anterior. Parecía que hacía años de aquello. Desde el final del verano estaba metido en el garaje, esperando atraer de nuevo la atención del niño.

Chandler pensó en decirle que le preguntara a su abuelo, pero lo dejó pasar. «Mejor que se queden dentro», se recordó. No tenía que haberse preocupado. Jasper ya había descartado esa opción.

—El abuelo no vale. Es demasiado viejo. No me puede empujar para ir por ahí. Se cansa enseguida.

Chandler sonrió al pensar en lo mucho que se enfadaría el abuelo si le oía decir tal cosa.

—Sí, será mejor que no le hagas correr por ahí detrás de ti. Ya te lo dije.

—Sí, papá.

Chandler miró el escritorio de recepción. Nick seguía al teléfono.

—Ahora mira a ver si la abuela o el abuelo se pueden poner al teléfono, ¿te importa?

—Vale. Adiós, papá.

—Adiós, Jasper.

Sonó un roce en el receptor. La voz de su madre le llegó a través del cable, ya beligerante.

—¿Así que no vienes?

—¿Qué has oído?

—Lo bastante. —El tono mordaz de la exasperación—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Como siempre, su madre era muy cortante. Sabía que el hecho de que su hijo no volviera a casa como había prometido significaba que había ocurrido algo grave. Y quería saber qué era. Su voz sonaba insistente, como si se mereciera saberlo y no pensara callarse hasta haberle sonsacado toda la información que tenía.

—Pues ha pasado algo, sí —dijo Chandler—. Lo único que puedo decirte es que debéis quedaros dentro de casa.

Hubo una ligera pausa.

—Parece grave.

—Podría serlo.

—¿Esperas que haya una gran tormenta? —preguntó ella, crípticamente, por si el teléfono estaba pinchado.

—No tienes que preocuparte por mí.

—El día que una madre no se preocupe por su hijo, es que ya está para que la entierren.

—Mamá... —dijo Chandler, frustrado—. No digas esas cosas.

—Es una forma de hablar. —Bajó la voz—. Lo que digo es que no te pongas en peligro.

—Para eso me pagan.

—No lo suficiente.

En eso estaban de acuerdo.

—Vale, pues tú a lo tuyo —continuó su madre—. Tu padre dice que te salude.

Y colgó. Era lo habitual en sus llamadas telefónicas. Chandler sabía que su padre no había dicho nada en absoluto. De hecho, probablemente ni siquiera sabía que estaban teniendo aquella conversación, entretenido con algo: la tele, el periódico o cualquier otra cosa. Cuando su padre se enfrascaba

en algo, su atención era tan difícil de captar como la de su nieto de nueve años.

Aunque la línea había quedado en silencio, Chandler todavía podía oír las palabras de su madre: «No te pongas en peligro». Quizá no tuviera elección. En ese momento, solo había dos posibilidades: o bien andaba suelto por el pueblo un joven voluble y muy asustado..., o bien un asesino en serie, astuto y hábil.

Chandler estaba deseando salir a la calle. Sin embargo, solo se uniría a la operación de campo cuando todo estuviera perfectamente organizado. Así pues, estaba tan condenado como Nick a seguir detrás de un mostrador.

La policía estatal confirmó que al cabo de una hora tendrían a varios agentes sobre el terreno. Nick buceó en las redes sociales y comprobó que en el pueblo todo estaba tranquilo, más allá de un par de comentarios de gente que decía que había cierto movimiento de la policía. Nada extraordinario. Todo bajo control. «No has hecho otra cosa que barrer bajo la alfombra», le recordó su conciencia. Había advertido a su familia de que no salieran de casa, aunque fuera indirectamente. Sin embargo, el resto del pueblo seguía igual de vulnerable.

A la espera de la multitud de llamadas que estaba a punto de caerle encima, decidió poner a prueba a Nick.

—¿Qué piensas que puede haber ocurrido, después de que Gabriel escapara del hotel?

Nick se arrancó los auriculares como si hubiera estado deseando que Chandler le preguntara.

—Bueno..., pues por lo que sabemos, o podemos suponer, dados los indicios con los que contamos, es que se ha ido por la escalera de incendios. Desde allí, ha bajado a la calle: un desconocido en una ciudad desconocida, por así decirlo. Si yo estuviera en su lugar, me dirigiría hacia algún lugar que conozca... Algo que conozca. Eso significa cualquier cosa que hubiera utilizado para entrar en la ciudad.

—Una bicicleta —recordó Chandler.

—Exacto. Pero alguien saliendo en bicicleta de la ciudad llamaría demasiado la atención. Y no sabemos nada de que se haya robado ningún coche... o un vehículo grande. ¿Algo más pequeño? ¿Un quad, por ejemplo? Algo que no echaran inmediatamente de menos. Algo que pudieran haber guardado en un granero, por ejemplo.

—Vale, supongamos que fue así —dijo Chandler—. ¿Y entonces qué? ¿Hacer todo el camino hasta la ciudad en un quad? ¿Y después? En cuanto cayera la noche, eso sería muy peligroso, con todos esos canguros chupando el rocío de las líneas continuas...

—¿Carreteras secundarias?

—Posiblemente. Difícil cubrirlas todas.

—También puede ser que se haya quedado en el pueblo... —sugirió Nick.

—Es posible —dijo Chandler—, pero por aquí no hay demasiados sitios donde se pueda esconder un desconocido. Además, decía que temía por su vida. La gente asustada no suele quedarse quieta.

—Suponiendo que sea inocente, claro... —dijo Nick—. Si yo fuera un asesino que huye, buscaría a alguien que me sacara del pueblo.

Chandler asintió, impresionado por la deducción de Nick, similar a la pasión con la que hablaba. Y añadió algo más:

—Quizá finja que es un turista que se ha perdido. Ha recogido a gente que hacía autostop o lo ha hecho él mismo. Así pues, tiene que saber qué hacer y decir. Usa su encanto para meterse en el coche y los obliga a sacarlo de la ciudad.

—Sí, yo haría eso mismo —dijo Nick.

—Bien pensado, Nick —le respondió Chandler—. Ponte en contacto con Tanya, Luka y Jim y diles que busquen a gente de aquí que esté saliendo del pueblo, por si lo hacen bajo coacción. Que comprueben los vehículos, pero diles que lo hagan de una forma discreta, para no precipitar las cosas.

—Yo podría ser su consejero experto para estas cosas —dijo Nick, estropeando el buen trabajo que acababa de hacer—. Sé muy bien cómo funciona la mente de un asesino en serie.

Chandler estaba a punto de recordarle que el trabajo de un policía tiene muy poco que ver con lo que sale por televisión, pero le interrumpieron. Heath reclamaba su atención.

Dejó a Nick al teléfono con Jim, y entró en la zona de las celdas.

—¿Quién es? —ladró Heath desde el interior de la celda.

—El sargento Jenkins —respondió Chandler, que enseguida movió la cabeza, contrariado. Se le había pegado la manía de hablar usando el cargo.

—¡No puede tenerme aquí retenido, sargento! No quiero estar atrapado aquí mientras Gabriel anda suelto.

—No sabemos si está huyendo de usted —le recordó Chandler.

—Claro que lo saben, joder. —Heath hizo una pausa—. Ambos no podemos ser sospechosos de lo mismo.

—En estos momentos, todo es posible, señor Barwell. Y si él anda por ahí detrás de usted, este es el lugar más seguro en el que puede estar.

Heath soltó una risotada, un chirrido agudo que parecía el de un loco.

—¿Seguro? ¿Después de que ustedes se creyeran la mierda de cuento que les contó, y lo soltaran?

—Es una historia idéntica a la suya.

—No pueden ser idénticas.

Chandler bajó la tapa de metal de la puerta de la celda para ver al prisionero. Heath estaba muy cerca de la puerta; la cruz que llevaba colgada al cuello apretaba su carne sucia y sudorosa.

—Esencialmente lo son.

—¿Como qué?

Chandler sonrió.

—Eso no se lo puedo decir.

—¿Así que me va a encerrar aquí sin más y se va a sentar a esperar a ver qué sucede? ¿Esperar a que ese hombre consiga entrar y acabe lo que empezó?

—Debemos seguir el protocolo...

—¿El protocolo? ¡Una mierda! Lo que ustedes quieren es ver si lo pueden atrapar otra vez. Y si no lo encuentran, me endosarán a mí el muerto. Ya sé cómo van estas cosas. ¿Dónde ha quedado aquello de que uno es inocente hasta que se demuestre lo contrario?

—Algunos dirían que usted mismo ha dificultado las cosas por ese camino, intentando robar un coche. Tenemos suficiente con eso para acusarle.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué iba yo a robar un coche, si no temiera por mi vida? No soy ningún delincuente... —Heath hizo una pausa, sus dedos toquetearon la cruz del cuello, retorciéndola a un lado y a otro—. Vale, me acusaron de una agresión, poca cosa —continuó—, pero estaba borracho..., y los otros también. Insultaban a un amigo mío.

Mientras Heath hablaba, Chandler estudiaba su conducta. Le resultaba muy difícil interpretarlo. Sudaba como si fuera culpable, pero es que en aquella celda tan pequeña era imposible no sudar, apenas entraba brisa alguna por la diminuta ventana cuadrada. Heath estaba allí solo, rodeado por unas paredes manchadas por los mugrientos pecados de quienes habían pasado antes que él por allí. Mientras continuaba con sus quejas, Heath empezó a bufar, hinchando las mejillas. Agresivo y con mal genio, no era difícil pensar que fuera un asesino.

—Le pegué —continuó Heath—. Nada grave. Ni siquiera presentó cargos contra mí, yo tampoco quise hacerlo. Sin embargo, el encargado llamó a la policía. —Heath se detuvo y miró a Chandler: al parecer, vio algo que no le gustó; quizás una mirada que le decía que por allí no iba a ninguna parte.

—Está usted cometiendo un enorme error —dijo, amenazante—. En cuanto salga de aquí...

Chandler esperó aquella explosión de rabia que tal vez le haría confesar. Si podía conseguirlo antes de que llegase Mitch, se evitaría muchos problemas.

—Mi abogado..., mis abogados se lo comerán vivo. Y los políticos. Ya me advirtieron de que el oeste estaba lleno de bichos raros, de gente que te apuñalaría solo por entretenerse. Sin embargo, encontrarme en un pueblo lleno de gente así...

Heath estaba furioso, la saliva se acumulaba en torno a sus labios reseca. Pronto la ira se convirtió en desesperación. Dio una palmada contra la pared.

—¿Puedo beber algo? O al menos pongan el aire acondicionado. Tengo mis derechos...

—Incluido el derecho a permanecer en silencio —replicó Chandler mientras se alejaba con cierto sentimiento de decepción.

Esperaba que surgiera algo de aquel estallido, algo que le indicara que tenía al hombre correcto entre rejas. Pero más allá de unos cuantos exabruptos no había conseguido nada.

Chandler se encerró en su oficina y escuchó la grabación de aquella misma mañana.

La voz de Gabriel ya era casi un recuerdo distante. Chandler se maldecía por haber dejado que se escapara. Aunque, en realidad, no sabía si había hecho bien dejándolo marchar. Escuchó todo el interrogatorio, intentando recordar la actitud y los gestos de Gabriel, identificar en qué diferían de los de Heath. Quería dar con sus puntos débiles, con las contradicciones, con algo que, al menos, inclinara la balanza en su favor o en su contra.

Mientras oía cómo Gabriel explicaba que siguió el consejo de ir a buscar trabajo en el interior del país, el instinto de Chandler le decía que debía creerle. Quizá fuese por su tono mesurado o porque Gabriel fue el primero que le contó la historia, pero inconscientemente la consideraba más cierta. Era como sucedía con las canciones: la primera versión que escuchabas sonaba siempre como la original, lo fuera o no.

La grabación continuaba. Gabriel estaba más que decepcionado por que Heath no hubiese pasado de largo. La descripción del coche, idéntica a la de Heath en cuanto al color. Y resultaba igual de inútil. Y luego la frase: «Ningún asesino se presenta».

Chandler paró la cinta: «Ningún asesino se presenta».

La había pronunciado como si supiera lo que hacía o dejaba de hacer un asesino, como si conociera perfectamente cuál era su forma de actuar.

Volvió a poner la grabación. La voz de Gabriel continuó: habían viajado hacia el interior; Heath le había dicho que conocía sitios mejores para encontrar trabajo, con unos salarios más elevados. Luego se bebió el agua, que tenía un sabor raro y le había paralizado. Aquello lo había descrito detalladamente. El cobertizo, donde estaba encadenado a la pared. Las esposas y el banco de trabajo. Una descripción precisa de la habitación y de su contenido.

La amenaza de convertirse en el número 55. Su intento de liberarse. Las marcas rojas en muñecas y manos, cómo se consiguió soltar. La descripción de Heath ante el escritorio atestado, los mapas, los papeles, la cruz en la pared. Un relato muy detallado. La huida y las tumbas. La caída por el borde del acantilado. Despertarse y ver a Heath a su lado. Huir sin comprobar si todavía estaba vivo y llegar al pueblo en bicicleta.

Era una elección muy extraña. No era el medio de transporte que Chandler hubiera elegido para huir, aunque es verdad que resultaba más difícil de seguir. Pero había un camino muy largo desde la colina a la ciudad. Si te venía persiguiendo un asesino, se te podría haber ocurrido algo mejor.

Como, por ejemplo, intentar robar un coche.

La declaración de Gabriel acababa ahí, pero Chandler se entretuvo pensando en lo que dijo después: no tenía adónde ir, era un hombre solo en el mundo, un hombre sin ataduras.

Echándose atrás en la silla, pensó en los detalles. En lo que tenía lógica y en lo que no. Pensó en qué resultaba sospechoso. Ese comentario: «Ningún asesino se presenta».

Era algo que llamaba la atención, sin duda. También estaba la descripción detallada del cobertizo y de la cabaña, incluida la cruz de la pared. Demasiado buena para ser cierta. Quizá más de lo que cualquier persona vería echando una ojeada llena de pánico. Quizá fuera un lugar que había visto más de una vez. Pero es posible que el miedo aguzara sus sentidos y almacenara detalles mientras intentaba encontrar el modo de huir.

Con la declaración de Gabriel fresca en su memoria, Chandler volvió a leer el interrogatorio de Heath. Lo primero que le llamó la atención fue la falta de detalles del lugar adonde iba, como si no hubiera tenido tiempo de preparar la información por adelantado. No destacaba nada más entre las dos historias, hasta que llegaba al momento en que le drogaban. El recuerdo de Heath era mucho más nebuloso, y su explicación de cómo había escapado seguía siendo vaga, un poco menos descriptiva, con los detalles bloqueados por el miedo. Había notado un temblor en la voz mientras recordaba. Incluso parecía nervioso, como si en aquellos momentos estuviera de vuelta en el cobertizo, encadenado a la pared, intentando soltarse. Si le habían drogado, era normal que su memoria flaqueara en ese punto. No obstante, Chandler se preguntaba si no sería un truco para enmascarar detalles a propósito, intentando parecer inocente.

También había pocos detalles sobre la huida de Heath, una breve mención de Gabriel tras el escritorio y luego las tumbas, el encuentro en el bosque y la caída. Despertarse junto a Gabriel y echar a correr. Lo que seguía era lo más preocupante: la rabia que mostraba cuando le acusaban de haber robado un coche. Esa rabia. Esa falta de remordimientos. Ese insistir en que no le quedaba otra que hacerlo.

Y ahí estaba la ira. Y esa forma de retorcer la cadena que llevaba al cuello. A Chandler le recordaba al crucifijo de la cabaña.

Los dos relatos tenían partes más o menos borrosas.

Necesitaba desmenuzarlos aún más para averiguar dónde estaba la verdad.

2002

*E*n un mundo capaz de indicarte dónde se encontraba cualquier cosa, desde los átomos más diminutos a las supernovas que se tragan soles, el paradero de Martin continuaba siendo un misterio. Los escáneres de calor corporal habían resultado inútiles, igual que los transmisores. Los ojos del cielo no habían descubierto nada salvo tierra baldía, y su teléfono no daba ningún tipo de señal. La batería parecía agotada desde hacía mucho. Lo único que quedaban eran ojos, oídos y pies humanos. Pero la dificultad del terreno les había pasado factura a todos.

A primera hora de la mañana, Chandler recordó al grupo que barrieran completamente el área que quedaba. Ya no buscaban rastros, sino que querían dispersar a cualquier animal que ansiara comida fresca. Aquella mañana, Chandler estaba sentado con un par de oficiales de policía de Mount Magnet, reclutados por su experiencia en la búsqueda de caminantes perdidos. Ya había notado que no hablaban mientras iban andando: así ahorran energía. Cubrían terreno rápida y concienzudamente, despejando zonas en cuestión de segundos, y luego seguían adelante.

Hablaban sobre si Martin podía seguir con vida tras una semana: dependía de lo bien equipado que fuese y de su estado mental.

—Agobiado, por lo que sabemos —dijo Mitch—. Una mezcla de emoción, conmoción y rabia.

Jared, el agente de Mount Magnet que tenía una voz muy profunda, le interrumpió.

—Si quería irse para siempre, pudo hacerlo fácilmente. Si se le da a una persona más o menos en forma una ventaja de cuarenta y ocho horas, las posibilidades de encontrarla serán muy escasas. No será el hambre ni la sed lo que acabe con ella, sino el pánico. Darse cuenta de que está jodido, pero no es

capaz de hacer nada para solucionarlo. Se desesperará, cometerá un error y se caerá, se romperá una pierna y morirá en el fondo de algún barranco.

Se hizo el silencio. Afortunadamente, nadie de la familia estaba por allí cerca.

—¿Los encontráis a menudo? —preguntó Mitch.

—Solo un diez por ciento de las veces —respondió Jared. Los voluntarios murmuraron entre ellos—. Bueno... —se corrigió—, en realidad, posiblemente un cuatro o cinco por ciento.

Se oyeron más gruñidos. Los voluntarios se preguntaban por qué seguían luchando por una causa perdida. A Chandler tampoco le hacía ninguna gracia el derrotismo. Pensó en Teri y en su embarazo, y en lo poco preparados que estaban.

La había conocido hacía poco, en Año Nuevo, en una fiesta en el pueblo. Y no como invitado. Como reunían las características ideales, ya que eran jóvenes, novatos y solteros, a Chandler y a Mitch les tocó hacer guardia aquella noche, para que el resto de la dotación pudiera irse a casa con su familia, a celebrarlo. Teri había venido desde la costa a visitar a su familia. Y se tomó aquel viaje como una excusa perfecta para meterse en líos, tan lejos de casa.

A Chandler y a Mitch los llamó un vecino preocupado porque había jóvenes menores de edad bebiendo en la fiesta de la casa de al lado. En realidad, daba lo mismo por qué había sido. Fuera como fuera, los iban a abuchear, ya fuera por interrumpir una fiesta en pleno apogeo, ya fuera por llevarse de ahí a alguien.

Entraron en la casa entre los habituales gritos de desaprobación e insultos. La gente empezó a huir despavorida de los uniformes. Pero Teri no. Ella se enfrentó a los dos, ya bastante castigada por la fiesta, con los tirantes del vestido azul que le resbalaban de los hombros y dejaban al descubierto las tiras de su bikini rojo. Chandler, que la miraba desde su altura, muy superior a la de aquella chica, le pidió que avisara a los propietarios de la casa. Teri les dijo que se fueran: estaban jodiendo el buen rollo. Solo cuando le dio un empujón en el pecho, Chandler se fijó realmente en ella y en sus penetrantes ojos castaños. Eran enormes y peligrosos como un fuego en el bosque. Como estaba algo borracha, intentó negociar con ella, pero Mitch no era tan indulgente. Solo hacía dos meses que eran policías, pero su compañero ya llevaba el uniforme como si fuera una segunda piel, se regodeaba con la autoridad que le confería y sacaba su placa con un fervor casi fanático, dispuesto a hacer uso del poder que nunca había tenido de adolescente.

Como Mitch y Teri amenazaban con iniciar el año nuevo con una agresión con agravantes o algo así, a Chandler no le quedó otra que intervenir. Mientras acompañaba a Mitch hacia la puerta, recordándole que había que mantener la profesionalidad (un comentario que no hizo otra cosa que enfurecer aún más a su compañero), notaba que el cuerpo menudo de Teri le empujaba insistentemente por la espalda.

Chandler dejó a Mitch paseando en torno al coche patrulla como un toro furioso y volvió a entrar para ocuparse de la queja inicial. Al final convenció al propietario de la casa y a Teri de que aceptaran recibir solo una amonestación, ya que cuanto antes la recibieran, antes podrían volver a su celebración. Los advirtió de que no debían dar alcohol a menores y le dijo a ella que tuviera cuidado, a lo cual Teri replicó que si alguien intentaba algo con ella le estamparía un vaso en la cara. Asombrado ante aquella sinceridad y aquella crudeza, Chandler le dijo que esa respuesta no era la correcta. Ella le preguntó si lo que tenía que hacer era enviarle una carta al tío en cuestión pidiéndole educadamente que se fuera. Al instante, supo que con esa chica no había ninguna respuesta correcta; posiblemente, nunca la habría. Era una fuerza de la naturaleza. Cuando la conversación terminó, no se sabe cómo, había accedido a volver después de terminar su turno, al cabo de unas horas.

Chandler se fue, aunque antes le dijo al propietario que evitara que hubiera tanto ruido en el jardín. También le dijo que volvería para comprobar si le había hecho caso.

Su turno no acabó hasta unas horas más tarde. Mitch seguía furioso con la chica de la fiesta que había mostrado semejante falta de respeto hacia él y hacia la insignia. Chandler le siguió la corriente y le deseó las buenas noches. De vuelta a casa, se desvió un poco y pasó junto a la casa de la fiesta. El jardín delantero estaba vacío y solo se oía el chirrido de los grillos..., hasta que se abrió la puerta delantera y un hombre que no llevaba otra cosa que unos calzoncillos salió por la puerta dando tumbos. Detrás de él, se oyó el ruido de la música.

Chandler entró, todavía de uniforme. Una vez más, la gente se apartó de él.

—¿Dónde está tu compañero, el gilipollas ese?

Chandler se volvió. Era Teri. Todavía bien despierta, a pesar del tiempo que llevaban de fiesta. Por lo visto, su cuerpo menudo y delicado era capaz de procesar una gran cantidad de alcohol, a saber cómo.

—Se ha ido a casa —dijo Chandler.

Teri parecía impresionada, incluso aliviada.

—Era un muermo.

—No, es que es serio.

—¿Serio? Un aguafiestas: eso es lo que es.

Chandler no le llevó la contraria. Ya la conocía lo suficiente como para saber que era mejor evitarlo.

—Bueno, entonces, ¿estás de servicio o qué? —le preguntó ella.

—Pues oficialmente no, ya no.

—Vale —dijo Teri, y le puso una cerveza en la mano—. Entonces quítate la placa.

El resto de la noche pasó sin darse cuenta, bebiendo y charlando hasta las cuatro o las cinco de la mañana, bajo el efecto de las incontables cervezas que se tomó.

Después de aquella noche, durante los primeros meses, iba en coche hasta Port Hedland para reunirse con ella, cuando no estaba de guardia. En febrero, ella cumplió los dieciocho. En abril se quedó embarazada. Y en junio él ya no tuvo que ir hasta la costa. Teri se trasladó a Wilbrook, a vivir con él y con sus padres. Junio y julio pasaron con la emoción de vivir una nueva vida en otro lugar. Sin embargo, en septiembre, cuando ya caían los primeros pétalos de las rosas, las discusiones de Teri con sus padres lo estropearon todo.

A principios de diciembre, la frialdad aumentó. Ella ya estaba de ocho meses. Se mostraba muy irritable y encima con ese calor que hacía allí: en el culo del mundo, como decía la propia Teri. Chandler quería estar con ella, apoyarla. Pero tenía que trabajar. Tenía que buscar a un chico perdido en una tierra ignota.

—¡*L*os estatales quieren hablar con usted! —gritó Nick desde el escritorio de recepción, y le pasó la llamada.

—¿Chandler?

—Steve.

No hacían falta formalidades. Steve Yaxley era un antiguo capitán de la escuela que vivía en Newman, muy trabajador, pero accesible, que deseaba ayudar en lo posible. Su voz sonó atronadora entre la electricidad estática.

—Me he enterado del problema que tenéis. Nuestros chicos están en posición, en la autopista y en la noventa y cinco. Nadie puede salir ni entrar.

Mitch se había movido rápido, tocando todas las teclas para que todo estuviera en su sitio sin armar ningún alboroto y sin la ayuda de Chandler. Demostrando su fuerza.

—Gracias, Steve.

—También he hablado por teléfono con el inspector Andrews —dijo Steve—. Solo quería decirte que va para allá. No sé qué es peor, si él o un asesino suelto.

—Al menos Mitch juega según las reglas.

—Supongo... —dijo Steve.

—¿Necesitas algo más?

—No, nada más. Las rutas principales de salida y entrada del pueblo están bloqueadas. Si te queda algún agente libre, podrías ponerlos en los caminos de tierra que no podemos cubrir nosotros. Sabrás mejor que nosotros cuáles son.

—Gracias, Steve —dijo Chandler, notando que de alguna manera le habían pasado por alto, como si fuera parte del problema, y no de la solución.

Después de colgar, contactó con sus tres agentes. Nadie tenía nada sospechoso de lo que informar, solo algunas personas de la localidad que habían hecho preguntas, pero ninguno llevaba a un pasajero que coincidiera con la descripción de Gabriel. Después solo le quedó seguir esperando. El

calor, cada vez más intenso, no hacía más que exacerbar el temor de que ocurriese algo, y la frustración por no tenerlo todo bajo control. Ya era tarde. Y no habían averiguado mucho más. No parecía que se produjeran novedades hasta que reapareciese Gabriel, o bien un cadáver.

—¿Sargento?

Chandler miró a Nick, que parecía demasiado emocionado para hacer papeleo en aquellos momentos.

—¿Sí?

—¿Alguna vez habíamos tenido un asesino en serie en estas celdas?

—Nick... —empezó Chandler, aunque no parecía tener sentido intentar detener la incontenible imaginación de aquel chaval.

Durante los diez minutos siguientes, Chandler escuchó a Nick hablar del fruto de sus estudios sobre los asesinos en serie australianos más famosos (Chandler tuvo que pararle los pies cuando proclamó, entusiasmado: «¡los mejores!»), como, por ejemplo, Worrell y Miller (que estrangularon a siete mujeres en la periferia de Adelaida en los años setenta) o Peter Dupas (que mató al menos a tres personas en Victoria). Luego le habló del más importante: Ivan Milat. Chandler había oído hablar de él, un hombre difícil de olvidar, el psicópata que había asesinado a varios mochileros en las cercanías de Belangalo State Forest a finales de los ochenta y principios de los noventa.

—Ya sabe, sargento —dijo Nick—, quizás este tipo sea solo un imitador, que recogía a viajeros jóvenes, los mataba y luego los tiraba a la colina.

Esto preocupó mucho a Chandler. Quizá tuvieran a un nuevo Ivan Milat en las celdas. O rondando por el pueblo.

Nick siguió hablando.

—También tenemos a John Wayne Glover, a finales de los ochenta. Mató a seis mujeres ancianas porque odiaba a su suegra. Al final se ahorcó en prisión...

Aquella información le produjo un momento de temor. Habían tomado todas las precauciones necesarias, le habían quitado el cinturón y los cordones de los zapatos al preso, pero aquella cadena que se clavaba en la piel de Heath...

Chandler se dirigió a la puerta que conducía a su celda, esperando oír algún movimiento, un eco, un ronquido, algo. Pero obtuvo mucho más que todo eso.

—¡Les he oído hablar ahí fuera! —dijo Heath, con voz angustiada y el aliento entrecortado.

Abriendo la rendija, Chandler miró dentro. Heath no colgaba de los barrotes de la ventana, como había temido, sino que estaba muy rojo, todavía jugando con la cruz que llevaba al cuello y retorciendo la cadena hasta que se le clavaba en la carne, como si intentara obligar a Dios a ayudarlo.

El preso se acercó a la abertura, inclinando tanto la cabeza que parecía que quería meterla por el agujero.

—No soy ningún asesino.

Chandler dio un paso atrás, manteniendo las distancias.

—Ni tampoco soy un monstruo —dijo, suplicante—. ¿Acaso se lo parezco?

La voz de Nick rebotó en las paredes desnudas.

—Ted Bundy parecía normal, incluso se ofrecía a ayudar. Robert Lee Yates también, y mató a trece prostitutas. Dean Corll era vicepresidente de una fábrica de caramelos, y mató al menos a...

Chandler interrumpió a su colega.

—Nick, ya lo hemos entendido. Estás poniendo nervioso a nuestro huésped.

Con inesperada rapidez, Heath golpeó con la mano la sólida puerta de acero, dejando escapar un chillido de dolor.

—¡Claro que estoy nervioso! —balbució—. No he hecho nada, pero estoy aquí encerrado como si fuera Hannibal Lecter.

—Tenga paciencia, señor Barwell. Si es inocente como dice, lo averiguaremos.

—Lo soy —gimoteó Heath, mirándose la mano, que ahora estaba tan roja como su cara.

—Además, necesito que me entregue esa cadena que lleva —dijo Chandler.

—¿Por qué?

—Para evitar accidentes —dijo Chandler.

Heath se quedó callado un momento, soltó una palabrota, se quitó la fina cadena de oro y se la entregó a través de la abertura; luego se retiró hasta el banco y se sentó.

Chandler estaba preocupado. Aunque no tenía prueba alguna, había algo que le decía que había encerrado al tipo equivocado, que él no era más que un peón de un juego entre Heath, Gabriel y Mitch. Se sentía impotente.

Al final, Wilbrook no tuvo que esperar mucho para la vuelta a casa del inspector Mitchell Andrews. Dos horas y veinte minutos, para ser exactos. Las carreteras despejadas y la autoridad para correr lo que quisiera le habían ayudado a recorrer a toda prisa las carreteras que cruzaban el árido paisaje.

Chandler vio entrar a Mitch en la comisaría seguido de cerca por su séquito. Probablemente había insistido en que los demás se quedaran atrás: él entraría el primero, como rey de reyes. Llevaba un traje gris que no habría resultado fuera de lugar en los años treinta: ancho, con hombreras, mangas estrechas y solapas de pico, los pantalones con raya y las perneras bien planchadas, como si acabara de salir de un congelador; aquel calor espantoso no parecía afectarle. Los demás de su grupo iban vestidos con trajes negros, todos iguales. Parecían un siniestro cortejo fúnebre mirando a hurtadillas a su alrededor, como si estuvieran seleccionando a sus futuros clientes. Chandler pensó que él podía ser uno de ellos.

En la cara de Mitch, normalmente inexpresiva, se veía una ligera sonrisa cuando avanzó hacia Chandler. Nick le había dado la bienvenida, pero él no le había hecho ni caso. No hacía falta confraternizar con subordinados.

Para su sorpresa, Mitch le tendió la mano. Chandler se la estrechó. El apretón fue frío y algo mecánico, pero más de lo que él había esperado. En la expresión concentrada de su colega, Chandler vio una conexión, un frágil vínculo con el pasado, hilos buenos y malos que se juntaban y se retorcían entre sí. Una herida muy honda, eso era lo que él sentía. ¿Sentiría Mitch lo mismo?

A pesar de aquel traje tan serio, parecía que Mitch no había ganado ni un gramo de peso en los años transcurridos. Seguía siendo mucho más alto que Chandler, con la barbilla saliente, los labios igual de azulados. Los años y las arrugas en torno a los ojos le habían otorgado un aspecto casi de estadista. Posiblemente, el objetivo del traje fuera ese: transmitir autoridad. A Chandler, sin embargo, le parecía que vestía como si fuera un político que hiciera horas

extra en la policía. Sus movimientos tenían algo de robótico. O como si fuera de plástico, y le hubieran puesto unas piezas móviles a su cuerpo para que pudiera moverse. El GI Joe de la policía. Muy lejos de aquel niño que robaba caramelos de la tienda de Penny Hall junto al quiosco de música, en el pueblo, cuando los dos eran pequeños.

—Han pasado unos cuantos años, ¿verdad, sargento Jenkins? —dijo Mitch, todavía asimilando la imagen deprimente de una comisaría que parecía tallada en un solo bloque de cemento.

—Pues sí —respondió Chandler, algo descolocado ante tanta delicadeza.

—El pueblo parece detenido en el tiempo —dijo Mitch—. Igual que la gente —continuó, señalando hacia su séquito inmóvil, aunque la pulla era para Chandler.

Un adelanto de lo que se avecinaba.

—Tenemos trabajo —replicó Chandler, dirigiéndose con rapidez hacia la puerta principal.

—Sí, arreglar sus desaguisados, sargento.

—Todavía no sabemos de qué se trata..., inspector.

—Si ha tenido que traernos a todos a rastras desde la costa para que nos ocupemos..., es que es un desastre. —Mitch volvió a mirar a su alrededor—. ¿Y dónde está el café?

—Nosotros no hemos tenido que traer a nadie a rastras, han venido porque han querido. Le traeré uno ahora mismo —dijo Chandler, con un sarcasmo nada sutil.

—Hágalo, sargento, y ya que está, tampoco tenemos suficiente espacio para aparcar.

—No sabía que vendría la división entera —dijo Chandler, señalando hacia los hombres con traje negro que poco a poco iban expandiéndose en torno a la oficina, como células cancerígenas—. Además, si aparcan todos en el mismo sitio, empezarán a correr rumores... Todo eso de las redes sociales que tanto los aterroriza.

—No se preocupe, sargento. Los coches no llevan distintivos. Y hemos aparcado la mayoría en la calle de al lado —dijo Mitch. Se quitó el sombrero y lo colocó con firmeza en medio de la mesa, como si marcara su territorio—. Además, la gente que esté pasando por el primer control de carretera, en la autopista, probablemente ya habrá tuiteado algo. Si nuestro sospechoso tiene acceso a Internet, ya sabrá lo que pasa aquí. Y quién lo está intentando cazar.

—Puede que no sea malo —dijo Chandler—. Aumenta las posibilidades de que se entregue.

—O quizá le fuerce a esconderse —opuso Mitch—. Suponiendo que no haya escapado ya...

—Bueno, ninguno de los dos sospechosos llevaba móvil. No cuando llegaron aquí. Ambos aseguran que se lo quitaron durante el incidente. Así pues, existe la posibilidad de que Gabriel no sepa qué está pasando.

—No basta con «la posibilidad», sargento. Necesitamos respuestas. Tenemos que localizarlo y detenerlo.

—¿Y qué cree que hemos estado intentando hacer todo este tiempo? —replicó Chandler, poniéndose de pie detrás del escritorio, dispuesto a no retroceder—. La mayoría de mis hombres están por ahí fuera, buscando.

—Los tres —dijo Mitch, con una sonrisa.

—Sí, tres buenos oficiales de policía.

—Tanya, Jim ¿y...? —dijo Mitch, inclinando la cabeza a un lado, sonriendo todavía.

—Luka. Más nuestro nuevo agente Nick, que está ahí —respondió Chandler, mirando hacia el mostrador de recepción.

Nick le saludó.

Mitch no le devolvió el saludo.

—Roper, Darren, Flo, ocupad ese escritorio —dijo Mitch, señalando el atestado puesto de trabajo de Luka—. Yohan, Suz, Erin, vosotros ahí en ese otro —añadió, señalando el escritorio desocupado de Jim—. Los demás buscaos algún otro sitio.

Chandler vio instalarse al equipo de Port Hedland, que apiló los expedientes incompletos de Luka en un rincón. Luego sacaron unos brillantes portátiles negros, con los puertos llenos de dispositivos y utensilios electrónicos. Los procesadores empezaron a ronronear al ponerlos en marcha, con las luces relampagueando como la torre de control de un aeropuerto.

—¿Quiere instalarse en la sala de interrogatorios? —preguntó Chandler.

Cuantas más puertas hubiera entre él y Mitch, mejor.

—Ah, no, no es necesario, sargento. Igual la necesitamos. Voy a instalarme en su despacho.

—Está bien, lo despejaré.

—Despeje «todo» el espacio. No necesitaremos nada de lo que tiene ahí, aparte de las declaraciones.

—No puede venir aquí y...

—¿Y qué? —dijo Mitch, acercándose más a él, bajando el volumen de su voz, pero aumentando la agresividad—. Puedo hacer lo que quiera...,

Chandler —continuó, dejándose de formalismos y asegurándose de que nadie más le oyera.

Chandler se sentía como un perro regañado por su amo. Intentó resistirse.

—¿Y dónde se supone que me tengo que instalar yo..., Mitch?

Mitch retrocedió un paso, sin inmutarse.

—No permitamos que las discusiones sin importancia entorpezcan nuestra investigación, sargento. Estamos aquí para trabajar todos juntos.

—Vale. ¿Qué quiere que haga, entonces? —preguntó Chandler, intentando poner a prueba sus intenciones.

Si de verdad tenía un plan (y, conociendo a Mitch, estaba seguro de que ya lo había ideado), les diría todo lo que se suponía que debían hacer Chandler y su equipo.

—Primero vamos a instalarnos —respondió con una sonrisa.

Atravesó la sala.

—Suz, ve al ordenador del sargento y tráeme esas declaraciones.

Suz, veintitantos años pero ya vestida como una empleada de banca de cuarenta, dejó el escritorio en el que acababa de instalarse y corrió a la oficina de Chandler, que pronto sería la de Mitch. Tenía los hombros delgados. Las solapas de la blusa blanca ondeaban a cada paso. Estaba claro que a Mitch le encantaba dar órdenes. Lo que Chandler no sabía era si Mitch sería capaz de escuchar consejos.

Al momento, aquella comisaría de pueblo se convirtió en el cuartel general de Mitch. Su gente empezó a dar vueltas alrededor como peonzas, instalar impresoras, marcar números en los móviles y etiquetar equipo como un divorciado furioso etiqueta sus pertenencias. Trabajaban con energía. Chandler tenía que admitir que Mitch desprendía autoridad. Él no sería capaz de actuar con tanta arrogancia. Chandler suponía que para subir en el escalafón había que pisar a bastante gente.

—Nos reunimos en mi despacho —anunció Mitch.

Chandler se mordió la lengua y se metió en el despacho con todos los demás. Con toda esa gente reunida, hacía aún más calor.

Mitch se dirigió a ellos. Un antiguo proyector dibujaba un mapa del pueblo en la pared.

—Está bien, supongo que todos somos conscientes de cuál es la situación. Pero resumiendo: tenemos un sospechoso fugado, quizás escondido en el pueblo, o tal vez ya esté fuera. Por el momento, solo hemos intentado contenerle. Ahora hemos de ser proactivos.

Con un puntero láser señaló hacia la pantalla.

—Roper y Flo, vosotros dos tomad Watkins hacia Fenley; Darren y Neil, Pomarreo hacia Creek. Erin, Mick y tú id hacia el norte, a Eagle's Brook; MacKenzie y Sun, vosotros tenéis toda esta zona —dijo, señalando George Street y Dieskirt, donde estaba la casa de Chandler.

—¿Y mi equipo? —preguntó Chandler.

Mitch no se apartó del mapa.

—Pueden quedarse donde están y vigilar el tráfico, igual que han hecho hasta ahora.

—¿Y yo?

—Usted está al mando, sargento —dijo Mitch—. Conmigo. —Levantó el puntero láser, guiando el punto por el mapa—. Tenemos hasta que anochezca para situar al sospechoso. Si no podemos hacerlo, nos veremos obligados a intentar alguna otra cosa. ¿Entendido?

Todo el mundo asintió con vehemencia y el equipo salió fuera, uno por uno, como robots. Parecían tan carentes de emociones como su jefe.

Chandler se quedó. Tenía curiosidad por averiguar qué quería decir Mitch con eso de «verse obligados a intentar alguna otra cosa». Parecía sugerir que tenía algún plan B. Si Chandler iba a unirse a él en el mando, debía explicarle cuál era ese plan.

—¿Y si no le hemos localizado al caer la noche? —preguntó Chandler.

Mitch no picó.

—Entonces, como he dicho, probaremos algo distinto.

—Te conozco, Mitch —dijo Chandler—. Sabes exactamente lo que quieres hacer.

Mitch asintió.

—Correcto, sargento. Y si llega la ocasión, lo revelaré.

Ya era malo verse apartado con Mitch en su territorio, pero es que allí había algo personal. Y eso era aún peor.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Chandler—. ¿Qué más necesitas saber?

—Lo que necesito saber, sargento, son «todas» las posibles vías de entrada y salida del pueblo.

—Puedes verlas en el mapa. ¿Por qué no usas tu puntero láser?

—Sí, pero quiero que tú me digas cuáles son las más viables. Dibújamelas y entrégamelas. Enséñame hasta cómo podría entrar y salir una rata de la ciudad sin la menor posibilidad de que la atraparan.

—Gabriel no puede conocerlas. Es de Perth o de por ahí. Tú conoces esas salidas mucho mejor que él.

Mitch se quedó quieto un segundo, respirando.

—Está bien. Lo diré de otra manera. Supongamos que él lo sabe. Supongamos que es una rata. Averigua cómo podría salir, sargento. Y luego vienes y me lo enseñas.

Y con eso, Mitch calló y señaló con los ojos hacia la puerta.

Chandler captó la indirecta. Casi se alegraba de poder salir de allí. La comisaría estaba vacía: las abejas habían salido de su colmena para iniciar la caza de la presa. En el mostrador de recepción, Nick parecía ansioso.

—Así es Mitch —dijo Chandler.

—Es... muy serio —respondió el chico.

—Es una insignia que habla —dijo Chandler, que quería creer que aún quedaría algo del viejo Mitch.

—Al menos ha hecho que las cosas se movieran —dijo Nick, que enseguida se echó atrás—. No quiero decir que usted no lo hubiera hecho también, sargento, es que él ha traído más gente y...

Era obvio: aquel despliegue policial lo había impresionado.

—Está bien, Nick. Tú haz lo que él te diga..., si es que te habla.

Metido en un rincón del nuevo centro de mando, Chandler usó la contraseña de Tanya y consiguió un mapa del pueblo. Había una infinidad de agujeros tipo madriguera que podrían haber albergado a Gabriel en su ruta de salida. La parte de atrás de la calle Fraser y luego hacia abajo por el desagüe de tormentas; Yoppy's Lane, detrás del campo de fútbol; Rose Avenue, Lincoln Street, incluso el callejón que había detrás de Cook. Los dibujó todos, con líneas rojas que brotaban del hotel. Se lo llevó a su superior.

Mitch estaba arrellanado en la silla de Chandler. La sonrisa que adornaba su rostro confirmaba lo contento que estaba al ver que su antiguo compañero tenía que obedecerle.

—Esto es lo que tenemos —dijo Chandler—. Muchísimas vías de salida y de entrada —continuó, señalando la imagen proyectada en la pared con el dedo, e intentando no dejarse cegar por el resplandor de la bombilla—. Aquí está Tanya. Aquí, Luka. La policía estatal está en la 95 y en la 138. El hotel del que se fugó es el Gardner Palace, que está...

—Ya sé dónde está.

—Exacto. Así que, si se fue por la salida de incendios, la forma más rápida de salir de la ciudad es por Rooster, pasando al lado de la lavandería, y luego atravesando el callejón hacia el terreno baldío que hay detrás. No más de diez o quince minutos, si quieres asegurarte de que no te vea nadie.

—La lavandería siempre está muy concurrida —replicó Mitch—. Siempre hay gente atrás colgando ropa en las cuerdas del tendedero.

—Sí —dijo Chandler, saltando ante la oportunidad de ganar por la mano a Mitch y convencerle de que necesitaba sus conocimientos de la localidad—. Pero «esa» lavandería cerró el año pasado, de modo que nadie le molestaría a la hora de salir. Si es que ha decidido ir por ahí. Jim lo ha comprobado y no ha visto nada que indicara que lo hubiese hecho.

Mitch no pareció inmutarse por haberse dejado coger en un renuncio.

—Es posible, sargento, sí. Pero, como has dicho, no hay señal alguna del sospechoso. Quizá conozcas este pueblucho mejor que yo, pero no lo has encontrado, así que hará falta alguien que piense de otro modo.

—Necesitas mi ayuda —dijo Chandler.

Mitch le corrigió.

—Necesito tu información, sargento. Y también necesito la información que me va a dar tu equipo. Pero ¿tu ayuda? Si necesito tu ayuda, te la pediré —dijo, sin sonreír ya. Su rostro parecía de granito, duro, lleno de marcas, impenetrable—. Lo que necesito ahora mismo es la garantía de que esto se lleva con toda eficacia y que mi equipo tiene todo lo que pueda necesitar. Papel, material de oficina, teléfonos, línea constante con la estatal y con cualquier otra persona con la que nos queramos poner en contacto... Tú eres la pieza que mantiene en funcionamiento el engranaje, sargento.

Chandler ya había oído bastante. Se dio la vuelta para salir de su propio despacho.

Mitch le llamó.

—Es un trabajo importante, sargento. Los chicos importantes no pueden hacer nada si sus secretarias no hacen su curro.

Chandler se volvió.

—No pienso ir por ahí sirviendo tazas de té y galletitas.

Mitch se echó a reír.

—Claro que no. Mi equipo no necesita que hagáis esas cosas, son más que capaces de hacerlas ellos solitos. Lo que podéis hacer es ocuparos del aspecto local. La gente preguntará qué está pasando: las calles llenas de policías, desconocidos con traje negro paseándose por el pueblo... Tu trabajo consiste en disipar sus miedos, sargento —dijo Mitch.

Que le llamara todo el rato por su cargo le ponía de los nervios. Pero aún no había terminado.

—Tú te ocupas de los aspectos pequeños, y yo, del grande.

Chandler respiró hondo.

—No has cambiado nada, ¿verdad, Mitch?

Mitch le dedicó una sonrisa.

—Yo podría decir lo mismo. La mierda nunca se convierte en oro, por mucho tiempo que pase en la mina.

—Pensaba que esto no se iba a convertir en una batalla —dijo Chandler.

La sonrisa se volvió más suelta. Parecía ocultar algo por debajo. Chandler captó un destello del antiguo Mitch durante un segundo, el Mitch que siempre se guardaba un as en la manga.

—La batalla no ha hecho más que empezar, amigo mío.

Al cabo de quince minutos, empezaron a sonar los teléfonos. Enseguida Nick se vio sobrepasado y empezó a desviar las llamadas a Chandler. La mayoría era de gente del pueblo que se enfrentaba a la mayor conmoción que había sufrido la localidad en años: madres ansiosas, padres protectores, jubilados ofendidos, adolescentes que soltaban risitas, todos ellos llenos de curiosidad por los vehículos negros y siniestros que recorrían lentamente las calles.

Algunos querían saber si era el Servicio Secreto, si había una convención de espionaje. Sus teorías eran disparatadas. En cuanto había conseguido calmar a un vecino llamaba otro, que preguntaba si debían vestirse de domingo y hacer guardia para recibir al ilustre visitante al que, por lo visto, se esperaba. Algunos querían saber quién era, para ser los primeros en extender por ahí el cotilleo. Otros decían que no estaban dispuestos a recibir al primer ministro o a alguno de esos sinvergüenzas. Con las palabras atravesadas en la garganta, Chandler explicaba siempre lo mismo: no ocurría nada; debían quedarse en el interior de sus casas; si pasaba algo, se lo haría saber personalmente.

Había respondido a unas diez llamadas cuando alguien tocó el tema que más temía: los controles de carretera y por qué Jim, Taylor y Luka estaban registrando todos los coches. La pregunta la hizo un vecino muy enfadado, el reverendo Simon Upton, que no podía creer que la policía hubiese detenido a un religioso y hubiera registrado su coche. Aunque normalmente era alguien muy tranquilo, en esta ocasión se quejaba muchísimo, como si tuviera algo que ocultar..., tal vez algo que tuviera que ver con los rumores que corrían por el pueblo sobre un pasado no muy religioso, por así decirlo.

—Pero ¿registraron su coche, reverendo? —preguntó Chandler.

—No, pero me detuvieron cuando iba de camino a casa de Georgina Patterson. Como sabrá, está muy enferma.

—Sí, lo sé, reverendo. Por favor, dele recuerdos de mi parte.

—¿Por qué están registrándolo todo, si se puede saber? —preguntó el reverendo, con una voz imponente, como la que sonaba en el púlpito los domingos.

Chandler le dijo que era solo una precaución.

—Venga, sargento Jenkins, no colocarían ustedes controles de carretera solo por precaución. No puede ocultar esa información a la gente del pueblo.

Chandler calló un momento. Tendría que darle algo al reverendo, pero, al mismo tiempo evitar que aquel santurrón chismoso propagara un pánico que, tal vez, no estuviera del todo injustificado.

—Tiene usted razón. Hay un ladrón que ha dado el golpe en varios establecimientos y que está intentando salir de la ciudad.

Hubo una pausa, como si el reverendo estuviera esperando la inspiración divina para saber si Chandler había dicho o no la verdad. Y el Señor no estaba convencido.

—No se hacen registros solo por alguien que roba en una tienda, sargento. Se lo preguntaré de nuevo: ¿esa persona es peligrosa? ¿Es un convicto o convicta que ha escapado de prisión, quizá?

—No, reverendo —dijo Chandler, con toda calma—, solo alguien a quien queremos interrogar. Pero, para encontrarlo, nos ayuda mucho que todo el mundo se quede en su casa, para poder concentrarnos en el sospechoso sin distracciones.

El reverendo saltó ante el desliz de Chandler.

—¡El sospechoso! Entonces es un convicto... ¡O lo va a ser!

La mente de Chandler se puso automáticamente en modo manejo de crisis. Suavizó la voz para que el reverendo se calmara.

—Reverendo, es una forma de hablar: un sospechoso. Si tuviera que definirlo, en realidad, sería más bien una persona implicada. Solo estamos comprobando que no se ha subido en el coche de alguien o ha cogido alguno.

—Yo no soy un hombre que cobije a criminales, sargento. En mi coche no podía estar.

Chandler se sintió aliviado al percibir un cambio en su tono de voz.

—Ya lo sé, reverendo, pero he dado instrucciones a mis oficiales de que comprueben «todos» los coches. En este momento, no podemos estar seguros de que aún esté en el pueblo. Podría haberse ido hace tiempo de aquí. Entonces se convertiría en un problema estatal, pero he preferido pasarme de precavido y registrar todos los coches, por si acaso. Estoy seguro de que a usted no le importará.

El representante del Señor en la Tierra no podía decir nada ante eso. Soltó un murmullo casi incoherente como respuesta, algo que sonaba como una oferta de hacer todo lo que pudiera para ayudar. Preguntaría a su congregación, en la misa de la mañana (a sus diez parroquianos, pensó Chandler), si habían visto algo. Después de darle las gracias, Chandler colgó.

Las llamadas siguieron entrando, la gente retenida en los controles llamaba para preguntar por qué demonios no les dejaban salir de su pueblo. Hasta Nick tuvo que echarle una mano, deslizándose tímidamente junto a Chandler, que se ocupaba de las quejas de los vecinos, mientras Mitch y su equipo pensaban qué hacer.

De repente, se abrió la puerta de la comisaría de par en par. Dos de los agentes de Mitch fueron directamente a la oficina de su jefe.

Chandler dejó en espera la llamada e intentó escuchar lo que ocurría en su oficina. No captó más que voces ininteligibles. Menos de un minuto después, los dos hombres salieron de nuevo de la comisaría.

Mitch se acercó a la puerta mientras Chandler colgaba el teléfono.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada que te importe —replicó Mitch.

—¿Adónde van?

El teléfono de Chandler volvió a sonar.

—Concéntrate en calmar a los vecinos —respondió Mitch, y luego añadió —: ¿Ha llamado ya la señora Juniper?

La señora Juniper era la cotilla oficial local, exmujer de Kid Maloney. Se casó con él en un brote de rebeldía y luego se divorció, cuando recuperó la sensatez. Siempre se enteraba de todo... Bueno, antes se enteraba de todo.

—Murió hace cuatro años —dijo Chandler.

Debía de haberse sentido incómodo, pero Mitch se encogió de hombros y volvió tranquilamente a su despacho. Nick pasó junto a Chandler, de camino a la recepción.

—¿Adónde van, Nick?

Él meneó la cabeza y siguió andando. Le pareció que le ocultaba alguna cosa. Mitch estaba destruyendo el clima de confianza que había logrado establecer en la comisaría.

—¿Nick?

—No lo sé, sargento, de verdad. Hablaban bajo. No los he oído.

Mitch apareció tras el hombro de Chandler.

—Quiero interrogar al señor Barwell.

—¿Y qué te lo impide?

—Tú tienes las llaves, sargento.

Chandler se levantó de su asiento. Era más bajo que Mitch, pero físicamente intimidaba más; no necesitaba llevar hombreras para realzar los hombros.

—Voy contigo.

Mitch negó con la cabeza.

—No, no quiero ninguna contaminación del interrogatorio anterior. Como una hoja de papel en blanco.

—Pero así podré decirte si cambia su historia.

—Me sé de memoria su declaración anterior —respondió dándose unos golpecitos en la cabeza.

—Un par de oídos más no harán daño.

Mitch hizo una pausa. Sacaba la mandíbula inferior y la barbilla, un gesto involuntario y desgarbado que hacía desde que era niño.

—Vale, sargento, pero yo dirijo. Tú mantén la boca cerrada.

—Tú diriges —dijo Chandler mordiéndose la lengua: cualquier cosa era mejor que contestar el teléfono.

Chandler entró en las celdas, con Mitch justo detrás. Abrió la rendija; el chirrido resonó en todo el pasillo. La cara de Heath apareció en el espacio como un perro que busca comida. Solo se veía su boca. Su voz estaba llena de preguntas.

—¿Qué ocurre ahí fuera? ¿Quién es toda esa gente?

—Señor Barwell, por favor, apártese de la puerta —ordenó Mitch, tranquilo pero autoritario, desaparecido ya todo rastro de su acento juvenil.

A Chandler no le habría extrañado que hubiese recurrido a un profesor que le enseñase a refinar su acento, dado el dinero y la dedicación que había invertido en su estilo de vestir, muy sofisticado.

—¿Quién es ese? —le preguntó Heath a Chandler—. ¿Mi abogado?

—Es un inspector. Ha venido a interrogarle. Por favor, échese hacia atrás.

Mientras Chandler se disponía a abrir la puerta de la celda, Mitch se apartó el faldón de la chaqueta y apoyó la mano en su arma. ¿La habría usado alguna vez? Seguramente.

Chandler le enseñó las esposas.

—No es necesario —dijo Heath, levantando las manos—. Quiero un abogado.

—¿Para qué necesita un abogado si es inocente? —preguntó Mitch, frunciendo el ceño.

—Todo el mundo necesita un abogado —respondió Heath.

—Puede ser —dijo Mitch, manteniendo la frialdad—, pero solo los culpables insisten en tenerlo. Solo quiero repasar su declaración. Ponerme al día con mi colega. Quiero entender todo lo que le ha pasado.

Heath frunció el ceño mirando a Mitch, como si intentara calibrar sus verdaderas intenciones.

Hizo una pausa y se volvió de cara a la pared, para que Chandler pudiera ponerle las esposas. Hizo una mueca de dolor.

Lo llevaron hasta la sala de interrogatorios. Chandler colocó a Heath en un asiento y le quitó las esposas con mucho cuidado.

—Solo repetiré lo que ya dije —apuntó Heath, frotándose un poco las muñecas mientras miraba primero a Mitch y luego a Chandler.

Mitch dirigió el interrogatorio. Sus gemelos de plata brillaban a la luz, grandes, angulosos y caros, llamativos, aun así, eran elegantes, con cierta sensación de mesura. La plata siempre había sido el metal preferido de Mitch. Tal vez porque la asociaba a su amada placa o quizá solo porque le reafirmaba. Eso siempre le había gustado.

Heath empezó a contar su historia. Tal vez pulió algo ciertos matices. Fue detallista cuando llegó a la parte de hacer autostop, y algo más vago en la parte de la droga y de la huida. Solo una diferencia llamó la atención a Chandler: el recuerdo de un nombre en uno de los documentos de la cabaña, Seth. Cuando Mitch le presionó un poco más al respecto, Heath dijo que era algo que acababa de recordar, un nombre escrito con letras grandes y rojas, como si fuera de enorme importancia. Chandler tomó nota de comprobar a todos los Seth que figurasen en los registros de personas desaparecidas.

—Si hubiera conseguido robar el coche, ¿adónde habría ido? —preguntó Mitch, con los ojos bajos y clavados en sus notas, como si fuera una pregunta hecha solo para pasar el rato.

—A cualquier sitio —dijo Heath.

Gotas de sudor le caían del nacimiento del pelo.

—En su declaración original, dijo que se dirigía aquí: al pueblo —replicó Mitch, levantando los ojos y mirando al sospechoso.

—Yo..., bueno, lo único que quería era alejarme de él. Y sigo queriendo hacerlo, pero ustedes me tienen atrapado aquí, mientras que él...

El cuerpo entero de Heath se echó a temblar. Tenía la piel sonrosada y algunas gotas de sudor fueron a parar al escritorio.

—Intentar robar un coche no parece obra de un hombre inocente —observó Mitch.

—Sí, es la obra de un hombre asustado —respondió Heath.

—¿Y su pasado? —le preguntó Mitch.

Chandler sabía que cambiaba de tema para intentar desestabilizarlo, para forzar que revelara algo.

—¿Qué sucede con mi pasado?

—¿Tiene familia?

—No, no tengo.

Mitch no dijo nada. Era mejor forzar que siguiera hablando.

—Mis padres murieron.

—Lo siento mucho —dijo Mitch, indiferente.

Heath negó.

—Murieron hace muchos años. Cuando yo era solo un adolescente.

—¿Cómo? —preguntó Mitch.

—Cáncer. Mamá, de pecho. Papá, de intestino. Con dos años de diferencia.

Chandler sintió que aquello era una buena razón para mostrarse empático. Pero Mitch estaba en racha.

—¿Todavía piensa en ellos?

Mitch miró la mesa un momento.

—Sí, pero ya lo he aceptado. También he aceptado que quizá tenga propensión a padecer cáncer.

Heath hablaba con una lasitud que resultaba casi morbosa. Era como si pensara que la muerte lo esperaba en la vuelta de la esquina. Quizá el incidente con Gabriel había confirmado su sospecha, o tal vez esa sentencia de muerte que decía llevar inscrita en los genes hacía que quisiera llevarse con él a cuanta más gente mejor.

—¿Le han dicho que morirá? —preguntó Chandler.

Heath desvió la vista. A Mitch no le gustó nada que se inmiscuyera en su interrogatorio.

—Aparte de lo que me dijo Gabriel, no. Pero todos tenemos que morir. — Otra vez lo dijo con aire de cansancio y de aceptación, como si ya no fuera más que polvo.

—El asunto consiste en cómo se muere, ¿no le parece, señor Barwell? — dijo Mitch.

Era una pregunta capciosa.

—¿Qué quiere decir con eso?

Mitch agitó la mano, como si lo suyo solo hubiera sido un comentario informal.

—No importa. Siga hablándome de su familia.

—Tengo un hermano y una hermana. Los dos mayores que yo.

—¿Cómo se llaman? —Mitch se preparó para escribir sus nombres, una promesa tácita de que comprobaría aquella información: sería mejor que no le mintiera.

—Ross y Pipa. Philippa. No nos hablamos. Una discusión con el testamento.

—¿Sus padres se lo dejaron todo a usted? ¿Al menor?

—No —dijo Heath, algo decepcionado—. Al contrario. A mí solo me tocaron algunas tonterías. Ellos comparten la casa. Pero eso pasó hace mucho tiempo. Ya no nos hablamos.

—¿No les importará saber que está usted bajo custodia?

—Solo les importará si les llega la noticia de que estoy muerto —dijo, amargamente—. Gabriel estuvo a punto de hacer realidad su deseo.

Mitch asintió.

—Pero ¿no tiene usted nada que confirme su identidad?

—Él se lo llevó todo, mi cartera, el permiso de conducir, todo.

—De acuerdo —dijo Mitch, sin comprometerse.

—Tiene usted a la persona equivocada, sargento.

Mitch levantó las cejas, airado. ¿Sargento?

—Por el momento, usted es la única persona que tenemos, señor Barwell —dijo, mirando a Chandler con frustración—. Ha mencionado usted el número cincuenta y cinco...

—Me dijo que yo era ese número.

—¿Y le habló de los otros?

—No.

—¿No dijo nada?

—No. Nada.

Mitch respiró hondo y frotó el pulgar y el índice entre sí. Chandler reconoció ese gesto. Imitaba el encendido de un mechero, como si intentara crear una chispa entre los dos dedos. Pero ¿qué explotaría en ese momento con esa chispa?

—¿Qué pasa con ese tal Seth? ¿Podía haber sido una de las víctimas?

Heath negó.

—Es solo un nombre que vi. Podría no significar nada.

—Pero usted vio las tumbas.

—Vi algo que parecían tumbas.

—¿Cuántas?

—No lo sé.

—Un cálculo aproximado. —Mitch se estaba poniendo furioso.

—Pasó demasiado rápido. No lo sé con seguridad.

—Un número, señor Barwell, deme solo un número. ¿Cinco? ¿Diez? ¿Doce? ¿Más?

Heath tartamudeó.

—Seis, siete, ocho..., no estoy seguro. Corría para salvar la vida.

Al oír esto, Mitch se levantó de golpe, inclinándose por encima de la mesa, cara a cara con el sospechoso.

—Necesitamos algo más que eso, señor Barwell —le dijo, levantando la voz—. Hasta el momento no nos ha dado más que rumores. Solo tenemos lo que asegura haber visto y lo que asegura que le han hecho. Denos un hecho concreto con el que podamos trabajar. De lo contrario, pasará en su celda mucho mucho tiempo.

Mitch estaba lo bastante cerca para que Heath lo agarrase. Chandler se interpuso e intentó apartar a su viejo amigo.

La ira de Mitch cambió de objetivo.

—¡Quítame las manos de encima, Chandler!

—No vas a sacar nada más de él —le susurró Chandler.

—¿Qué demonios sabes tú? ¿A cuántos sospechosos de asesinato has interrogado?

—A ninguno —reconoció Chandler—, pero míralo, está hecho polvo..., cansado, herido, sudoroso. Cualquier cosa que le saquemos ahora podría ser verdad, mentira o, simplemente, algo que nos dirá para que nos callemos. Deja que se enfríe un rato.

Mitch no bajó la vista, pero tampoco dijo nada. La ira se fue templando de sus ojos castaños. Chandler buscó algo en aquellos ojos que le recordara a su viejo amigo. Pero el paso de los años parecía haberse llevado con él todo rastro de compasión.

—Dejemos que descanse una hora y lo intentamos otra vez más tarde —dijo Chandler.

Mitch hizo que Chandler apartara las manos de su brillante traje y dirigió a Heath una sonrisa forzada.

—Creo que ya basta por ahora, señor Barwell. El sargento lo llevará de vuelta a su celda.

Mitch caminó hasta la puerta. Entonces miró a Chandler. Aunque estaba furioso, no pensaba dejar que le acusaran de abandonar su deber y permitir que un colega manejase solo a un sospechoso de asesinato.

Chandler se acercó a Heath, que no paraba de temblar, y le volvió a poner las esposas. Al levantar la vista, vio que Mitch ya no estaba en la puerta. En su lugar, vio a Tanya.

Chandler acompañó a Heath hasta su celda. Era como un borracho después de una noche dura: se dejaba conducir sin problemas, sin oponer resistencia. No se comportaba como Chandler habría esperado de un asesino peligroso. Pero ¿cuál es exactamente la conducta de un asesino peligroso?

Cuando entró en su «antiguo» despacho, Mitch estaba moviendo furiosamente el ratón del ordenador, con los ojos clavados en la pantalla.

—Entonces, ¿qué? ¿Te crees su historia? ¿O la de Gabriel?

Mitch apartó los ojos de la pantalla. Su voz sonó sin inflexión alguna: no había olvidado el incidente de la sala de interrogatorios.

—La historia del señor Barwell parece plausible, más aún teniendo en cuenta el tiempo que lleva ausente el segundo sospechoso. Tenemos que encontrarle y averiguar qué puede ser eso de «Seth» —dijo, y sus ojos volvieron a la pantalla.

Chandler se sentó a trabajar en el escritorio de Tanya. Era como un perro que, a pesar de los malos tratos constantes, sigue volviendo con su amo. Se esforzó por concentrarse en el trabajo que tenía delante. En la base de datos de «personas desaparecidas», buscó ese nombre: Seth. Esperaba encontrar algo que cuadrara. Pero nada. Cambió la búsqueda: incluyó la última década. Matar a cincuenta y cuatro personas sin atraer la atención de nadie era un trabajo arduo, incluso para la mente más brillante..., algo de lo que Heath parecía carecer. La nueva búsqueda tampoco dio resultado alguno. No había ningún Seth. Tal vez aquel nombre era solo el recuerdo confuso y erróneo de un hombre aterrorizado.

O puede que fuera una pista falsa, algo hecho a propósito para despistarlos.

Frustrado por ir de pista en pista que no llevaba a ningún lado, se reclinó en su silla. Miró por la ventana: en la distancia, Gardner's Hill. Movié los pies con impaciencia. Y, de repente, una idea. No habían conseguido localizar a Gabriel, pero tal vez podrían encontrar el lugar que ambos sospechosos

habían descrito con tanto detalle: la cabaña. Incluso era posible que Gabriel hubiese vuelto allí para buscar cobijo. Tal vez confiaba en que la policía no encontraría nunca aquel lugar.

—Tengo que salir de aquí, Nick —susurró, aunque Mitch estaba metido en su despacho, y Yohan y Suze enfrascados en sus propias tareas—. Voy a probar en la colina. Los dos han hablado de la misma cabaña: tiene que existir.

—Sí, pero los dos han dicho que no sabían dónde estaba —le recordó Nick.

—Tiene que ser algún sitio cerca de la casa de Turtle. Donde sorprendieron a Heath intentando robar el coche.

—Bueno, yo soy nuevo aquí, sargento, pero me parece que es una zona muy grande.

—Lo sé, pero a lo mejor encuentro algo. Al menos puedo intentarlo.

—¿Y qué le digo yo a él? —preguntó Nick, señalando con la cabeza hacia Mitch.

—Que estoy siguiendo una pista.

—Vale... —dijo Nick, no demasiado seguro.

Chandler cogió las llaves y la chaqueta. Ya estaba cerca de la puerta de la comisaría cuando Mitch salió de su despacho.

—¿Adónde vas, sargento?

Por un momento, Chandler pensó en inventarse alguna excusa.

—Voy comprobar la zona de los bosques, detrás del lugar donde cogieron a Heath.

Mitch lo observó con mirada pétrea. Sus ojos se movieron de un lado a otro, como calibrando la validez de aquella idea.

—Voy contigo.

Chandler trazó un plan de reserva.

—¿Recuerdas a Turtle, Mi..., quiero decir, inspector? —preguntó.

—¿Turtle Siefert? Sí, claro, sargento.

—Bien, pues Turtle no se acordará de ti. Ha perdido la memoria. Le pegó un tiro a la última persona que intentó decirle que el primer ministro no era John Howard. ¡Y era su propio hermano!

Chandler no mencionó que el tiro le dio en el brazo y que no se presentaron cargos contra él.

—Voy contigo, sargento —insistió Mitch.

Y eso era todo. Chandler tenía un compañero otra vez.

Hicieron el trayecto en silencio. Chandler no se atrevía a romperlo. Temía decir algo que se considerase poco prudente, en ese espacio tan pequeño y cerrado.

Afortunadamente, al cabo de veinte minutos, salieron del coche ante el jardín de Turtle. La primera imagen fue la del destartado Chevy atado a un poste de cemento como si fuera un caballo; un chasis y poco más. La segunda fue que Turtle no estaba en el jardín apuntándolos con su escopeta. De ahí venía su sobrenombre, «tortuga»: siempre a la defensiva, metido dentro de su concha y con la escopeta en la mano.

—Recuerda que no es muy amigo de la policía... —dijo Chandler, al salir del coche.

—Ya lo sé —dijo Mitch, intentando dejar a un lado la preocupación mientras examinaban el jardín delantero.

—Pues deja que hable yo.

Mitch no replicó y avanzaron con cuidado por entre los graneros medio destrozados y la maquinaria abandonada. El porche se inclinaba hacia el exterior del edificio de madera, como si intentara salir volando. Era una granja que necesitaba muchos arreglos. Una granja con multitud de sitios donde esconderse.

Recorrieron la mitad del camino. Un hombre viejo y encorvado los saludo. Salió por la puerta con mosquitera. Llevaba la escopeta baja, pero lista para disparar a la más mínima ocasión.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Turtle, con su típica forma de expresarse: lenta, moviendo la mandíbula como uno de los mecanismos trilladores de las máquinas cosechadoras que se oxidaban en su jardín.

Antes de que Chandler tuviera la ocasión de responder, Mitch habló:

—Somos de la policía, señor Seifert.

—Os he preguntado qué estáis haciendo aquí —dijo Turtle, sin moverse del porche.

—¿Le importaría que nos acercásemos un poco más, para así no tener que gritar?

—¿Me puedes decir cómo te llamas, chico?

—Turtle —dijo Chandler, interrumpiéndolos—. Soy yo, Chandler. El sargento Jenkins.

Turtle inclinó la cabeza, su ojo bueno examinó el horizonte y el otro miró hacia delante, pero más ciego que un topo. Estaban a menos de diez metros de distancia. Las cejas del hombre parecían pintadas con un rotulador grueso en mitad de la frente. De tal modo que parecía eternamente sorprendido. Lo

había hecho otra vez: había encendido la cocina de gas a tope y una llamarada había ido contra su cara.

—¿Y qué quieres, Chandler?

Mitch se acercó un poco más.

—Queremos que esté tranquilo.

—Yo estaba tranquilo, chico. Estoy tranquilo. Pero ¿qué queréis?

—Queremos echar un vistazo por aquí, Turtle —dijo Chandler.

La cabeza de Turtle se volvió de manera que el ojo bueno pudiera mirarlo. Al hacerlo, la escopeta apuntó directamente hacia ellos.

—No he hecho nada malo. No podéis probar que haya pescado esos peces.

—Nosotros... —empezó Chandler. Echó una mirada a Mitch, que tenía la mano rodeando la culata de su arma, consciente de la escopeta y de la locura de aquel viejo—. No estamos aquí por eso. Solo queremos echar un vistazo.

Mitch le gruñó a Chandler en voz baja:

—¿Qué posibilidades hay de que sepa algo?

—Escasas... o ninguna —susurró Chandler, con los ojos clavados en Turtle, que seguía apuntándolos con la escopeta—. No es un cómplice adecuado. Lo más grave en su expediente es lo de la pesca furtiva.

—Aun así, me gustaría investigar —dijo Mitch, con los ojos clavados en Turtle.

—El sitio que buscamos está más allá.

—Quiero descartar este sitio.

—Te digo que...

—Has dicho que no tiene memoria. Nuestro sospechoso podría estar aquí ahora mismo... O a lo mejor ha estado..., fingiendo que es su hijo, el que traficaba con coches en Sídney, si no recuerdo mal.

Turtle quizás hubiese perdido la memoria, pero la de Mitch era impecable. El hijo más joven de Seifert todavía estaba en una prisión a las afueras de Sídney por regentar un desguace de coches robados en un almacén abandonado.

Chandler se volvió hacia Turtle.

—Iremos rápido, Turtle. No buscamos por nada que hayas hecho. Creemos que alguien puede haber entrado en sus tierras.

—¿Quién? —preguntó Turtle, arrugando el rostro. Sus cejas, sin embargo, permanecieron quietas.

—Un tipo de fuera del pueblo.

Turtle se dio la vuelta como si, de repente, fuera a aparecer por allí el diablo. Con el cerebro y la vista defectuosos, era una posibilidad preocupante.

—¿Está todavía en mis tierras?

—No —le aseguró Chandler. Lo último que quería era que Turtle arremetiera y se interpusiera en su camino—. Queremos ver si podemos encontrar alguna pista, para ver adónde ha ido después de estar aquí.

El viejo se quedó callado, pensativo.

—No tocaremos nada si no es necesario —dijo Chandler, que sentía ya aquella victoria al alcance de la mano.

—No rompáis mis tractores —los advirtió Turtle.

Qué cosas. La mayoría ya estaban rotos, reliquias de un pasado de granjero, cuando aquel hombre trabajaba la tierra, en lugar de desgazar coches, pescar furtivamente y amenazar a la policía.

Mitch retrocedió con mucho cuidado hacia el coche, mientras Chandler se aseguraba de que Turtle estaba totalmente de acuerdo con lo que iba a ocurrir.

—Destruiréis mi maldita granja...

—Si alguien causa algún daño, podrás reclamar.

—¿De verdad?

Chandler señaló a Mitch.

—Directamente al inspector Andrews. Es el jefazo, ahora.

—¿Esa mierda de koala disfrazado de pingüino almidonado?

—Nació y se crio aquí, en Wilbrook. Podemos confiar en él.

—No parece que sea de aquí...

Chandler asintió como respuesta; luego se unió a Mitch junto al coche, que estudiaba un mapa de la zona circundante en una tableta.

—Primero comprobamos las edificaciones anexas —dijo Chandler—. Luego, la casa principal. Yo puedo ir...

—No será necesario que vayas, sargento.

Chandler hizo una pausa.

—¿Por qué no será necesario? No puedes registrar la zona tú solo.

—Ya lo sé. Por eso he llamado a mi equipo.

—Pero yo conozco la zona, yo puedo...

—Ya tenemos esto cubierto, sargento. Mi equipo estará aquí muy pronto. Saben cómo trabajar. Tienes que explicarle al viejo...

—Te olvidas de que yo también sé cómo trabajas.

—Como «trabajaba».

—¿Por qué no quieres que haga nada, Mitch?

Mitch apoyó la tableta en el capó del coche y miró a Chandler.

—Necesito gente en la que pueda confiar.

—¿Y qué he hecho yo para perder tu confianza?

—Nada, sargento Jenkins. Es que nunca la tuviste. Tendrás que aceptar que soy yo el que da las órdenes y quien elijo a mi equipo.

—Estás dejando que lo que hubo entre nosotros en el pasado interfiera en la investigación.

Mitch meneó la cabeza, lentamente.

—Por lo que a mí concierne, no tenemos ningún pasado, sargento. Esta es una decisión basada puramente en lo que creo que habría que hacer. Tú conoces estos parajes, eso es cierto, pero también estás demasiado apegado a ellos. Cuando uno está tan cerca, es fácil que se le pase algo por alto. O que mire a otro lado.

—¿De qué me estás acusando exactamente? ¿De falta de profesionalidad? ¿De corrupción?

—No te estoy acusando de nada, sargento. Hago lo que tiene que hacer un... —hizo una pausa antes de pronunciar la palabra— inspector. Tomar decisiones impopulares.

—¿Y si decido quedarme?

Mitch volvió a coger la tableta.

—Entonces no tendré otro remedio que sacarte del caso y suspenderte.

Sabía que lo decía en serio.

—De todos modos, no sé por qué te quejas —continuó Mitch—. Mientras yo dirijo el operativo por aquí, tú tendrás a tu cargo la base de operaciones. Con Suze y Yohan. Por si surge alguna pista nueva.

Se lo estaba quitando de encima. De todos modos, con el jaleo que habían montado con Turtle, si Gabriel hubiera estado allí, ya habría tenido margen suficiente para desaparecer. Además, la granja de Turtle no era el sitio donde habían tenido lugar los secuestros y los asesinatos. Aquel viejo loco quizás estuviera ciego, pero todavía tenía buen oído. Se habría enterado de cualquier grito de ayuda que hubiese resonado a kilómetros de allí. Y como era curioso, habría acudido a ver lo que ocurría.

2002

—¡Cuidado, Mitch!

Chandler gritó aunque no había ninguna posibilidad de que su colega le oyera, por encima del rugido del rotor del helicóptero que les sobrevolaba. Se retiró a una distancia segura de aquellas aspas asesinas que formaban un tremendo torbellino de polvo y casi impedían ver el aparato por entero.

Llevaban cinco días buscando a Martin y seguían adentrándose más y más en las tierras salvajes. Ahora los tenían que transportar por el aire, con suministros suficientes para sobrevivir unos pocos días en los densos bosques y el monte bajo. Allá fuera, el terreno era muy salvaje, atractivo y desconocido. Apelaba al lado más aventurero del carácter de Chandler, el más adolescente, el que había perdido. Él y Mitch acampaban en plena naturaleza cuando eran más jóvenes, pero nunca habían llegado tan lejos. Les habría costado un día entero y dos tanques de gasolina llegar hasta allí en moto por aquel terreno duro y desconocido, sin caminos naturales: poca velocidad y mucho peligro.

A medida que Mitch iba avanzando por el terreno lleno de surcos, apartándose de las aspas, el helicóptero inició su ascenso, agitando el polvo en un círculo cada vez más amplio y haciendo que Chandler, que acababa de llegar, se protegiera la cara. Solo cuando el helicóptero subió por encima de las copas de los árboles, el torbellino cedió. El aparato se inclinó hacia delante y emprendió su marcha hacia el pueblo.

Estaban en el segundo turno que desembarcaba aquel día. Con ellos, el total de personas en el grupo era de quince, un número que iba menguando de día en día. En opinión de Chandler, era un esfuerzo muy poco intenso, dada la distancia que tenían que cubrir. Dejó su mochila y saludó a los demás.

Cuando su oído se recuperó del ruido de los rotores, la charla se desvió hacia el informe de la mañana. Habían dispuesto la zona que tendrían que investigar a lo largo de los tres días siguientes para que acabase en un terreno despejado al final del tercer día. Así los helicópteros podrían sacarlos de allí. Después, el resto de la reunión se consumió en inútiles intentos de motivación, pero Chandler tenía la sensación de que incluso Bill se sentía frustrado. La búsqueda aérea había resultado infructuosa.

Había otro motivo para su frustración. Alguna mente brillante de la dirección había decidido invitar a la familia de Martin a esas reuniones, entre ellos a Sylvia, la madre del chico perdido. Incluso en aquella habitación con aire acondicionado, su rostro dulce estaba enrojecido por el calor. Parecía a punto de desmayarse, cosa que ocurrió el segundo día de búsqueda. Tuvieron que llamar por radio al helicóptero para que la llevase al hospital. Después, Arthur le prohibió que volviera.

La presencia de la familia había conseguido que las reuniones informativas fueran muy comedidas. Todos pendientes de qué decían y cómo lo decían. No querían parecer demasiado negativos. No era tanto describir lo que estaba sucediendo como ofrecer algo de esperanza. Al final, cada infructuoso día que pasaban allí se describía como una zona más que habían cubierto. Por otro lado, el apego emocional (que a tantos voluntarios había atraído) comenzaba a ser una losa. Chandler se sentía casi más como psicólogo que como policía: se tenía que preocupar más por el bienestar de la familia que por supervisar que la búsqueda progresara adecuadamente.

Aquel día era peor incluso. Como si no fuera ya bastante duro ocuparse del dolor de los padres, Arthur trajo también a su otro hijo para que los acompañara. El niño solo tenía doce años. Lo habían metido en un paisaje desconocido, donde debía luchar con el resto del grupo; tenía los ojos brillantes muy abiertos, enormes como platos. Aun así, Chandler veía que estaba decidido a hacer las cosas bien. Había en él una tozudez que sin duda había heredado de su padre... y de su hermano.

Cuando el grupo ya se preparaba para salir, Arthur pronunció la plegaria de la mañana, con los ojos todavía rodeados por unas marcadas ojeras, después de la lacrimosa entrevista por televisión de la noche anterior. Chandler la vio después de que Teri, exhausta, se fuese a la cama. La pasión y el dolor de Arthur en la entrevista convirtieron la búsqueda de su hijo mayor en una noticia de alcance nacional; como resultado, aquella mañana los reporteros acosaron a Chandler en la comisaría y en el campamento. El cuartel general los había advertido de que no hablaran de los progresos y que

dejasen que sus superiores actuaran como portavoces. A Chandler no tenían que decírselo: desconfiaba de los buitres que se alimentan de la miseria humana; había pasado entre el bosque de cámaras y micrófonos en silencio. Si no hubiera sido por la atención nacional y por el miedo paralizante de perderse una exclusiva, a ninguno de ellos les habría importado lo más mínimo el sufrimiento de la familia. Y una vez que hubieran dejado los huesos bien limpios y el aire trajese un tufillo a sangre desde otro lugar, volarían de nuevo a la caza de la siguiente víctima.

A pesar del principio nada prometedor, a mediodía obtuvieron una pista, justo antes de la pausa de dos horas (la hacían para evitar la parte más cálida del día). Uno de los voluntarios, un adolescente de la zona de Murray River, al sur de Perth, encontró un trocito de tela enganchado en un espino: se agitaba como una bandera en la suave brisa.

Chandler llegó pronto a la escena. Una multitud rodeaba la tira de tela roja. Era como si tuvieran miedo de acercarse a ella, como si fuera a desaparecer ante sus ojos. Parecía arrancada de la prenda a la que pertenecía, no cortada: tenía los bordes deshilachados y las fibras agitaban un millar de dedos diminutos.

—¿Qué es? —preguntó Mitch cuando llegó a su altura.

—El resto de una prenda de ropa, posiblemente. Desgarrada —dijo Chandler, con los ojos fijos en la tela. Que bailase con tanta facilidad al viento indicaba que era de un material muy ligero.

—Pasadme una bolsa.

Mitch trasteó en su mochila y sacó una bolsa de pruebas. Con cuidado, Chandler desprendió la tela, la metió en la bolsa y la cerró.

La sujetó en alto para examinarla mejor. Todos los ojos la siguieron, casi reverentes con el hallazgo. Tenía impreso parte de un logo en la tela. Una «N» y lo que parecía ser una «O», en letras mayúsculas blancas.

—¿Qué pensáis? —preguntó Chandler.

—Alguna marca de ropa deportiva... No Fear, North Face, Mizuno... —aventuró Mitch.

—Si fue arrancada, es que debía de moverse muy rápido.

—¿Y dónde está lo demás?

—Déjeme verlo —dijo Arthur, que avanzaba dando traspiés, señalando el camino con su vientre abultado. Su hijo menor caminaba a su lado.

Chandler le pasó la bolsa al anciano, que tenía la mano hinchada por el calor.

—North Face —apuntó Arthur—. Martin compra muchas cosas de esa marca. También tiene ropa de ese color, pero Sylvia se lo podrá decir mejor.

—Es una marca muy popular —dijo Mitch, amablemente.

—Es algo —replicó bruscamente el viejo—. Nos dice que llegó hasta aquí.

—A menos que el viento...

Chandler levantó una ceja y con eso bastó. Mitch cerró la boca. La verdad es que el descubrimiento del trozo de tela generaba tantas preguntas como las que respondía. ¿Había llegado hasta allí Martin? ¿La tela la había traído el viento, o fue arrancada allí mismo? ¿Era de la ropa de Martin? Que estuviera desgarrada podía significar que había sufrido un ataque. La desaparición de Martin seguía siendo tan misteriosa como la región que estaban investigando. Lo mejor que podían hacer era cribar la zona en busca de más piezas de ropa.

Por su parte, Mitch estaba preocupado..., pero por motivos distintos.

—Nos estamos acercando cada vez más al infierno.

—¿Dónde te gustaría estar, Mitch?

—En la playa. Bañándome antes de un turno. Quizá dejando que la marea se me llevase silenciosamente, como a Harold Holt. Como a Martin.

Chandler miró furioso a su compañero.

—Que no te pille nadie diciendo esas cosas.

Mitch miró a su alrededor.

—No me pueden oír. Y debemos aceptarlo: aquí no hay nadie en muchos kilómetros a la redonda. Tampoco Martin.

Dicho así sonaba brutal, pero probablemente fuera cierto.

Mitch no había terminado.

—¿Crees que lo hizo a propósito?

—¿El qué?

—Desaparecer.

—¿Como una especie de suicidio muy sofisticado? —preguntó Chandler, siguiendo la corriente de la absurda teoría de Mitch.

—Lo fingió, es lo que me imagino. Quiso huir y convertirse en otra persona. Ya lo verás: aparecerá dentro de veinte años. Sus huellas estarán en el arma de algún crimen. Quiero decir... ¿qué motivo hay para fingir tu propia muerte y asumir otra identidad, a menos que hayas hecho o pienses hacer algo ilegal?

Como esperaba, una teoría absurda. Una búsqueda intensiva en el pasado y presente de Martin no había producido ningún resultado, ninguna razón aparente para que quisiera desaparecer y empezar una nueva vida. Solo la

ruptura reciente con su novia, que tampoco parecía tan terrible, dijera lo que dijese Sylvia, había causado alguna alteración en la superficie de un lago por lo demás muy tranquilo.

Sin embargo, la idea de Mitch dio que pensar a Chandler. Si el joven deseaba desaparecer para siempre, aquel era el lugar ideal para hacerlo. Ir por el país civilizado dejaba un rastro documental; en el mar, su cuerpo flotaría hasta la superficie, pero aquí, al cabo de un tiempo, tendrían que rendirse a la naturaleza y darlo por desaparecido, presuntamente muerto... y libre para empezar una nueva vida.

—No quería volver —continuó Mitch—. El coche estaba inutilizado. Sin gasolina, con la suspensión rota, sin apenas una gota de agua en el radiador...

Por muy tentadoras que resultasen, Chandler decidió dejar a un lado las teorías de Mitch. Tenían que hacer su trabajo.

—Que piensen otros, Mitch, a nosotros solo nos pagan por investigar.

Su compañero arqueó una ceja.

—Uf, qué despiadado suena eso.

—No sé si lo has notado, pero este sitio es despiadado.

—Aún no me has contestado.

—No puedo contestar todas las preguntas tontas que haces.

—Sabes que tengo razón.

Chandler picó.

—Fingir la muerte de uno es algo muy grave.

—Pero es la verdad. Por eso voy a seguir este juego.

Mitch esbozó una sonrisa satisfecha. Chandler se alegró de tener la oportunidad de pinchar su burbuja.

—No si permites que el otro chico se pierda igual que su hermano —dijo, señalando al hijo más joven de Arthur que se estaba desviando y apartándose de los demás, mientras su padre seguía demasiado ocupado examinando el terreno como para darse cuenta.

Chandler fue a buscar al chico.

Mitch lo siguió de cerca.

En el camino de vuelta a la comisaría, Chandler le dio vueltas a que, una vez más, le hubiesen quitado la iniciativa. Otra vez volvía a ser el chico de los recados.

Aparcó sin fijarse, pensando en otra cosa. Al salir del coche, miró al otro lado de la calle, a la panadería. El especial «pollo con queso» le estaba llamando, pero algo le llamó la atención en el callejón de al lado: durante una décima de segundo, vio una mano. Los chavales del pueblo solían utilizar ese callejón como atajo hacia el campo de fútbol.

Su instinto le dijo que investigara y que mandara a los chicos a su casa. Fue hasta la esquina y entró rápidamente en el callejón para sorprenderlos. Sin embargo, la sorpresa se la llevó él.

Pocos metros más allá en el interior del callejón, sujetando lo que parecía un cuchillo de cocina con el mango muy largo, vio a Gabriel.

Chandler intentó coger su pistola, pero la mano quedó flotando en el aire. Gabriel dio unos pasos atrás, y el policía se movió en su dirección, ya con el arma bien empuñada.

—Quédese donde está y deje el cuchillo, Gabriel.

El hombre retrocedió un poco. El cuchillo oscilaba en su mano, como si quisiera soltarlo pero no pudiera obligar a sus músculos a hacerlo. Tenía la cara retorcida de dolor o de sorpresa. Parecía que acababa de despertarse de un desmayo y, de repente, se encontrara con esa escena tan tensa.

—¡Gabriel, deje el cuchillo!

Chandler procuró hablar fuerte y claro, para evitar malentendidos.

Gabriel miró el cuchillo y luego a Chandler.

—¡Deje el cuchillo, Gabriel!

La mano de Gabriel tembló, pero la hoja siguió apuntando hacia él. Chandler apoyó un dedo en el gatillo. ¿Qué demonios estaba haciendo Gabriel tan cerca de la comisaría? Era casi como si estuviera suplicando que lo cogieran. O que le pegaran un tiro por amenazar a un oficial.

—Gabriel, no quiero...

De repente, el cuchillo cayó de las manos de Gabriel, que levantó los brazos en señal de rendición.

Chandler se acercó con cautela.

—Contra la pared.

Gabriel obedeció y extendió las manos contra los ladrillos.

Chandler siguió avanzando con sumo cuidado, dobló los brazos nervudos de Gabriel a su espalda, ignorando su grito de dolor.

—Por favor... —suplicó Gabriel.

—¿Por qué se ha escapado del hotel? —preguntó Chandler, que no quería esperar a estar en comisaría para empezar el interrogatorio—. ¿Adónde iba? ¿Y por qué está aquí?

—No lo sé —exclamó Gabriel.

—¿Y qué está haciendo con el cuchillo?

—Necesitaba protegerme de «él». Me parece que va a aparecer detrás de cada esquina. No me siento seguro.

Tampoco Chandler se sentía seguro, solo con aquel sospechoso en el callejón.

—Al suelo —le ordenó.

Al oír aquella orden, la actitud obediente de Gabriel se desvaneció.

—No tiene por qué hacer esto, oficial —dijo—. Me estoy entregando voluntariamente. Siento haber huido, pero tuve miedo en aquella habitación. Me sentí atrapado. Fue como estar otra vez en el cobertizo. No podía soportarlo. Necesitaba un poco de aire.

—He dicho que se esté quieto, Gabriel.

—Solo quería...

Como el sospechoso se resistía a obedecerle, Chandler no tuvo otro remedio que retorcerle la muñeca y obligarlo a ponerse de rodillas. Gabriel chilló e intentó soltarse, pero sus rodillas cedieron y cayó sobre el cemento. Agarrando las esposas, con el corazón latiéndole con fuerza y las manos bañadas en sudor, Chandler forcejeó para abrir el mecanismo; finalmente, pudo esposar a Gabriel. Solo entonces se permitió relajarse un poco, guardó el arma en el bolsillo y tiró del tipo para ponerlo de pie.

—No tiene por qué hacer esto —siseó Gabriel, dolorido.

—Ya se ha escapado una vez.

Gabriel se quedó callado.

—¿Adónde ha ido después del hotel? —preguntó Chandler.

—Vale, vale... —respondió Gabriel—. He intentado coger un coche, pero estaban todos cerrados. No quería estar en la calle, por si Heath venía también a la ciudad. Luego, simplemente, me he quedado sentado en este callejón. No sé..., no sé cuánto tiempo. Entonces he oído decir a algunas personas que habían capturado a un tío llamado Heath. Eso me ha tranquilizado mucho.

—¿Por qué no ha venido a entregarse entonces?

—Estaba reuniendo el valor necesario.

Chandler lo condujo hacia la comisaría. Esperaba una fanfarria de bienvenida, pero no había nada, solo una calle gris y vacía.

—¿Y ahora ya tiene valor?

—No quiero que salga y vuelva a matar. No podría perdonarme si sale libre solo porque a mí me ha entrado el pánico. Quiero ser un buen ciudadano. Así que no necesito las esposas para nada.

—Sí que las necesita —replicó Chandler cuando llegaron a las puertas de la comisaría. Entonces decidió ponerlo a prueba—. Tenía razón, sí que tenemos a Heath. Pero él cuenta exactamente la misma historia que usted.

—¿Qué historia? —preguntó Gabriel, tratando de apartarse de Chandler.

—La misma que contó usted.

—Entonces es que es cierta, ¿no? —dijo Gabriel, lleno de esperanza—. Confirma lo que les dije.

—No, señor Johnson, es exactamente la misma historia. Dice que «usted» es el asesino.

Se resistió un poco más. Chandler cogió sus muñecas con más fuerza.

—Es mentira. No le creerán, ¿verdad? ¿Está todavía ahí encerrado? No le habrán dejado marchar, ¿no? —gritó Gabriel, mirando hacia la puerta—. Yo les dije la verdad. Mentir es pecado, sargento. Así me educaron.

—Le puedo asegurar que está bien encerrado. Está usted a salvo.

Gabriel se le quedó mirando, con los ojos llenos de lágrimas a punto de caer.

Cuando Chandler introdujo a Gabriel en la comisaría, Nick se quedó boquiabierto. Saltó de su silla, que cayó y dio un golpe en la pared, ya llena de marcas.

Chandler se permitió una media sonrisa. Que Mitch estuviera registrando la granja de Turtle en busca de pistas para localizar a Gabriel mientras él tenía al hombre de carne y hueso ya bajo arresto era una sensación placentera.

—¿Dónde le ha encontrado? —preguntó Nick, buscando los documentos que había que rellenar, pero manteniendo los ojos clavados en Gabriel.

—Me cayó en las manos.

Miró a su alrededor en busca de los dos subalternos de Mitch, Bill y Ben, o como quiera que se llamaran.

—El inspector los llamó por radio y les dijo que fueran adonde Turtle. Decía que usted estaba yendo hacia aquí para cubrirlos. Me alegro de que haya vuelto. Me sentía muy solo.

—¿Dónde está Heath? —preguntó Gabriel temblando.

—En las celdas.

—No me pongan allí también.

—Tenemos que hacerlo. Por ahora —dijo Chandler—. Celda número tres, Nick.

—¿Y él dónde está?

—Pues en la celda número tres no —respondió Nick.

—Ah —dijo Gabriel, tembloroso. Miró a Nick—. Siento lo de antes, sargento. He perdido los nervios. Es que tenía mucho miedo... —Gabriel no acabó la frase.

—No estará mucho tiempo en la celda —respondió Chandler.

—Bien. —Su preocupación pareció desvanecerse por un momento—. ¿Me van a soltar?

—No. Tenemos que interrogarle otra vez.

—¿Por qué? Ya tienen mi declaración. No ha cambiado nada.

—Pues la necesitamos otra vez. Más a fondo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Gabriel frunciendo el ceño.

—Ya lo aclararemos todo más tarde.

—Vale. ¿Está seguro de que él está bien encerrado?

—Tanto como lo estará usted dentro de un minuto —respondió Chandler. Su prisionero tembló, nervioso.

—¿Podemos hacer el interrogatorio en algún otro sitio, como el hotel, por ejemplo?

—No después de lo que pasó la última vez —contestó Chandler, muy serio.

No pensaba caer de nuevo en la trampa. Si lo hacía, ya podía ir preparando la carta de dimisión; no haría falta que Mitch se encargara de ello.

—No voy a huir.

—No importa. Nuestro equipo de grabación está aquí. Y usted también —dijo Chandler—. Relájese. Ahora nadie le amenaza.

Gabriel hizo una mueca. Unas profundas arrugas envejecieron su cara al instante.

—Cuando te han drogado, capturado, perseguido por todo el monte y te han dicho a la cara que te van a matar, se ven amenazas por todos lados, sargento. Un asesino en cada sombra.

Rechinando los dientes, Gabriel cerró los ojos. Inhaló aire con fuerza por la nariz.

—Pero estoy dispuesto a enfrentarme a él, si hace falta.

—No tendrá que enfrentarse a él —dijo Chandler, dirigiéndole hacia la puerta de las celdas—. Solo responder a unas cuantas preguntas.

Estaba a punto de entrar en las celdas cuando gritó por encima del hombro:

—¡Nick, prepara la sala de interrogatorios!

—¿Y los bloqueos de carretera, sargento? ¿Debo informar al inspector de que ya le tenemos?

Chandler hizo una pausa. Debería detener la búsqueda de inmediato, pero no pasaría nada si la cosa continuaba un poquito más. El peligro ya estaba fuera de las calles. Tanto Gabriel como Heath.

—Dame media hora —dijo Chandler.

Nick asintió, un poco dubitativo, y volvió al mostrador de recepción. Chandler sintió cierta desconfianza. ¿Le obedecería su joven agente o bien correría a contárselo a Mitch y a los demás? A su edad, Chandler habría seguido cada orden de su superior sin rechistar, pero Nick no parecía compartir ese tipo de lealtad ciega.

A medida que se acercaban a la celda número tres, Gabriel empezó a retorcerse e intentar soltarse de la presa de Chandler, dirigiendo su cuerpo hacia cualquier sitio menos la celda que le esperaba.

—¿Está él aquí? —susurró Gabriel, con una voz tan baja que Chandler al principio pensó que se lo había imaginado.

No respondió y siguió empujándole hacia las celdas.

—No —dijo Gabriel.

Sus ojos miraban por encima de su hombro a Chandler. Su voz era tan tenue como una brisa de verano, apenas perceptible, pero abrasadora. Contrastaba con su barba desaliñada y su rostro aterrorizado.

—¿Quién anda ahí?

Comparada con la suavidad de la voz de Gabriel, la de Heath resonó con fuerza en las celdas. Gabriel se quedó inmóvil, dirigiendo los ojos hacia el sonido e intentando localizar la fuente.

—Soy yo, señor Barwell —dijo Chandler, dirigiendo a Gabriel hacia su celda—. Y ahora, no haga ruido y descanse un poco —añadió.

Empujó a Gabriel dentro de la número tres y le quitó las esposas. Retrocedió hacia la puerta rápidamente y la cerró. Ya los tenía a los dos. Bien encerrados. Allí no podían hacer daño a nadie.

Al oír el sonido de la puerta que se cerraba, Heath sintió curiosidad.

—¿A quién está encerrando en la celda, sargento? ¿Es él? —preguntó tartamudeando—. ¿Es él? —repitió.

Chandler no respondió. Ambos prisioneros parecían igual de asustados el uno del otro. Por otro lado, ninguno de los dos mostraba la naturaleza fría típica de los asesinos en serie de los libros o de las películas.

Cuando volvió a su despacho, Chandler seguía dándole vueltas a aquello. Nick le esperaba, sentado al borde de la silla.

—¿Ha dicho algo?

—No. Realmente, uno de los dos es un gran actor.

—O los dos —observó Nick—. La sala de interrogatorios está lista.

—Bien.

—La mayoría de los asesinos en serie son muy buenos mentirosos. Ted Bundy era...

Los gritos de Heath desde la celda interrumpieron la explicación de Nick. Chandler casi se alegró de ello.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando abrió la mirilla de la celda de Heath.

Inmediatamente, Heath se acercó mucho.

—Estoy herido. Creo que tengo una costilla rota.

—Antes no se había quejado.

—Me quejé a los otros dos. No se molestaron en ver si estaba bien. Creo que no pueden encerrarme sin tener ninguna prueba..., aunque lleven años haciéndolo. Pero es que ahora..., ahora me cuesta respirar.

Lo había dicho sujetándose el costado con una mano, apretando su ropa ensangrentada, con la voz llena de dolor. ¿Cómo saber si fingía o no?

—Déjelo de mi cuenta —dijo Chandler.

—¿Va a traer a alguien? —ladró Heath.

—Le he dicho que lo deje de mi cuenta, señor Barwell.

Chandler se volvió para salir. Pasó junto a la celda tres. A pesar del exabrupto de Heath, no se oía ni un solo sonido en ella. Casi temió que Gabriel se hubiera evaporado de nuevo, así que echó un vistazo por la mirilla. Lo vio acurrucado en la cama, mirando en dirección a la celda número uno,

como si esperase que Heath pudiese entrar allí horadando las paredes. Se notaba: estaba muerto de miedo. También él parecía herido, pero no se había quejado al respecto.

Chandler no sabía qué hacer. Negarles ayuda médica podría derivar en una denuncia contra el cuerpo, y perjudicar cualquier posible juicio por asesinato. Así pues, por mucho que el interrogatorio se retrasara, no le quedaba otra opción.

—Después de llamar al doctor Harlan, ponte en contacto con los controles de carretera —le dijo a Nick.

Se preguntó si podía dejarle escoltar al doctor para que tratase a Heath mientras él interrogaba a Gabriel. Demasiado peligroso: dejar a un médico anciano y a un oficial novato solos con un posible asesino en serie no era una buena idea.

Chandler dejó un mensaje en el contestador de Mitch, informándole de que tenía a Gabriel en una celda. Mitch no tardó ni cinco segundos en devolverle la llamada.

—No haga nada con el prisionero, sargento Jenkins. Manténgalo en custodia hasta que yo vuelva. No lo pierda de vista.

Chandler conocía bien la rabia de su voz. No podía soportar que alguien hubiera sido más eficaz que él. Chandler se consideraba un buen tipo, pero debía reconocer que oír sufrir a su examigo le dio cierto placer.

Mitch estaba a veinte minutos de allí. El doctor Harlan Adams apareció al cabo de menos de dos minutos. Su casa quedaba a doscientos metros de la comisaría, pero, aun así, el médico vino sin aliento. Se tuvo que apoyar en el mostrador de la recepción en cuanto llegó, jadeando como si hubiera recorrido un largo camino.

—Bueno, ¿qué tenemos? —preguntó.

—¿Seguro que no quiere descansar unos minutos?

—No hace falta.

—Tenemos a dos hombres de veintitantos años, ambos muestran una serie de cortes y hematomas, uno de ellos se queja de que le falta el aliento y se ha autodiagnosticado una costilla astillada —respondió Chandler.

—Un autodiagnóstico... —Harlan entrecerró los ojos, subiéndose las gafas, para que se alojaran en la arruga pronunciada que tenía en el puente de la nariz—. La autodiagnos es para hipocondríacos y débiles mentales, amigo mío. Apuesto a que no le pasa nada malo.

—Puede comprobarlo usted mismo.

—Para eso estoy aquí.

—Pero tengo que advertirle de que no se acerque demasiado.

—¿Y por qué me dice eso? —preguntó Harlan, levantando una de sus espesas cejas.

No le quedaba otra que advertir al doctor, pero sabía que Harlan podía no reaccionar del todo bien. Los pacientes encarcelados a los que solía tratar eran borrachos y desastrados que tenían heridas muy superficiales. Y aunque las heridas de Gabriel y Heath no parecían muy graves, sí que lo eran sus posibles crímenes.

Antes de entrar en las celdas, Chandler lo apartó a un lado.

—Tiene que prometerme que mantendrá esto en secreto, Harlan. En cuanto salga de aquí.

Los ojos del médico ocupaban el espacio completo tras sus gafas de gruesos cristales.

—Lo digo muy en serio, Harlan. Se lo digo por su propia seguridad: debe mantenerlo en secreto.

—Mis labios están sellados.

Ojalá fuera sincero..., aunque no lo creía. En cuanto Harlan intervenía, solían sucederse las filtraciones. Sobre todo cuando se había tomado alguna copita y no podía vencer la tentación del cotilleo, dijera lo que dijera su juramento hipocrático. Pero, fuera como fuera, no había remedio: él era el único médico de la ciudad. Que un médico joven accediera a venir a vivir en medio de la nada no resultaba sencillo.

Al cabo de unos segundos, Harlan no pudo soportar el misterio ni el silencio.

—Entonces, ¿quién se ha peleado? ¿Alguien que conozcamos? ¿Mineros? ¿Vecinos del pueblo? ¿Algo doméstico? Hay tan pocas cosas que hacer por aquí que la violencia doméstica casi parece un *hobby*...

Con la mano en la puerta, Chandler lo detuvo, casi tocando su camisa húmeda.

—No, no, no es nada de eso. Ya lo verá usted mismo.

El tono serio de Chandler apagó el entusiasmo del médico, aunque fuera momentáneamente.

—¿A quién tenéis aquí? Tiene que ser alguien «peligroso»...

—Sí, lo son —le interrumpió Chandler—. Bueno, podrían serlo.

Como Heath había sido quien se había quejado, sería el primero a quien atendieran. Mientras Harlan le examinaba, Chandler estaba muy cerca, dispuesto para intervenir. Por muy gritón e irritante que fuera, Harlan hacía

muy bien su trabajo. Se puso a trabajar limpiando la cara de Heath con gasas y algodones, explicándoles tanto a su paciente como al policía que no había nada grave de lo que preocuparse, solo unas pocas abrasiones y un corte en el labio. Había que limpiar las heridas, pero no se necesitaban puntos.

Entonces Harlan empezó a cotillear.

—¿Y cómo se encuentra usted aquí? —preguntó, mientras limpiaba la mejilla de Heath, que estaba negra de polvo.

—Harlan... —advirtió Chandler.

—Ellos creen... —empezó Heath.

—Señor Barwell, usted tampoco —le interrumpió Chandler—. Si dice algo más, me llevo al doctor.

—Pues vigile usted, hijo —dijo Harlan, con una sonrisa traviesa—. No acabe como Skinny Bishop. Skinny tampoco creía ser culpable. Pero después de pasar un tiempo aquí, resultó que, a pesar de todas las pruebas..., o de la falta de ellas, ¡sí que lo era!

—Harlan, le saco de aquí ahora mismo —dijo Chandler, aun a riesgo de que el doctor creyera que aquella historia podía ser como la de Heath.

—¿Quién es Skinny? —preguntó Heath, con cara de pánico.

Sacudiendo la cabeza y riendo para sí, el médico palpó las costillas de Heath, tocándolas con suavidad. Heath se echó hacia atrás, levantando las manos como para protegerse del doctor. Chandler se acercó para sujetarlo, pero Heath las volvió a bajar, mientras el doctor apartaba los dedos.

Solo cuando Harlan retrocedió y se frotó la barbilla, Chandler reparó en lo rápido que le latía el corazón.

—Magullado. «Posiblemente», las costillas estén rotas —dijo Harlan.

—Parecen rotas —dijo Heath, moviéndose un poco y haciendo una mueca.

—Tendrá que quitarle las esposas —dijo Harlan.

—¿Por qué? —preguntó Chandler, mirando a Heath y buscando algún motivo para negarse.

—Tengo que comprobar sus movimientos. Asegurarme de que no es nada grave.

—¿Es necesario? —preguntó Chandler.

Harlan se acercó más.

—Si no quiere que se vaya moviendo y accidentalmente se perfore un pulmón...

Chandler miró a Heath.

—Vale. Señor Barwell, levántese y póngase de cara a la pared.

Heath no necesitó que se lo dijeran dos veces. Se puso de pie mirando hacia la pared mientras Chandler le quitaba las esposas. Hizo que se diera la vuelta. La cara de Heath estaba perlada de sudor. En ella, había dolor y miedo.

—Ahora, no haga ni un solo movimiento brusco o le volveré a poner las esposas, con o sin costillas rotas.

Heath asintió con la cabeza. Chandler le ayudó a incorporarse hasta que se sentó. Estaba muy cerca de él. Harlan, en medio, para poder afinar el diagnóstico.

Harlan cogió los antebrazos de Heath y los levantó.

—Aguante así, hijo.

Heath hizo lo que le ordenaban, mirando primero al médico, luego a Chandler. Se sintió intranquilo, sobre todo cuando le hizo señas para que se apartara de su camino e inclinó a Heath hacia un costado.

—¿Bien? —preguntó Chandler, que estaba deseando volver a ponerle las esposas.

Heath abrió la boca. Chandler esperó que emitiera un gemido de dolor.

Sin embargo, se levantó de golpe y empujó al médico hacia Chandler.

—¡No se mueva! —gritó Chandler, que se echó atrás e intentó evitar al doctor, que se le caía encima.

Intentó coger su arma, pero Harlan, que no tenía coordinación alguna, movió las piernas y lo desequilibró: ambos cayeron al suelo de cemento como fichas de dominó.

Heath no esperó y dio un salto hacia la puerta, justo cuando Nick llegaba para ayudarlos.

—¡Nick, cuidado!

Pero Heath reaccionó primero: bajó el hombro y empujó al joven agente, apartándolo de su camino como si fuera un jugador de rugby que corre hacia la línea de fondo.

No obstante, no contaba con la segunda línea de defensa. Mitch había aparecido de repente y, con una fuerza sorprendente para su cuerpo delgado, cogió desprevenido a Heath, le hizo doblar las piernas. El preso cayó contra la pared exterior de la celda. Esta vez sí que su grito de dolor parecía sincero. Aun así, Mitch no se detuvo: aterrizó encima del sospechoso y lo sujetó en el suelo, doblándole los brazos a la espalda: más gritos de dolor.

—¿Por qué cojones no está esposado el señor Barwell? —rugió Mitch.

Chandler se puso de pie rápidamente, dejando que el doctor se las arreglara como pudiera. Era como si un foco de luz intensa cayera sobre él y

lo volviera todo aún más sofocante.

—Harlan tenía que comprobar...

—¿Es que quieres que se te escapen los dos? ¿Qué pretendes? ¿Detenerlos, ponerles una marca y soltarlos como si fueran animales en peligro de extinción?

—Se quejaba de dolor en el pecho. Estábamos comprobando que...

—Me duele —jadeó Heath, sujeto bajo la rodilla de Mitch, que ignoró su súplica.

—Espóselo y métele en la celda, sargento.

—Por favor, señor..., jefe —farfulló Heath—, están conspirando con Gabriel para echarme a mí la culpa. O para matarme. Sé cómo son estos paletos. Tiene que ayudarme...

—¿Por qué no me informó de inmediato de que tenían a Gabriel? —preguntó Mitch, volviéndose hacia Nick, que se encogió visiblemente al oír la pregunta.

—Esto no tiene nada que ver con Nick. Era yo quien tenía que llamar —respondió Chandler.

—Ya sé quién tenía que llamar, sargento. Me preguntaba si su estupidez es contagiosa.

Heath seguía gritando quejas y estrafalarias teorías de la conspiración, de nuevo encerrado en su celda:

—Inspector, su sargento y Gabriel están compinchados, quieren echarme a mí la culpa...

—Señor Barwell, haga el favor de callarse —respondió Mitch.

—¡No voy a dejarme matar en silencio! —gritó Heath.

Mitch se volvió hacia Harlan, que estaba descansando en el banco de madera, justo delante de las celdas, intentando rehacerse.

—¿Alguna posibilidad de sedarlo? —preguntó Mitch.

Cuando Harlan estaba punto de responder, Mitch le cortó.

—No, olvídalo. Quiero interrogarle de nuevo. Aunque primero he de hablar con Gabriel.

Abrió la trampilla de la celda.

—¿Qué tal vamos por ahí? —le preguntó a Gabriel, en un tono amistoso.

Seguía echado de cara en la cama y había vuelto la cabeza para mirarlos. Su expresión era de horror. A pesar de eso, su cuerpo estaba absolutamente inmóvil, como una serpiente esperando para atacar. Chandler negó con la cabeza, intentando olvidar cómo le habían engañado tan fácilmente. Mitch le

había salvado. Odiaba estar en deuda con él. Era una sensación realmente amarga.

—Sáquelo de ahí, sargento —ordenó Mitch.

Chandler obedeció, vigilando muy de cerca para que no hubiera movimientos repentinos, levantase las manos o intentase desarmarle. No fue necesario. Gabriel colaboró. Apenas hizo otra cosa que dirigir una mirada nerviosa a la celda de Heath mientras lo conducían a la sala de interrogatorios.

Chandler le hizo sentar en una silla y le quitó las esposas. Cuando le preguntó si necesitaba atención médica, Mitch le cortó.

—Nadie verá al médico hasta que haya tenido la oportunidad de interrogarle.

Gabriel no protestó, pero durante un segundo sus ojos relampaguearon con algo distinto del miedo: frialdad, la aceptación de que durante un tiempo le tocaría soportar el dolor..., o tal vez arrepentimiento por haberse entregado voluntariamente.

—Puede retirarse, sargento —le dijo Mitch a Chandler cuando este se metió las esposas en el cinturón.

—Pero yo conozco la historia. Es la misma que la de Heath.

Mitch le miró con poca simpatía.

—Esta vez, usaré a mis propios hombres. Es hora de que lo oigan otros oídos, sargento.

Chandler se volvió y salió. Ya miraría desde la cabina. No era lo ideal, pero sí mejor que la ignorancia.

Al acercarse a la puerta, Mitch le llamó.

—Hay unos cuantos periodistas merodeando por ahí fuera. Como sabe, son como zombis: cuando aparece uno pensando que puede haber algo con lo que alimentarse, al momento aparecen todos los demás. Que le quede bien claro esto, sargento —dijo, levantando la voz—: yo soy la única persona con la que van a hablar, ¿de acuerdo? Dígaselo a su gente. Ya he emitido una declaración de que no haremos comentarios mientras la investigación prosiga. Y no quiero que usted lo joda todo diciendo algo que no debe. En realidad, diciendo cualquier cosa.

Luka y Jim estaban de vuelta. Tanya también había regresado. Se encontraba en la sala de grabación, preparando el equipo: apretando botones, ajustando cosas, con los auriculares torcidos solo sobre un oído, como un DJ que trabajara en el club más pequeño y aburrido del mundo. La canción que sonaba en ese momento eran los ásperos gruñidos de Mitch, que hablaba

informalmente con Sun y MacKenzie. A Gabriel no le hacía ni caso. Su voz llegaba muy clara. Los micrófonos estaban dispuestos para grabarlo todo, desde el detalle más insustancial a los últimos momentos de la vida de alguien.

Aquella suerte de confesionario estaba listo.

Al cabo de unos minutos, empezó. La historia de Gabriel no había cambiado, Mitch intentó profundizar más, pero no sacaba nada nuevo.

—¿En qué granjas había estado trabajando usted? —preguntó.

La voz, a través de los altavoces, era como un eco del pasado distante.

—Pues alrededor de Murray River, luego en Carnarvon y en Exmouth. Recogiendo tomates, fruta, cualquier cosa. No hay ni un trozo de terreno en este país donde yo no haya trabajado. Bueno, esa es la sensación que tengo.

—¿Alguien puede corroborar su presencia en esos lugares?

Gabriel se encogió de hombros.

—Tal vez, pero me pagaban en metálico. —Hizo una pausa—. Antes de que diga nada: ya sé que no es legal, pero aceptar tales cosas es la diferencia entre tener trabajo y no tenerlo. Así pues, no importa.

—La falta de coartada le resulta bastante conveniente —dijo Mitch, como si le estuviera ofreciendo consejo legal, en lugar de interrogándolo.

—Es la verdad —respondió Gabriel—. No me importa si es conveniente o no.

Mitch le preguntó por sus padres y por su familia. Oyendo la conversación desde su rincón, Chandler notó que el sospechoso se ponía algo nervioso. Algo parecido había sucedido en el coche, camino del hotel.

Gabriel contó que sus padres estaban muertos. Su hermano también. Un tío y una tía también.

—La muerte parece que le persigue —dijo Mitch.

Aunque estaba de espaldas a la cámara, Chandler se imaginó su sonrisa. Era un golpe bajo para intentar romper el hielo que parecía tener ese hombre corriendo por sus venas.

Mitch dejó pasar unos segundos, para que sus palabras hicieran el efecto necesario.

—¿Y cómo murieron todos ellos? —continuó.

Gabriel no dijo nada. Su cuerpo siguió tranquilo, pero tenía los ojos fijos. A Chandler esa mirada le ponía de los nervios.

—Murieron en un accidente de coche —dijo Gabriel.

Mitch asintió sin empatía. Para él, no era más que otra pieza de un rompecabezas.

—¿Y desde entonces?

—Desde entonces ando vagando por ahí, inspector. Donde el viento me lleva.

—Muy poético —replicó Mitch, sin ocultar su sarcasmo.

—Es la verdad —dijo Gabriel, irritado.

Mitch lo había conseguido. Le había lanzado el anzuelo y ahora lo arrastraría a la costa a través de aguas oscuras y fangosas.

Sin embargo, todavía no tenían ni idea de la clase de captura que habían hecho.

Gabriel se recostó hacia atrás después de haber explicado su historia por tercera vez. Mitch insistió en que la repitiera.

Chandler ya tenía bastante. La misma historia cuatro veces en un solo día era algo de lo que podía prescindir perfectamente, de modo que salió de la cabina. El equipo de Mitch estaba trabajando sin descanso. Eran unos profesionales, como clones de su líder.

Chandler se dirigió hacia su propio equipo: Jim, Luka y Nick, que seguía en el mostrador de recepción vigilando. Tanya continuó en la cabina. Allí estaría otra hora más, por lo menos.

—¿Esto es trabajo policial? —preguntó Jim, mirando al equipo de Mitch. Como siempre, era difícil de saber si hablaba en serio o si era una broma de su particular sentido del humor.

—Sí, trabajo policial muy serio —replicó Luka.

—¿Nos implicamos nosotros también? —preguntó Jim.

—Si queréis... A lo mejor tenéis que hacerlo a la fuerza, pero en fin...

—Siempre me han gustado los desafíos —dijo Luka.

Chandler pensó que, si alguien podía abrirse camino, ese era Luka. Era el más oportunista de todos.

Detrás de ellos, Nick se quitó los auriculares.

—¿Sargento?

—Sí, Nick, tú también puedes intentarlo.

—No, no es eso, sargento. Es que ha llamado Ken. Dice que hay algo ardiendo en el bosque, detrás de la casa de Turtle.

—¿A qué distancia?

—«Lo bastante lejos para que no me atreva a joderla yendo a mirar». Esas han sido sus palabras exactas.

¿Sería aquel el lugar que estaban buscando?

—Pues entonces tendré que ir yo —dijo Chandler.

—Yo también voy —se ofreció Nick.

—No, tú quédate aquí.

El chico se derrumbó en su silla.

—Luka, Jim, ¿quién se viene? —preguntó Chandler.

Jim levantó una ceja y miró a Luka: no tenía ningunas ganas de recorrer Gardner's Hill en pleno verano.

—Parece que me toca a mí —dijo Luka, sonriendo.

Desaparecer de la comisaría fue fácil: todo el mundo estaba muy ocupado. Luka conducía. Salieron de la ciudad hacia la colina. Inclinandose hacia delante para mirar por el parabrisas, Chandler no veía ni rastro de humo en la ladera. Rezó para que aquello no fuese una pequeña venganza de Ken, por lo de antes. Sería muy propio de ese hijo de puta.

—Ya sé que no lo ves así, pero yo creo que ha hecho un buen trabajo —dijo Luka.

—¿Quién?

—El inspector. Ha venido, se ha hecho cargo, hace que todo funcione.

—Y molesta a un montón de gente.

—Sobre todo a ti, sargento.

Chandler ignoró el comentario.

—A veces eres demasiado blando... —continuó Luka.

—¿Quieres que os trate como si fueseis robots?

—A veces, la ley tiene que ser dura. La gente lo respeta. Lo necesitan.

Chandler miró por encima del hombro a su joven colega.

—¿De qué mierda de libro de autoayuda has sacado eso?

—Es verdad. A veces, la gente quiere vernos usar un poco de fuerza.

Vaya decepción: otro de su equipo impresionado con Mitch. Sin embargo, en Luka, lo entendía mejor. Compartía con Mitch el deseo de ir siempre a por todas, cayese quien cayese. Sin duda, Luka era un buen policía. Estaba deseando aprender y hacer cosas. Además, era duro. Incluso en su vida privada. Ya había salido con la mayoría de las mujeres solteras del pueblo, como si fuera una epidemia que se contagiara fácilmente. Todos tenían sus fuentes de información particulares: Tanya, las lenguas más sueltas del círculo de madres; Jim, las lenguas alcohólicas de los trabajadores del Black Stump; Luka su brigada femenina de veintitantos años, a las que iba perdiendo poco a poco a base de salir con ellas y luego dejarlas. Chandler suponía que Luka pensaba que, fuera como fuera, él siempre saldría a flote.

Estaban a un kilómetro al sur de la casa de Turtle cuando Chandler lo vio: humo elevándose en el cielo, en la zona de matorral, como la mano gris de

una víctima que se ahoga y hace señas pidiendo ayuda. Allí, por encima de la superficie de los árboles. Notó el pecho oprimido por la anticipación. Intentó tranquilizarse: quizá no fuera nada. Le indicó a Luka que siguiera diez kilómetros más por la carretera hasta la entrada oculta de la casa de Bluff's Bluff, un nombre de broma para un antiguo alcalde que se negaba a permitir que un camino de tierra llevase su nombre.

Subieron serpenteando por la colina. El coche hacía lo que podía con aquellas curvas tan cerradas y con ese desnivel, que cada vez era mayor. La línea de humo aparecía y se ocultaba en cada giro del camino.

Chandler ordenó que parase junto al aparcamiento. Salió y se dispuso a atravesar la zona boscosa por donde los dos sospechosos aseguraban que habían trepado. Cogió una mochila con agua y otras cosas esenciales. No esperaba tener que quedarse allí a pasar la noche, pero por si acaso.

Luka cogió su propia mochila y le preguntó:

—Entonces, ¿a quién crees?

—Ya lo hemos discutido, Luka. Primero necesitamos tener algunas pruebas, y luego...

—Lo que notas en las tripas, sargento —le interrumpió Luka—. Todos tenemos esa intuición. Yo escojo a Heath. Vino a punta de escopeta, lo cogieron intentando robar el coche, os atacó al doctor y a ti... Parece tener cierta astucia, habilidad para planear y el temperamento que se necesita para matar.

Chandler apretó un poco más los tirantes de su mochila. Intentó no hacer caso a Luka, pero lo cierto es que lo que decía tenía su lógica. Él mismo había experimentado en primera persona lo peligroso que podía ser Heath... No obstante, a pesar de aquellos indicios, no podía descartar a Gabriel: esos cambios de humor... Pasaba de ser un manojo de nervios a comportarse frío como el hielo. Aquello le daba mala espina.

Perdido en sus pensamientos, Luka se le había adelantado, camino de los bosques como un sabueso detrás de una pista. Allí estaba el impaciente chico de Sídney. Allí se había criado, antes de que sus padres, artistas, emigraran al oeste, en busca de paz, tranquilidad e inspiración. En más de una ocasión, Luka le había contado que estaba deseando volver a la ciudad o a algún sitio donde hubiera más de un club nocturno. Hacía tiempo que había solicitado el traslado. Chandler pensó que también en eso le recordaba al antiguo Mitch.

Llegar hasta los bosques para ver dónde estaba aquel fuego resultó complicado. Esas tierras del interior no ofrecían puntos de referencia. Así

pues, siguieron los jirones de humo que subían, apenas visibles por encima de los árboles bajo los que estaban.

No obstante, siguieron avanzando, luchando a la luz desfalleciente del día, tropezando con piedras, rocas y árboles caídos. No descubrieron ni tumbas recientes ni desniveles desde los cuales se pudiera caer.

Luka le contó otra de sus teorías: todavía podía haber alguien en la cabaña, un socio del asesino, o bien otra víctima. Si aquel loco había encerrado a uno, bien podía tener también a otro atado para después, como la carne que se cuelga para curarla. Ya sabía, reservas para el invierno. Solo era otra de las imaginativas especulaciones de Luka, pero eso le dio ánimos a Chandler para seguir hacia el humo que se elevaba entre los árboles. El campo estaba silencioso: ni cigarras ni grillos que cantasen. Era como si todos hubiesen desaparecido anticipando algún descubrimiento truculento. Resultaba muy inquietante, como una multitud que se queda callada de repente antes de que el jurado emita su veredicto. Tanto que Chandler sintió cierto alivio cuando la radio interrumpió el silencio. La voz de Mitch surgió entre la estática. Ya se habían dado cuenta de su fuga, de su destino y de la posible importancia de dar la voz de alarma.

—Chandler, soy Mitchell. —Ya no hubo formalidades. En su voz, un punto de pánico—. No hagas nada. Vamos de camino.

Chandler dio con poco más que una pila de cenizas y los restos escasos de unas paredes que sobresalían del suelo, carbonizados como cerillas que se queman entre los dedos. A unos cincuenta metros de la cabaña destruida, había un depósito de agua pequeño, de metal, encima de un soporte hecho a medida. Las malas hierbas se enroscaban y lo usaban como apoyo para subir hacia el cielo. A pesar de que había recibido la orden de no tocar nada, no podía seguir dejando que todo ardiera y se destruyeran las pruebas que podían quedar.

—Luka, aquí —dijo, corriendo hacia el tanque—. ¿Puedes subirme encima?

El agente, joven y atrevido, no era de los que rechazan un desafío. Se quitó la mochila, trepó al soporte, que tenía una estructura sorprendentemente sólida a pesar de su antigüedad y su decrepito estado. Chandler le tendió uno de los cubos oxidados que había a los pies de la torre. El otro se lo devolvió lleno, con el agua salpicando a los lados y empapándole la ropa.

Arrojó el contenido del cubo en la mezcla humeante. Las cenizas explotaron a su alrededor y humearon como el hielo seco en un concierto. Tosió para expulsar algunas cenizas. Luego volvió al tanque para llenar el cubo.

Lo hizo varias veces, cubo tras cubo. Poco a poco, fue humedeciendo diferentes partes del edificio, para intentar sofocar las llamas sueltas que de vez en cuando salían de algún lugar. Cegado por el calor y por la intensidad de la luz, se tambaleó de camino al depósito.

—¿Cuánta agua queda? —preguntó, escupiendo cenizas, que le habían secado la lengua.

—¡La mitad! ¡Suficiente! —gritó Luka.

Y Chandler volvió a las brasas, apartando la cabeza a un lado y arrojando el agua sobre otro fragmento que ardía. Las cenizas se expandieron y salieron volando. Lo que parecían ser unos restos de metal carbonizados

relampaguearon al sol del ocaso. El descubrimiento atrajo su atención, aunque le escocían los ojos. Al cabo de media hora, ya tenía el fuego controlado. Intercambiaron unas palmaditas de felicitación en la espalda. Las manos ennegrecidas de Chandler mancharon la sudorosa camisa de su colega, dejando huellas negras sobre ella. Lo que quedaba ante ellos no parecía gran cosa, pero al menos lo habían salvado.

Chandler se acercó al borde. Atisbando entre los restos calientes vio metal retorcido. Habría que dejar que se enfriase un poco más para poder tocarlo.

—¿Provocado? —preguntó Luka.

—Es difícil saberlo con seguridad, pero eso parece.

El lugar había ardido salvajemente. Lo que había en aquel habitáculo había quedado destruido. No obstante, a pesar de que los árboles de los alrededores habían quedado chamuscados por las llamas, el fuego estaba muy localizado. Las tablas secas de madera habían hecho que la edificación ardiese como la yesca. Por fortuna, el fuego no se había propagado más allá.

Con una rama quemada, removió las ruinas, peinando los escombros y descubriendo trozos de metal que habían resistido el calor de las llamas: uniones de una mesa en forma de ángulo recto, un banco de trabajo y una sierra que se habían fundido con el calor pegándose a un hacha, creando así un instrumento rígido y pesado. Rebuscando entre los restos con el palo, encontró un par de esposas. Los eslabones de la cadena se habían solidificado. Los arrastró hacia el suelo para que se enfriasen.

En torno a la cabaña, flotaban madera y papel carbonizados, suspendidos en el aire, demasiado pesados para alejarse, demasiado ligeros para caer al suelo. Chandler cogió unos cuantos trozos, pero se le deshacían entre los dedos, convertidos en polvo.

Pasó de nuevo el palo por los restos y levantó un verdadero torbellino de hollín. Algo amarilleaba, chamuscado por los bordes. Era como si quisiera escapar y huir hacia la libertad. Papel. Lo cogió al segundo intento, con cuidado, intentando no estropearlo más. Otra incursión cuidadosa en un rincón, donde la pared no se había quemado del todo hasta los cimientos; allí había un segundo trozo de papel, más completo que el primero. Pronto hubo recuperado cierta cantidad de documentos, incluido el carné de conducir de Heath, cuyo plástico había sobrevivido a aquel infierno mucho mejor que el papel. El nombre se había quemado, pero la cara de Heath le miraba en blanco y negro, sin sonreír, casi enfurruñada. Era como la foto de una ficha policial.

Mitch y su equipo aparecieron entre los árboles como marines en una operación encubierta, armados con sacos de pruebas y guantes de látex. Les había costado casi cuarenta y cinco minutos llegar hasta allí.

Más que agradecido, Mitch parecía furioso. Chandler no esperaba menos.

—¿Qué has hecho? —lo acusó.

—Apagar el fuego. Teníamos que asegurarnos de que no había otra víctima ahí dentro.

—¿Y la hay? —escupió Mitch.

—No, pero hay algunos papeles...

Mitch cogió a Chandler por el hombro y lo empujó a un lado. El contacto fue inesperado y desagradable.

—Tendrías que haberme informado de la llamada, sargento. Te guste o no, soy tu superior y estoy a cargo de esta investigación. Si pasa algo malo, me acabará salpicando a mí. Y no estoy dispuesto a permitirlo. No es así como trabajo.

—Me he ocupado tal y como me ha parecido oportuno —dijo Chandler, manteniendo su terreno.

—Tendrás que ocuparte tal y como yo considere oportuno, sargento. ¿Entendido? Y si eso significa tener que pedirme permiso para ir a orinar, pues eso es lo que tendrás que hacer. Todo pasa por mí ahora. Tú tomaste la decisión de quedarte aquí, Chandler. Tu solito. No dejes que los celos empañen tus decisiones.

—No, Mitch, eres tú el que crees que yo estoy celoso. Yo decidí tener una familia, tú decidiste tener una carrera.

—Quizá tenga las dos —dijo Mitch, tras hacer una mueca.

—¿Qué quieres decir?

Mitch no respondió. ¿Acaso estaba insinuando que tenía una familia? Sus primos no habían dicho nada de que se hubiera casado o de que tuviera familia. No la última vez que los vio. No llevaba anillo de casado, pero, claro, eso no demostraba nada. Pero, en realidad, ¿a él qué más le daba? Llevaba diez años a cientos de kilómetros de su vida. Solo aquel caso los había puesto en contacto de nuevo.

—Volvamos al trabajo —dijo Mitch, señalando a Chandler y luego los árboles—. Ve a poner un cordón en torno a...

Los interrumpió un estruendo. Mitch se movió hacia atrás y echó mano de su pistola. Algo negro flotó en el aire y aterrizó junto a la gente de Mitch, que estaban guardando todas las pruebas que Chandler había sacado del fuego. El

objeto carbonizado humeaba a sus pies: una lata de aerosol que había escapado de la cabaña.

—Quizá quieras interrogarla —dijo Chandler, que caminó hacia los árboles.

Puso la cinta amarilla y azul en torno a los eucaliptos más cercanos. El equipo de Mitch recogía más fragmentos de la capa de cenizas, acogiendo a Luka como uno de ellos. Su jefe inspeccionaba el edificio, con un iPhone apretado contra la boca, grabando sus pensamientos y sus observaciones. Por su parte, Roper, un tipo musculoso cuyos labios se curvaban hacia abajo en un gesto de permanente desdén, grababa cada movimiento con una cámara de vídeo.

Después de marcar todas las pruebas con conos o etiquetas, Mitch organizó a su equipo para que empezasen por un lado. Se moverían con cuidado a través de las cenizas, cribándolas lenta pero concienzudamente en el suelo. Descubrieron unos cuantos fragmentos más de papel, incluido un trozo de mapa. La falta de líneas de nivel sugería una zona de llanura. No parecía la colina donde estaban. Una vez completada la búsqueda preliminar, Mitch dio instrucciones de que se limitaran a buscar pruebas de cómo se había iniciado el fuego: contenedores de líquido inflamable o combustible distribuido de manera inusual, pilas de periódicos, muebles colocados juntos. Buscaban dispositivos incendiarios: aparte de la lata de aerosol, encendedores, cerillas o, incluso, alguna forma de dispositivo temporizador. Encontraron mucho más metal en el mantillo saturado de cenizas, incluidos restos de cadenas. Una de ellas estaba rota de una forma limpia: la habían cortado, no había estallado por el fuego.

A continuación empezaron con el trabajo que les llevaría gran parte de la noche: la búsqueda de huellas de pisadas, pelos, fibras, huellas dactilares, sangre, fluidos corporales. El fuego habría destruido gran parte de todo eso, pero Mitch no se rendía fácilmente. Ordenó a Chandler que volviera a los coches y trajera más kits de pruebas. Era una tarea muy auxiliar, algo que se le ordenaría a alguien de un rango menor. Pero Mitch lo iba a humillar cuanto pudiera.

Chandler se fue caminando hacia los coches, y Mitch siguió azuzando a los suyos. El inspector tranquilo y seguro de sí mismo que había entrado despreocupadamente en la comisaría de Wilbrook empezaba a ceder a la presión. Tenía el pelo pegado al cráneo. Parecía que acababa de mojárselo, con esa raya a un lado. Bien visto, cualquiera diría que sudaba solo por la

cabeza. Parecía que tuviera la cara antinaturalmente seca, con todos los poros obturados por la rabia.

2002

Mitch se colocó bien el pelo liso, cada mechón perfectamente puesto.

—¡Venga! ¡Venga! ¡No hay tiempo para descansar! —anunció—. Otro kilómetro y nos detendremos por hoy.

Los voluntarios se habían congregado en torno a una roca enorme de arenisca roja que parecía fuera de lugar entre aquellos árboles, como una boya en medio del desierto. La vegetación aprovechaba su sombra abundante para crecer a sus pies. Los voluntarios también se acogían a la protección de un sol que ya bajaba por el cielo, más deprisa a cada minuto que pasaba, como si el horizonte estuviera recogiendo el sedal y tirando de él.

—Cinco minutos —rogó uno.

—Luego descansarás toda la tarde si quieres —dijo Mitch—. Martin podría seguir ahí fuera.

Era la herramienta de motivación que Mitch usaba para todo: el cebo de Martin. Pero Chandler sabía que solo había un motivo para que su colega quisiera encontrar a aquel chico. Se lo había confesado hacía unos días. Algo que había supuesto un cambio drástico en su actitud: Mitch quería ser conocido como el policía que encontró al adolescente, vivo o muerto, y que su nombre saliera en el periódico.

Ahí no tenía mucha competencia. Solo Chandler, de hecho. La búsqueda de Martin se había reducido. Los recursos se estaban dedicando ahora al truculento crimen de un camionero ocurrido en Port Hedland hacía un par de días. El papel de Chandler y Mitch también había cambiado, sutil y extraoficialmente. Dado que las posibilidades de encontrar a Martin eran minúsculas, su principal objetivo consistía en evitar que los voluntarios y la familia sufrieran un destino similar.

Sin embargo, aquella orden también les daba autoridad. La opción de abandonar la búsqueda. Aquella mañana (el decimotercero en total, y el segundo día de aquella fase), Chandler tocó el tema con Mitch, que inmediatamente decidió que tenían que seguir adelante.

Su falso entusiasmo rechinó en sus oídos. Mitch buscaba la gloria a costa de la desesperación de otros. Por su parte, Chandler creía que sus intenciones eran más honradas; cuanto antes encontraran a Martin (o sus restos), antes podría volver con Teri. Se había peleado una vez más con su familia dos noches antes. Así pues, tuvo que soportar otra larga noche de lágrimas e insultos por parte de su mujer. No entendía que tuviera que dedicar otros tres días a aquella maldita búsqueda. Teri sentía mucho que el joven hubiese muerto, pero quería que Chandler estuviera con ella.

Para animar al equipo, Arthur soltó una de sus plegarias bienintencionadas, pero demasiado emocionales. Quería engatusar a los voluntarios que quedaban para que siguieran adelante, pero lo único que consiguió fue enfurecerlos.

Cuando estaban saliendo, Chandler llevó aparte a Arthur y le recordó que él y Mitch eran los profesionales.

—Lo siento. Ya lo sé —dijo el hombre, limpiándose los ojos, mojados con lo que Chandler no sabía si era sudor o lágrimas—. Ya sé que ustedes son los profesionales, pero su calma y su lógica necesitan también algo de corazón.

—Tenemos corazón —replicó Chandler—. Si no lo tuviéramos, ninguno de nosotros estaría aquí.

El viejo asintió y le dijo a su hijo pequeño que se adelantara. Tuvo que insistir por segunda vez, con más firmeza, hasta que el chico le obedeció. Parecía que se habían intercambiado los papeles: el chico actuaba como guardián de su padre, y no al revés.

Arthur caminó junto a Chandler en silencio durante unos segundos. Finalmente, ahogó una risita.

—Todos somos un poco como Martin, ¿sabe?

—¿Ah, sí? —dijo Chandler, con la mirada perdida en la llanura.

—Allá fuera..., poco a poco, nos vamos perdiendo. No haría falta más que una, quizá dos horas andando por las tierras salvajes, y desapareceríamos.

Estaba claro que Arthur no estaba bien.

—¿Por qué dice eso?

—Es la verdad.

—Si no se encuentra bien...

El viejo negó con la cabeza.

—No me pasa nada, aparte de las ampollas y las quemaduras del sol. Es solo que me canso de hablar, de no encontrar nada, de ir dando palos de ciego a cada paso que damos, de encontrarlo todo muerto: plantas muertas, animales muertos, tierra muerta. —Se volvió hacia Chandler—. Ya sé que a usted no le gusta que rece ni que parlootee, pero no lo hago para motivar a los demás. Lo hago para motivarme a mí mismo.

Arthur se alejó para unirse a su hijo. Chandler se colocó detrás, con Mitch.

—Es hora de dejarlo —le dijo.

Su compañero le miró con incredulidad.

—¿Cómo? Si solo llevamos dos semanas...

—Sí, y el padre está a punto de derrumbarse, y el chico es prácticamente un zombi, y cada día abandonan más voluntarios. Estamos haciendo más de esos psicólogos que ayudan a las víctimas con su duelo que de policías.

—Seguiremos hasta que quiera la familia.

—Eso no es realista, y lo sabes muy bien.

—Entonces, ¿se lo vas a decir tú? —preguntó Mitch, que se acercó más a él—. Si lo encontramos, su muerte tendrá algún resultado positivo, significará algo.

Chandler negó con la cabeza.

—Para ti. Ya significa algo para esa familia.

—Sí —respondió Mitch—, pero si abandonamos ahora, todo habrá sido inútil, ¿no? Ir andando hacia lo desconocido... Y no me repitas toda esa mierda de los periódicos de que un chico casi adulto ha salido a hacer su «rito de iniciación». Un rito de iniciación tiene un sentido, no es solo un chaval deprimido que busca la aniquilación.

—Eso es lo que dices tú, pero no lo conocías. Así pues, quizás esto fuera su rito de iniciación, su transformación en adulto.

—¿Eso es lo que está haciendo Teri contigo? ¿Convertirte en adulto?

—Deja eso ya, Mitch.

Su amigo negó con la cabeza.

—Abandonar la vida...

—No, lo contrario.

—De eso no puedes estar seguro, Chandler. No hasta que lo hayas vivido.

La luz desaparecía a toda velocidad, pero Mitch había llegado preparado: su equipo había colocado una serie de reflectores, hogueras eléctricas para hacer salir de sus escondrijos a los asesinos en serie. Chandler lo miraba todo desde fuera. Sacaban más fragmentos de metal y de papel de las cenizas, con los dedos negros de hollín. Buscaban hasta el trozo más diminuto que pudiera resultar una prueba decisiva para averiguar lo que había ocurrido allí.

Mitch pasó a su lado, concentrado solo en la escena y grabando los detalles con su iPhone.

—¿Vas a montar turnos? —preguntó Chandler.

—¿Cómo? —Mitch frunció el ceño, frustrado por la interrupción.

—Que si nos vas a poner turnos, para trabajar toda la noche.

Mitch hizo una pausa.

—No. Mi equipo se ocupará de esto. Podéis iros a casa.

—¡Qué testarudo eres!

—Vete a casa, sargento. Descansa. Has tenido un día muy largo.

Y se alejó. Otro menosprecio.

Chandler consideró la idea de quedarse para ayudar a retirar lo que pudiese de las ruinas, pero una velada con sus hijos y una cama caliente era preferible mil veces a una noche fría allí, hurgando entre los desechos. Que lo hicieran aquellos gilipollas. Aunque encontrasen algo que pudieran cargarle a alguno de los sospechosos, Mitch solo podría acusarlos de secuestro; como mucho, de intento de asesinato. Nada más. Al menos hasta que localizaran las tumbas. Y para eso necesitarían la luz del sol.

Al pasar junto al resplandor amarillo de las lámparas, Chandler vio que Flo cogía algo de los restos. Una pieza de metal carbonizada, pero todavía entera e inconfundible: la figura de Cristo, libre de la cruz de madera que antes lo sujetaba. Recordó que dos sospechosos habían mencionado en sus declaraciones una cruz y que en casa le esperaba una niña que pronto se confesaría por primera vez. Le entraron unas ganas locas de verla.

Primero, sin embargo, pasó por la comisaría, extrañamente vacía. Solo Tanya y Nick estaban de guardia. Tanya concentrada con algo de papeleo; Nick hacía un solo de percusión con los dedos, sobre el mostrador de la entrada. Le dijeron que en las celdas todo estaba tranquilo. Parecía que los sospechosos se hubieran resignado y comprendido que no tenía sentido quejarse: iban a pasar la noche allí.

Al llegar a casa, Chandler comprobó con decepción que los niños ya estaban en la cama. Por su parte, su madre también estaba decepcionada, pero con él.

Le recibió en la puerta. El pelo, rubio veteado de gris, liso y largo hasta los hombros, perfectamente peinado, a pesar de lo tarde que era. Era una chica de Wilbrook, y su humor era tan árido como la tierra en la que había crecido.

—Entraré a verlos —dijo Chandler.

Ella le cortó el paso, como el Cristo en la cruz que habían rescatado del fuego allí arriba.

—No, no los despiertes —dijo, con voz aguda pero enérgica.

—No los despertaré.

—Están muy enfadados contigo. Por no haber venido a casa.

Ahora tenía incluso más ganas de verlos.

—Me retuvieron. No pude hacer nada.

—Caroline, para ya. —La voz de su padre llegó flotando desde el salón. Era la voz de la calma—. No estaban enfadados porque el chico no hubiera venido.

Desde el ángulo donde estaba parecía que el viejo sillón beis hablara solo. Las marcas de tinta de hojear el periódico manchaban sus costados. La mayoría de las mujeres se habrían enfadado por esa suciedad, pero su madre se alegraba: mientras Peter estuviera sentado allí, no podía andar haciendo de las suyas. Alguna vez había intentado quitar las marcas de tinta. Sin embargo, mágicamente, volvían a aparecer, como si el artista creara una nueva obra sobre la última.

Su padre se puso de pie apoyándose en los brazos. Tenía ya sesenta y muchos años, estaba calvo, su rostro estaba arrugado como un mapa en relieve y lucía una nariz puntiaguda que dominaba sus facciones. Parecía un hombre duro, pero en realidad era como un cachorrillo, tan emocionado y curioso por la vida como sesenta años atrás.

—Estaban enfadados por lo de la confesión... —empezó su padre.

—La misa —corrigió su madre.

—La misa se ha cancelado. Los otros chicos te echan la culpa a ti, porque estabas a cargo.

—No, una vez ha aparecido Mitch —murmuró Chandler.

—¿Y qué tal está el joven Mitchell Andrews? —preguntó su madre.

Lo último que Chandler quería era hablar de Mitch. Se encogió de hombros y fingió que no sabía nada.

—Si ha venido al pueblo, es que está pasando algo gordo —añadió su madre.

—Dormiré aquí, si te parece bien —dijo Chandler, cambiando de tema.

Aunque ambos sospechosos estaban a buen recaudo y solo le habría costado dos minutos llegar a casa, quería dormir bajo el mismo techo seguro que sus hijos, al menos aquella noche.

La expresión inquisitiva de su madre se convirtió en una amplia sonrisa.

—¿Quieres comer algo?

—No, gracias.

—Te prepararé algo —dijo ella, empujándole hacia la cocina.

Υ

Chandler se dirigió al sofá blanco. Era realmente cómodo y se lo tragó entero. Incapaz de dormir, pensó en lo que tenían hasta ese momento. Tenía dos sospechosos que eran casi opuestos, como imágenes en un espejo.

Por una parte, estaba Gabriel Johnson, un tipo asustadizo, con voz temblorosa, pero también con una tranquilidad que te ponía de los nervios. Sin duda, tenía una voz que podía seducir a cualquier autoestopista para que entrara en su coche. Pero si era él el secuestrador y el asesino, ¿por qué había vuelto y había permitido que lo capturasen, después de escapar? Era más probable que quisiera ser un buen samaritano y evitar que Heath volviera a matar.

Por otro lado, estaba Heath: gritón, vehemente, violento. Lo negaba todo, aparte del robo de un coche. Protestaba incluso de tener que estar bajo el mismo techo que Gabriel. Si estaba fingiendo, la verdad es que resultaba bastante convincente. También él podía persuadir a un autoestopista para que se metiera en un coche con él.

Gabriel se había entregado dos veces. Heath no había hecho nada voluntariamente. También desde un punto de vista físico eran opuestos:

Gabriel, alto y esbelto; Heath, bajo y robusto. Ambos tenían el bronceado inconfundible de los que trabajan al aire libre. Ninguno de los dos tenía padres, ni apenas contacto con su familia. En el caso de Heath, por elección propia. En el de Gabriel, porque habían muerto. No disponían de los datos suficientes para preferir a uno u otro como sospechoso, de modo que tendrían que ser los dos. Y si eran los dos, entonces existía la posibilidad de que hubiesen estado trabajando en equipo hasta que algo, todavía no se sabía qué, hubiera hecho que rompieran su asociación. ¿Por eso se temían tanto entre sí? ¿Porque ambos sabían de lo que era capaz el otro?

Lo de la cabaña también le chocaba. Las pruebas encontradas hasta el momento indicaban que aquel era el lugar donde se cometieron los crímenes. Al menos donde se habían mantenido encadenadas a las víctimas, pero ¿cómo se había incendiado? ¿Por accidente? ¿Los rayos del sol habían hecho arder unos papeles? Quizá, cuando se habían perseguido el uno al otro, un golpe involuntario a un calentador o a un objeto parecido hubieran convertido la choza en una hoguera. Pero ¿para qué iban a necesitar un calentador, con el calor que hacía? Quedaba la teoría de que el asesino hubiese prendido fuego al lugar deliberadamente. Quizá con algún artefacto incendiario con temporizador, para que se pusiera en marcha si él o ellos no volvían en un momento determinado. Y si fue así, ¿cuándo? ¿Fue Heath, en el tiempo transcurrido entre que Gabriel entró en la comisaría y Ken lo trajo amenazándolo con una escopeta? ¿O bien Gabriel, después de escapar del hotel, subió a la colina para destruir las pruebas? Pero ¿cómo conseguiría llegar hasta allí? ¿Y por qué volver y entregarse en la comisaría? ¿Por qué no incendiarlo todo y salir huyendo?

Había muchas lagunas en la investigación: tiempo, motivos... Darle vueltas a todo aquello lo agobiaba aún más, pero, aun así, una idea final se abrió camino: ¿y si no estaban trabajando juntos? ¿Y si había un tercer implicado?

Eso abría muchas posibilidades. Y no necesitaban más, sino menos. Siempre prefería trabajar con unos parámetros completos. Por eso se había quedado en Wilbrook. El pueblo y sus hijos eran como su sol, como su centro gravitatorio. No podía ni quería alejarse demasiado de ellos.

Y, aunque eran las tres de la mañana, uno de sus soles acababa de entrar en la cocina. Sarah, en camisón, metió la cabeza en la nevera. No lo había visto. Estaba creciendo muy deprisa, casi ya era de la misma altura que su madre. Tenía los mismos pómulos altos, la misma cara delgada que Teri. Mientras no heredara el carácter de su madre...

Ni siquiera intentó evitar hacer ruido al sacar la leche. Cerró de golpe la puerta del frigorífico, haciendo temblar el mostrador. No era fácil hacerlo todo siempre con el móvil en la mano.

—¿Estás mandando mensajes a alguien a estas horas? —preguntó él.

Ella dio un respingo y derramó la leche por el suelo.

—¡Mier...! —soltó Sarah.

—Tendrás que confesar eso... —dijo Chandler.

—¿Ah, sí? ¿Podré? ¿Se celebrará la ceremonia? —Volvió a mirar hacia abajo y teclear en el móvil.

—Ya veremos.

Ella no respondió.

—¿Para quién eran esos mensajes? —preguntó él, curioso y un poco preocupado.

—Para nadie. Estaba haciendo un borrador.

—¿Cómo?

—Para mañana —dijo Sarah—. Espera...

Alejó el teléfono con el brazo estirado y se hizo una *selfie*. De sí misma con un vaso de leche. Chandler no entendía por qué. Quizás era normal que no lo entendiera. Tal vez eso era lo que llamaban «entretenimiento» en aquellos tiempos. Pero, bueno, suponía que tampoco había problema. Seguramente, la idea de entretenimiento de su padre también a ella le resultara extraña: una cerveza y ver deportes en televisión después de que los niños se hubieran acostado, ya fuera críquet, rugby, fútbol... En ocasiones, veía un partido entero y luego no podía decir cuál había sido el resultado final: la mente vacía, el estómago dilatado.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó Chandler.

Su silencio sugería que sí lo estaba.

—No —dijo ella, con el pelo negro azabache cayéndole sobre la cara.

—¿Sarah?

Escapando de las garras del sofá, se reunió con ella en la cocina: ya se había bebido medio vaso de leche.

—Sé que estás decepcionada.

La niña movió la cabeza de lado a lado como si fuera un muñeco de cuerda.

—Creen que es culpa tuya. Que por tu culpa no se va a hacer lo de la confesión.

—Teníamos que suspenderlo todo.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Es que eras el único que iba a ir? Siempre nos has dicho que no seamos egoístas...

Chandler sonrió. Dicho así, parecía muy egoísta: posponerlo todo porque él tenía otros planes.

—Sí que es egoísta, pero no voy a perderme algo tan importante como tu primera confesión porque esté pendiente de un caso.

—¿Y qué han hecho esos hombres?

—No estamos seguros. Todavía no han confesado sus pecados. No les hemos obligado a confesar. Pero lo haremos —añadió, decidido—. Y aunque la misa no sea el domingo, será otro día.

—Entonces ¿todo esto es porque Dios lo ha querido?

—Solo Dios puede decirlo.

Sarah volvió a sonreír. Él le hizo señas para que se fuera a dormir. Al cabo de unos segundos, ya se había perdido otra vez en el teléfono. Movía con precisión el pulgar sobre la pantalla, actualizando su estado con el mínimo de palabras posible. No era difícil imaginar que las maravillas de aquel mundo enorme y malvado la sedujeran. Que la idea de irse lejos de aquel agujero donde vivían la atrajera. A Chandler le preocupaba que le gustase la idea de irse a vivir con su madre, a Port Hedland. Y si ella quería algo, no estaba seguro de que él fuese capaz de impedirlo.

*P*or la mañana, se sintió culpable por haber dormido más bien poco. Solía pasarle. Se levantó del sofá antes de que nadie se despertara.

Al llegar a la comisaría, vio que Jim estaba metido detrás del mostrador de recepción. Parecía tan incómodo como siempre, tecleando con un dedo y con fuerza. Cuando Chandler le saludó, Jim señaló hacia el despacho de atrás. Allí estaba Mitch, con la cabeza gacha, bañado de una luz fluorescente. Apenas le prestó atención.

Chandler se acercó al despacho. No creía que Mitch le pusiera mucho al día, pero su obligación era preguntar. Mitch examinaba muy concentrado los archivos que tenía delante. O eso le pareció. En realidad, estaba hablando en voz muy baja por el iPhone. Chandler se quedó a un lado de la puerta, esperando oír algo.

—Ya está en marcha —dijo Mitch, y luego hizo una pausa. Chandler se dio cuenta de que no dictaba, sino que se trataba de una conversación—. No, no los he visto todavía, ¿por qué? He venido a trabajar.

Chandler sabía que no estaba bien espiar aquella conversación privada, pero la persona que hablaba con Mitch le estaba metiendo una buena bronca, por lo que era demasiado tentador perderselo.

—No... Sí, me parece bien que los niños estén ya hechos.

Qué frase más rara. Tal vez Mitch pensara lo mismo, pues levantó la mirada y se encontró con Chandler quieto junto a su puerta. Por primera vez desde que había vuelto, parecía nervioso, le temblaban los miembros. Parecía ser aquel adolescente agitado y desgarbado que Chandler había conocido hacía ya unos cuantos años. Alguien diferente, empático.

Sonó un susurro audible e insistente al otro lado de la línea. Mitch se quedó completamente inmóvil y el chillido electrónico del otro lado creció de intensidad.

—Hablares más tarde, ¿vale? —murmuró finalmente al teléfono, y colgó. Entonces recuperó aquella autoridad—. ¿Sí?

—Buenos días —saludó Chandler.

—¿Ah, sí? —dijo Mitch con una mueca, frotándose la cara con las manos: llevaba toda la noche despierto.

—¿Encontrasteis algo anoche en el sitio?

Su sonrisa indicaba que sí. Pero una respuesta sutil no bastaba para Mitch. Examinó rápidamente su atestado escritorio y le entregó una bolsa de pruebas.

—Échale un vistazo.

Era un trocito de papel como los dos que había encontrado Chandler flotando entre las cenizas, pero estaba especialmente bien conservado. Contenía lo que parecía una lista de palabras escritas a mano. Encima se podía leer: «En el principio se les dio nombre».

—De la escena del crimen —aclaró Mitch, por obvio que fuera—. Estamos intentando averiguar si es una lista de las personas que ha matado.

—¿Están entre las personas desaparecidas?

La sonrisa de Mitch se hizo más intensa por momentos.

—Algunas. Lo estamos comprobando.

—¿Cuántas?

—Aún es pronto.

—Así que podría ser una lista de cualquier cosa... —Chandler se estaba acostumbrando a echar agua a los fuegos.

—Todavía no hemos encontrado la conexión, sargento. Serían personas de distintas partes del país.

—Tendrías que haberme llamado —dijo Chandler.

La respuesta fue cortante.

—Ahora ya sabes lo que se siente.

—Pensaba que no íbamos a andar con rencores.

—Y no vamos a hacerlo, pero tendrás que pasar algo de tiempo con tu familia.

—¿A ti qué te importa eso? —preguntó Chandler.

Mitch cerró los ojos.

—Es que parece que te pasas todo el tiempo aquí, haciendo de niñera de esos.

—Son buena gente.

Mitch arrugó la cara.

—Quizá puede haber esperanzas para Luka, pero Tanya es demasiado vieja, Jim es demasiado lento, y Nick..., bueno, pues no deja de saltar por ahí como un conejo, como si quisiera hacerse cargo de todo.

—Será un buen oficial.

—A lo mejor, si se calla la boca y deja que le funcione el cerebro.

Mitch se metió el teléfono en el bolsillo y se volvió hacia el ordenador.

—Entonces, ¿qué va a pasar hoy? —preguntó Chandler.

—Voy a presentar el descubrimiento de esta lista a nuestros dos sospechosos. A ver qué sale. Alguien ha prendido fuego a la casa deliberadamente. Encontramos una botella de camping gas con un alambre que conducía a los restos de una batería. Fue algo premeditado. No muy sofisticado, pero sí efectivo.

Chandler observó desde el cubículo de grabación cuando Mitch leyó la lista a los sospechosos. Nombres, edades, lugares de nacimiento de los tres que habían encontrado en la base de datos de personas desaparecidas. Ambos reaccionaron con indiferencia. A continuación probó con las descripciones, pero nada. Mitch les decía nombres de parientes, hermanos, seres queridos. Agitaba el anzuelo para que picaran. Invadió su espacio corporal. Se acercó tanto a ellos que a Chandler le preocupaba que pudieran atacarle. Sin embargo, cada vez que se levantaba para dejar el cubículo y unirse a Mitch en la sala de interrogatorios, este le rechazaba. Parecía estar jugando más con él que con el sospechoso en cuestión.

Fuera como fuera, Mitch no sacó nada en limpio. Ambos sospechosos se reafirmaron en sus historias y declararon su inocencia. Ninguno de los dos había oído hablar de toda aquella gente. Simplemente, querían que les dejaran marcharse en paz.

Después de pasar una hora con cada sospechoso, Mitch salió a toda prisa, visiblemente frustrado.

—¿Nada nuevo? —preguntó Chandler, mientras Tanya empezaba a cerrar todo el equipo.

Lo único que quedaba era revisar de nuevo las pruebas, subir hasta la cabaña o examinar a algún testigo que fuera capaz de ubicar a Heath o a Gabriel en la escena de una desaparición.

—¿Crees que les está robando? —preguntó Tanya, cuando salieron del cubículo.

Chandler se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres decir?

—Secuestrarlos, torturarlos para que revelen los detalles y luego vaciar sus cuentas...

—No hemos visto ningún motivo económico, en ningún momento. Por cómo van vestidos, no parece que su situación financiera sea demasiado

holgada.

—Entonces si no es cuestión de dinero, ¿qué es? ¿Venganza? ¿Sed de sangre?

—Quizá simplemente lujuria —dijo Chandler—. ¿Algún juego sexual que no ha salido bien?

Mirando hacia la oficina como si estuviera buscando pelea, Mitch rebatió a Chandler inmediatamente.

—Nada en los sospechosos señala en esa dirección. Tampoco hemos encontrado nada entre los restos del incendio que pueda hacernos sospechar de algo así.

—Nada excepto el palo que llevas metido en el culo —respondió Chandler.

Toda la comisaría quedó en silencio.

Mitch volvió a su despacho.

—Lo que tenemos aquí es una sociedad..., o una antigua sociedad. Cada uno de ellos está intentando culpar al otro —dijo Mitch.

—Ya lo he pensado —interrumpió Chandler—. No hay nada que los relacione entre sí...

—¿Aparte de la escena del crimen y la historia idéntica que cuentan? —replicó Mitch—. No. Estaban compinchados y se pelearon. Tuvieron un desacuerdo. Y cada uno de ellos culpó al otro. Eso explica que sus historias sean tan parecidas.

—No creo que trabajen juntos. Les asusta que... —empezó Chandler.

Sin embargo, Mitch ya se había ido y estaba dando instrucciones a MacKenzie, un chico que apenas parecía lo suficientemente adulto como para afeitarse. O puede que se sintiera tan acobardado ante su jefe que hubiera sufrido una regresión a la infancia. Le dio instrucciones para que organizara una conferencia de prensa con aquellos buitres de allí afuera.

Hacía rato que Chandler llevaba tiempo dándole vueltas a la cabeza a aquella idea. Pero la discusión con Tanya lo había sacado a la luz. Si Gabriel y Heath habían trabajado juntos, como una especie de máquina de matar dual, y luego se habían peleado, cada uno de ellos tendría una historia distinta de cómo llegaron a los bosques, historias tramadas independientemente la una de la otra.

Tal vez Mitch se creyera muy listo, pero en esto estaba equivocado. Solo uno de aquellos dos hombres era la auténtica víctima. Y lo que hacía el asesino era copiar al dedillo su historia. No había otra explicación.

*E*n los escalones de la comisaría, flanqueado por sus subordinados, con el traje recién cepillado, mirando a los reporteros desde arriba, Mitch dio comienzo a la rueda de prensa.

Ver a Mitch pavonearse ante lo que Chandler había llegado a considerar su comisaría era algo surrealista. Pero, en el fondo, sabía que él solo era una parte del engranaje. Ahora, simplemente, una pieza más grande había ocupado su lugar.

Mientras hablaba, las cámaras disparaban flashes y los periodistas se daban empujones entre sí para colocar mejor sus micros, buscando el sonido perfecto de aquel circo que había llegado a la ciudad a base de rumores en los medios de comunicación y tras aquellos controles en las carreteras.

Mitch respondió a las preguntas que le hacían prestando mucha atención a cada periodista. Parecía un político de los de cuna. Todo sonrisas y amabilidad, movía las manos con decisión para intentar transmitir seguridad. Se le daba bien hablar sin decir nada.

—Como estoy seguro de que sabrán apreciar, no puedo dar muchos más detalles en esta fase...

«Porque no sabes casi nada», pensó Chandler.

—... porque es demasiado pronto para discutir determinados aspectos de una investigación que está en marcha. Lo único que puedo decirles es que actualmente tenemos retenidas a dos personas que nos están ayudando en nuestras pesquisas.

Las cámaras y los micrófonos se acercaban y se alejaban de Mitch como algas en la marea.

—¿Las pesquisas sobre qué? —preguntó alguien entre el grupo.

Otra sonrisa ganadora.

—Cuando llegue el momento, pueden estar seguros de que los informaré de todos los detalles.

Una pregunta difícil que se quitó de encima. A por la siguiente.

—¿Es cierto que uno de los sospechosos escapó y que por eso establecieron controles de carretera? ¿Tenía usted a un sospechoso suelto por ahí, inspector, y no informó a la población local de ese hecho?

Mitch bufó.

—No, no es nada tan siniestro. La persona que buscábamos, en ese momento, no tenía modo de contactar con nosotros. Por eso decidimos establecer una serie de controles: era la única opción de asegurarnos de entrar en contacto con él. Así pues, nada siniestro. No necesitamos que la prensa vaya extendiendo rumores por el pueblo.

Por mucho que despreciase a Mitch, tenía que admitir que era realmente hábil manejando situaciones como aquella.

Mitch les dio las gracias a todos por su asistencia y recordó a los periodistas que debían respetar el trabajo policial. Se despidió deseándoles a todos suerte para encontrar un lugar donde pasar la noche, e incluso bromeó con una periodista rubia que tenía su base en Port Hedland diciéndole que quizá tuviera que dormir en su camioneta. Haciendo amigos bien situados, pensó Chandler.

Sin embargo, al parecer, Mitch quería añadir otra cosa:

—Como nota final, debo señalar que todas las preguntas en el futuro deberán dirigírselas al sargento Chandler Jenkins, que está ahí —dijo Mitch, señalándolo—. Por supuesto, todos lo conocemos perfectamente, como jefe de la policía local.

Dicho lo cual, se alejó del lugar.

Muy a su pesar, Chandler se acababa de convertir en el portavoz de la policía.

2002

Dieciséis días más tarde, la presencia policial seguía decreciendo. Solo quedaban cuatro de los ocho policías que habían sido destinados en un principio. Chandler y Mitch entre ellos. Sylvia y Arthur despotricaban por abandonar a su hijo: pagaban sus impuestos, pero luego nada de nada.

Por aquel entonces, cada día recorrían menos distancia. Y no porque el terreno fuera cada vez más agreste, que lo era. Sucedió que les había atacado por fin la enfermedad de las falsas pistas, la esperanza atisbada en cada piedra movida, en cada trozo de terreno, en cada fragmento de civilización que se tomaba como una prueba de que Martin había pasado por allí recientemente.

Entendía que quisiera comprender a su hijo, claro, pero Chandler no acababa de entender cómo la desesperación de Arthur había vuelto irracional a ese hombre inteligente, que se había pasado toda la vida sentado detrás de un escritorio y que ahora vagabundeaba por esas tierras salvajes en pleno verano.

Le había llegado a coger afecto a aquel hombre. No obstante, intentó distanciarse emocionalmente de aquella situación. Algo que era más fácil de hacer que de decir. El hijo de Arthur no hacía más que alejarse despreocupadamente, y tenía que estar pendiente de él constantemente. Para el chico, aquello seguía siendo una aventura, mejor que pasarse las horas en el colegio. Su entusiasmo debería haber sido contagioso, pero no en esos momentos. Ya no. Lo más lógico hubiera sido que el chico se quedara en la ciudad, esperando. Pero, a aquellas alturas, apenas había espacio para el sentido común.

—No está haciendo nada más que interponerse en el camino —reconoció Chandler ante Mitch.

—¿Qué sugieres? ¿Que lo atemos a un árbol y lo recojamos después?

Chandler se encogió de hombros.

—Quizá. ¡Mierda, me estoy volviendo como tú!

—Estoy orgulloso de que tengas un poco de sentido común —dijo Mitch.

—Pero, bueno, aún no soy del todo como tú.

—No, no del todo. Si por mí fuera, le pegaría un tiro en la pierna a ese renacuajo hijo de puta. Así seguro que volvería por donde vino.

Mitch soltó después una carcajada, tan fuera de lugar que costaba decir si bromeaba o hablaba en serio. Chandler pensó que era mejor no saberlo.

Llegaron a un arroyo que serpenteaba entre rocas polvorientas. Surgía de vez en cuando, y luego desaparecía hacia profundidades más frescas.

Maravillado, el pequeño grupo observaba aquel lugar. Desde hacía tres días no habían visto el agua. Habían perdido otros tres voluntarios al volver al pueblo por última vez, gente que tenía su vida y su trabajo, a los que debían volver. Con o sin Martin, la vida seguía.

—¿No deberíamos llenar las cantimploras? —preguntó Arthur.

—Yo tendría cuidado antes de beber de ahí —dijo Chandler.

—¿Por qué? —preguntó el chico, pasando la punta de su polvorienta zapatilla por la superficie del agua.

—Nunca se sabe. Quizá hay algo de mercurio de las rocas. Eso, desde luego, sería muy malo para tu salud.

El chico le miró inexpresivo.

—Puede que mantuviera en marcha a Martin... —dijo Arthur.

Si es que había llegado hasta allí, pensó. Pero no lo dijo.

Arthur miró a su alrededor y continuó andando, como si tuviera miedo de que, si se quedaba quieto un tiempo, alguien le persuadiera de que era hora de abandonar.

Los demás lo siguieron: un grupo de caminantes tristes que seguían a Moisés a través de un horrible desierto. Los pesados pasos de Arthur aplastaban la tierra calcinada que quedaba tras él, como si la castigara por llevarse a su hijo, como si intentara torturar a la roca para que desvelara sus secretos. Y sí, era capaz de ganar esa pequeña batalla, pero, poco a poco, la guerra se estaba perdiendo.

De repente, un grito. Más bien como si alguien hubiera chillado. Chandler sintió esperanza y miedo. Esperanza de que todo hubiese acabado al fin, de que hubiesen encontrado a Martin, aunque solo fuese un cadáver. Entonces llamarían a los helicópteros, que los llevarían lejos de allí al cabo de pocas horas.

Se abrió paso entre unos arbustos y encontró al adolescente de Murray River, con su cara inocente y valiente; en el futuro, aquel chico que quería ser *bushman*, uno de esos granjeros que viven lejos de la civilización y que trabajan en enormes granjas perdidas en territorios inexplorados. Cuando Chandler le dijo que trabajar como *bushman* era algo muy difícil y solo apto para gente con muchísima experiencia, el joven le respondió que eso no era nada, que había aprendido a seguir el rastro de las personas en el colegio: cada día, seguía a una persona distinta, y desde la distancia. Y nunca le habían cogido. Chandler no tuvo coraje de explicarle que, tal como lo explicaba, parecía más un acosador que un *bushman*.

El joven estaba agitándose como un loco. Tenía una sustancia blanquecina pegada por todo el cuerpo. Era obvio lo que había pasado. Se había metido a ciegas en una enorme telaraña y estaba intentando deshacerse de ella antes de que el animal que la había creado se vengase de él.

—¡Quitadme esto! —gritaba, moviendo los brazos y apartando a quienes querían ayudarlo.

—¡Estate quieto! —dijo Chandler, que le arrancó un trozo de pegajosa telaraña.

—¡Se me ha echado encima!

—Y tú querías ser *bushman*... —dijo Chandler—. Anda, tranquilo.

Lo tranquilizó. No corría peligro. Era la tela de una araña Huntsman, enorme y peluda, pero inofensiva. Un animalillo que sale corriendo a la primera señal de problemas. Enseguida acudió más gente en su ayuda, incluido el hijo de Arthur. El chico se reía mientras agitaba las manos furiosamente para quitar los restos pringosos de telaraña.

Chandler negó con la cabeza: ¿cómo había podido desear encontrar el cuerpo muerto de Martin solo para complacer su egoísmo y volver a casa?

La prensa estaba ávida de información. Chandler no tardó demasiado en descubrirlo. ¿Quiénes estaban declarando? ¿De qué eran sospechosos? ¿De dónde venían? ¿Eran religiosos? Buscaban cualquier rendija por donde husmear, y meter las narices ahí.

Mientras acababa su última sesión informativa, Erin y Roper habían vuelto y estaban informando a Mitch. Luka se movía alrededor, como un nuevo planeta en torno al sol. Unos minutos más tarde, Mitch se dirigía a la comisaría sin poder ocultar su decepción. Sobre todo con ellos.

—Hasta el momento no hemos tenido suerte a la hora de encontrar las tumbas que, según parece, había junto a la cabaña. Esa es mi prioridad. Sin tumbas, sin cuerpos, no hay asesinatos ni asesino en serie. Por ahora solo tenemos a dos hombres que se acusan mutuamente. Si localizamos las tumbas (cuando las localicemos), podemos presionar a uno de ellos para que delate al otro. Caerán como un castillo de naipes.

—Suponiendo que trabajen juntos... —dijo Chandler. Mitch lo miró molesto. Pero Chandler continuó—: ¿Y si fuera así y se hubieran peleado, y luego hubieran tramado historias distintas de cómo llegaron a los bosques? No habría motivo para que tuvieran que coincidir.

—Podría ser su plan: desorientarnos para que perdamos su pista. Y la verdad, lo están consiguiendo —dijo Mitch.

—No —replicó Chandler—. Que los dos cuenten la misma historia significa que el asesino la está usando para aprovecharse. Y eso quiere decir que solo uno...

—«Los dos» reconocen haber visto las tumbas —le cortó Mitch.

Pero Chandler no podía parar.

—Explícame por qué reconocen haber visto las tumbas si intentan librarse. O, al menos, culpar al otro. Lo único que consiguen es meterse en más problemas.

—Quizá no sean tan listos, sargento.

—Han sido lo bastante listos para hacernos correr en círculos.

—Unos círculos cada vez más pequeños —respondió Mitch—. Pronto daremos con ellos. Lo que quiero ahora es una actitud positiva. —Se volvió hacia el grupo, pero continuó mirando a Chandler—. Necesito equipos en la colina, buscando las tumbas. Yo lo coordinaré todo. Erin y Roper, iréis juntos. Yohan irá con Suze. MacKenzie con Sun. —Examinó toda la sala, pero se saltó a Chandler—. Luka, tú puedes ir con Flo. Y Jim con Tanya.

La chica le interrumpió:

—Debería mandar a Chandler. Dele un equipo.

Mitch intentó ignorarla.

—Todo el mundo listo dentro de diez minutos.

Pero ella insistió.

—Él conoce la región, como usted. Quiere encontrar esas tumbas, ¿no? Pues entonces tiene que llevarlo con usted.

Lo dijo con pasión, y Chandler se sintió muy orgulloso de ella.

Mitch se quedó callado un momento, humedeciéndose los labios.

—Tiene usted razón, agente. Las diferencias que pueda haber entre Chandler y yo hay que dejarlas a un lado. —Mitch los miró a todos—. Vamos a resolver el caso.

—Si buscamos las tumbas —dijo Chandler—, no podemos guiarnos por lo que declararon en los interrogatorios.

—¿Y por qué no, sargento? —preguntó Mitch.

—Porque su información es muy vaga. Quizás incluso lo recuerden mal.

—Es la única información de la que disponemos —le recordó Mitch.

—Ya lo sé. Por eso creo que nuestra única opción es sacar a uno de ellos, o incluso a los dos, para que nos guíen. Necesitamos sus ojos.

—Eso es... —empezó Mitch.

—Es una estrategia arriesgada —le interrumpió Chandler—. Ya lo sé. Pero es la única que tenemos.

Esperaba que Mitch se negara a aquella idea de inmediato. Pero parecía descolocado. Nadie dijo nada, esperando la reacción del jefe. Pareció que pasaban siglos hasta que alguien habló:

—¿A cuál cogemos? —preguntó Luka con timidez, mirando a Mitch más que a Chandler.

—Llevaremos al señor Johnson —respondió Mitch—. En el señor Barwell no se puede confiar. Ya ha intentado escapar de la custodia.

—También el señor Johnson —le recordó Chandler.

—Pero el señor Johnson es más tranquilo.

—Demasiado tranquilo...

—Está cansado, supongo —dijo Mitch.

—O muestra el carácter inmutable de un asesino.

Mitch se estiró las solapas.

—O bien, sargento, es un tipo que ha aceptado que lo han atrapado. Si le preocupa tanto que se le pueda volver a escapar, podríamos hacerlo a distancia.

Chandler había recibido un memorándum que indicaba que Port Hedland era pionera en el uso de cámaras, cuyas imágenes se podían descargar y se podían usar como prueba. El plan de Mitch era bueno, aparte de un pequeño defecto..., un defecto que lo hacía imposible.

—Allí arriba no hay cobertura.

Mitch sacó la barbilla.

—Entonces, no tenemos elección. Nos llevamos al señor Johnson. No pienso llevarlos a los dos a la vez. Y nos iremos ahora mismo. Dentro de cinco minutos.

Chandler se ofreció a sacar a Gabriel de la celda. Cuando se abrió la puerta, el preso no se levantó de la cama. Chandler recordó que había leído que muchos criminales duermen como bebés después de que los hayan atrapado. Al parecer, lo lograban porque la ansiedad de estar siempre huyendo desaparecía.

Gabriel se despertó cuando Chandler ya le estaba poniendo las esposas.

—No tengo nada más que decir —dijo, visiblemente cansado.

—Lo vamos a llevar a la colina —explicó Chandler.

Gabriel frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Para ayudarnos a situar las tumbas.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no él?

Chandler notó cierta resistencia, tiraba de las esposas.

—No queremos que Heath intente escapar otra vez.

Al oír esto, Gabriel susurró como si no quisiera que nadie le oyera, y especialmente Heath. Otra vez esa voz suave e hipnótica.

—¿Aún no se ha dado cuenta de que está mintiendo?

Se inclinó ligeramente hacia delante, con la espalda encorvada. Era como si la noche que había pasado en la celda le hubiera hecho envejecer unos cuantos años.

—Todavía no.

—¿Aún piensan que yo...? —No acabó la frase.

—No descartamos nada.

La respuesta le dolió. Cuando Chandler lo sacó de la celda, Mitch le dijo:

—Supongo que el sargento le ha explicado cuál es la situación.

Gabriel asintió.

—Solo para que sea usted plenamente consciente, no tiene ninguna obligación de ayudar. Pero esperamos que acepte.

—No tengo nada que ocultar —respondió Gabriel, dirigiéndose hacia la puerta.

Chandler le guiaba.

—¿Adónde lo llevan?

Gabriel y Chandler se quedaron quietos. La voz de Heath resonaba desde su celda. Gabriel se volvió hacia la voz. Vio su rostro. La estrecha mirilla de la puerta había quedado bajada, para que el aire pudiera circular. Los sospechosos se miraron el uno al otro. Chandler mantuvo la mano en las esposas, pero no apartó a Gabriel. Sentía curiosidad por lo que podía pasar.

Ambos sospechosos se miraron en silencio. Gabriel no se movió. Una vena latía en su sien sudorosa. Dentro de la celda, Heath hacía muecas y parpadeaba frenéticamente. Parecía muy asustado.

—¡Es un mentiroso hijo de puta! —gritó Heath, que golpeó con los puños la puerta de acero—. ¡Reconócelo, cabrón! Reconoce que me secuestraste, que me llevaste a tu cabaña y que intentaste matarme. Ninguno de estos idiotas se da cuenta. Pero yo sé quién eres.

Gabriel volvió la cabeza, con los ojos cerrados. Como si intentara sobreponerse. Exhaló aire con fuerza y miró primero a Chandler y luego a Mitch.

—Yo no... Él... —Tomó más aire—. ¿Podemos irnos, por favor? ¿Ahora? Les ayudaré a encontrar esas tumbas y a toda esa gente.

Otro día caluroso. Chandler se sentó detrás, custodiando a Gabriel. Mitch iba delante, con Roper. Detrás de ellos, cuatro coches de policía a velocidad de tortuga, con varios camiones de los medios de comunicación detrás de ellos, muy cerca. El terreno era especialmente difícil para los camiones. Aun así, los siguieron por la pista forestal, tan obstinados como los periodistas que iban dentro.

Chandler contempló el diminuto aparcamiento, abierto entre los árboles y las rocas. Como todo lo que había allí, no había cambiado desde hacía años. Miró hacia el asiento delantero para calibrar la reacción de Mitch. Como si nada.

Mitch aparcó y Chandler mantuvo a Gabriel apartado de la vista. Los reporteros se apiñaron en la parte más alejada del aparcamiento. Se preparó una rueda de prensa improvisada. Mitch gritaba por encima de los murmullos, explicando a los micrófonos que iban a llevar a una de las personas implicadas al escenario, para conseguir comprender mejor la cronología y los acontecimientos.

—¿Qué acontecimientos? —preguntó un periodista.

—En este momento, es prematuro decir nada —respondió Mitch.

Una oleada de decepción recorrió a los periodistas.

—No ha dicho nada todavía —soltó una voz.

—¿Está usted en posición de acusar a alguien? —dijo otra—. Y si es así, ¿cuál es el delito?

Preguntas lógicas, pensó Chandler. No podían tardar mucho en acusar a uno de los hombres, o a los dos, si Mitch se salía con la suya. Si no, los tendrían que dejar libres. Examinó la reacción de Gabriel. Nada, solo pasividad. Como si fuera un simple acompañante. Como si fuera un actor secundario, en lugar del protagonista de la película. Como a Mitch, parecía que se le daba bien enmascarar sus sentimientos. O puede que, simplemente, se estuviera protegiendo de todo lo que le había pasado.

—Me temo que solo pueden llegar hasta aquí —dijo Mitch, provocando un gruñido de decepción entre los periodistas—. Ya lo sé, ya lo sé, estamos todos decepcionados, pero tenemos el posible escenario de un delito. No queremos que se contamine. —Señalando hacia sus hombres, continuó—: Roper y Big Jim se quedarán aquí para evitar que ninguna de estas buenas personas intente seguirnos. No quiero que se pierdan. Ya saben lo que puede ocurrir.

Fue entonces cuando aquella máscara de Mitch cayó. Chandler no lo vio, pero pudo percibir el temblor en su voz. Mitch se acordaba.

Esposado, Gabriel encabezó al grupo hasta la cabaña quemada. Erin y Yohan estaban pegados a él, por si intentaba escapar.

Chandler se quedó en la retaguardia, junto a Flo y Luka, que enseguida se habían hecho amigos: ambos eran jóvenes y asquerosamente guapos. Se susurraban entre sí, discutían del caso... Era como si los demás no pudieran oírlos.

—Es todo una trampa —dijo Luka, que apartó una rama baja—. Una búsqueda inútil, al final no habrá nada. Será todo una broma.

Flo encogió un poco sus esbeltos hombros, su pelo negro encrespado por el calor, la piel oscura brillando bajo el sol. Ella lo veía diferente.

—Si ese fuera el caso, ¿qué sacan el señor Johnson y el señor Barwell de todo esto? ¿Acaso son novelistas o algo así?

Luka se encogió de hombros, igual que ella.

—Quizá querían crear el crimen perfecto... Tal vez crean que han cometido el crimen perfecto..., sin haber cometido ninguno en absoluto.

—¿Y para qué?

—¿Por hacer algo? ¿Para escribir después un libro?

Ella levantó la mano para tocarle el brazo.

—Es una forma de que te encarguen un libro, supongo: «Yo estuve encerrado por ser un asesino en serie».

Luka respondió a su vez poniendo la mano libre que le quedaba encima de la de ella. Se arriesgaba a perder el equilibrio y a que ella le apartara de un manotazo.

—Todo es posible.

A pesar de sentir una mezcla de envidia y náuseas al ver florecer aquel amor, otra idea bailaba en la cabeza a Chandler. ¿Y si los dos sospechosos querían poner una denuncia por detención indebida? Ya los habían tenido en custodia más de lo que era legal, sin permitirles hablar con un abogado. Quizá contaban con eso. Ir haciendo tiempo, decir medias verdades, mentiras, dejar que todo se desvaneciera y quedara en nada. Y, después, finalmente demandar al departamento. Sacar una indemnización sustanciosa o incluso publicar un libro, como sugería Luka. En cuanto bajaran de aquella colina, debían presentarse ante la jueza y aclarar las cosas. Por su parte, a Mitch no parecía preocuparle nada de todo aquello. Él era como un sabueso persiguiendo un rastro, ciego a cualquier otra cosa.

Al llegar a la cabaña, Gabriel trató de orientarse. El sitio estaba tranquilo. La cinta policial se agitaba con la brisa. El fuego estaba completamente apagado. Habían cribado los restos y habían recogido cualquier posible prueba. Todo lo que quedaba eran unas pocas maderas carbonizadas y la vaga idea de lo que pudo ser antes: una cabaña de caza... o quizás un laboratorio de meta. Aunque, bueno, no solían encontrarse ese tipo de cosas por allí. No en un sitio tan alejado.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Gabriel, mirando las ruinas. Un temblor sacudió su cuerpo—. ¿Por qué se ha quemado?

—Díganoslo usted —respondió Chandler.

Gabriel se encogió de hombros. Seguía temblando.

—No lo sé. ¿Se ha quemado «todo»?

Chandler intentó averiguar por su gesto si aquello era una buena noticia para él. Sin embargo, Mitch, que se colocó donde antes estaba la puerta de entrada de la cabaña, los interrumpió:

—Cuéntenos adónde fue desde aquí.

Gabriel cerró los ojos. Chandler miró hacia la cima de la colina. Unos cien metros por encima de allí, proyectadas por el sol, vio unas sombras débiles. Al acercarse, distinguió dos grupos de pisadas que se dirigían hacia el risco. ¿Eran de alguno de los muchos policías que habían estado por allí recogiendo pruebas? ¿O del sospechoso? ¿Era aquello lo que quedaba de la persecución entre Heath y Gabriel?

Al llegar a las primeras huellas, Chandler se inclinó a echar un vistazo. Las pisadas se veían claramente en el polvo. Y no coincidían con las de las botas de un oficial de la policía. Parecían de unas zapatillas deportivas. Tal vez de Gabriel... o de Heath.

Marcando el lugar con un bolígrafo que clavó en el suelo, fue hacia el risco siguiendo las huellas con mucho cuidado. Dejó atrás a todos los demás. Dos grupos de huellas avanzaban en aquella dirección, siguiendo el mismo camino, a la distancia de un paso. Ramas rotas y hojas caídas marcaban la ruta. Incluso vio lo que parecían fibras de ropa desgarrada por la áspera corteza de algún árbol. Llegó a la cima del risco. Este formaba una pendiente suave por el otro lado. Era difícil ver algo, más allá de la primera línea de árboles. Necesitaría ayuda para investigar un poco más. Se volvió y fue a ver qué tal iba en la cabaña.

Gabriel pasó a su lado.

Chandler casi se cae hacia atrás, sorprendido. Gabriel le miró de reojo, ofreciéndole un asomo de sonrisa.

Pero el sospechoso no estaba solo. Muy cerca de él, todo el grupo de uniforme, que se adentraba poco a poco en el sotobosque.

Pasó una hora. Gabriel se desplazaba en zigzag, dando giros bruscos, de forma caótica. No recordaba nada del camino..., o bien estaba intentando despistarlos y hacerles perder la pista.

Sin embargo, el grupo lo seguía. La atmósfera, ya pegajosa por la tensión, se hizo insoportable cuando el sol llegó a su cenit. Chandler intentó concentrarse en la tarea que tenían entre manos, pero necesitaba agua y quedarse un rato a la sombra. El sudor empapaba su uniforme, goteaba sobre sus cejas y se le metía en los ojos. Le emborronaba la vista. Al pasar bajo una rama intentó quitárselo parpadeando. Durante un momento, en la neblina que

formaba el calor, la esbelta figura de Gabriel se metamorfoseó en la achaparrada silueta de Arthur, muchos años atrás. Casi pudo ver a aquel viejo arrastrando los pies y buscando en vano. Cerró los ojos con fuerza.

Justo entonces Gabriel hizo una pausa y miró a su alrededor.

—¿Necesita un descanso? —preguntó Mitch, que llevaba la chaqueta colgando del brazo, pulcramente doblada. Su camisa blanca seguía limpia y bastante seca, como si no sudara en absoluto.

«Qué raro es este hombre», pensó Chandler.

—No —respondió Gabriel, rotundo, como enfadado por la distracción.

—¿Qué ocurre? —preguntó Chandler, que se acercó más a él.

—Este bosque me suena. Esa roca... —dijo Gabriel, y se alejó, con paso cada vez más rápido.

—¿Qué pasa con ella? —gritó Chandler, que caminó tras él.

—La curva en el horizonte...

Gabriel se volvió hacia ellos y tropezó. Se golpeó con el rígido tronco de un árbol y cayó al suelo.

—¿Está bien?

Gabriel hizo una mueca e intentó levantarse. Chandler lo cogió y le ayudó a ponerse de pie.

—Estoy bien, pero ¿no podría quitarme esto? ¿Un momento nada más? —dijo, levantando las esposas que le sujetaban las manos a la espalda—. Por si me vuelvo a caer. Es que es difícil moverse así.

—No pienso dejar que me engañe como a otros, señor Johnson —dijo Mitch.

—Pero no voy a huir.

—He dicho que no.

Chandler se acercó a su antiguo colega y le habló en voz baja.

—¿Y si resulta herido?

—Evitémoslo. Lo vigilarémos. Tú lo vigilarás —dijo Mitch.

Chandler se lo quedó mirando. Su cara de piedra, dura, cincelada, inflexible.

—Si se cae, podría denunciarnos. Y quedaría muy mal en tu expediente...

—No —dijo Mitch.

Gabriel se encogió de hombros, se volvió y siguió andando. Su paso se hizo más lento, quizá como protesta, tal vez de puro cansancio de andar y hablar, concentrado en los detalles de su huida: un árbol que vagamente recordaba haber visto al pasar, un arroyo seco que concitaba imágenes del día anterior. Cerrando de vez en cuando los ojos, porque decía que así podía

recordar mejor, Gabriel iba dando tumbos todo el rato, con lo cual Chandler, Mitch o el que tenía más cerca tenían que correr hacia él y mantenerlo de pie.

Al cabo de media hora, Mitch ya no aguantó más.

—Quitádselas —ordenó a nadie en particular.

Todo el mundo se quedó quieto, incluso Gabriel. Cuando Chandler se adelantó a quitarle las esposas, Mitch se hizo cargo.

—Señor Johnson, vamos a quitárselas por el momento. Pero tiene que darnos algo.

Gabriel asintió.

Υ

El ritmo aumentó de inmediato. Casi parecía flotar por encima del suelo. Los sentidos de Chandler estaban aguzados al máximo. Con las esposas, Gabriel se sentía casi indefenso. Pero ahora la situación podía ser distinta: un sospechoso moviéndose libremente por un terreno que tal vez conociera al dedillo. A pesar de que aumentó el ritmo, continuó andando en zigzag, arrastrando a todo el grupo tras él.

Con el paso de los minutos, aquel sol inclemente empezaba a destrozar los nervios y la paciencia de todos. Cuando Chandler empezaba a pensar que todo aquello era una pérdida de tiempo y que tendrían que volver a por Heath, Gabriel se detuvo.

El grupo se reunió tras él.

—¿Qué pasa? —preguntó Chandler.

—Aquí fue donde me caí —dijo Gabriel, temblando, aterrorizado. Chandler se echó atrás, como si su contacto pudiera romper el hechizo—. Casi me coge...

El temblor volvió, más intenso aún. ¿Qué demonios haría si al sospechoso le daba un ataque de nervios?, se preguntó Chandler. Entonces, de súbito, Gabriel echó a correr. Fue tan de repente que les pilló a todos desprevenidos. Había recorrido diez metros antes de que el grupo tuviera la oportunidad de reaccionar.

—¡Alto!

Mitch y Chandler chillaron a la vez, pero nada entorpeció el avance de Gabriel, que se movía con agilidad y seguridad al mismo tiempo.

Chandler dirigió el grupo de persecución. Roper y otros del equipo de Mitch corrieron a toda velocidad; también Luka, de quien ya era difícil decir a

qué grupo pertenecía.

A pesar de que le dieron el alto varias veces, Gabriel incrementó el ritmo. Al cabo de unos centenares de metros, desapareció detrás de unas rocas. Mitch sacó su arma y ordenó a sus oficiales que sacaran las pistolas paralizantes, encontraran a Gabriel y lo trajeran.

Chandler cargó hacia delante, jadeando con fuerza. Rodeó las rocas, casi esperando que Gabriel hubiese desaparecido... Sin embargo, allí estaba, de pie en el borde de un pequeño claro entre los matorrales, allí donde la tierra formaba unas protuberancias rectangulares, con unos bordes demasiado perfectos para ser naturales. El cementerio.

—¡Quieto ahí, señor Johnson! —gritó Mitch.

Sus oficiales se desplazaron hasta su posición, soltando las lengüetas eléctricas de las pistolas aturdidoras por si las necesitaban. Pero Gabriel no se movía. Les daba la espalda, sus hombros se agitaban como si estuviera sollozando. Y seguía mirando el claro, incluso cuando Mitch le obligó a ponerse de rodillas y volvió a ponerle las esposas.

Chandler miró a Gabriel.

Su rostro estaba lleno de horror. Lágrimas de alivio manchaban sus mejillas polvorientas. Allí era donde podía haber acabado él. Bajo uno de esos seis montículos de tierra, incluido el que estaba más cerca de ellos, que parecía reciente. Tendría unos pocos días. La tierra todavía estaba más oscura, algo húmeda. La arcilla reseca por el sol formaba una costra, como si fuera la cobertura de un pastel recién hecho.

El olor flotaba en el aire. La tierra medio reseca no ofrecía resistencia alguna al tenaz aroma a descomposición que surgía de debajo. Chandler apartó la cara a un lado para ahogar las náuseas. Mitch iba y venía, murmurando algo hacia su iPhone. Estaba llamando al equipo forense y haciendo algunos comentarios sobre lo que habían descubierto.

El hedor y el calor eran asfixiantes: tensión, expectación y sudor. Apartó la mirada de la tumba y se arriesgó a respirar de nuevo. Estaba decidido a seguir allí cuando la abrieran. Miró a Gabriel, que lo contemplaba todo desde un lado, mordiéndose las uñas, horrorizado.

Chandler volvió a mirar aquel lugar. Una vaharada de lo que yacía bajo tierra invadió su nariz. No pudo resistirlo más. Se dirigió a los arbustos y vomitó el desayuno. Y descubrió algo. Un pico escondido torpemente bajo algunas rocas. En torno al mango, vio enroscado el trozo de una camisa. Cuadros verdes. Chandler reconoció aquel estampado.

—¡Aquí! —gritó.

Mitch llegó corriendo. Intentaba mantener su autoridad y ocultar el placer oscuro que le proporcionaba esa situación.

Chandler señaló.

—La tela coincide con la camisa de Heath.

—Bien —dijo Mitch, antes de dirigirse a todos ellos con voz potente—. Este podría ser el avance importante que necesitamos. Coloquen cintas en torno a toda la zona para que la policía científica pueda trabajar.

Mientras la gente cumplía aquellas órdenes, Chandler se tomó un minuto. Heath. Su asesino. Eso explicaría el estado de sus manos cuando llegó a la comisaría: ampollas causadas por tener que cavar en aquella tierra dura. El trozo de camisa que usó como protección. El instinto de Chandler estaba equivocado. En realidad, Gabriel era inocente: simplemente, había intentado escapar de la ciudad y de las garras de un maniaco.

Chandler lo había entendido todo al revés.

La policía científica bajó del helicóptero como si accediera a una zona infecciosa, vestidos con monos blancos y con el equipo guardado en unas cajas sin marcar. No los envidiaba: ese traje en pleno verano debía de resultar de lo más incómodo. El equipo de ocho personas pasó a toda velocidad a su lado, sin saludarle. Eran profesionales. Solo se detuvieron a estrecharle la mano a Mitch.

Chandler se acercó a ellos y vio que se ponían a trabajar. Alrededor de las tumbas, de rodillas, eliminaron capas de tierra con unos pinceles finos. Chandler se preguntaba en qué estado encontrarían los cuerpos. ¿Qué descubrirían primero, ropa o piel?

—Sigamos —les dijo Mitch a los demás—. Tenemos pruebas que conectan a uno de los sospechosos con la escena. Veamos cómo lo podemos inculpar.

Cuanto más hurgaba el equipo forense, peor era el hedor. Chandler los vio frotarse Vaporub por debajo de la nariz, para amortiguar el olor. Finalmente, alguien le ofreció el tarro y se puso un poco. Sin embargo, el hedor agrio de la muerte se agarraba a la garganta y conseguía abrirse camino a través del intenso olor del mentol.

Pronto descubrieron el primer trozo de cuerpo: una mano, desnuda y sin cubrir, la piel suelta y gris, como si fuera cera de una vela que se hubiera desprendido, con las uñas agrietadas, bastas y muy cortas. Parecían las de un hombre que trabajara con las manos. La piel marchita parecía indicar que habían crecido desde que murió. Todo el mundo se quedó quieto. Ahí tenían el primer cadáver.

Apareció la cara, con los párpados cerrados. El cuerpo estaba muy bien conservado debido a la falta de humedad en el aire; a primera vista, resultaba difícil decir cuánto tiempo llevaba enterrado aquel cuerpo. Por el grado de descomposición, debían de ser unas cuantas semanas. Lo que sí se veía claramente es que la víctima era un hombre, de unos treinta y tantos, bajo, con el cabello castaño y la nariz rota. En aquel momento de la investigación, era imposible saber si la rotura era pre o *post mortem*.

—¿Cómo murió? —Mitch rompió el silencio.

Era fácil, incluso para Chandler. Por el color gris de la piel, que parecía de papel, la decoloración oscura y las fibras de cuerda deshilachadas en torno a la garganta, estaba claro.

—Estrangulado —dijo, mirando a Gabriel, buscando su reacción: pareció horrorizado.

—¿Con qué? —le interrumpió Mitch.

—Una cuerda —dijo el oficial forense jefe.

—Fotografíela. Coja algunas fibras y guárdelas —dijo Mitch. Se volvió hacia el oficial al mando—. Quiero averiguar quién es el muerto, de inmediato. Busquen alguna identificación.

Mitch se volvió y llamó a Yohan, que le trajo el teléfono por satélite.

—Tenemos uno —gritó por teléfono—. Un cuerpo. Hombre, treinta y tantos, aún no hay identificación.

Chandler conocía bien esa sonrisa que se dibujó en su rostro. Finalmente, las cosas iban bien para Mitch.

Una vez descubierto el primer cuerpo, el equipo de la científica puso su atención en las otras tumbas. Cada trozo de tierra rectangular reveló una nueva víctima. Pronto fueron cinco, en estados de descomposición más avanzados que el primero. Ni siquiera era posible determinar el sexo. Eso sí, la forma de la muerte parecía la misma: estrangulamiento.

Una manera horrible de morir.

A medida que abrían cada tumba, Chandler examinaba el comportamiento de Gabriel. Seguía a un lado, con la mirada perdida. Tal vez pensando en lo cerca que había estado de acabar también él enterrado en aquel inhóspito lugar.

Con los profesionales de la policía científica trabajando, Mitch mandó a la comisaría a casi todos. Colocó a una pareja de su equipo como control de seguridad y a otra pareja en el aparcamiento para que vigilaran a los periodistas, que sin duda estarían desesperados por averiguar qué estaba pasando y más, ahora que había aparecido el helicóptero.

Chandler se acercó a Mitch.

Señaló hacia Gabriel, que seguía esposado.

—¿Qué hacemos con él?

—¿Ha pedido que lo suelten?

Chandler negó con la cabeza. Había esperado que protestara por tenerlo cautivo y luego arrastrarlo hasta allí para revivir su experiencia, pero Gabriel se había limitado a quedarse mirando como si estuviera completamente horrorizado mientras descubrían los cuerpos.

—No, pero seguro que lo hace. Ahora ya sabemos que ha sido Heath.

Como respuesta, Mitch se mordió el labio inferior, de ese raro color azul. La teoría de Mitch de que ambos estaban compinchados parecía hacer agua. Pero no era tan fácil que se dejara convencer de que estaba equivocado. Pero, bueno, tampoco es que él pudiera sacar mucho pecho.

La pregunta siguiente lo pilló desprevenido.

—¿Qué piensas?

Chandler hizo una pausa. Esperó algún truco, pero no parecía que lo hubiera.

—Creo que no hace ningún daño que lo tengamos por aquí, con el pretexto de atar los cabos sueltos que quedan. Si lo dejamos ir, desaparecerá. No tiene dirección y no hay motivo alguno para que se quede aquí, después de lo que le ha ocurrido. Ya se escapó una vez y nos fue difícil encontrarlo. Si nos lleva un día de ventaja, puede que no volvamos a localizarlo.

Mitch asintió: estaba de acuerdo. Se le hacía raro trabajar otra vez como si fueran compañeros. Chandler notó un calor que solo en parte respondía al

clima.

—Existe la posibilidad de que nos dé las gracias por salvarle —dijo Mitch.

—Una posibilidad remota —observó Chandler.

—Si empieza a armar jaleo diciendo que quiere un abogado o amenaza con denunciarnos, lo soltamos —propuso Mitch—. Pero tenemos que conseguir alguna dirección donde localizarlo.

Esa era la respuesta que quería Chandler. Heath podía ser el asesino, pero todavía había unas cuantas preguntas por resolver.

Chandler se dispuso a guiar a Gabriel de vuelta entre los árboles.

—Gracias por su ayuda, señor Johnson —dijo Mitch, que le quitó las esposas a Gabriel.

—Me alegro de haber podido ayudar, pero también me alegro de que todo haya terminado. Al llegar ahí, me ha vuelto todo a la memoria. —Miró a Mitch y luego a Chandler—. Ahora supongo que ya pueden hacerlo cuadrar todo. Ahora que han encontrado su camisa.

—Haremos lo que podamos, señor Johnson —dijo Mitch, y luego se alejó para seguir dando órdenes.

Chandler veía que Gabriel se sentía aliviado, que todo su nerviosismo y su miedo habían desaparecido. Al menos mentalmente, por así decirlo, era un hombre libre, ahora que habían descubierto las pruebas que incriminaban a Heath. Sin embargo, por el momento, aquel trocito de tela era poca cosa. Era importante, sí, pero circunstancial.

Se dirigieron de nuevo hacia el aparcamiento. Pronto, Gabriel y él se quedaron solos entre los árboles y los arbustos, con el rumor de fondo como única compañía.

—Es un sitio enorme —dijo Gabriel, cuando subieron a una pequeña loma.

—Mucho —replicó Chandler—. ¿Y qué piensa hacer ahora?

Esperaba una respuesta, pero a cambio obtuvo una pregunta.

—¿Viene mucho por aquí? —preguntó Gabriel. Antes de que Chandler tuviera la oportunidad de contestarle, continuó—: Supongo que no. Es demasiado fácil perderse por ahí fuera. Si yo me perdiera, ¿cuánto tiempo pasarían usted y la policía buscándome?

Chandler conocía demasiado bien la respuesta, pero no dijo nada. Gabriel no se había perdido, había conseguido escapar. Fue uno de los afortunados.

—Hasta que le encontrásemos.

—¿Sí? ¿Perdieron a alguien aquí, en el pasado? —Se detuvo tan abruptamente que Chandler casi choca con él—. Este sitio..., no sé, me da escalofríos. Como si hubiera fantasmas embrujando esta colina. Podría haber sido yo, de no haber escapado. Pero supongo que usted también tiene fantasmas, sargento.

—¿Qué quiere decir?

—¿No le persigue el fantasma de la gente a la que metió en la cárcel equivocadamente, o a la que no pudo ayudar?

¿Adónde quería ir a parar? ¿Se refería a la detención ilegal? Algo no iba bien. Una conversación nada propia de un hombre que ya era libre.

—Hago lo que puedo. Todo lo posible —dijo Chandler.

—Esa no es respuesta, sargento.

—Ocurren cosas, y nosotros intentamos rectificarlas.

—¿Y si fracasan?

—Intento no fracasar.

—Muy loable —exclamó Gabriel, con una sonrisa sarcástica.

—¿Por qué cree que le eligió Heath? —preguntó Chandler.

El joven se encogió de hombros.

—Podía haber sido cualquiera. Cualquiera que hiciera autostop en aquella carretera.

—Pero no fue otro. Fue usted.

—Sí, así fue —suspiró Gabriel.

—Antes mencionó a Dios. ¿Cree que le ayudó a escapar? ¿Por qué cree que decidió que le capturasen, ya desde un principio?

—Supongo que tiene algún plan para mí.

—¿Y qué plan puede ser ese?

—No estoy seguro. Tengo que seguir adelante, he de continuar. Tal vez tenga algo que hacer.

—Ha hecho que detengamos a Heath.

Gabriel hizo una pausa, como si estuviera pensando eso.

—Todavía no.

—¿Qué quiere decir?

Gabriel miró hacia atrás, en dirección a las tumbas que ya no se veían.

—Supongo que tendré que testificar, ¿verdad? Para meterle entre rejas para siempre.

—No si acabamos perdiéndonos aquí —respondió Chandler, dirigiéndole hacia la cabaña quemada, y luego hacia el aparcamiento.

Tras llamar a Jim, encontró el coche, bajando por la carretera del bosque y fuera de la vista. Chandler escoltó a Gabriel de vuelta a la comisaría. Le explicó que tenían que gestionar su liberación; como tenían pocos policías disponibles, quizá costara algo de tiempo. Aunque Gabriel no pareció creerse del todo esa excusa, no protestó. Confiaba en su inocencia.

Mitch entró en tromba quince minutos más tarde. Parecía haber renovado su energía y dispuesto a enfrentar a Heath con las pruebas de su culpabilidad.

—Haz que sujeten al señor Barwell con esposas a la silla de la sala de interrogatorios —dijo al entrar en la oficina.

Chandler indicó con una seña a Tanya y Jim que se encargaran. Luego se volvió hacia Gabriel.

—Lo sacaremos de aquí antes —dijo Chandler.

—No pasa nada, puedo enfrentarme a él —respondió Gabriel—. Tendré que hacerlo en los tribunales.

—Quizá —afirmó Chandler—, pero, como usted mismo dijo, ya ha intentado matarle una vez. Así pues, ¿por qué someterlo a más tensión?

—¿Vuelvo a la celda?

—Me temo que sí, de momento.

Gabriel se quedó indeciso un segundo. Luego asintió, de mala gana. Se dirigió hacia la celda. Fue tan obediente como cuando aún era sospechoso.

—Iremos tan rápido como podamos —le dijo Chandler.

No obstante, Gabriel ya no parecía tener prisa alguna. Estaba exhausto.

Al entrar en la sala de grabación, todavía le daba vueltas y más vueltas a aquella situación. Luka controlaba el equipo de grabación esta vez. Mitch había insistido en ello. Al otro lado del cristal, ya había empezado el interrogatorio. Lo primero que hizo fue poner delante de Heath una bolsa de pruebas que contenía la pieza que faltaba de su camisa.

—¿Dónde encontró eso? —preguntó Heath.

Chandler notó la culpabilidad en su voz.

—En una de las tumbas, señor Barwell.

—Vale —dijo Heath—. Lo perdí en alguna parte. Quizá cuando me caí.

—Creo que no lo entiende, señor Barwell. Estaba envuelto en el mango de un pico.

Heath pareció confuso, un poco nervioso.

—¿Un pico? ¿Y cómo fue a parar ahí?

—Díganoslo usted.

—No lo sé —respondió Heath, con un rastro de pánico en su voz—. Yo no lo puse ahí. Yo no tengo ningún pico.

—Explica lo de sus manos, ¿no? —dijo Mitch, manteniendo la calma.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Heath, que se miró las manos.

—Las ampollas. Cavar una tumba es un trabajo duro, no cabe duda.

Heath tendió las manos.

—Esto es de intentar escapar. De huir de él —dijo, señalando hacia la puerta y las celdas que había más allá.

Mitch sostuvo el trozo de tela al lado de la bolsa de pruebas más grande que contenía la camisa de Heath. El bolsillo desgarrado coincidía.

—¿Y cómo consiguió un trozo de su camisa, señor Barwell?

—A lo mejor me la desgarró cuando estaba inconsciente. No recuerdo cuándo lo perdí.

—¿Y por qué iba a hacer semejante cosa?

—Para culparme.

—¿De verdad, señor Barwell? Un esfuerzo demasiado grande para alguien que está dispuesto a matar, ¿no le parece? —Heath no tenía respuesta para eso. Mitch continuó—: Puede estar usted seguro de que vamos a reunir más pruebas. Alguien le habrá visto recoger a otras personas de la lista.

—Yo no había visto esa lista hasta que usted me la enseñó —respondió Heath sin dudarlo—. No sé nada de esas tumbas. Y nada de asesinatos. Solo sé que iba a matarme.

Mitch saltó.

—¿Cómo sabe que había más de un muerto?

Se estaba arriesgando al hacer aquellas preguntas, pero Heath estaba contra las cuerdas.

—Gabriel dijo que yo iba a ser el número cincuenta y cinco —respondió tras una pausa.

—¿Cómo los mató?

Heath negó con la cabeza.

—¡No fui yo!

—Vamos, señor Barwell.

—Yo soy la víctima. No sé cómo murieron. Si es usted tan listo, ¡obligue a Gabriel a confesar!

Lo dijo con tal sorna que Mitch quedó desconcertado por unos instantes. Recorrió la habitación de un lado a otro en silencio, antes de enfrentarse a Heath. Tenía las manos apoyadas en la mesa y fulminaba con la mirada al sospechoso.

—Necesitamos la verdad, señor Barwell.

—Les digo la verdad. No pueden echarme la culpa a mí. Y quiero un abogado ¡ahora mismo! No responderé a ninguna pregunta más hasta que lo tenga.

—Solo una última —dijo Mitch, de pie ante la mesa—. ¿Qué se siente al estrangular a personas hasta matarlas?

Mitch no esperó la respuesta, sino que salió a toda prisa de la habitación. Flo acabaría oficialmente el interrogatorio. Chandler se reunió con su antiguo compañero, que parecía agobiado por el calor y por la responsabilidad de conseguir más pruebas.

—Se lo sacaré quiera o no quiera. —Mitch frunció el ceño y se soltó la corbata.

—En cuanto tenga un abogado, no estoy seguro de que podamos sacarle nada.

—Pues le conseguiremos un abogado —dijo Mitch con una mueca—. Pero, como sabes, puede costar un poco de tiempo que llegue hasta aquí. —Miró a Chandler—. ¿Habéis soltado ya al señor Johnson?

—No.

—¿Ha pedido un abogado?

—Cree que está libre.

—Vale, traigámosle aquí.

—¿Seguro? —dijo Chandler.

—¿Por qué no? Podemos intentar sacar algo a la fuerza, algo que podamos usar con Barwell. Además, en el fondo, creo que nos oculta algo. Una amistad, un pasado... No sé, algo...

En los ojos de Mitch había una calma tensa que hacía que Chandler fuera celoso. Esa mirada parecía indicar que era capaz de cualquier cosa.

Gabriel accedió al interrogatorio, al parecer porque pensaba que estaba ayudando a la policía. Solo cuando Mitch le preguntó cómo murieron las víctimas su actitud cambió.

—¿Qué es esto? —preguntó, mirando hacia el espejo bidireccional.

—Solo unas preguntas, señor Johnson.

—Parecen más bien acusaciones. Pensaba que ya tenían al culpable.

—Necesitamos recoger toda la información posible —interrumpió Mitch. Gabriel se quedó callado.

—¿Y bien? —preguntó Mitch.

—Bien...

—¿Cómo murieron?

—No lo sé. Pregúntele al otro tío. Encontraron allí su camisa, ¿qué más quiere? Si no me hubiera escapado, estaría allí. En una de esas tumbas. Y ustedes, la policía, no sabrían nada de nada. —Igual que Heath, que lo acusaran había hecho que se rebelara. Aunque el desafío de Gabriel tenía un punto vehemente y jactancioso—. ¿Quieren que firme una confesión? ¿Que se rinda y cante? Es un asesino, inspector. Es alguien que ha asesinado a sangre fría. Alguien así no se rinde tan fácilmente —dijo, y fulminó a Mitch con la mirada.

Esa respuesta quería hacer daño al policía. Y funcionó. Mitch sonrió con arrogancia.

—Ya he hecho esto antes, señor Johnson.

—Y él también. Si no consigue demostrar su culpabilidad, traiga a alguien que sea capaz.

La sonrisa de Mitch se desvaneció. Achicó los ojos. Aquella le había dolido.

Gabriel extendió las manos sobre la mesa.

—Si continúa reteniéndome y haciéndome este tipo de preguntas, entonces es probable que necesite un abogado. Me han retenido sin cargos mucho tiempo. Y tendrán que reconocerlo: he hecho lo que he podido para ayudarlos. Si hubiera querido, habría podido poner una denuncia por detención ilegal contra esta comisaría.

Chandler sabía que eso no haría más que exasperar a Mitch. Más aún. Las venas le sobresalían de las sienes. Tenía los labios tan azules que con la luz brillaban casi como si fueran gris oscuro. Le hervía la sangre, pero Gabriel aún no había terminado.

—Parece que la policía quiere estirar mi buena voluntad hasta el máximo. Y si no puedo denunciarlos, al menos sí que podré vender la noticia de todo este embrollo a la prensa. —Gabriel se inclinó hacia delante y miró a Mitch—. Con su nombre en primera plana, inspector.

Mitch le devolvió la mirada, se alejó de la mesa y salió de la habitación.

—¿Te lo puedes creer? ¡Ese hijo de puta! —gruñó Mitch cuando se encontró con Chandler—. Nos está haciendo quedar como idiotas.

«No, te está haciendo quedar como un idiota a ti», pensó Chandler. Sin embargo, dijo:

—Tendremos que traer a los abogados.

Mitch negó con la cabeza.

—Voy a intentarlo una vez más. Razonar con él.

—Estás tentando a la suerte.

Mitch murmuró algo como respuesta, mientras Nick le llamaba desde el otro lado de la sala:

—¡El 001, sargento!

El cero-cero-uno... Una llamada desde casa. Chandler fue al teléfono a decirle a su madre que, fuese cual fuese su problema, tendría que ocuparse de él más tarde. En cuanto se llevó el receptor al oído oyó hablar a su madre, que estaba soltando su perorata, independientemente de que nadie la escuchara al otro lado de la línea:

—... e insiste en intentar pintar la casa él solo.

—Ya me ocuparé de eso más tarde, mamá —dijo Chandler.

Pero ella no se dejaba convencer tan fácilmente.

—No me gusta que se suba a la escalera.

—Ahora no puedo, mamá.

—¿Todavía esa cosa tan importante?

—Sí, mamá. Simplemente, dile a papá que no se suba a la escalera. Yo lo pintaré todo esta semana. Adiós.

Chandler colgó. Maldijo en silencio, molesto al ver que su vida personal interfería con su trabajo una vez más. Entonces cerró los ojos. Ya lo estaba haciendo otra vez. Anteponer el trabajo a la familia. Se prometió a sí mismo rectificarlo pronto.

Volvió a la sala de grabación. Luka todavía estaba allí. Pero los monitores estaban en blanco; el equipo de grabación, en silencio.

—¿Ha terminado ya con el interrogatorio? —preguntó Chandler, feliz al ver que Mitch no había llevado aquello demasiado lejos.

La respuesta de Luka fue mirar a todas partes menos a Chandler, fingiendo que toqueteaba los controles.

—¿Luka?

—El inspector está teniendo una charla personal con el señor Johnson.

Chandler miró las pantallas en blanco. Una conversación que no quería que quedase registrada. Algo que no era exactamente legal.

Salió a toda prisa de la sala de grabación y se dirigió a la sala de interrogatorios. Yohan y Roper formaban una barrera ante la puerta.

—Dejadme entrar.

—No podemos —dijo Roper, con los dientes apretados, las piernas separadas para tener más equilibrio. Esperando problemas.

—¿Y qué vais a hacer? —preguntó Chandler.

—Lo que sea necesario —dijo Yohan.

Chandler se preparó para un enfrentamiento. Jim apareció junto a él.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó.

—Eso es lo que intento averiguar.

Nick se unió a la refriega. Ya eran tres contra dos. Aquello era extraño, pero Chandler tenía que entrar allí. Los tres policías locales cargaron. Los cuerpos entrechocaron en el pasillo. Hubo gritos y llovieron los golpes y los empujones. Chandler recibió un puñetazo no demasiado fuerte en un lado de la cabeza; el pasillo era demasiado estrecho para coger impulso. Como respuesta, sacó la mano y encontró una cara sudorosa, echó una cabeza atrás y consiguió abrir un hueco a través del que se coló en la sala de interrogatorios.

Mitch estaba arrodillado encima de Gabriel, a quien sujetaba contra el suelo. El detenido gritaba de dolor.

—¡Quítate de encima de él, Mitch! —ordenó Chandler.

Empujó a su oficial superior e intentó tirar de su traje de seda.

—¡Me ha atacado! —decía Mitch, intentando mantener su posición encima de Gabriel.

—¡No, no he hecho nada! —gritaba Gabriel, intentando soltarse.

Chandler sabía que Gabriel no había hecho nada. Su instinto le decía que aquel era un último intento por parte de Mitch. Tal vez pegar al sospechoso producía mejores resultados. O, simplemente, se estaba vengando por haberle amenazado con denunciarlo.

—¡Quítemelo de encima! —gritó Gabriel otra vez.

Chandler cogió el cuello del traje de Mitch y lo puso de pie a la fuerza. Se enfrentaron el uno al otro mientras Gabriel se iba a toda prisa a un lado de la sala.

—¿Qué demonios haces, Mitch?

—Quiero respuestas —le respondió, con los dientes apretados.

—¿Así?

—Mi trabajo consiste en obtener resultados.

—¿Y qué has conseguido?

La cara sonrojada de Mitch le dio la respuesta: nada.

Chandler lo empujó hacia la pared de la habitación; luego ayudó a Gabriel a volver a sentarse.

—¿Está bien?

—Pues claro que sí, no le he tocado —dijo Mitch, que se movía como una fiera enjaulada.

—¿Qué es esto, un rollo de esos de poli malo, poli bueno? —preguntó Gabriel—. Si es eso, canta demasiado.

Chandler negó con la cabeza.

—No, no es eso. Le pido disculpas por el comportamiento del inspector.

—No te disculpes por mí —gruñó Mitch.

Gabriel respiró hondo unas cuantas veces. Parecía haber recuperado parte de su frialdad.

—Creo que quiero ese abogado ahora mismo. Tengo mucho que contarle.

*P*ara sorpresa de Chandler, Gabriel no pidió que lo soltaran, sino solo que le asesorase un abogado. Si lo hubiera hecho, no habrían podido evitarlo, después del comportamiento de Mitch. Quizás estuviese pensando ya en una acusación de acoso contra él o contra el cuerpo en general. Un dato de peso más para la investigación. Después de dejar a Gabriel en una celda, Chandler fue a ver a Mitch a su despacho.

—¿Me puedes explicar qué ha sido esa mierda? —exigió—. ¿Malos tratos a un sospechoso? ¿Amenazas? ¿Acoso?

Mitch no parecía arrepentido.

—Estoy aquí para conseguir resultados. A veces hay que aplicar la fuerza para obtener lo que necesitas.

—No en mi comisaría.

—Recuerda con quién estás hablando, sargento.

—Sé muy bien con quién estoy hablando.

El amigo que había compartido su sueño adolescente de convertirse en campeón de motocrós. El amigo que le había sacado casi a cuestras de Sully's George, después de sufrir una caída en la que se hirió en la pierna. El amigo que había salido con la hermana medio mutante de Kelly Freeman solo para que él pudiera salir con Kelly.

—Mi amigo, el que llevaba chocolate en el bolsillo y parecía que se había cagado en los pantalones —dijo Chandler.

Mitch hizo una pausa. Entrecerró los ojos. No le gustaba que se fuera contando por ahí esa historia.

—Sí, pero ya no soy ese chico, Chandler. Ahora soy el hombre que está saliendo con tu exmujer.

Exmujer... ¿Qué narices estaba diciendo?

—¿De qué estás hablando?

—Estoy saliendo con Teri.

—¿Qué quieres decir? —replicó Chandler, aún incapaz de entender lo que estaba oyendo.

—¿Qué más necesitas que te aclare, Chandler? Teri y yo. Somos pareja.

¿Teri y Mitch? ¿Pareja?

—¿Desde cuándo?

—Desde que recibimos una llamada de un intento de robo de un coche en Perth. De una tal Teri Pagonis. Fui a ver si esa era Teri Pagonis. —Aquella sonrisa: estaba encantado de haberle contado aquello. Probablemente, estaba como loco por contárselo desde que había llegado.

—¿Cuántas Teri Pagonis crees que hay por ahí? —escupió Chandler.

Mitch se encogió de hombros.

—Me dijo que ya no estabais juntos. Sigue siendo muy guapa. Llevamos saliendo desde agosto. Hace un poco más de un año. Cuando la volví a encontrar, estaba mucho mejor que la última vez que la había visto. Se ha buscado un piso para ella sola, tiene un buen trabajo administrativo, buenas perspectivas. Pero, bueno, qué te voy a contar —dijo porque sabía que Chandler no tenía ni idea de nada de eso—. Bueno, pues decidimos vernos para tomar una copa, hablamos y resulta que teníamos mucho más en común de lo que pensábamos; a los dos nos gusta tener nuestro propio espacio, a ambos nos gusta el orden. Hablamos mucho de este sitio. —Miró a Chandler—. Sobre todo, de perder a sus hijos.

—Fue ella la que nos abandonó.

—Déjame terminar —dijo Mitch, tan hostil como siempre—. Echa mucho de menos a los niños, pero no añora este pueblo. Ni yo tampoco. Francamente, es un agujero de mierda —susurró.

Chandler no hizo caso a ese último comentario.

—Entonces le dije que tenía una situación estable. ¿Por qué no solicitaba la custodia de sus hijos?

Chandler apretó los puños. Se había quedado sin palabras.

—No deberías tener la custodia exclusiva —añadió Mitch—. Para ser justos, ella no está segura de haberse ganado el derecho a verlos, pero ¿y tú? Por lo que estoy viendo, son tus padres sobre todo los que se ocupan de ellos.

—¿Qué narices sabes tú de eso?

—Este pueblo tiene oídos.

—¿Quién te lo ha dicho?

Mitch bufó.

—Recuerda que yo tengo familia aquí, Chandler. Me han contado que esos niños están siempre en casa de tus padres.

—Claro, ellos lo saben todo —dijo Chandler, furioso.

Mitch se echó a reír. Aquello aumentó su rabia.

—Probablemente tengas razón, Chandler, pero «nosotros» vamos a intentar conseguir la custodia de los niños.

—¿Y dices que solo lleváis un año juntos?

—Esto va en serio, Chandler. Una relación seria. Vivimos juntos. Quiero ser padre. Creo que es mejor que los niños ya estén... hechos. Así me ahorro la primera etapa, que es la más pesada.

—Que te den... —murmuró Chandler—. ¿Tú, padre?

—A lo mejor no me crees, Chandler, pero no depende de ti. Por suerte. Dependerá del juez que presida el tribunal. Y conozco a «muchos» jueces.

Tenía tantas ganas de callarle la boca con un puñetazo. Mitch mantenía la cara y la barbilla levantada, como retándole. A que lo hiciera y se ganara una reprimenda y quizá la expulsión del cuerpo. A que lo hiciera y proporcionara combustible para el caso de Teri. Eso daría al juez otro motivo para fallar a favor de ella. Si hubiera seguido allí un segundo más, lo habría hecho. Sin embargo, se dio media vuelta y salió de la comisaría. Esa era la única solución.

*E*l calor era asfixiante, pero Chandler apenas se dio cuenta. Esquivando las preguntas de los periodistas que estaban apostados junto a la puerta posterior, continuó hasta Harper y, huyendo del sol de justicia, buscó algo de fresco bajo los toldos. Mientras caminaba deprisa, una sola idea ocupaba su cabeza: «Fue ella la que me dejó».

Entendía por qué lo había hecho. La monotonía de la vida de Wilbrook podía resultar aburrida para alguien como Teri. El señor Peacock estaba sentado ante su ferretería, dejando que los clientes se pasearan por el interior de la tienda. Solo se levantaba para atenderles cuando le venía en gana. Ansell Parker iba matando moscas en su tienda de comestibles, una tarea como la de Sísifo. La señora Cotterall regaba las jardineras de su ventana; aunque le habían advertido que no desperdiciara ni un gota de agua, empapaba a los que pasaban por debajo, con algo de maldad. Aquellas cosas solían llamarle la atención, pero ahora no podía pensar en nada más que en lo que le había dicho Mitch. ¿Cómo saber si un juez podría ser tan poco cabal como para quitarle a Sarah y a Jasper después de todo lo que Teri había hecho? O, mejor dicho: después de todo lo que «no» había hecho. No obstante, si había rehecho su vida con Mitch, todo podía ocurrir, hasta que Teri y él (que se habían odiado abiertamente) consiguieran la custodia de «sus» hijos. Si fuera así, Chandler tendría que viajar cada semana a la costa para poder ver a sus hijos. Y esta vez con aquella pareja de tortolitos. La imagen le daba escalofríos.

Un coche aparcó a su lado. El motor electrónico de la ventanilla ronroneó cuando bajó. Mitch se inclinó desde el asiento del conductor.

—Chandler, íbamos a decírtelo..., de verdad. No tenía que decírtelo yo, sino Teri, pero, bueno..., el caso es que ha ocurrido. Queríamos ver cómo nos iba, antes de decirlo. Y ahora que lo sabemos, queremos que los niños se críen en la ciudad. Al menos que lo prueben. Quizá luego puedan decidir dónde

prefieren estar. Seguro que entiendes que eso sería bueno para ellos. En estos tiempos, nadie puede vivir aislado para siempre.

Chandler se detuvo y lo miró. Habló con una contención de la que no se creía capaz.

—Puedes quedarte con Teri, Mitchel. Quédatala y que te aproveche. No me importa. Pero, de ninguna manera, consentiré que pongas las manos en mis hijos.

—Bueno, tendremos que dejar que sean los tribunales los que decidan eso, Chandler. En el futuro. Ahora tenemos un caso que resolver. Súbete al coche. Hemos de volver a la comisaría.

—Iré andando —dijo Chandler.

Si se quedaba con él a solas, cualquiera sabía qué podía pasar.

Chandler atravesó el pueblo, yermo y polvoriento, como la ciudad fantasma de un western. Fue casi como si la viera por primera vez. El asfalto le quemaba las suelas de los zapatos y le quitaba todas las fuerzas. Wilbrook era de otra época: las luces de las calles, los toldos... Todo parecía más pensado para ir a pie a los sitios que para ir en coche. Tal vez Mitch tuviera razón, tal vez aquel lugar estaba demasiado perdido de la mano de Dios. Puede que sí: puede que fuera bueno que Sarah y Jasper pudieran elegir. Quizá, obligándolos a vivir allí, les estaba cortando las alas.

Sin embargo, como había dicho Mitch, tal cosa pertenecía al futuro. Dentro de poco tendrían algo mucho más urgente entre manos. Una cuestión de vida o muerte.

Chandler se encontró directamente en medio de una discusión entre los muchachos sobre qué debían hacer con los prisioneros. Mitch había establecido que Heath era el único culpable, basándose en las nuevas pruebas. Preguntó si todos estaban de acuerdo, aunque en realidad no quería saberlo. Tal y como era de esperar, todos asintieron. Solo Tanya dio una opinión algo distinta: ninguno de los dos sospechosos había cambiado nada de su historia a pesar de la presión psicológica y física.

—Tenemos la camisa y el hacha... —dijo Mitch—. Y el hecho de que el señor Barwell intentara robar un coche. Probablemente, para huir de la zona.

—Gabriel también se escapó —dijo Chandler nada más entrar.

—Pero luego se entregó —dijo Mitch—. Dos veces.

—Más o menos. Pero no querrás correr ese riesgo, ¿verdad...? —No acabó la frase: estuvo a punto de llamarle de nuevo «Mitch». Si le provocaba,

no habría nada que hacer. Ahora lo más sensato era aprovecharse de que Mitch temía dar un paso en falso—. ¿Inspector? —añadió.

Mitch había entrecerrado los ojos, consciente del titubeo de su viejo amigo.

—Los tenemos a los dos, podemos acusarlos a ambos —continuó Chandler.

—Acusar falsamente a un hombre... —dijo Mitch.

—Hasta que estemos seguros de quién es inocente, es algo que tendremos que soportar tú y yo.

Chandler se sintió mal. Privar de libertad a un hombre inocente iba en contra de todo lo que él defendía, pero no se le ocurría ninguna otra alternativa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tanya.

—Los acusamos a los dos. De asesinato —dijo Chandler—. No hay forma de evitarlo. Ha pasado con creces el tiempo legal para tenerlos en custodia, incluso aplicando generosos intervalos para traslados, recoger pruebas, tratamiento médico e intentos de fuga. Si lo alargamos más, corremos el riesgo de que se nos desmonte todo el caso. También de que nos acusen de violar sus derechos.

Hubo una pausa.

Todos los ojos estaban clavados en Mitch, que asintió de mala gana.

—Se ha informado a los abogados. Ya vienen hacia aquí —dijo sin disimular su desagrado—. A partir de ahora, las cosas se pondrán muy turbias. Esperaba tenerlo todo listo antes, pero... —continuó—. Los acusaremos a los dos. Vamos a trabajar.

Un par de abogados de oficio acudieron en un helicóptero desde Newman. Ambos eran profesionales respetables que se sintieron encantados de implicarse en un asunto tan jugoso. Entraron en la comisaría como lo había hecho Mitch: como si llegaran a hacerse cargo de todo, exigiendo ver a sus clientes, preguntando de qué se los acusaba y, finalmente, exigiendo que los liberasen. Pero lo único que consiguieron fue el tiempo necesario en la sala de interrogatorios para reunirse con sus clientes y hacerse cargo de sus numerosas quejas.

Cuando abogados y clientes estaban reunidos, Chandler no pudo evitar darle la vuelta a la situación con sus hijos. Llamar a Teri para discutir sobre el asunto no serviría de nada. Y mucho menos sería buena idea hablar con Mitch.

Fue a ver al equipo forense, que se había instalado en el ayuntamiento, a unos pocos centenares de metros calle abajo. Aquel edificio lleno de grietas, de ladrillo rojo, parecía un almacén con ventanas decorativas. No se había visto mucha acción allí desde los reclutamientos de finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando se debatió acaloradamente si el pueblo debía enviar más gente para que luchasen en otra guerra mundial o no. Aquella vez la cosa acabó en un pequeño tumulto. El alcalde a tiempo parcial, también republicano a tiempo parcial, Harry *Rolling* Winter, tuvo que usar las cadenas ceremoniales como látigo improvisado para alejar a los alborotadores más peligrosos. El incidente apareció en todos los periódicos. Gracias a esa publicidad, el viejo Harry consiguió permanecer diez años más en el puesto.

Cuando Chandler entró, sintió sobre él unas cuantas miradas suspicaces. Solo cuando enseñó sus credenciales le dirigieron hacia la oficial al mando, Rebecca Patel, una mujer de un carácter formal y clínico hasta el extremo. Alguien perfecto para ese trabajo.

—¿Qué tienen? —preguntó Chandler.

—¿A qué se refiere? Ha de ser más concreto, sargento —respondió la doctora Patel, a la que no le gustaba perder el tiempo.

—¿Algo más sobre los cuerpos? ¿Sobre su identificación?

Ella negó con la cabeza, como si Chandler fuera un niño pequeño que le hubiera pedido que le resumiera el sentido de la vida con cuatro palabras.

—Es demasiado pronto para tener algo tan concreto como eso, sargento. Hasta ahora solo disponemos de resultados preliminares.

—Me basta con eso.

Ella levantó las cejas. Tampoco tenía sentido del humor. Era tan descolorida como la bata que llevaba. No obstante, Chandler supuso que tenía que ser así teniendo en cuenta su trabajo. Era meticulosa en el vestir y meticulosa en todo lo que hacía.

—Hemos identificado a las víctimas como dos varones y cuatro mujeres, todos ellos entre los veinte y los cuarenta años. Pero la prognosis inicial podría alterarse al menos para dos de ellos. Todos iban vestidos, pero no llevaban ningún tipo de identificación. Actualmente, estamos trabajando en la recuperación de las huellas dentales, por si obtenemos algo. Las pruebas iniciales no revelan señales de interferencia sexual. Y lo más importante: todas las víctimas fueron estranguladas con una cuerda. Todos los cuerpos tienen marcas de ligaduras visibles. No hay nada sutil ni extraño en su aplicación. Pura fuerza.

—¿Y esto es preliminar? —Chandler sonrió.

Rebecca se limitó a asentir.

—No puedo ni quiero divulgar nada más, por ahora. Prepararemos el informe a su debido tiempo. Y debo pedirle que no filtre nada a la prensa que debamos desmentir posteriormente, cuando tengamos a la vista los resultados completos —dijo, y levantó las cejas: estaba dispuesta a responder cualquier pregunta que quisiera hacerle, pero, francamente, no creía que fuera conveniente decir nada más.

*H*abía vuelto a la comisaría cuando Mitch les dijo a ambos sospechosos, en presencia de sus abogados, que los iban a acusar de seis cargos de asesinato. No se lo podían creer. Ambos insistían en que la policía estaba cometiendo un terrible error. Y a ambos, sus abogados les recomendaron que no dijeran nada más. Luego reiteraron sus quejas a Mitch: sus clientes se habían declarado no culpables y se les debería tratar como tales. Además, estaban furiosos porque la policía hubiera tardado mucho en llamarlos. Era como asistir a un ballet verbal: quejas perfectamente sincronizadas, como los testimonios de sus respectivos clientes.

Mitch seguía enfadado.

—Heath insiste en poner una queja por el trato recibido. —Sacudió la cabeza, con los tendones de su mandíbula muy pronunciados—. Lo hemos cogido. Y, sin embargo, ese asesino en serie, ese que me va a hacer famoso en toda Australia, en el mundo entero, tiene la desfachatez de quejarse porque le hemos tratado mal...

—¿Y Gabriel?

Mitch parecía muy furioso: lo importante era Heath.

—Ni pío.

—Quizá se esté reservando para más adelante.

Mitch frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... que le atacaste. Puede guardarse eso para usarlo como moneda de cambio, más adelante.

Mitch se quedó callado, tenso.

—Rueda de prensa, inspector —dijo Flo, desde la puerta.

Mitch dio una palmada en el escritorio, se levantó y corrió a la sala de conferencias para anunciar las acusaciones. Chandler le escuchó, asombrado. No quedaba nada de su discurso preciso. Ya no desprendía esa confianza en sí mismo. Se mostró irritado con los periodistas. Parecía ser aquel adolescente

titubeante de los viejos tiempos. Fue como si el virus de su juventud hubiera salido de la tierra y le hubiese infectado. La tenacidad de los sospechosos estaba arruinando sus planes de aparecer en escena, detener a los culpables y regresar corriendo a la costa. Junto a Teri. Con los hijos de Chandler.

La noticia de la acusación creó gran revuelo no solo en la comisaría, sino en toda la localidad. Los vecinos se unieron a los periodistas justo a la salida de la comisaría, ansiosos por ser testigos del mal que assolaba su pueblo. En Wilbrook no se veían muchos asesinatos. Y, bueno, lo de los asesinos en serie era de ciencia ficción.

Pero aquello no solo incomodó a Mitch. Como los vecinos se acercaban a montones, Chandler tuvo que explicarles que ya todo estaba bajo control. Los sospechosos estaban en manos de la policía.

Sparra Talbot se lo hizo jurar incluso.

Se emitieron dos requerimientos oficiales, uno para Gabriel Johnson y otro para Heath David Barwell: se debían presentar ante la magistrada al día siguiente por la mañana.

Chandler había esperado que Mitch insistiese en que se quedara en la comisaría. Otro punto a favor para alejar a los niños de él. Sin embargo, el inspector estaba muy ocupado completando las órdenes de procesamiento.

Chandler se fue a casa.

Sarah estaba pegada al teléfono. Jasper lo arrastró al garaje y se empeñó en que su padre sacara el *kart* del sitio donde estaba guardado. Colocándolo en la entrada del jardín, Chandler vio que el eje posterior se había soltado y que necesitaba algunas reparaciones. Pero Jasper no estaba de humor para ponerse a arreglar algo que podía utilizar de inmediato. Se metió en el asiento de plástico que habían cogido de un antiguo cochecito y pidió a su padre que le empujara por el jardín. Aquella despreocupación por su propia seguridad hizo que Chandler pensara en su propia juventud, cuando iba por ahí corriendo en motocicleta. Por eso Jasper solía tener tantos arañazos. Además, sus abuelos eran demasiado lentos como para seguirle el ritmo; normalmente, llegaban demasiado tarde. Jasper tenía las rodillas llenas de cortes y heridas, como si se hubiese arrastrado a través de unas zarzas. Si los que tenían que dictaminar sobre la custodia las veían... Pero no... Seguro que sabrían que no se puede estar vigilando a los niños todo el tiempo. Las lágrimas forman parte de ir creciendo. Además, de todos modos, con Jasper nunca duraban mucho. Su vida era una aventura constante: fortalezas, acrobacias, policías, ladrones. Y ahora, asesinos.

Después de una agradable cena familiar, Chandler llevó a Jasper a la cama, le leyó un cuento, uno fantástico de robots y naves espaciales en un planeta distante donde el agua era de soda chispeante y todo se podía comer (un plagio de una canción infantil de su niñez que ya casi no recordaba). Antes de que hubiera pasado la segunda página, Jasper ya se había dormido. El esfuerzo de la tarde le pasaba factura.

A continuación fue a ver a Sarah. Estaba enroscada en la cama, con el teléfono solo a unos centímetros de la cara. Chandler entró dubitativo, esperando que le hiciera preguntas que él no quería responder. Al principio fue a lo seguro.

—¿Qué tal te ha ido hoy, cariño?

Pero solo obtuvo un murmullo. Aún no sabía si aquello era una buena o una mala señal.

—¿Nada emocionante?

—No ha habido confesión.

—Sí, lo siento mucho, pero es que...

—Sophie dice que ha habido un asesinato, pero que tú tienes al asesino. Bueno, a dos asesinos.

Vaya, tantas precauciones para eso. Se aclaró la garganta.

—Hay una investigación en marcha.

—Papá, no soy ninguna niña. Puedes contármelo.

—Aunque fuera así, no podría contártelo.

—¿No es verdad?

—No tienes que preocuparte por nada. Está todo bajo control.

—Entonces, ¿por qué hiciste que suspendieran la... ceremonia de hoy?

—Porque cuesta tiempo aclarar todas estas cosas. No te preocupes, creo que dentro de pocos días podremos celebrar tu primera confesión.

—Ah —dijo su hija, que no parecía ni triste ni feliz.

—¿Quieres repasarla conmigo?

Sarah negó con la cabeza.

—Ya me la sé de memoria.

—¿Te la sabes toda?

—Sí.

—¿Y sabes qué pecados quieres confesar?

Ella asintió.

—¿Cuáles?

—No te lo pienso decir —le respondió, abriendo los ojos.

Chandler fingió quedarse horrorizado.

—¿Tan malos son? ¿Tengo que llamar a Jim y a Tanya para que te tomen declaración?

—¡Noooo! —dijo ella, chillando y riendo.

—Entonces, ¿por qué no me lo puedes contar?

—Porque tiene que ser secreto —respondió, y levantó la vista hacia su padre. Le miró con sus enormes ojos castaños—. A menos que me digas qué confesaste tú. La primera vez.

Chandler no supo qué contestarle. No recordaba qué enorme pecado pudo ser. Probablemente, algo trivial que le parecía tremendo cuando tenía once años. Si le pedían que confesara un pecado en ese momento, no tendría dudas. Pediría perdón a todos aquellos a los que había decepcionado a lo largo de los años: Teri, Sarah, Jasper..., Martin.

La dejó después de darle un suave beso en la frente: Sarah le había dicho que se fuera, que necesitaba dormir.

Cuando volvió al salón, sus padres miraban atentamente un concurso en televisión: todo luces parpadeantes y concursantes muy emocionados. Era el último programa de moda al que se había enganchado su madre. Todo el mundo estaba en casa, todo era normal. Hasta que llamaron a la puerta.

—Ya voy yo —dijo Chandler, antes de que su madre pudiera levantarse del sofá.

Y se alegró de haber ido él.

Al abrir la puerta apareció un Mitch desaliñado: el traje le colgaba de los hombros, tan torcido como las balanzas de la justicia, la camisa arrugada. Se apoyó en el marco.

—¿Qué estás haciendo aquí, Mitch?

—Sí, Mitch —dijo él, y levantó una botella que llevaba en la mano medio llena de un líquido color ámbar, probablemente burbon. Parecía de las caras: culo ancho y cristal grueso—. Esta noche no soy el «inspector», ¿eh?

—¿Qué quieres? —le preguntó Chandler.

—Una copa. Una tregua.

Su voz sonaba ronca. Estaba casi borracho, y apenas conseguía disimularlo.

—¿Una tregua?

Podría haber sido un homenaje a los viejos tiempos (Mitch y él juntos en el porche, pasando el rato), pero no lo era; era algo mucho más siniestro, como destruir un buen recuerdo.

—Hemos empezado con el pie izquierdo, creo.

Chandler suspiró.

—Mira, Mitch, te lo agradezco mucho, pero es tarde y estoy intentando pasar algo de tiempo con mis hijos. Ahora mismo, tenerte a ti borracho en el porche no es que me apetezca demasiado.

—No estoy borracho —dijo Mitch, alzando la voz.

Chandler cerró la puerta.

—Oye, debes irte. Nosotros... Tengo que seguir con mi vida. Los niños tienen que ir al colegio. Sarah tiene su primera confesión dentro de pocos días. He de prepararme por si mi exmujer insiste en robarme a mis hijos. — No es que fuera una pulla demasiado sutil, pero le sentó bien.

Mitch levantó las manos.

—*Eeeh*, vamos. No es nada personal.

—¿Que no es nada personal? —balbució Chandler, mirando por encima de su hombro por si aparecía su madre—. ¿Cómo..., cuándo... has decidido meter a los niños..., a «mis» hijos en esto?

Mitch negó con la cabeza. Su cuerpo lo siguió un segundo después, con un balanceo más largo. Un movimiento de borracho.

—Ella tuvo la idea mucho antes de que estuviéramos juntos.

—Vete, Mitch. Estás bebido.

Mitch se enfrentó a él.

—¿Quieres saber por qué? Porque no hay nada que hacer aquí. Esos niños harán lo mismo... No podrán evitar convertirse en unos paletos, como tú.

Chandler miró a Mitch.

—Lláname lo que quieras. Al menos, no voy en busca de publicidad ni me vendo a los medios como una prostituta.

—Joder, Chandler, ven al siglo XXI. La publicidad está por todas partes. Es la «reina». Cuotas, comunicados de prensa, gráficos, a tanto cada centímetro de columna... Tengo que pelearme por un presupuesto, las cosas han de funcionar bien... Si no, todo se va a la mierda. Preferiría lo primero.

—Entrecerró los ojos, apoyándose en el marco para sostenerse—. ¿Es que estás celoso?

—¿Celoso?

—Sí, de lo mío con Teri. Tal vez sea que no te has movido lo suficiente. No creo que haya mucho donde elegir por aquí, pero supongo que habrá alguna lo bastante desesperada.

Mitch rio un poco con su propia broma, pero Chandler ya estaba harto.

—Vete de aquí, Mitch, antes de que...

—¿Antes de qué? —preguntó Mitch, apartándose del marco y apenas manteniendo el equilibrio.

—Antes de que pase algo que los dos lamentemos —respondió Chandler.

Mitch decidió que ya tenía suficiente y bajó del porche al jardín seco y requemado.

—Lamento haber venido para hacerme cargo de esta mierda —dijo—. Pero me haré cargo, ya lo creo que sí.

Se volvió rápidamente y se alejó dando tumbos por el césped, hacia la oscuridad.

Otro personaje peligroso suelto por la ciudad.

2002

*T*ras dieciocho días y por culpa del pronóstico del tiempo, que iba a empeorar a lo largo de las siguientes semanas, se suspendió la búsqueda. La temperatura era de cuarenta y tantos grados. En realidad, casi cincuenta. Hubiera resultado poco seguro estar por ahí fuera con un suministro limitado de agua. Así pues, Bill y los mandamases de Perth tomaron la decisión. Chandler ni pinchaba ni cortaba en ese asunto.

Al oír las noticias, Sylvia sintió un peso sobre los hombros: la poca esperanza que le quedaba se esfumaba. Sin embargo, Arthur se mantuvo igual de decidido. En una conferencia de prensa organizada a toda prisa habló de sus intenciones de continuar la búsqueda: quizá la policía iba a abandonar a Martin, pero Dios y él no lo harían. Volvería a salir a buscar al chico, pero esta vez con un plan propio.

A todo el mundo le preocupó su resolución, pero nadie podía hacer nada por detenerlo. Si quería andar por campos que no eran de nadie, no se le podía impedir. Bill se llevó a Chandler y a Mitch a un lado y les pidió que se quedaran con él, para asegurarse de que nada salía mal. Tenían que convencerlo de que lo dejara ya, por el bien de su propia familia.

Sin embargo, Arthur no iba a estar completamente solo en aquella búsqueda. La recompensa de ciento cincuenta dólares acabaría de convencer a algunos de los «voluntarios» que quedaban de seguir adelante. Los que estaban en buena forma y tenían la valentía suficiente para continuar. Aquella empresa había atraído a todo tipo de gente: aventureros, tipos en busca de una recompensa económica... Pero todos ellos con un grado de locura significativo.

Así pues, aquellos dos policías novatos (Mitch y Chandler) tuvieron que quedarse con ellos y ocuparse de un grupo extravagante de mercenarios y de

una familia que se descomponía poco a poco. Y todo soportando un calor de cuarenta y cinco grados.

Mitch pasó las instrucciones al grupo, que se había reunido a la sombra de un eucalipto. Solo quedaban nueve. A cinco de ellos se les pagaba por estar ahí. Siete, contando a Mitch y Chandler. En total, siete mercenarios, un viejo y un niño para buscar a un chico perdido. Las órdenes eran mantenerse todos bien juntos. Si alguno desobedecía, sería evacuado en helicóptero de inmediato.

La amenaza fue ignorada al instante por los *bushmen* más experimentados, que creían saber más que unos policías novatos. Aquella era su tierra. Ellos dirigirían a Arthur y a su hijo por sus propios medios, por extravagante que pudiera parecer. Chandler les advirtió en privado, pero lo cierto es que no tenía demasiada autoridad sobre ellos. Lo que ahí se respetaba era la habilidad de sobrevivir. Tierra adentro, las leyes humanas no eran más que un obstáculo molesto. Podían tener uniformes, pero eso no era nada. Su labor era casi el de las niñeras de la familia y de los demás. En lo que a ellos respectaba, la búsqueda ocupaba un lugar secundario; lo fundamental era mantener vigilados a los miembros de aquella expedición.

El grupo se repartió por el terreno, como los hilos de un trozo de tela desgarrado, explorando por instinto, más que de una forma sistemática. Era una estrategia auspiciada por Arthur, su líder espiritual. Creía que la mejor forma de encontrar a su hijo mayor era abandonar el orden con el que habían actuado en los últimos dieciocho días. En ese momento, el caos podía ser un buen aliado. Pero eso implicaba que avanzarían muy lentamente. En lugar de diez kilómetros al día, apenas recorrían la mitad. Además, avanzaban aleatoriamente, guiados por un policía que no quería estar allí y por otro al que le importaba hacerse un nombre, no el bienestar emocional del grupo.

Chandler hacía lo que podía, se mantenía muy pegado a Arthur y a su hijo. Pero solía perderlos de vista. El chico se alejaba y se metía detrás de algunas rocas, o bien desaparecía bajo el borde de un risco. Chandler tenía que seguirlo, frenético... Normalmente, lo encontraba absorto contemplando un insecto brillante y negro en el suelo, o arrancando la corteza de un árbol, como si estuviera en el jardín de su casa.

Pero que aquel chaval fuera impulsivo era normal. Le preocupaba mucho más Arthur. Se estaba viniendo abajo. Chandler intentaba distraerle. Hablaban de todo, desde la vastedad del espacio a los últimos resultados del fútbol. Hacía lo que buenamente podía para que la verdad horrible no devastara a aquel anciano.

*E*l día empezó con la publicación del informe preliminar forense. Confirmaba lo que Chandler ya sabía: las seis víctimas habían sido estranguladas con una cuerda. No con la misma, lo que no era bueno para los investigadores. No había mucho más que observar, aparte de que su esfuerzo por retirar con tanto cuidado las esposas no había servido para nada. El incendio había destruido cualquier resto de huellas o de ADN. Esperaba que al menos se pudiera confirmar cuál de ellos estaba encadenado. El informe confirmaba que el asesino era diestro. Pero tanto Gabriel como Heath eran diestros. Se encontraron restos de sangre en una de las herramientas menos dañadas, cuyo ADN coincidía con un par de las víctimas enterradas, pero nada con respecto a los sospechosos, ya que los mangos de plástico se habían fundido hasta formar unos amasijos irreconocibles. Tampoco se podía deducir nada del rostro de las víctimas, que los forenses estaban intentando reconstruir. Tal vez aquello ayudara con su identificación.

Lo que se podía determinar, dado el deterioro de los cadáveres, era que la víctima más reciente (un varón al principio de la treintena, de constitución ligera) llevaba muerta tres o cuatro semanas. Los huesos de ambas piernas estaban rotos, pero se habían curado luego; seguramente, heridas de la infancia, nada que ver con el caso. Aparte de eso, no había señal alguna de tortura o de mutilación. Chandler suspiró al pensar que tal vez su asesino no fuera tan sádico como se había imaginado. Aun así, sí que estaba lo suficientemente desequilibrado para acabar con la vida de seis personas. Por lo menos.

El «Desconocido 1» era una víctima reciente. Los demás no. Las víctimas más antiguas habían muerto hacía dos o tres años; no quedaba de ellos más que unos huesos y fragmentos de la ropa que llevaban. Había ciertas esperanzas de dar con ellos en la lista de personas desaparecidas mediante los registros dentales, pero sería un proceso farragoso y que llevaría su tiempo. La última línea del informe confirmaba lo que Chandler ya sabía: la camisa encontrada en torno al mango del hacha coincidía con la de Heath.

Pero ¿por qué iba a ser tan idiota Heath como para dejar semejante prueba crucial allí? ¿Para que ellos la encontrarán? Claro que no podía saber que encontrarían las tumbas, pero... ¿Se había precipitado a enterrar al Desconocido 1, mientras Gabriel esperaba su turno en el cobertizo? Pero el cuerpo de la tumba llevaba varias semanas muerto... ¿Por qué mantener al Desconocido 1 sin enterrar tanto tiempo? Su cadáver habría apestado la cabaña al cabo de poco tiempo, con aquel calor. ¿Y por qué conservarlo y luego enterrarlo a toda prisa? No había señales de interferencia *post mortem*, ni sexual ni de ningún otro tipo. Tal vez estaba considerando demasiado inteligente a Heath, pero no veía otra posibilidad.

Aunque su sentido común se lo desaconsejaba, Chandler buscó a Mitch. Como siempre, estaba metido en su oficina, con las persianas cerradas, mirando un mapa del pueblo y de la colina proyectados en la pared, fingiendo que no luchaba contra la resaca.

Chandler fue directo al grano, con voz tan fuerte que Mitch hizo una mueca.

—Tengo una teoría.

El inspector cerró los ojos, pero no respondió.

—Sobre el trozo de camisa que encontramos...

—Antes de que sigas..., sobre lo de anoche... —le interrumpió Mitch.

Chandler no quería hablar de aquello. No había nada que discutir.

—No voy a hablar de lo de anoche.

El aire a su alrededor era caliente y quieto.

—Vale, sigue —dijo Mitch.

—Creo que le están tendiendo una trampa a Heath. Gabriel.

Mitch no reaccionó.

—Para que parezca que fue Heath el responsable de los crímenes —añadió Chandler—. Hemos encontrado el trozo de camisa de Heath en torno al hacha, lo que le coloca en la escena. Pero, por ahora, ya habrás visto que el informe preliminar del forense establece que la víctima más reciente llevaba muerta de tres a cuatro semanas.

Mitch asintió lentamente.

—Sí, ¿y...?

—Bueno, el terreno en torno al cuerpo fue alterado hace mucho menos. Había algo de humedad en él. Así pues, o bien enterraron a la víctima unas semanas después de la muerte (y tú sabes que con este calor el hedor de un cadáver habría hecho imposible estar en la cabaña, por lo que parece poco probable que el asesino lo tuviera en otro sitio...), o bien el terreno fue removido más recientemente. Y solo puede haber un motivo para hacer algo semejante: colocar pruebas falsas.

Chandler esperaba poder discutir sobre eso al menos durante un momento, pero Mitch le replicó de inmediato.

—Pero cogimos primero a Gabriel, ¿no? De hecho, se entregó él mismo. Dos veces.

—Cierto, pero, como Heath ha declarado, él no tenía forma alguna de llegar aquí más rápido. Por eso intentó llevarse el coche.

—Pero no tenemos garantía alguna de que después de llevarse el coche fuera a venir a la comisaría. Solo su palabra de que iba a hacerlo, que no vale nada. Las pruebas que tenemos, sargento, señalan hacia Heath. Pero hasta que no encontremos algo con más sustancia, los tendremos a ambos aquí.

—Lo estás entendiendo mal —dijo Chandler—. No ha sido Heath.

—Y tú estás jugando a los acertijos, sargento.

—Pero que trabajasen juntos no tiene sentido...

Mitch le interrumpió. No levantó la voz, pero sonó firme:

—Sargento, vamos a acusarlos a los dos, al señor Barwell y al señor Johnson.

Era curioso. En circunstancias normales, la primera confesión de su hija se habría estado celebrando justo en aquel preciso momento en la iglesia. Sin embargo, Chandler iba hacia allí porque era la magistrada quien había convocado al tribunal allí mismo. A toda prisa.

Presidiendo la audiencia estaba Eleanor White. Llevaba veinticinco años como magistrada local, pero ni siquiera el moño tirante que apretaba su pelo plateado podía contener su emoción. En sus muchos años de carrera, no había vivido nada que pudiera acercarse ni remotamente a aquello. En realidad, aquel caso había devuelto a la vida al pueblo. La muerte despertaba en la población una fascinación morbosa inigualable.

Allí, Chandler era un mero espectador. Mitch había ordenado a su equipo que preparase y trasladase a los sospechosos bajo estrecha vigilancia de sus

abogados. El nivel de alerta era el máximo. Los llevaron con una precaución exagerada, excesiva incluso, desde las celdas a los coches. Cada uno de los sospechosos iba en el asiento trasero de un automóvil, flanqueado por un par de oficiales de Mitch. Todo controlado al milímetro. Esperando su oportunidad, Chandler se metió en el asiento de atrás del coche donde iba Gabriel. Justo antes que Yohan. Aquel oficial achaparrado protestó agriamente, pero Chandler era su superior. Además, Mitch se había ido en el coche de Heath, a quien habían tenido que obligar físicamente a subirse cuando le dijeron adónde se dirigía. Chandler se apretó junto a Gabriel y examinó su reacción. Parecía tranquilo. Simplemente, se movió un poco, como si los resbaladizos asientos de cuero le resultaran un poco incómodos. Aparte de eso, estaba tranquilo.

Ya en el edificio, Chandler escoltó a su sospechoso desde el coche al vestíbulo, que estaba lleno de gente. Con tantos policías y oficiales, hasta costaba respirar. La tensión era enorme. Nadie quitaba el ojo de encima a los sospechosos, que se miraban entre sí en los extremos opuestos de la sala. Chandler confiaba en que aquello fuera una simple formalidad. Ambos habían indicado que se declararían no culpables. Tampoco se impondría una fianza, pues el riesgo de fuga era demasiado grande.

Heath fue el primero que se adelantó. Chandler los acompañó a él y a su abogada, que tenía aspecto de cansada.

Habían preparado la sala como si se fuera a celebrar una de las terribles obras teatrales escolares de Sarah. El conserje había colocado con poca gracia una serie de sillas para que se sentaran los policías y la prensa. Pero no había sitio para todos. Los periodistas murmuraban. Se habían tenido que conformar con los laterales y la parte trasera, con los blocs y los bolígrafos preparados. Para conferirle a la escena cierta gravedad, había llevado a la sala el escritorio de caoba del reverendo, sólido y macizo. Lo habían colocado en el centro del estrado. Allí estaba sentada la jueza White, con la única compañía de unas pilas de papeles cuidadosamente dispuestas. Habló con voz clara y solemne. Leyó a Heath los cargos de asesinato, hasta seis. Heath protestó diciendo que él no había sido, lo bastante fuerte para que le oyera casi todo el mundo; la prensa tomó nota de la obstinación del testigo y de su lenguaje corporal, que denotaba nerviosismo. Cuando llegó el momento de su declaración, dijo:

—No culpable.

Lo dijo con firmeza y pasión. Chandler miró al hombre que él pensaba que era inocente. Pero no podía hacer nada. Tendría que trabajar para demostrar su inocencia.

Después de algunas formalidades más y de que su abogada solicitara su puesta en libertad bajo fianza y se le denegara, sacaron a Heath y lo condujeron hacia los bancos desgastados del vestíbulo. Su pecho subía y bajaba con rapidez. Respiraba con fuerza.

Era el turno de Gabriel. No estaba sentado en un banco, sino acurrucado y hecho una bola en el ancho alféizar de piedra, balanceándose hacia delante y hacia atrás. La vidriera del ventanal lo bañaba con una luz de un azul suave. Su coraza se había resquebrajado. Mitch apoyó su mano en el hombro de Gabriel: en pie. Gabriel no se movió. Chandler se dispuso a ayudarlo. Pero Gabriel se desenroscó por fin y acabó poniéndose de pie, con la cabeza alta, concentrado no en Mitch ni en la puerta doble que se abría a la sala temporal del tribunal, sino en Heath.

El grupo empezó a moverse. Mitch iba apartando a los mirones. Gabriel seguía con la misma actitud. A Chandler le recordaba la de un condenado a muerte que da sus últimos pasos antes de reunirse con su verdugo; el silencio sepulcral roto solamente por los pasos del reo. Chandler se colocó en posición cuando los sospechosos pasaron uno junto al otro; apenas a dos metros de distancia entre sí. Desde que habían caído en el risco, no habían vuelto a estar tan cerca.

Y, en un segundo, Gabriel se liberó. Bajó el hombro y se soltó de la sujeción de Mitch. Las esposas que rodeaban sus muñecas se deslizaron hasta el suelo y se abalanzó hacia Heath, que estaba apoyado rígidamente en el banco.

La velocidad de sus movimientos cogió a todo el mundo por sorpresa. Chandler estaba aturdido: aquello parecía magia. Las manos de Gabriel quedaron libres de las cadenas. La gente no podía creer lo que estaba viendo. Gabriel se arrojó hacia el otro hombre y lo tiró al suelo, intentando cortar la garganta con el borde aserrado de unas llaves. Los chillidos de Heath sacaron a Chandler de su estupor. Empujando al abogado de Gabriel para que se quitara de en medio, se lanzó hacia su cliente.

Lo placó y obligó a Gabriel a soltar su presa. Gabriel y Chandler rodaron por el suelo y con ellos varios testigos. Entonces Gabriel se escabulló de las manos de Chandler.

Cuando este consiguió levantarse del suelo de falso mármol, Gabriel ya estaba de pie y corriendo hacia la puerta. Roper bloqueaba la entrada. Echó mano a su pistola. Gabriel saltó hacia él, golpeó a Roper en el estómago, lo tiró al suelo y le quitó el arma con un solo movimiento, salió de la iglesia y se internó en el pueblo.

Chandler llegó a la puerta y sacó su arma. Apiñados en la escalera y en el aparcamiento había un montón de periodistas, cámaras de televisión y vecinos asustados y ansiosos, todos frente a él. Gabriel corrió por el asfalto, agitando el arma en el aire para hacer que la gente se apartara a su paso. Chandler levantó su pistola y apuntó a las piernas de Gabriel, confiando en dar en el blanco desde aquella distancia, que era escasa. Pero la multitud se volvió a cerrar y los periodistas empezaron a perseguir al sospechoso. Las cámaras corrieron tras sus redactores, intentando mantener el ritmo.

—¡Apartaos! —chilló Chandler.

Tropezó con uno de los cámaras; su equipo osciló hacia delante y hacia atrás como una bola de derribos. Intentó pasar entre el grupo más numeroso. De repente, se formó un hueco y lo pudo ver. Iba a disparar, pero entonces Gabriel dobló la esquina de la comisaría y desapareció.

Chandler corrió en su dirección. Tanya, Jim y una multitud variopinta de gente de su equipo y del de Mitch iban detrás, todos juntos. También corrían periodistas rabiosos y unos cuantos vecinos. El grito agudo y débil de Mitch, «¡cogedlo!», resonó por encima del sonido de pasos y gritos.

Antes de que pudiera doblar la esquina siquiera, Flo y Sun, más jóvenes y en forma, con sus armas dispuestas, adelantaron a Chandler.

A medida que continuaba la persecución por la avenida King Edward, los vecinos de la localidad sacaban la cabeza por puertas y ventanas para averiguar qué estaba pasando.

—¡Meteos dentro! —ordenó Chandler, que empezaba a acusar el cansancio.

Nadie le hizo caso..., hasta que sonó el primer disparo. Entonces todos volvieron a meterse en sus casas.

—¡No disparéis, joder! —gritó Chandler, intentando identificar quién había disparado.

Los periodistas le rodeaban.

Pero la desesperación ayudaba a Gabriel a coger distancia, ya estaba a unos doscientos metros por delante. Flo y Sun hacían grandes esfuerzos para alcanzarle.

De repente, Gabriel se lanzó hacia la carretera, justo en el camino de un Holden macizo y amarillo. El coche chirrió y se detuvo. De él salió la señorita Atherton, una maestra de primaria de la localidad: un arma le apuntaba a la cara. Gabriel se metió en el coche, dio la vuelta y salió como un bólido por Scott. Sonó otro disparo cuyo silbido se perdió en la distancia.

Y Gabriel desapareció por segunda vez.

Flo y Sun siguieron corriendo por Logan's Way, pero fue en vano. La gente de la prensa buscaba un último encuadre de cámara, pero era completamente imposible que cogieran a su sospechoso a pie.

Mitch se quedó de pie junto a Chandler. Respiraba agitadamente.

—¿Por qué cojones lo has soltado? —gritó Mitch.

—Yo no lo he soltado. Ha debido de hacerse con las llaves.

—¿Y cómo ha conseguido hacer eso? —escupió—. Tus incompetentes oficiales de mierda, supongo.

Mitch no esperó a que Chandler se defendiera. Fue directamente a la radio y puso toda la región en alerta por segunda vez en dos días.

A los diez minutos de la fuga de Gabriel, Mitch había reunido a sus fuerzas y había dado las instrucciones correspondientes. Todas las unidades movilizadas. Debían tener en cuenta que Gabriel iba armado y era peligroso.

—¿Y qué pasa con Heath? —preguntó Chandler, mientras Mitch terminaba su discurso—. Tenemos que mantenerlo bajo vigilancia.

Los periodistas estaban apelotonados, chillándoles desde muy cerca y preguntándoles qué iba a hacer la policía con el asesino que ahora andaba suelto por la ciudad. ¿Cómo había conseguido escapar? ¿Cómo pensaban mantener a salvo a la gente del pueblo? Las preguntas llovían sobre ellos.

Mitch hizo una pausa y puso los ojos en blanco, como si se acabara de acordar de Heath.

—Tenemos que focalizarnos en el que se nos ha fugado.

—Estoy de acuerdo, pero Gabriel está decidido a matarlo. Por el motivo que sea. Tal vez sepa algo sobre él..., o puede que hayamos pasado algo por alto.

Yohan los interrumpió. Se había visto un Holden dorado junto a Lockridge. Iba a mucha velocidad. Mitch ordenó a Yohan que diera la noticia a todas las patrullas. Enseguida un periodista confirmó la noticia de que habían visto aquel vehículo. La policía se fue desplegando. Mitch gritaba a los oficiales: a unos les decía que tenían que coger cuanto antes a Gabriel; a otros, que mantuvieran a raya a los periodistas.

—Lo he visto.

Una voz decidida se abrió paso entre el estrépito de la radio: era Tanya.

—¿Dónde estás? —preguntó Chandler.

No le importaba que a Mitch no le gustase, Tanya era una de sus oficiales.

—En Butcher's. Está tratando de robar...

La señal de la radio se interrumpió. Chandler se imaginó Butcher's: un camino de tierra que se dirigía hacia el sur, a las minas de hierro y al desierto yermo.

—No te acerques demasiado —ordenó Mitch—. Síguele.

Volvió la señal: respiraciones agitadas y un movimiento frenético, ensordecedor. Un micrófono frotando contra una tela. La voz se volvió a cortar.

—Puedo...

La llamada se desconectó.

—¡Mierda!

Chandler miró a Mitch, que ya estaba en la radio, ordenando que todos los hombres disponibles fuesen a Butcher's.

—Voy para allá —dijo Chandler.

Mitch asintió. Luego chilló a Luka:

—¡Luka, consíguenos un coche!

Un minuto más tarde, una sirena separó a la multitud, ahogando las preguntas de la prensa.

Mientras iban a toda velocidad, una voz farfulló en la radio. Era Steve Kirriboo, un minero, padre de seis hijos, que criaba algo de ganado en Butcher's. Su voz sonaba preocupada.

—¿Chand? ¿Sargento?

—Sí, Steve —dijo Chandler.

—Uno de tus chicos..., bueno, una chica, ha caído ahí fuera.

Chandler contuvo el aliento.

«Caída...». ¿Se habría enfrentado a él?

—¿Chand?

Chandler respiró con fuerza.

—Sí, Steve... ¿Ella está bien?

No hubo respuesta. La voz de Steve se perdió.

—Luka, pisa a fondo —dijo Chandler.

Luka obedeció. El coche patrulla avanzaba por las calles desiertas. Los vecinos, o bien estaban dentro de casa viendo las noticias por televisión, o bien se habían concentrado en la comisaría y en la iglesia.

—Espero que esté bien...

—Mientras haya bloqueado su huida... —dijo Mitch.

Chandler lo fulminó con la mirada.

El asfalto dio paso a la tierra. Derraparon por la repentina falta de agarre de los neumáticos.

Un par de kilómetros más allá, ya en Butcher's, encontraron el Holden junto a la granja de Chucker Nelson, en ángulo hacia la cuneta. Era como si hubieran tenido que pararse de golpe. Las luces traseras estaban encendidas;

el motor, todavía en marcha. Chandler había bajado del coche patrulla casi antes de que se detuviera. Enseguida llegaron otros coches de la policía.

Dejó atrás el Holden, vacío, y vio a Tanya apoyada contra la parte inferior de una cerca. Estaba viva. Menos mal. La chica le miraba avergonzada. Un fino hilo de sangre corría desde el nacimiento del pelo.

—Lo siento —dijo ella.

—No importa, ¿estás bien?

—Bien. Unos hematomas... Me duele bastante la cabeza —dijo ella, apoyándola en el poste.

—¿Por qué te has acercado a él? —le preguntó, más enérgicamente de lo que se había propuesto.

—Para intentar detenerlo —dijo ella, furiosa de repente.

Él asintió.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba aparcado junto a la valla, intentando poner en marcha el quad de Chucker. Ese trasto viejo hacía tanto ruido que pensé que había podido acercarme sin que se diera cuenta. Pero supongo que me vio por el retrovisor. No me dio opción. Me golpeó en la cabeza. Pensaba que iba a matarme, pero solo me preguntó mi nombre. Se lo dije. Entonces, me pegó con la pistola.

—¿Tu nombre? ¿Y no dijo nada más? ¿Adónde iba? —intervino Mitch, impaciente.

Tanya negó con la cabeza.

—Ni idea.

—¿Ni una pista?

—No —negó Tanya, que miró a Chandler como si le suplicara que alejara a Mitch de ella—. De hecho, me pareció que yo no le interesaba para nada.

—Porque no va detrás de ti —dijo Chandler.

—O quizá porque tiene a la mitad de las fuerzas policiales tras él —replicó Mitch. Se volvió hacia Tanya—. ¿En qué dirección se fue?

Tanya negó con la cabeza.

—No lo vi, pero supongo que a un sitio adonde no se puede ir en coche.

—Tenemos que seguir —le gruñó Mitch a Chandler.

—Yo no pienso dejar a Tanya.

—Está bien, solo tiene un chichón y un hematoma. No podemos perder más tiempo aquí. Mi equipo llamará a una ambulancia.

Chandler miró a su superior. Tanya apenas conseguía contener su furia.

—Marchaos. Estaré bien —dijo con los dientes apretados.

Chandler le puso una mano en el hombro.

—No hasta...

—Marchaos —insistió ella—. No dejéis que se escape ese hijo de puta.

Chandler volvió corriendo al coche. Mitch ya estaba tras el volante. Dio la vuelta en torno al Holden, forcejeó con el volante por el camino de grava y pisó a fondo.

—¿Por qué crees que la ha dejado? —preguntó Chandler.

—No lo sé —dijo Mitch, haciendo girar el volante con rapidez a un lado y a otro—. Quizá no ha querido matar a una mujer... o a una policía...

—Había dos mujeres entre los cuerpos que encontramos.

—Quizá no esté tan loco como pensamos. A lo mejor detrás de todo esto hay un plan.

—Quizá —dijo Chandler.

Ojalá. Un plan sería algo bueno. Por naturaleza, los planes pueden ser descubiertos y frustrados. Los actos de violencia son más difíciles de determinar y prevenir. Pero, para detener a Gabriel, primero tendrían que capturarlo.

Υ

Tras diez minutos recorriendo Butcher's, el camino los dejó en un sendero por donde el coche apenas podía avanzar. Cinco minutos más y el caminito desapareció del todo. Solo se podía seguir en quad o en moto. Desesperado, Mitch ordenó que siguieran a pie. No obstante, tras media hora de camino, sin señal alguna de su sospechoso, suspendieron la búsqueda. Mitch llamó por radio a un helicóptero y envió a la policía estatal a las salidas más alejadas, por si Gabriel aparecía.

Durante la vuelta al pueblo, hablaron sobre la fuga, acerca de las consecuencias de todo aquello y sobre qué hacer a continuación. La única noticia buena fue que Tanya estaba bien: el corte en el cuero cabelludo tenía poca importancia; tampoco sufría una conmoción. Se negaba a ir al hospital e insistió en volver al trabajo. Chandler se alegraba. Necesitaba todos los buenos oficiales disponibles. El pueblo estaba como cerrado; las calles, vacías. Solo quedaban circulando unos cuantos curiosos y periodistas pululando por los alrededores de la comisaría. A medida que iba pasando entre la multitud, Chandler iba oyendo como le formulaban las mismas preguntas que él se había hecho a sí mismo: ¿cómo había conseguido soltarse Gabriel?, ¿qué podían hacer para encontrarlo?, ¿a cuántos había matado?, ¿a

cuántos más mataría? Chandler mantuvo la cabeza baja y no hizo ningún comentario. Tampoco él tenía respuestas para esas preguntas.

—¿Cómo consiguió soltarse las esposas? —preguntó Chandler una vez que estuvo en la comisaría.

Los demás oficiales se miraron entre sí. Nadie tenía respuesta.

Al llegar a la puerta de su despacho, Mitch se dio la vuelta en redondo.

—Ahora mismo, eso ya no tiene importancia. Lo fundamental ahora es detenerlo.

—Por supuesto que tiene importancia. —Chandler frunció el ceño—. El procedimiento ha fallado de alguna manera. Y tú eres el que más insiste en que se sigan los procedimientos.

—Y ahora insisto en detener a Gabriel —replicó Mitch—. Venga, vamos: todos a trabajar.

Aquella orden pareció ser para su equipo y para Luka, que volvieron a sus puestos. Chandler y su pequeña tropa siguieron discutiendo.

—No rompió las esposas —observó Jim—. Lo comprobé. Estaban sueltas. Tampoco tenían arañazos.

—Así que tenía las llaves —dijo Nick, desde el mostrador de recepción.

—Parece que sí, pero ¿cómo las consiguió? —preguntó Chandler.

—¿Robándolas? —sugirió Jim.

Chandler negó con la cabeza.

—Tenía las manos atadas en todo momento. Y nadie se acercó tanto a él. Excepto...

Se volvió hacia el despacho. De repente, Chandler se dio cuenta. El día anterior, cuando Mitch atacó a Gabriel en la sala de interrogatorios. Gabriel debió de cogerlas en la refriega; luego las escondió, esperando a que llegara el momento adecuado para tender una emboscada a Heath.

Se acercó al despacho de Mitch. El aire estaba viciado.

—O sea, que has sido tú —dijo Chandler—. Te cogió las llaves a ti.

Mitch fue hasta el fondo del despacho con la cabeza gacha, como si se sintiera culpable. Toda esa mierda se podía haber evitado, pensó Chandler.

—Sí, supongo que me las cogió a mí... —dijo Mitch en voz baja. Sin embargo, no quería seguir por ahí—. Pero no debemos decirlo.

—¿Por qué?

Mitch se frotó la barba, cada vez más oscura.

—Si esto se filtra, harán millones de preguntas más. Desde arriba y desde abajo. Ahora lo realmente importante es atrapar a Gabriel antes de que tenga la oportunidad de matar de nuevo.

Parecía desesperado. Desde la búsqueda de Martin, no lo veía así. Tal vez si se mostrara así de vulnerable más a menudo, la gente le consideraría más humano. No obstante, Chandler pensó en filtrar la información a la prensa: una palabra o dos que se extenderían como un virus e infectarían todas las cadenas de noticias con el cuento del inspector incompetente. O peor, el inspector negligente. Resultaba tentador. Sin embargo, también era cierto que el hecho de que Gabriel hubiera conseguido escapar era secundario. Ahora lo prioritario era volver a detenerlo. En eso Mitch tenía razón. Nunca se lo perdonarían si aquel descuido con las llaves acababa con más muertes. Mejor se guardaría aquella información. Quizá podía utilizarla más adelante.

También se le ocurrió otra cosa.

—Después de cogerte las llaves, Gabriel las tuvo consigo todo el día. Podía haber escapado en cualquier momento, pero esperó hasta que Heath estuvo expuesto.

—¿Y...? —dijo Mitch.

—Creo que no lo cogimos nosotros fuera de la comisaría, sino que él volvió a propósito para estar cerca de Heath.

—Así que tiene que haber algún tipo de conexión.

Chandler asintió.

—Arriesgó su libertad por tener la oportunidad de matar a Heath. Pero ¿por qué?

Llevaron a Heath de vuelta a la sala de interrogatorios, con su abogada detrás. Estaba furioso. Esta vez, Mitch invitó a Chandler a acompañarlos.

—No existe ninguna conexión —insistió Heath—. Lo juro. Yo soy una víctima.

—¿Y seguro que no tropezó con él antes? —preguntó Chandler—. ¿En alguna granja, en algún trabajo...? ¿Hace unos meses o hace unos años?

—Sí, estoy seguro.

—Quizá le hizo usted algo a alguien a quien él conoce... o a alguien que quiere. ¿No se acostaría usted con su mujer, con su exmujer, su hermana...?

—¿Cómo? ¿Me está usted preguntando si esto lo he provocado yo mismo? —preguntó Heath, inclinando la cabeza hacia un lado, confuso.

—Pues sí —respondió Mitch—. Tiene usted una personalidad bastante brusca, señor Barwell.

—¿Que yo tengo una personalidad brusca? ¿Y qué me dice de esta fuerza policial de risa? Les he dicho que soy la víctima. Cuatro putas veces.

—Solo estamos intentando averiguar si hay algún motivo por el cual Gabriel está tan decidido a matarle. ¿Le robó usted algo? ¿Pegó un puñetazo a alguien? ¿Le dio a alguien una paliza?

—¿Puñetazo? ¿Paliza? —escupió Heath. Su voz sonaba incrédula; su rostro estaba lívido.

—Nos habló usted de una agresión —dijo Chandler.

—El tío al que pegué era el amigo de un amigo —farfulló Heath—. Mire..., lo que sé es que estoy aquí acusado de unos delitos, de unos asesinatos que no he cometido. Estuve a punto de ser asesinado dos veces por la misma persona, el asesino «real». Sin embargo, me siguen tratando como si fuera culpable. Quiero salir de aquí ahora mismo. Quiero largarme de esta comisaría e irme muy lejos de este puto sitio. Encuéntralo y quizá vuelva para testificar. O mejor aún, les paso un vídeo: así podré largarme cagando leches de este agujero de mierda.

Heath miró a su abogada en busca de ayuda.

—¿Hay algún lugar seguro donde pueda pasar la noche mi cliente? —preguntó la abogada.

—Se queda aquí —dijo Chandler.

—Por su propia seguridad, creo que es mejor que se quede aquí, señor Barwell, donde podamos protegerle —dijo Mitch.

Heath fulminó con la mirada a su abogada y luego a Mitch.

—Aquí casi me matan.

—Fue un accidente.

—Sí, parece que hay muchísimos accidentes por aquí. Y, para que lo sepan: los voy a demandar. A todos. Por detención ilegal, por poner en peligro mi vida y por mantenerme encerrado sin cargos. Haré una fortuna —dijo.

Su ira se había convertido en una sonrisa.

Cuando se hizo la oscuridad, la caza de Gabriel se detuvo de momento. Mitch ordenó a algunos de sus oficiales que estaban en las calles que procuraran dar la sensación de que todo estaba controlado.

Algo inquietaba a Chandler. Una conversación que había tenido con Gabriel, la primera mañana. Le dijo a Mitch que volvía a casa a ver cómo estaba su familia. Mitch quería que todos estuvieran al pie del cañón, pero ambos sabían que no estaba en posición de negarse, considerando cómo se había escapado el sospechoso. Y aunque no tenía por qué hacerlo, Chandler sentía la necesidad de contárselo a Mitch, de decirle algo que le molestaba..., por si acaso.

—Gabriel sabe dónde vivo.

Mitch frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque íbamos charlando, cuando le llevé al hotel, después de interrogarle el primer día. Mencioné a mi familia.

—Eso fue una estupidez.

—No tenía ni idea de que estaba «fingiendo» ser una víctima. Solo intentaba que se sintiera cómodo como testigo.

Mitch se quedó callado un momento.

—Bien, lo hecho hecho está. Haré que pase por allí un coche patrulla cada media hora.

Chandler asintió.

—Gracias.

—Vuelve dentro de un par de horas, ¿vale? Necesitamos a todo el mundo.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Chandler.

Mitch señaló con un gesto hacia la puerta.

—Saldré yo mismo de patrulla. Dirigiré la caza. Comprobaré algunos de los sitios abandonados del pueblo, por si se está escondiendo allí. Será como hacer un viaje al pasado...

—¿De verdad quieres volver allí? —preguntó Chandler.
Mitch no respondió.

Chandler se abrió camino por entre el bosque de micrófonos sin hacer ningún comentario. El número de camionetas y periodistas se había multiplicado como las bacterias.

Todo estaba oscuro mientras conducía hacia su casa. Chandler iba examinando todas las casas por las que pasaba, los jardines, las entradas. Se preguntaba si Gabriel estaría allí esperando. Le asustaba lo fácil que resultaría agazaparse entre las sombras de su propio pueblo. De ese lugar anticuado que se había convertido en noticia de la noche al día y que vivía aterrorizado.

El miedo no se disipó al llegar a casa. Ni siquiera cuando se encontró con sus hijos y con su madre, que los estaba cuidando. Enseguida desmontó el plan previsto.

—Venga, coved algunas cosas. Pasaréis esta noche con los abuelos.

—¿Otra vez? ¿Por qué? —preguntó Sarah, frustrada.

—Porque tal vez tenga que salir rápido, en cualquier momento —respondió Chandler.

No sabía decir cuál de las dos miradas era más dura: si la de su madre o la de su hija.

—Venga, coved vuestras cosas —insistió, y se dirigió hacia la ventana delantera.

Examinó el jardín, el enorme árbol de corteza de papel, que arrojaba sus largas sombras en el porche bañado de luz. La corteza, de un marrón anaranjado, se iba desprendiendo. El árbol estaba mudando de piel..., un poco como el pueblo, cuya existencia pacífica había dejado su lugar al miedo.

Chandler negó con la cabeza.

Miró hacia la casa de sus vecinos, los Rizzo. Las luces iluminaban las dos plantas de su casa. El columpio del jardín se agitaba suavemente con la brisa. No había nada anormal en la escena. Sin embargo, en su cabeza se formó la imagen de Gabriel tomando de rehenes a los Rizzo y esperándolo.

—¿Qué pasa? —le preguntó su madre.

—Es mejor que se queden contigo —contestó, asegurándose de que los niños no pudieran oírlo.

—Si te llaman, puedo quedarme aquí con ellos. Pero querían pasar la noche contigo.

—Y yo con ellos —dijo Chandler, que no podía imaginarse nada mejor que pasar la noche con sus hijos y sentir que todo volvía a ser normal.

—Pues no lo parece, la verdad.

—Se lo compensaré.

—No puedes limitarte a sacar dinero del banco. También tienes que ingresar algo.

—Ya lo sé.

Volvió a la ventana. Todavía veía a Gabriel agazapado en cada sombra. Sabía que iba a volver, como un monstruo de pesadilla. Tenía muchos recursos, era listo, se movía con un sigilo que parecía sobrenatural. Se maldijo una vez más por no haber hecho entender a Mitch que ese sospechoso silencioso y pensativo era infinitamente más peligroso que uno quejica. Un asesino en serie no gimotea. «Ni se presenta», como había dicho Gabriel.

Su madre estaba ayudando a los niños a guardar algunas cosas cuando el teléfono sonó con estrépito. Una llamada al fijo significaba problemas. No sabía quién le podía llamar.

Cuando respondió, se dio cuenta de que no estaba equivocado: problemas. Aquella voz le revolvió el estómago.

Teri.

—¿Están ahí los niños? —preguntó, un poco frenética.

—Sí —respondió él.

Si quería hablar con ellos, se negaría. Le diría que ya se habían ido a la cama.

—Voy a recogerlos —soltó ella.

—Ni se te ocurra —dijo Chandler, mucho más alto de lo que hubiera querido.

Como siempre, Teri se lo tomó como un desafío. También ella levantó la voz.

—Voy ahora mismo y me los llevo a la ciudad, donde estarán a salvo.

A salvo. Entendió lo que debía de haber pasado. Había estado hablando con Mitch. Habría hecho que cogiera miedo. Seguro que, en parte, estaba preocupado por su seguridad. Pero lo más importante es que debía de haber pensado que aquello podía influir en la batalla acerca de la custodia de sus hijos. La oportunidad perfecta para demostrar que ella estaba dispuesta a cuidar de ellos en momentos de crisis. A asumir el papel de protectora. Pero Chandler no le iba a dar esa oportunidad.

—No, Teri, es demasiado peligroso.

—Ya lo sé. Sé lo que está pasando ahí.

—¿Y cómo es que lo sabes? —preguntó Chandler.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo sabes lo que está pasando aquí?

—Yo...

Silencio. Chandler decidió apretar un poco más.

—Teri, sé lo tuyo con Mitch —dijo. Inmediatamente bajó la voz para que no le oyera nadie—. Y que quieres quitarme a mis hijos.

—Es... —tartamudeó Teri, pero enseguida se puso a la defensiva—. Es esa tozudez precisamente de la que quiero apartar a los niños.

Chandler ignoró el comentario.

—Voy a luchar, Teri. Hasta el final.

—Pues adelante —replicó ella—. Mitch conoce a gente.

—Y ellos conocen a Mitch —dijo Chandler.

De fondo, le llegó la voz de su madre: ya estaban listos.

—Tengo que irme —dijo Chandler.

—Déjame que...

Cortó y dejó el teléfono descolgado, por si volvía a llamar.

Metió prisa a los niños y a su madre. No hizo caso a los niños, que discutían sobre dónde sentarse en el coche; los empujó adentro. Chandler miró hacia atrás. Alguien los estaba observando de lejos. Estaba seguro. Y sabía quién era: Gabriel. Sintió ganas de ir a por él. No obstante, si lo hacía, dejaría desprotegida a su familia.

Así pues, entró en el coche y se alejó. Al mirar por el retrovisor, un grupo de luces aparecieron de la nada. Los siguieron unos cien metros por detrás, al dar la vuelta hacia Harper. Mantuvo la velocidad y la distancia. No era demasiado sutil. No podría deshacerse del coche que le seguía si iba directamente a casa de sus padres. Así pues, en lugar de ir por Tunney, giró bruscamente hacia Mercado. Los neumáticos chirriaron y su madre le gritó que fuera más despacio.

Al doblar la esquina los faros desaparecieron, pero volvieron a surgir unos momentos más tarde. Empezaron a acercarse rápidamente. Chandler notó que la sensación de peligro aumentaba. Quiso acelerar, pero era peligroso: podían chocar con algo. Redujo la velocidad, para obligar al coche a pasar por delante e identificar quién iba al volante.

Al cabo de unos segundos, el coche se puso a su altura. Chandler miró esperando ver a Gabriel. ¿Qué haría a continuación?

Pero no era Gabriel. El conductor era un hombre de cincuenta y tantos años, con el pelo castaño apartado de la frente, concentrado en la carretera que tenía delante. En el asiento del pasajero lo reconoció: Jill SanLuiso,

periodista del canal Nueve para Pilbara: pelo muy negro elegantemente veteadado de gris, distinguida y guapa, a pesar de que ya tenía una edad.

—¿Puede decirme cuál es la situación, sargento? —gritó, por delante de la cara del conductor.

Chandler no podía creerlo. O sea, que le habían seguido a casa buscando una primicia. Agarró con fuerza el volante para contener la rabia.

—La situación, señorita SanLuiso —dijo, con la voz tensa—, es que está usted yendo en dirección contraria por una calle residencial, infringiendo el límite de velocidad y acosando a un policía y a su familia.

—Ya sabe lo que quiero decir, sargento. ¿Cuáles son las últimas noticias del asesino en serie que anda suelto por ahí?

Furioso, Chandler casi choca con ellos. Miró por el retrovisor y vio la cara de preocupación de sus hijos.

—Sin comentarios —dijo, mirándola fijamente—. Y le pido que no mencione nada más de esto delante de mi familia.

—Solo unas palabras...

—Sí, se me ocurren unas pocas, pero creo que me las censurarían.

Dio la vuelta por Prince y siguió avanzando.

SanLuiso no le siguió.

Un minuto más tarde estaban a salvo en casa de sus padres. Y el interrogatorio no había hecho más que empezar.

—¿Qué ha querido decir con eso de un asesino en serie, papá? —preguntó Jasper.

—Lo que quiere decir es... —empezó Sarah.

Chandler la interrumpió.

—Lo que quiere decir, Jasper, es que alguien ha hecho algo malo, y ahora la policía lo anda buscando.

—¿Y tú no sabes dónde está, papá?

—Pues todavía no, pero los amigos de papá lo tienen todo controlado. Lo encontraremos y lo pondremos en custodia.

—¿Puedo ayudar yo? —preguntó Jasper, con voz ansiosa.

La ingenuidad de la oferta ayudó a relajar el ambiente.

—Puedes ayudar yendo a dormir a tu hora y sin protestar.

—Lo haré.

—Buen chico —dijo Chandler, revolviéndole el pelo.

Miró a su alrededor y a su madre.

Ella tenía el ceño fruncido.

—¿Te vas? ¿Ahora? —preguntó. Era tanto una pregunta como una advertencia de que ni se le ocurriera.

—No —respondió Chandler.

Después del susto que se habían llevado, no pensaba irse.

—¿Papá? —le preguntó Jasper.

Su hermana ya se había ido al salón, a reclamar para ella la mayor parte del sofá.

—Sí, Jasp.

—¿Por qué vas a poner a ese hombre malo en custodia, como nosotros?

Chandler frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que a nosotros también nos quieres en custodia. Te he oído decirlo por teléfono. ¿Tendremos que ir a la cárcel nosotros?

Chandler se quedó callado. Debía de haberle oído hablar con Teri por teléfono. Y, claro, no había entendido nada. De nuevo salía a la superficie la vergüenza por abandonar a su familia (a sus hijos). Solo se podía hacer una cosa. Llevó al niño al salón y lo hizo sentar en el sofá junto a su hermana, para explicárselo a los dos. Su madre también estaba allí, testigo y juez a la vez.

—Es un tipo de custodia diferente. Significa que tu mamá quiere que vivas con ella.

—¿Yo solo? —preguntó Jasper.

—No, tu hermana y tú —dijo Chandler, mirando a Sarah.

Esta estaba sentada en el sofá muy tiesa, mirándole. Su eterna mirada de aburrimiento había desaparecido.

—¿Y tú? —preguntó Jasper—. ¿Volveremos a vivir todos juntos con mamá otra vez?

—No, vosotros, ella... y el tío Mitchell. —Sintió que aquellas palabras en su lengua eran como veneno.

—¿Cuándo va a pasar? —preguntó Sarah.

—Todavía no lo sabemos. Es algo que quiere tu mamá.

—¿Desde cuándo?

—Unos meses, un año. La verdad es que no estoy seguro —reconoció Chandler.

—Porque ella de repente se ha convertido en adulta —añadió su madre.

Chandler estaba de acuerdo, pero la fulminó con la mirada.

—¿Papá?

—Sí, Jasper —dijo Chandler, mirando a su hijo.

—Si nos vamos allí..., ¿cómo iremos al colegio? Está a miles y miles y miles de kilómetros.

A pesar del nudo que sentía en el estómago, no pudo reprimir una sonrisa.

—No es definitivo, ni mucho menos. Pero tengo que saber qué os parece todo esto. Os lo preguntarán...

—Yo no quiero irme de aquí —le interrumpió Sarah.

—Yo no quiero irme si no vienes tú, papá —dijo Jasper, que se arrojó hacia Chandler y se apretó contra su cuello, como si nunca más fuera a soltarlo.

Eso hizo que Chandler se sintiera mejor. Al final, jugó un poco al Jenga con sus hijos. Durante un rato, incluso logró olvidarse de Gabriel, de Mitch, de Teri.

Era casi la hora de irse a dormir los niños cuando sonó el teléfono. Su madre respondió antes de que él pudiera cogerlo. Era de la comisaría.

—Diles que me estoy duchando o algo así —dijo Chandler, cuando ella tapó el auricular. No le apetecía nada dejar a su familia, con Gabriel rondando por ahí fuera.

Al llevar a los niños a la cama, el teléfono volvió a sonar. Esta vez era Tanya. Chandler dijo que le diera la misma excusa. Todavía seguía en el baño.

Tras leerle un cuento a Jasper, el teléfono sonó de nuevo. Esta vez la orden venía de arriba. Mitch no aceptó la excusa.

—No quiere dejar el teléfono —dijo su madre con el ceño fruncido—. Vete, anda. Los niños no podrán dormir si no dejan de llamar a cada momento. Además, al final vendrá a buscarte y te sacará de aquí a rastras.

—No puedo irme —dijo Chandler, tragando saliva.

—¿Por qué, hijo? —dijo su padre, que había dejado de prestar atención al televisor al notar la tensión.

—Él sabe dónde vivo.

—¿Quién? —le preguntó su madre.

—El que estamos buscando. El asesino.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó su madre, conmovida.

Chandler respiró hondo y le explicó su error. Ambos se quedaron callados un momento, y luego su madre habló.

—Nada te indica que vaya a volver, hijo. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Lo ha hecho antes. Y creemos que lo volverá a hacer.

Se hizo el silencio. Su padre se levantó de su butaca, decidido. Cogiendo una llave que llevaba colgando de una cadena alrededor de su cuello, entró en

la cocina y abrió un armario situado horizontalmente encima de los armarios más bajos. Sacó la vieja escopeta, con la madera astillada y desgastada, pero le pareció que aún serviría.

—Yo haré guardia —anunció su padre, abriendo el cañón y metiendo en su interior dos cartuchos.

—Papá, no necesitas eso —dijo Chandler, aunque la verdad es que se sentía un poco más seguro.

—¿Todavía eres capaz de usarla, Peter? —le preguntó su madre.

—Pues claro, Caroline. Ya no tengo la misma fuerza en los puños y a lo mejor se me va algo la cabeza, pero todavía puedo apretar un maldito gatillo.

Cogió el arma, encorvado como estaba desde hacía unos años. Sus dedos gruesos rodearon la culata, las uñas estaban tan cuarteadas y descascarilladas como la pintura del antiguo Ford Mustang que se encontraba en el garaje.

—Solo quiero que apuntes, no hace falta que la uses —dijo Chandler.

—¿Y para qué servirá entonces?

—Quítale los cartuchos, papá —dijo Chandler, tendiendo la mano.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que le quite los cartuchos? Si quisiera una porra, me habría comprado una.

—Cartuchos no —dijo Chandler.

Su padre refunfuñó para sí, pero abrió el cañón y quitó los cartuchos. Chandler los cogió y se los pasó a su madre. Confiaba en que ella no le dejaría volver a ponerlos.

Lo último que hizo fue ir a besar a los niños para desearles buenas noches. Sarah dejó que la besara en la frente, pero le hizo salir de la habitación, mirando la pantalla brillante de su teléfono. Jasper estaba dormido. Estaba a punto de salir cuando el niño se despertó.

—¿Adónde vas, papá? —preguntó, con voz soñolienta.

—Tengo que ayudar en el pueblo.

—¿Por lo del asesino en serie?

—Sí —dijo Chandler, esperando que Jasper no le hiciera más preguntas difíciles.

—¿Por qué hace daño a la gente, papá?

—No lo sé, Jasp. Algunas personas son malas, pero el abuelo y la abuela te protegerán mientras papá atrapa a ese hombre. Y ahora tienes que dormir. Mañana podemos sacar otra vez el *kart*.

Chandler dejó a su hijo sonriendo ante aquella idea. En el salón, su padre estaba sentado ante la puerta delantera, mirando por la ventana.

—Es posible que... —empezó Chandler, pero se detuvo. No sabía cuáles eran las posibilidades de que Gabriel acudiera allí, así que no dijo nada más—. Quedaos tranquilos, ¿vale?

—Estoy tranquilo —dijo su padre, que se colocó la escopeta vacía en las rodillas.

De vuelta en la comisaría, se pusieron en marcha para coger cuanto antes a Gabriel. La búsqueda inicial en el pueblo había sido infructuosa: garajes, jardines, cobertizos, chozas, casas y tiendas de la calle principal. Pero nada. Y todo eso había costado un tiempo. Las pequeñas tiendas antiguas, que en tiempo fueron numerosas, ahora abandonadas, eran un buen lugar donde esconderse. La última suposición era que Gabriel todavía seguía tierra adentro, durmiendo en algún escondite improvisado.

Chandler se unió al resto del equipo en el despacho de Mitch.

—¿Los niños están bien? —preguntó Mitch, con una sonrisa sin humor.

Chandler asintió.

—¿Lo habéis encontrado ya?

Mitch perdió la sonrisa.

—Cuando se haga de día, enviaremos el avión y el helicóptero. Los de Exmouth nos van a dejar también los suyos. Esperamos ver alguna señal de movimiento o de acampada.

—¿Y si enviamos a un grupo esta noche? Lo pillaríamos por sorpresa... —dijo Roper, a quien, tras el ataque de Gabriel le habían vendado la cabeza.

—No veríamos nada —replicó Chandler—. Y lo último que necesitamos ahora mismo es que alguien caiga por fuego amigo.

Mitch se quedó pensativo.

—Además, será demasiado para que haga...

—A menos que trate de destruir pruebas, como la última vez —añadió Tanya.

—¿Podemos estar seguros de que todavía está por ahí fuera? —preguntó Chandler—. Puede que haya vuelto y esté oculto en algún granero de las afueras.

—Hemos registrado todo lo más exhaustivamente que hemos podido —dijo Mitch—. De todos modos, aunque estuviera por aquí, el problema es el mismo. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Bueno, ¿no será mejor que se nos vea haciendo algo? En lugar de estar aquí sentados, esperando que sea él quien haga el siguiente movimiento... —dijo Luka.

Ayudaría a tapar las grietas y a salvar la cara. Algo de cara a la galería. Cada vez más, coincidía con Mitch.

—No precipitarnos puede ser lo mejor en este momento, Luka —dijo Chandler—. Atacó a Heath en cuanto pudo. Quizá quiera volver a terminar el trabajo.

—Sea cual sea la decisión, hay que mantener al tanto a la prensa —dijo Mitch—. Esta vez creo que es mejor que lo haga uno de vosotros, la gente de aquí.

Aunque no le miró, Chandler comprendió que le estaba pasando la pelota a él.

—¿Por qué los de aquí? —preguntó Chandler.

—Para demostrar que estamos trabajando todos en armonía para proteger a la ciudadanía.

Lo esperado: un motivo estúpido.

—O sea, que lo que quieres es que salga ahí fuera y les diga que no tenemos nada. Quieres que dé la cara y me ponga como ejemplo de la incompetencia de la fuerza policial.

Mitch negó con la cabeza, pero su débil sonrisa resultaba reveladora.

—No, sargento, quiero que salgas ahí fuera y hagas tu trabajo.

—Tú eres el oficial de mayor rango —replicó Chandler.

—Es cierto. Y te ordeno que salgas a hablar con la prensa.

—¿Y a decirles qué? ¿Que no tenemos ninguna pista, que se aguanten y que esperen sentados a ver si aparece el diablo?

—No con esas palabras. —Mitch hizo una pausa—. Tienes que aprender a enfrentarte a la decepción y a los contratiempos, sargento.

—Ya he aprendido —respondió Chandler. No lo aguantaba más. Ya era hora de sacar su comodín. Si Mitch estaba intentando echarle la mierda encima, acabarían pringados los dos—. El motivo por el que estamos en este lío es porque Gabriel te robó a ti las llaves, cuando le atacaste en la sala de interrogatorios.

Para su sorpresa, Mitch lo oyó como si nada, como si se lo esperase. Chandler notó que un escalofrío le recorría la espalda.

Mitch se apartó de la mesa y se enderezó.

—Ya es hora de dejar de echarnos las culpas entre nosotros, sargento. La prensa ya se encargará de ello. Tenemos que cerrar filas. Estar unidos —dijo.

—¿Y no crees que eso debería venir del jefe? —preguntó Chandler.

—Tenemos que mantener un frente unido.

—Detrás de un líder en el que podamos confiar.

Chandler miró a los agentes. Antes quizás hubiera sido capaz de calibrar las lealtades de cada cual, pero tras aquellos días ya no sabía... No estaba seguro de si Tanya, Jim y Nick conservaban su fe, si lo creían. Luka era una causa perdida.

—Dimos un paso en falso. Es hora de recuperarnos —dijo Mitch con los dientes apretados.

—Y a ti te corresponde dirigir esa recuperación —dijo Chandler.

Mitch hizo una pausa. Apartó a Chandler a un lado y le susurró:

—No quería tener que recordártelo, sargento, pero recuerda que soy yo quien va a escribir el informe sobre esto. Ya dejaste escapar a Gabriel una vez, así que resultará fácil creer que ocurrió en una segunda ocasión.

Chandler respiró hondo.

—¿Cuándo te convertiste en semejante hijo de puta? —Pero enseguida se dio cuenta de que Mitch siempre había sido un hijo de puta. Desde adolescente había sido así de egoísta. El cargo no había hecho otra cosa que liberar al maniaco que llevaba dentro. Reformuló su pregunta—: ¿Cuándo empezaste a pasar por encima de todos?

La sonrisa de Mitch. Para él, aquello podía ser incluso un cumplido.

—Tu carrera no va a ir a ninguna parte, Chandler..., después de esto, después de que se filtren los detalles de que tú (y tu equipo) teníais al asesino y lo dejasteis escapar dos veces. Si todos vosotros queréis tener trabajo después de que todo haya terminado, te sugiero que salgas ahí y les des algo. ¿Qué imagen crees que daría ante un juez un padre solo y sin ingresos que reclama la custodia de sus hijos?

Qué ganas de soltarle un puñetazo a ese maldito engreído. Chandler miró al resto de su equipo, que estaba en la oficina. No quería que se hundieran con él. Jim tenía que mantener a sus padres ancianos. Tanya tenía tres hijos. Nick estaba empezando. Y Luka..., bueno, a él le iría bien. Alguien que era un clon de Mitch seguro que sobreviviría, como una cucaracha después del apocalipsis. Además, Mitch tenía razón: si perdía su trabajo, Teri se aprovecharía.

Se contuvo y salió por las puertas delanteras. Los flashes de las cámaras le cegaron. Y las preguntas de los periodistas intentaron perforar su coraza. Todos los focos sobre él. Levantó una mano pidiendo silencio.

Explicó cuál era la situación. Repitió la descripción de Gabriel y rogó a la gente que llamara a la policía y no se acercaran a él si lo veían. Finalmente, acabó pidiendo a todo el mundo que permanecieran en el interior de sus casas.

De nuevo empezaron las preguntas. ¿Era muy peligroso el fugado? ¿Era cierto que tenían retenido a Gabriel, pero que se les había escapado? ¿Podía confirmar la identidad de las seis víctimas? ¿Existía alguna posibilidad de que volviera a matar? ¿Por qué estaba en custodia el segundo sospechoso? Chandler respondió, cegado por la luz. Incluso explicó exactamente cómo se había escapado Gabriel, la versión oficial: un problema de procedimiento, había que culpar al sistema, no a un individuo en concreto.

Mientras hablaba, intentaba observar a aquella multitud. A pesar de que habían rogado que se dispersaran, parecía que había más gente aún. Examinó los rostros, buscando el de Gabriel entre ellos. Sería excepcionalmente arriesgado o estúpido por su parte volver allí, pero había demostrado que era capaz, que era atrevido. Buscó barbas y sombreros, disfraces sencillos que había podido usar. Buscó rostros morenos y hombres de una altura determinada. Pero nadie encajaba con la descripción de Gabriel. Así pues, finalmente, pidió a los periodistas que se fueran de allí y dejaran a la policía hacer su trabajo. No habría nada hasta el día siguiente.

Volvió a la comisaría sintiéndose como un criminal. Ahora formaba parte del encubrimiento. Había mentido a la prensa.

Pero no podía entretenerse pensando en esas cosas. No en ese momento. Debía centrarse en capturar a Gabriel y en responder a esa pregunta que le rondaba por la cabeza: ¿por qué Gabriel estaba tan obsesionado con matar a Heath? Incluso había vuelto a la comisaría voluntariamente y se había dejado arrestar, esperando el momento casi perfecto para atacarle.

¿Podía preguntarle algo nuevo a Heath?

Chandler fue hacia las celdas.

—No hablaré con nadie si no está mi abogada —dijo Heath cuando lo vio.

—Mire, señor Barwell..., Heath. No creo que usted tenga nada que ver con todo esto —dijo Chandler.

Hubo una pausa antes de la furiosa respuesta:

—Un poco tarde para eso. Además, si no tengo nada que ver con esto, ¿puedo irme ya?

—Tenemos que mantenerle a salvo hasta que encontremos a Gabriel. Creo que todavía sigue queriendo ir a por usted. Creo que incluso se dejó arrestar para estar más cerca de usted.

El preso sacudió la cabeza.

—Pero ¿por qué? Ni siquiera le conozco.

—Estoy intentando averiguar por qué.

—Si me deja salir de aquí, no me iré. Si quieren, pueden escoltarme fuera de la ciudad. En un coche blindado... o algo así.

—Eso no es posible. Además, aquí está a salvo.

—¡Y una mierda estoy a salvo! Al menos, fuera de esta celda podría huir. Si está usted tan convencido de que ese tío va a por mí, entonces debo decirle que lo han hecho de maravilla, asegurándose de que estuviera cerca de mí para que pudiera intentar matarme otra vez. Y luego le han dejado escapar. Así que, discúlpeme, si no confío mucho en su pericia.

—Ya sé que está enfadado, señor Barwell, pero tenemos derecho a mantenerle aquí si creemos que es bueno para su seguridad.

—Pero ¿qué especie de sistema de mierda es este?

—Uno que puede mantenerle con vida.

A través de la rendija de la puerta, Chandler vio una arruga en la frente del sospechoso.

—«Puede»: eso sí que es un consuelo.

Heath pareció bajar algo la guardia, tras entender que no lo iban a soltar.

—¿Cree usted que Gabriel le eligió?

Heath suspiró y se encogió de hombros.

—Podría haber sido cualquiera que estuviera haciendo dedo en aquella carretera. Simplemente, estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿Y no le dijo nada?

—¿De qué?

—De que había planeado algo para usted.

—No. Se lo he dicho mil veces. Hablábamos de cosas sin importancia...

—Heath hizo una pausa, mirando hacia la pared lateral. Luego se volvió hacia Chandler. Una vez más, la arruga volvió a fruncirle la frente—. Él parecía intrigado por mi nombre, supongo. Más que la mayoría de la gente. A mi madre le encantaba *Cumbres borrascosas*, pero pensó que ponerme Heathcliff sería demasiado cruel... Ese tipo repitió mi nombre muchas veces. Es como si para él fuera algo personal. Recuerdo que le pregunté si conocía a alguien que se llamara Heath, pero me dijo que no con un gesto. ¿Cree que le recordé a alguien?

—Intentaremos averiguarlo —respondió Chandler.

2002

Los días se iban prolongando, largos e inclementes. La búsqueda cada vez era menos intensa. Oficialmente, no se podía decir qué había pasado con Martin, pero todo el mundo parecía tenerlo claro. Ya habían pasado tres semanas. Dentro de nada, sería Navidad.

Chandler asistía a aquel espectáculo en primera fila: los mercenarios (incluido el adolescente de Murray River) se iban embolsando cada mañana su dinero, y luego fingían esforzarse al máximo en su misión. Videntes y médiums abrumaban a Arthur con ideas fantásticas, mapas o diagramas. Todos afirmaban saber dónde estaba Martin. Se lo dirían, claro, pero si les pagaba una hermosa suma de dinero. Aquella misma mañana, uno de los mercenarios, un hombre de aire chamánico parecido a Darwin y que se llamaba Blazz, expuso la última teoría para explicar qué buscaba Martin en el bosque: una cueva con oro oculto, enterrado por algún forajido de principios del siglo XIX.

—¿Has oído eso? —le preguntó a Mitch, irritado.

—Lo he oído —dijo su compañero.

No parecía molesto. Para nada. Aquello lo cabreó aún más.

—No podemos dejar que hagan eso.

—Se supone que debemos mantener la paz, no comprobar si es verdad lo que aseguran esos bichos raros. Ese no es nuestro trabajo.

—Si te digo la verdad, ya no sé en qué consiste nuestro trabajo —admitió Chandler.

—En agachar la cabeza y aguantar —dijo Mitch.

—¿Es lo que quieres hacer como policía? ¿Quedarte a un lado y dejar que la familia se haga trizas?

Mitch no respondió. Escupió su chicle en el suelo.

—¡Unas pepitas del tamaño de pelotas de fútbol! —anunciaba Blazz, gritando a pleno pulmón, grandilocuente e insistente.

—Por aquí no hay cuevas con oro escondido —replicó Chandler, incapaz de dejarlo pasar.

—El viento me lo ha dicho —dijo Blazz; su voz transmitía la fuerza de sus convicciones.

—¿El viento? Chorradas.

—Que no lo entienda, oficial, no significa que yo esté equivocado... —dijo Blazz. Sus rizos bailoteaban, a pesar del sudor que le corría por las sienes.

Chandler se acercó a él.

—Lo que entiendo es que a usted no le importa robarle el dinero a un anciano, pero al menos no le cuente estupideces como esa.

—No son estupideces. Me lo ha dicho el viento. Yo noto esas cosas.

—Y su sexto sentido aún no ha conseguido localizar a Martin, ¿no?

—Estamos cerca —respondió Blazz con un susurro.

«Cerca de acabar igual que Martin, si sigues con estas mierdas. ¡Concéntrate en la búsqueda!», pensó Chandler.

Blazz empezó a soltar gemidos y gruñidos, hablando en una lengua extraña. Parecía que le había dado un ataque. Escupía y soltaba arcadas. Chandler estaba deseando llamar al helicóptero para que se llevara a Blazz. Pero, de repente, Blazz se detuvo y anunció:

—Ahora está usted maldito, oficial. Y recuerde que estas montañas son amigas mías, no suyas.

—¿Eso ha sido una amenaza? —le replicó Chandler.

—Ha sido una maldición.

—¿Y qué significa...?

Blazz sonrió. Chandler dio otro paso hacia delante, decidido a sacarle la verdad a Blazz. Pero alguien le cogió por el hombro. Era Arthur.

—¿Qué está usted haciendo, Chandler?

Era una buena pregunta. Arthur continuó:

—Esta gente solo intenta ayudar.

Chandler se lo quedó mirando. Aquel viejo vivía engañado. Su papel en aquel espectáculo se había desvanecido entre el polvo y los árboles del monte. Aun así, todavía recordaba una de las labores fundamentales de su cargo: proteger a la ciudadanía.

—No, no están intentando ayudarle, Arthur. —Ya era hora de que empezara a darse cuenta—. Lo único que quieren es quitarle su dinero...,

todas esas paparruchas y profecías. Quieren estafarle.

Ya lo había dicho. Inmediatamente, Chandler se sintió más ligero, como si recuperara algo de energía.

Arthur hizo un gesto sencillo, algo que le desarmó.

—Ya lo sé. Yo creo en Dios, pero no soy idiota, Chandler.

Él frunció el ceño.

—Entonces ¿por qué?

—Si un par de ojos más, pagados o no, pueden encontrar a mi hijo, entonces lo daré todo. Mi dinero, mi casa, mi alma. No importa.

Chandler no supo qué decir. Estaba equivocado. Aquel hombre lo había aceptado todo movido por la endeble esperanza de que alguien que participara en aquel circo encontrara a su hijo. Chandler pensó en Teri y su bebé recién nacido. ¿Y si le pasara a él? No quería ni pensarlo.

Aquello supuso un punto de inflexión. Pasó de querer abandonar a empatizar con aquel padre y aquel hijo. Cada día, Arthur perdía algo de peso, como si estuviera entregando parte de sí mismo a ese terreno baldío. Era como un sacrificio ritual para recuperar a su hijo. Cada día, se acobardaba un poco más. Su voz resonante apenas se dejaba oír por encima del parloteo de los insectos entre los arbustos. Quería que le comprendieran. Quería asirse a una esperanza. Hablaba de asuntos domésticos. De la empresa de contabilidad que había querido legarle a Martin. Sin embargo, este no había mostrado ni aptitudes ni deseos de seguir con el negocio de su padre. Hablaba de su esposa, Sylvia: temía que nunca se recuperara y pudiera ser una buena madre para su otro hijo. Tenía miedo de que lo abandonara a su suerte, culpándose por haber fracasado con el primero. Se pasaba los días encerrada en el hotel, rodeada de fotos de Martin que amigos y familiares habían reunido. Aquellas fotos, que nunca antes había visto, eran su tesoro: Martin con amigos y novias, borracho o bailando en una fiesta en una casa cualquiera. Chispazos en los que se veía a su hijo jugando, feliz y contento, caminando, paseando al aire libre. Y estas últimas fotos eran las que le hacían más daño. Habían pasado muchas noches llorando hasta caer dormidos, casi sin poder soportar tanto dolor.

Chandler intentaba cualquier cosa para que Arthur no se derrumbara. Aquel día hablaban del ejercicio. Arthur afirmaba que nunca había caminado tanto en su vida; ojalá se hubiera mantenido un poco más en forma, así podría avanzar mucho más deprisa.

—No se trata de avanzar rápido, sino de cubrirlo todo bien —dijo Chandler, que andaba tras Arthur, que, a su vez, seguía los pasos de su hijo—. Decía usted que le gustaba mucho el aire libre.

—Sí que le gustaba..., le gusta. Es algo que nunca comprenderé. Tal vez no sea capaz de apreciarlo. Lo enorme que es todo. Qué se sentiría al vivir aquí.

—Pues no sería demasiado agradable —le dijo Chandler—. Tus únicos vecinos son mil serpientes y un millón de arañas.

Y entonces el chico se volvió, con los ojos muy abiertos, intrigado.

—¿De verdad? ¡Qué chuloooo! —dijo.

Su padre le advirtió de que mantuviera la vista al frente.

Arthur extendió la mano para mantener al chico en el buen camino. Ya le había dicho a Chandler que no le parecía bien que su otro hijo tuviera que hacer eso, a su edad..., aunque cualquier edad era mala. El chico quería mucho a Martin, desde que nació. No entendía por qué su hermano se había ido solo. Tampoco sabía por qué seguía perdido y por qué no querían que lo encontraran. Y Arthur sentía que no podía responder esas preguntas. Ni con una mentira ni con algo tan duro como la verdad. Por su parte, Chandler lamentaba no tener nada que darle al viejo, solo unas pocas palabras entrecortadas y el íntimo y culpable sentimiento de que aquello no le estuviera pasando a su familia.

*T*ras dividir la localidad en secciones, Mitch envió a diversos grupos a buscar a Gabriel. No es que esperara encontrarlo con aquel dispositivo, pero al menos así daría cierta sensación de seguridad a la gente.

Debían ser cautos y detener «a quien sea necesario». Iban en parejas: Luka con Yohan, Tanya con Jim. Nick seguía tras el mostrador de recepción de la comisaría, junto con Roper, Flo, MacKenzie y Sun.

Una vez más sin compañero, Chandler dejó la comisaría, tras prometer a Nick que no tardaría mucho en entrar en acción. La desilusión en la mirada del chico le dijo que más le valía cumplir aquella promesa.

La primera parada fue en casa de sus padres, para ver qué tal iba todo. Al entrar en el jardín, muy limpio pero quemado por el sol, sonó su teléfono. Un mensaje de Teri: iba de camino; no le importaba qué dijera Chandler. Apretó el botón para devolverle la llamada antes de darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo. Ella contestó al instante.

—Teri, no puedes venir aquí —dijo él, aunque sabía que no le haría ni caso: nunca lo había hecho.

—No puedes darme órdenes.

—Nadie ha hecho jamás una cosa igual. Simplemente, te pido...

—Pero ya estoy de camino.

—La policía estatal no te dejará pasar.

—Tú harás que me dejen.

—No quiero que te dejen. De hecho, les ordenaré que te detengan.

—Pues pasaré igualmente.

—Habla con Mitch. Él te dirá lo mismo que yo.

—Quizá —dijo ella, testaruda—. Pero te olvidas de que yo conozco el lugar. Iré por una carretera secundaria. No podéis cubrirlas todas.

—Teri...

Ella lanzó una risita breve, desafiante. Él se rindió entonces y dijo:

—Bueno, ten cuidado...

Pero ella ya había colgado.

Chandler entró en la casa dándole vueltas a la idea de que Teri podía aparecer por ahí en cualquier momento. Todos estaban levantados. También los niños.

—¿Con quién estabas discutiendo? —preguntó Sarah, con los ojos clavados en el suelo; apenas podía contener el sueño.

Jasper no paraba de bostezar.

—Nadie. No importa —respondió él.

—Pues parecía importante —apuntó su padre, que estaba junto a la ventana delantera; tenía la escopeta detrás del asiento, para que los niños no pudieran verla.

Chandler se convenció de que era mejor no decirles nada. Teri había prometido aparecer por ahí tantas veces sin cumplir su palabra... En otras ocasiones, aparecía sin avisar, lo que alarmaba a todo el mundo.

Cinco años antes, cuando Sarah cumplió los cinco, hizo una de esas visitas no anunciadas. Los niños estaban muy emocionados, pues creyeron que su madre volvía para quedarse a vivir en casa. Cuando Chandler le dijo que tenía que avisarle antes de aparecer, Teri le replicó que podía hacer lo que le diera la gana: «porque también son mis hijos». Pero Chandler sabía que no los quería. Al menos, no siempre. La fiesta continuó. Casi todos le hicieron el vacío a Teri, que acabó marchándose. Chandler se pasó un buen rato consolando a sus hijos una vez más.

Era muy tarde. Los niños tenían que irse a la cama. Después de arroparlo, Jasper se quedó dormido de inmediato, pero Sarah quería hablar otra vez de su primera confesión. Aquello le distraería del caso y, además, serviría para disipar los temores de la niña.

Cuando se sentó en el borde de la cama, ella estaba buscando entre las historias que había elegido el sacerdote para que las estudiaran: Caín y Abel, los mercaderes en el templo, el hijo pródigo. Ejemplos clásicos.

—Quiero liberarme de mis pecados —dijo ella de pronto.

—Cariño, tú no tienes pecados.

—¡Sí que tengo! —respondió Sarah, con toda naturalidad—. Para empezar, le he quitado comida a Jasper de la cena. Y le he robado una galleta de la bandeja a la abuela, cuando las estaba haciendo. Y a veces me enfado porque no estás aquí y digo palabrotas.

—¿De verdad?

Sarah inclinó la cabeza a un lado, como si su padre fuera algo lento:

—Sí, papá, sí: me sé palabrotas.

Chandler negó con la cabeza.

—No, no me refiero a eso. Lo que quiero decir es: ¿de verdad te enfadas cuando no estoy aquí?

Sarah asintió.

—Pero también me enfado cuando mamá no está... —dijo ella, apartándose la cortina de pelo negro de delante de la cara.

Él asintió. La siguiente pregunta se le quedó atascada en la garganta. Pero, aunque quizá no le gustara escuchar la respuesta, necesitaba hacerla.

—Y ahora que lo has pensado bien..., ¿quieres irte a vivir con mamá?

—¿En Port Headland?

—Supongo que sí.

¿Cuál sería la alternativa? Mitch y Teri viviendo en Wilbrook. Tener que verlos cada día como padres de sus hijos. La idea le heló la sangre y le revolvió el estómago.

—¿Tú también vendrías? —preguntó ella.

—No, yo no.

—A lo mejor si me libero de todos mis pecados y rezo mucho, tú podrías vivir también con nosotros...

Chandler le dirigió una sonrisa tenue.

—Que tu mamá y yo no estemos juntos no es culpa tuya ni de Jasper. Además, costaría algo más que unas cuantas avemarías que volviéramos a estar juntos.

—Pues rezaré por eso.

—Bueno, hazlo —dijo Chandler, que le dio un beso en la frente.

Después de comprobar que su padre no había metido ningún cartucho en la escopeta, se fue. Aunque era tarde, el calor subía todavía desde el asfalto. Hacía un bochorno de mil demonios.

Recorrió las calles. No pasaba nadie más que los oficiales de Mitch y sus coches sin distintivos. Veía luz desde las ventanas de las casas, pero no se veía a nadie tras ellas. Parecía que todos los habitantes de Wilbrook se hubieran desvanecido.

Durante el camino, pensó en la conversación con su hija. Pensó en los pecados cometidos, pensó en la penitencia, en el perdón, en la justicia. Pensó en Caín matando a su hermano. Un momento... ¿No serían Gabriel y Heath hermanos? Negó con la cabeza. No, no podía ser. Se parecían como un huevo a una castaña. Sin embargo, había algo...

Caín y Abel...

Los nombres volvían. Recordó haberlos visto escritos recientemente. ¿En el periódico? ¿En los avisos de busca y captura? ¿En una lista de algo?

Entonces, cuando circulaba por Harvey Street, lo recordó. Casi pierde el control del coche. Los había visto en una lista..., la que habían recuperado en la choza. Intentó recordar los nombres que contenía. Recordó algunos: Adam, Seth, Jared, Sheila. Nombres relativamente corrientes, pero habría jurado que los había visto agrupados antes. No sabía... Quizá la falta de sueño le estuviera jugando una mala pasada.

Dio la vuelta por Prince.

Aquellos nombres... Adam, Seth, Jared, Sheila, Noah también, Caín y Abel. De nuevo, otro recuerdo. Había visto esos nombres antes. En un libro. Estaba completamente seguro. Un libro con las tapas rojas y doradas...

Pisó el freno en el cruce que conducía a Harper. No había ningún otro coche circulando por la carretera.

Entonces lo recordó.

Sus neumáticos rascaron el bordillo, aparcó junto a la casa y salió de un salto. Gabriel afirmaba que había tenido una educación religiosa. Habían hablado de que todo el mundo necesita a sus padres y sentirse consolado por alguna forma de religión. Y a él le habían faltado ambas cosas.

Chandler dio la vuelta a la parte trasera de la casa y entró por la puerta de atrás, que nunca estaba cerrada. Se dirigió a la estantería que había en el rincón, entre la cocina y el salón. Las tapas rojas tendrían que haber sobresalido entre los *best sellers* de segunda mano que había comprado pero no había leído nunca.

Pero allí no estaba.

Buscó en el cuarto de Sarah. Lo vio en la mesilla de noche, rodeado por una colección de artilugios para el teléfono móvil: carcasas, protectores de pantalla y cables de auriculares muy finos. Tapas rojas. Tapa dura. Para algunos, la lectura suprema.

Sin saber por dónde empezar, pasó las hojas hasta la página cincuenta y cinco. Aquel número había aparecido en las declaraciones de ambos, tanto Gabriel como Heath. La página hablaba de la separación del mar Rojo. Los peregrinos hambrientos en el desierto. El alimento que caía del cielo.

¿Significaba algo? ¿Ser capaz de hacer que el mar se separe? ¿Qué indicaba? ¿El deseo de poder controlarlo todo? Matar a mucha gente podía crear esa especie de delirio. ¿Y el alimento que caía del cielo? ¿Y lo de tener hambre en el desierto? ¿Había conducido Gabriel a algunos seguidores allí? ¿Había intentado convertirlos a una religión o a un culto que él mismo se había inventado? ¿Los asesinaba cuando se le resistían? ¿O el hecho de pasar hambre le había vuelto loco? No había señal alguna de canibalismo en las víctimas, ni siquiera en la última, cuya carne estaba más intacta. Pero, bueno, era una posibilidad. Aunque sabía que solo eran especulaciones. No había nada que le acercara a la verdad.

Buscó página por página hasta encontrar el párrafo número 55.

Encontró solo dos. El primero era un salmo. Un lamento por verse rodeado de traidores y enemigos. No se nombraba específicamente a los enemigos, pero sí que podía ser prueba de una paranoia galopante. Pero Gabriel no parecía un paranoico. Más bien era una mente calculadora.

El otro era Isaías 55: una invitación a los sedientos. Hablaba de la gracia y el poder de Dios. Acababa con la transformación de la vida. A Chandler se le ocurría una transformación básica: la transformación de vida en muerte. ¿Era eso lo que quería Gabriel? ¿Transformar a esa gente y apartarlos de su infierno en la Tierra? ¿Quería llevarlos junto a Dios? Tal vez..., pero seguían siendo especulaciones. El párrafo terminaba con una serie de palabras muy potentes: «Una señal imperecedera, que durará para siempre». ¿Era eso lo que quería decir? ¿Que Gabriel duraría para siempre? ¿Que tendría la notoriedad de un asesino en serie? ¿Destinado a ser comentado y estudiado en los años venideros? La posibilidad de vivir para siempre...

Chandler examinó en la cocina las notas del caso extendidas en la mesa. Buscaba inspiración. No había nada que pudiera sostenerse ante un tribunal, pero seguía convencido de que la Biblia tenía algo que ver con todo aquello. Uno de los párrafos tenía la clave; ambos eran demasiado proféticos para ser una coincidencia. Pensando que si se sumergía en los detalles podía encontrar la clave, Chandler revisó las causas de la muerte, los nombres de los sospechosos, el resumen de sus vidas, un inventario de artículos hallados en la cabaña y lo que se encontró allí: sangre, pelo, ropa, marcas significativas. Examinó las declaraciones de Gabriel y de Heath, la lista de nombres, la nota que decía: «en el principio se les dio nombre». Pero ¿cuál era el vínculo? ¿Dónde estaba el significado?

No dejaba de darle vueltas a todo eso cuando, de repente, notó una sombra ante la ventana delantera. El pomo de la puerta giró con mucho cuidado. Se detuvo al comprobar que la puerta estaba cerrada. Alguien estaba intentando entrar en su casa.

Gabriel había vuelto.

Chandler corrió hacia la puerta trasera.

Salió y la cerró con mucho cuidado. Dio la vuelta a la casa y oyó que Gabriel se acercaba. Sin tiempo para nada más, corrió hacia el otro lado del camino y se ajustó contra la pared de ladrillos del cobertizo. Aquel lugar le daba una situación privilegiada desde la cual observar... y atacar, si hacía falta.

Oyó pasos corriendo por aquel camino irregular. Gabriel encontraría abierta la puerta de atrás, pero Chandler no le dejaría entrar. En el momento

preciso le saltaría encima y lo tiraría al suelo.

Sacó su arma. No quería usarla, pero es posible que Gabriel fuera armado. Solo como último recurso, se dijo.

Una sombra se dirigió hacia la puerta trasera. Chandler se acurrucó, dispuesto a saltar.

La sombra oscura entró en el resplandor de la luz del porche.

—¿Teri?

Su voz la sobresaltó. Ella dio un salto hacia delante, rebotó en la puerta mosquitera y casi cae en los brazos de Chandler. Recuperando el equilibrio, se volvió hacia él. Habían pasado casi tres años. Se quedó parado un momento: seguía siendo igual de guapa: su piel caramelo y aquellos lunares oscuros en las mejillas que la hacían aún más atractiva. Su cara era tal y como la recordaba: como una flor de cerezo en primavera. Un rostro espectacular en plena floración, susceptible a cualquier súbito cambio, según el tiempo. Por su gesto, ahora parecía estar al principio de la primavera, en un día nublado que sabía Dios cómo podía acabar.

—¿Qué estás haciendo ahí escondido, en los putos arbustos? —soltó ella; los años no habían suavizado sus formas.

—¿Qué estás haciendo tú? —le chilló él—. ¡Casi te pego un tiro!

Solo medía algo más de metro sesenta (y con tacones), pero su voz imperiosa resonó con fuerza en el jardín.

—Me he quedado sin gasolina en el Camry. He tenido que hacer dedo los dos últimos kilómetros. He probado con el teléfono... —Hizo una pausa. Supuso que había intentado contactar con Mitch y no lo había conseguido—. La policía me ha parado un par de veces por el camino. ¿Es que parezco una asesina en serie o qué? —dijo, con una débil sonrisa.

Quiso entrar por la puerta de atrás.

—Quiero ver a los niños.

—No están aquí. Están en casa de mis padres.

—¿Cómo? —dijo Teri—. ¿Me estás diciendo que hay un asesino en serie suelto por ahí y que ni siquiera estás vigilándolos? Chandler, por esta mierda te dejé. Lo antepones todo a tu propia familia.

—No quiero discutir. Los niños están seguros.

—Sí, claro, lo van a estar.

—Déjalos en paz, Teri.

—No. Lo he dejado correr demasiado tiempo. Si no me los entregas ahora mismo, te llevaré a los tribunales.

—No son rehenes, Teri. Y no hay negociación que valga. No puedes obligarlos.

—No, no hay negociación. Es su decisión. Pero todo esto... —dijo, agitando la mano en el aire—, por este tipo de cosas quiero apartarlos de ti.

—Este tipo de cosas no suelen ocurrir.

—¿Dejarlos con tus padres? —Teri sonrió.

—No —dijo Chandler, negando con la cabeza—. Tener a un asesino..., a un sospechoso de asesinato suelto por el pueblo.

—Pero he oído decir que siempre están con Pete y Caroline la loca.

Chandler dejó pasar el insulto.

—Será mejor que no les pase nada porque tú me estás distraendo aquí.

—Si les pasa algo, será porque «tú» has dejado suelto al asesino.

Chandler la fulminó con la mirada. Una información que solo podía haber obtenido de su novio. Evidentemente, Mitch le había traicionado.

—Ventajas de tener un contacto dentro —continuó ella, sonriendo de nuevo y dándose unos golpecitos en la nariz.

Siempre le había parecido que la nariz de Teri era demasiado larga para su cara, aguda y prominente.

—Quédatelo y que te aproveche —dijo Chandler, que pasó junto a ella y entró en la casa. Lo único que quería era recoger sus notas e irse.

Mientras él metía la libreta y folios en una mochila, Teri entró en la casa.

—Qué desordenada está. Los niños estarán mejor teniendo padre y madre, ¿no crees? O sea, Mitch y yo.

Chandler no respondió. Tenía otras cosas más importantes de las que ocuparse. Metió sus notas en el coche, y ella intentó subir en el asiento del pasajero. Chandler mantuvo la puerta cerrada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Me voy contigo.

—Esto es un asunto policial. Vete andando. No está tan lejos.

Un placer pueril acompañó su respuesta. Una satisfacción íntima.

—Pensaba que decías que había un asesino suelto por ahí... —dijo ella, que se apartó de la puerta y pareció vulnerable.

La satisfacción se convirtió en ira. Ya le tenía atrapado otra vez. No podía dejar que la madre de sus hijos fuese andando sola por ahí, con Gabriel acechando. Le abrió la puerta.

—Entra. Pero guarda silencio.

Teri no prometió nada y se metió en el coche.

Al dirigirse a casa de sus padres, ella iba comentando que el pueblo no había cambiado, que seguía siendo una porquería. Levantaba las manos llena de ira y de frustración por tener que estar allí otra vez. Era un gesto primario, instintivo, que buscaba hacerse a sí misma más grande de lo que era. Sus ojos verdes relampagueaban, y enseñaba los dientes, dispuestos a la acción.

Chandler la dejó en casa de sus padres. A nadie le gustó la situación. Como siempre, Teri no podía modular el volumen de su voz y despertó a los niños, que corrieron a sus brazos. Chandler oyó que les decía que ella los protegería. Cuando Jasper preguntó de qué, Teri le dijo que del monstruo de las cosquillas, y le persiguió por la cocina. El padre y la madre de Chandler le miraron, en busca de una explicación. Su padre no hizo esfuerzo alguno por ocultar la escopeta. Chandler se limitó a decirles que tenía que irse.

A pesar de las numerosas órdenes de dispersarse, los reporteros se quedaron junto a la comisaría, intentando colarse dentro como si fueran zombis con algo de sensibilidad. Su equipo y los agentes locales iban pasando posibles pistas a Mitch. Él se comportaba con unas dotes de líder que Chandler jamás había mostrado. Incluso Nick y Luka trabajaban eficientemente bajo su dirección.

—¿Mitch? —dijo al entrar en su despacho.

Él hizo una mueca. ¿Otra vez? No le gustaba ese tipo de informalidades.

—Tengo que hablar contigo —dijo Chandler.

Mitch cogió unos papeles de los miles que tenía en el escritorio y fingió leerlos.

—Tengo una teoría sobre las víctimas —dijo Chandler, sin dejarse amilanar. Mitch volvió otra página con desinterés—. Los nombres de sus víctimas, están todos relacionados con la Biblia, de alguna manera. Sigue un patrón —añadió—. Mencionó que le habían decepcionado, de niño..., sus padres y la religión.

Durante un momento, Mitch siguió fingiendo que leía, hasta que al final se fijó en Chandler y agitó el puñado de informes ante su cara.

—Olvídate de tus teorías, sargento. Primero, comprueba esto.

—Tienes a un equipo para eso —dijo Chandler.

—Del que tú formas parte.

Chandler ahogó una risita.

—Como mucho estoy en el banquillo. Es el lugar que me has asignado —respondió. Por cierto, Teri ha llegado al pueblo, por si no lo sabías. Se ha quedado sin gasolina en el Camry y ha venido andando hasta casa. Ha dicho que ha estado intentando ponerse en contacto con su novio.

Dicho lo cual, Chandler fue hacia las celdas y se sentó junto a la de Heath. Quería confirmar algo con él.

—¿Señor Barwell?

No hubo respuesta. Al parecer, nadie quería hablar con él.

—¿Le pareció que Gabriel era un hombre religioso?

Sin respuesta.

—Piénselo bien, cuando le capturó... ¿Dijo algo que le pareciera fuera de lo corriente? Algo extravagante... ¿Rezó en algún momento? ¿Alguna oración? ¿Se santiguó? ¿Le mencionó a Dios o algo parecido?

—¿Qué más quiere que le diga? —respondió una voz cansada.

—Quiero que me responda a esto.

Hubo una larga pausa. Heath soltó una tos seca.

—Sí que habló de Dios —dijo con voz rasposa—. No recuerdo exactamente qué dijo.

—Por favor, señor Barwell..., Heath. Nos ayudaría mucho.

Un suspiro frustrado resonó a través de la rendija de la puerta.

—Recuerdo que dijo algo de que aquí la tierra estaba tan seca que Dios debía de haberla olvidado. De alguna manera, es como si estuviera furioso con ella. Pero también dijo que era hermosa. Como era en el principio, como lo era todo.

—¿En el principio?

—Sí.

Ahí estaba esa frase otra vez: «En el principio». ¿Qué principio? ¿El principio de su deseo de matar? ¿Era algo que sentía que tenía que hacer? ¿O bien le gustaba solo el principio? Capturar y conocer a su víctima... El asesinato sería simplemente algo que había que hacer, algo de lo que ni siquiera disfrutaba.

—¿Mencionó algo más sobre el principio?

Heath suspiró de nuevo.

—¿Su niñez, por ejemplo? Por cómo ha salido, no debió de ser muy buena.

Heath se detuvo ahí. Chandler había llegado a otro punto muerto.

—Pero sí que mencionó un sitio, dijo que era «el principio».

—¿Qué sitio? —preguntó Chandler, esperanzado.

—Pues no lo sé.

La voz de Heath se apagó. El momento de inspiración había pasado.

—Por favor, inténtelo —dijo Chandler.

—Sí, lo estoy intentando —replicó Heath, que parecía inquieto y furioso.

Chandler retrocedió. Un silencio absoluto se impuso en las celdas. ¿Había ido a parar a otro callejón sin salida?

—Singleton —exclamó Heath.

—¿Singleton?

—Sí —dijo Heath con voz temblorosa—. Lo mencionó un par de veces en el coche. Pensaba que se refería a algún lugar donde había estado, o a una granja que me podía dar trabajo... Pero me pareció un poco fuera de lugar. Siempre decía esa palabra con pasión. Era lo único que le alteraba.

—¿Y dijo que aquello era el principio?

—Sí, eso creo.

—¿Y qué dijo que era eso de Singleton?

—Pues no lo sé, la verdad. Un sitio, una granja, una persona... Y antes de que me lo pregunte, no sé de qué fue el principio.

Pero eso ya era algo.

Con el ordenador de Tanya, buscó Singleton. Un montón de resultados: un *software*, un whisky, unas cuantas personas famosas con ese apellido y otros vínculos que le invitaban a redes sociales y a webs de citas para solteros (*singles*). Eliminando todas las referencias a webs de citas y a gente famosa le quedó una ciudad en Nueva Gales del Sur, unas cuantas más en Inglaterra y en Estados Unidos, así como un enorme número de barrios residenciales, edificios e institutos australianos.

Aunque estaba al otro lado del país, habría que comprobar la ciudad al norte de Sídney, a orillas del río Hunter, en Nueva Gales del Sur. Sin embargo, lo que atrajo su atención era el suburbio en el extremo sur de Perth. Gabriel era de Perth, o eso habían deducido de su acento. Por la foto que tenía delante, no parecía más que un pequeño reducto fronterizo salpicado de bungalós destartados, unas cuantas casas y tiendas de artículos de primera necesidad. Era como la última avanzadilla de la civilización, una versión más verde de Wilbrook. El único edificio que tenía web era un orfanato. Hizo clic sobre ese vínculo.

La web era profesional. Las fotos del edificio le llamaron la atención. Era pequeño, casi diminuto, un edificio que parecía salido de las novelas de Harry Potter que tanto gustaban a Sarah. Le pareció que el diseño de la web y el ángulo de las fotos pretendían disimular sus imperfecciones.

Aunque era tarde, llamó al Departamento de Informática del Cuartel General en Perth. Le pusieron con la persona que estaba de guardia. Pidió que le enviara los registros de entrada del orfanato de los últimos treinta años.

Diez minutos después, un archivo de gran tamaño entraba en su buzón de correo. Sin embargo, no pudo abrirlo, como si el contenido fuera un gran secreto. Lo consiguió a la segunda. Buscó a Gabriel Johnson entre los

nombres. No obtuvo ningún resultado. Probó con Heath Barwell. Nada. Buscó el nombre de Seth, que dio un par de resultados que no llevaban a ningún sitio. Chandler tenía ante sí miles de registros acompañados de fotos, pero no se le ocurría por dónde empezar a buscar. Tenía una larga noche por delante.

Durante la primera media hora, no obtuvo ningún resultado: ninguna de las fotos se parecía ni de lejos a la imagen de Gabriel que tenía clavada en su cerebro. Al cabo de una hora mirando la pantalla, le empezaron a doler los ojos. Le costaba concentrarse. Continuó examinando los archivos mientras pensaba qué otro enfoque podía darle. Tenía que haber alguna conexión con «el principio», con la religión, con lo que había hecho que Gabriel fuera como era.

Chandler lo notaba en las tripas.

Υ

Una hora más tarde, cuando buscaba posibles alternativas, apareció esa foto en la pantalla. Le había pillado tan desprevenido que, automáticamente, había pasado un par de fotos más de niños huérfanos. Tuvo que volver atrás. La imagen que tenía delante era la de Gabriel, seguro. Era una versión más joven, con el pelo muy corto, cosa que acentuaba la delgadez de su cara. Más parecía el superviviente de un campo de concentración que un huérfano. Pero no cabía duda. Era él: David Gabriel Taylor.

El corazón de Chandler se aceleró al estudiar el archivo y las notas adjuntas. Se registraba algún brote ocasional de enuresis nocturna y estallidos emotivos bordeando lo violento. Pero, en realidad, solo era un chico joven y asustado que intentaba salir adelante. Por desgracia, su historial acababa tan abruptamente como había empezado. Asignaron a Gabriel a un hogar de acogida al cabo de solo seis meses. El nombre y la dirección de sus padres adoptivos estaba escrito en una columna a un lado: Dina y Geoffrey Wilson, de Glendon, en las afueras de Perth.

Chandler llamó enseguida al número de teléfono correspondiente.

—¿El señor Geoffrey Wilson? —preguntó.

—Sí, soy yo.

Esperaba tener que aplacar a un airado padre de familia a quien han despertado de su sueño, pero le sorprendió encontrarse una voz agradable, profunda, áspera.

—Soy el sargento Chandler Jenkins, de la comisaría de Wilbrook. Me gustaría...

—¿El sargento Jenkins de dónde? —le interrumpió el señor Wilson.

—Wilbrook, al norte, en el Pilbara.

—¿Y qué pasa por ahí? —preguntó el señor Wilson—. Quiero decir, ¿por qué me llama por teléfono? ¿A estas horas?

—Tengo que hacerle un par de preguntas sobre David Gabriel...

La voz ronca le interrumpió, desaparecida ya su cortesía.

—Conozco a Gabriel.

—Bien, pues tengo un par de...

—Yo..., nosotros no queremos tener nada que ver con él, sargento.

Aquella respuesta despertó su interés. Había oído roces en el otro lado, el sonido de un receptor a punto de colgar.

—Por favor, señor Wilson, solo un par de preguntas. ¿Ni siquiera quiere saber por qué le llamo? —Chandler esperaba despertar su curiosidad.

—No —respondió el hombre, firme—. Nosotros..., mi mujer y yo intentamos enseñarle a distinguir el bien del mal. Y él nos lo echó en cara.

—¿El bien del mal? ¿En un sentido religioso?

—Sí..., en un sentido religioso, sargento. —La voz sonaba tranquila, pero contundente.

—¿Así que son ustedes religiosos?

—Sí, lo somos. Y estamos orgullosos de ello —dijo el señor Wilson muy serio, como si hubiera alguna insinuación en la pregunta de Chandler—. Intentamos criarlo de la mejor manera posible, de la forma correcta. Sobre todo después de lo que le pasó a su familia.

—¿Qué pasó...?

—Un accidente de coche, sargento. Una experiencia horrible para el chico. Era tan pequeño... Pero creímos que se recuperaría. Queríamos enseñarle que a pesar de lo que le había enviado Dios, el Señor era bueno. Que le guiaría..., si se arrepentía de sus pecados y obedecía su palabra.

Chandler sintió escalofríos.

—¿Y cómo se lo enseñaban?

De repente, el señor Wilson se mostró reticente. Chandler se imaginó lecciones, deberes, sermones... o cosas peores. Algo bastante perturbador que podía convertir a un huérfano en un asesino. Debía de tener más cuidado.

—¿Cuándo se fue David... Gabriel?

—A los dieciocho —respondió con brusquedad; estaba deseando colgar—. Y no ha vuelto desde entonces. No queremos que vuelva. Convirtió

nuestra casa en una morada de maldad, sargento... De maldad. Como si fuera Sodoma y Gomorra, las prostitutas invadieron mi casa. Se paseaban por ella tan desnudas como Eva en el Jardín del Edén. Mi esposa y yo tuvimos que restregar los suelos y los muebles para limpiarlos.

Se oyó un roce en el auricular del otro lado. A Chandler le pareció que alguien sollozaba. Entonces oyó la voz de una mujer, Dina.

—Sargento, ha preocupado mucho a mi marido... Nosotros solo queremos olvidarnos de todo lo que hace referencia a ese chico. ¡El hijo del diablo! —dijo, y colgó.

Chandler se echó atrás en la silla, intentando asimilar todo aquello. En realidad, no tenía pistas o hilos de los que tirar. ¿Qué podía hacer? Sabía que en aquella casa había ocurrido algo. Unos padres adoptivos y fanáticos tratando de imponer sus creencias a un adolescente vulnerable que acabó desquiciado.

Chandler volvió a acorralar a Mitch con aquella nueva teoría.

Y casi lo consigue. De no ser por aquella llamada telefónica. Una de las centenares que recibieron para ofrecer información del sospechoso. Pero con una peculiaridad: quien llamaba era el mismísimo Gabriel.

Nick agitó las manos frenéticamente en el mostrador de recepción. Tapó el auricular y susurró:

—Es él.

La comisaría quedó en silencio. Todo el mundo sabía a quién se refería. Y nadie mejor que Mitch, que salió al momento de su despacho exigiendo que le pasaran la llamada a él directamente.

Los oficiales se reunieron en torno a la sala de reuniones, en lo que en tiempos fue el despacho de Chandler. Encorvado junto al altavoz, Mitch los miró a todos y cada uno de ellos.

—Quedaos muy callados. Hablaré yo —dijo, y se señaló con un dedo en el pecho.

La luz del teléfono empezó a parpadear. Era él. Mitch puso el teléfono en manos libres y apretó el botón.

—Señor Johns...

Gabriel interrumpió inmediatamente.

—Les llamo para hacerles saber que, de momento, he cambiado mi objetivo.

Mitch rápidamente se hizo cargo.

—¿Cambiar? —preguntó.

—En lugar de cincuenta y cinco, me voy a llevar noventa.

Hubo una breve pausa. Esperaban más información: quién, qué o por qué. Pero no dijo nada más.

Mitch rompió el silencio.

—Señor Johnson, tengo que pedirle que se entregue. Todavía no es demasiado tarde.

—Ya lo he hecho, inspector. Dos veces —le recordó—. Ahora tengo trabajo que hacer. Si va a evitar que me lleve a Heath, bueno, habrá otros igual de valiosos. —Su voz sonaba muy firme: creía en lo que estaba diciendo.

—¿Tiene algo que ver con la Biblia ese jueguito suyo? —preguntó Mitch.

La pregunta sonó vacilante. Aquello sorprendió a Chandler. En vez de hablar con determinación, parecía un escolar que tuviera miedo de que se burlaran de él.

—¿La Biblia? Eso es un poco vago, inspector.

Mitch parecía perdido, así que Chandler intervino:

—¿Y qué me dice de sus padres? De sus padres adoptivos, Dina y Geoffrey.

Mitch le fulminó con la mirada, pero no dijo nada. Tampoco oyeron nada al otro lado de la línea.

—¿Señor Johnson? —preguntó Mitch, todavía mirando con ira a Chandler.

Pero Gabriel había colgado.

Flo rompió el silencio.

—¿Qué quería decir con eso de que se llevaría noventa, en lugar de cincuenta y cinco?

Una pregunta dirigida a su jefe. La boca de Mitch se abrió y se cerró, esperando que alguien le rescatara, pero nada.

—¿Significa que ya ha matado o que va a matar a un montón de gente..., en algún sitio? —preguntó Tanya.

—Treinta y cinco personas más... —confirmó Luka.

En voz alta, parecía un número enorme. Como Mitch seguía sin decir nada, fue Chandler quien habló:

—Nick, ¿tenemos noticias de disparos o disturbios de algún tipo por radio?

—Nada —confirmó su oficial.

—Bien. Eso nos deja la posibilidad de que esté oculto en una de las granjas más lejanas, cerca de donde se le vio por última vez —dijo Chandler.

—Quizá —apuntó Tanya—. Pero en ninguno de esos sitios hay treinta y cinco personas... Dudo de que haya treinta y cinco personas viviendo unas cerca de otras en ningún sitio de por aquí.

Tenía razón. Para asesinar a treinta y cinco personas, Gabriel tendría que viajar a muchos sitios... y rápidamente.

—¿Será un farol? —preguntó Chandler.
—¿Con qué fin? —dijo Mitch, que por fin había recuperado la voz.
—Para hacernos correr por ahí como pollos sin cabeza.
—Ya ha matado a seis personas, sargento. Eso no ha sido ningún farol. Debemos considerar que tampoco ahora está tirándose un farol.
Otra vez el silencio se apoderó de la oficina.
—¿Alguna idea? —preguntó Chandler.
—Los Bolton y los East viven cerca unos de otros —gritó Nick desde el mostrador de la entrada—. Hay unos diez.
Tanya intervino también.
—Añadamos a los Carty y tendremos dieciséis, si se incluye a los perros.
—¿Y en los bares de la localidad? ¿O en el centro médico? —apuntó Flo.
—¿Qué centro médico? —farfulló Mitch.
—Anne Tuttle —respondió Tanya— me dijo que el reverendo estaba pensando en reunir a su congregación en la iglesia para rezar, a medianoche.
—¿Cuántos? —preguntó Chandler.
Tanya se encogió de hombros.
—No lo sé. Treinta o cuarenta sería lo normal, si se han asustado mucho por lo que está ocurriendo.
—¿Valdría la pena echar un vistazo? —preguntó Flo.
—Vale la pena echar un vistazo a todo —dijo Mitch—. No podemos dejar sin respuesta su amenaza.
—¿Y si es una distracción para librarse de nosotros e intentar una vez más asesinar a Heath? —apuntó Chandler.
Pensó en la multitud que estaba fuera y se imaginó a Gabriel esperando entre ellos a que se vaciase la comisaría.
—Tenemos que seguir esa pista, sargento.
—Y también tenemos que proteger a nuestro prisionero.
—Y lo haremos. No hay ninguna posibilidad de que Gabriel entre aquí.

Diseñaron un plan. La primera parada era la iglesia; luego, los bares locales; luego, las granjas de los Carty, los East y los Bolton. Después, se identificaron otras granjas en los alrededores con bastante gente: Toady Cook, Izzy Chelie, Old Ma Reisling, Mincey Aramanga y sus familias.

Chandler llamó al reverendo Upton. Lo despertó. El reverendo solía irse a dormir a las nueve. Algo molesto, confirmó que se había mencionado la idea de celebrar una oración de medianoche, pero que la mayoría opinó que lo mejor era que cada uno siguiera en su casa. Así pues, no había previsto nada

en la iglesia. Y podía estar seguro porque allí no ocurría nada sin que él diera su aprobación.

Enviaron tres dotaciones a los bares locales. Por su parte, Mitch llamó por teléfono a las granjas. Roxanne Carty respondió al segundo tono, enfadada porque la habían interrumpido en mitad de su programa de televisión favorito. Izzy Chelie gruñó al teléfono que no había nadie en su granja a quien él no hubiese invitado. En las demás no respondieron. Aunque el servicio telefónico podía considerarse algo defectuoso, aquel silencio era preocupante.

Mitch mandó unos coches a las casas de quienes no habían respondido; les dijo que pasaran también por la iglesia, para asegurarse. Las dotaciones corrieron a los coches, como en un juego de sillas musicales en el que nadie quería perder. Chandler apartó a un lado a Tanya y a Luka.

—Necesito que los dos os quedéis aquí. Por si vuelve a por Heath.

—Yo no quiero quedarme —dijo Luka.

—Pero tenemos que mantener... —empezó a decir Chandler.

—Agente, ¿por qué no ha salido aún? —le interrumpió Mitch, que recorrió la oficina y se frotó las manos, ansioso.

—Quiero que Luka se quede aquí —dijo Chandler—. Como protección.

—Y yo quiero que salga ahí fuera —replicó Mitch—. Como refuerzo.

—Yo quiero salir —rogó Luka, dirigiéndose hacia la puerta poco a poco.

Chandler vio que a su joven colega le podía la ansiedad. Parecía un niño pequeño a punto de rogar que no le dejaran de lado.

—Vete —dijo, y suspiró.

Luka no necesitó que se lo dijera dos veces y corrió a unirse a Flo. Chandler se volvió hacia Tanya.

—Yo me quedaré —dijo ella, con un gesto decidido.

—No se preocupe, tendrá compañía, Tanya —anunció Mitch—. Dejaré a Roper con usted —dijo, señalando a aquel agente tan alto y que parecía tan incómodo tras su pequeño escritorio.

Aunque se sentía fatal por dejar atrás a Tanya y a Nick, y pese a que le ponía enfermo la posibilidad de que aquello fuese una pista falsa, Chandler sabía que tenía que salir y dirigir la búsqueda en las granjas, para tranquilizar a los residentes más nerviosos y asegurarles que su propiedad estaba a salvo. Nadie del pueblo había sido asesinado. Y él haría todo lo necesario para que eso no cambiara.

Chandler condujo a Sun y a MacKenzie a la granja de Brian East por un camino descuidado y sin pavimentar, muy traicionero en la oscuridad. Al llegar a la puerta principal, apagó las luces y se detuvo. De la granja, que solo tenía un piso, surgía una única luz: la cocina o el salón. Estaba preocupantemente oscuro para ser una casa con seis dormitorios y cuatro niños de menos de doce años.

Al salir del coche, se estrujó las manos para contener su nerviosismo. Se le unieron sus dos colegas, que aparecieron entre la oscuridad vestidos completamente de negro. Debían inspirar confianza. Pero allí, entre la tierra y los graneros mohosos, resultaban muy llamativos.

—Quedaos pegados a mí —susurró Chandler—. Y mantened las armas enfundadas. Hay niños.

Se acercaron a la granja con cuidado, entre las zanjas y las verjas ocultas en la oscuridad. Chandler casi notó el sabor a tierra compacta al llegar al corral. El cloqueo apagado de las gallinas los recibió. Las habían despertado.

—Vosotros, id por los lados —susurró Chandler a los otros policías—. Mirad por las ventanas, pero no os asoméis por ellas para no asustar a los niños. Si algo os parece raro, nos reunimos otra vez aquí. ¿Entendido?

El rostro de Sun siguió tan inexpresivo como siempre. MacKenzie hizo un único gesto. Luego salieron, separándose a medida que iban pasando junto al tanque de gasolina y se iban apartando de la vista.

Chandler se concentró en la ventana de la cocina. Al acercarse, la luz residual del salón la iluminó lo suficiente para ver que estaba vacía y desordenada. Nada fuera de lo normal: platos en el fregadero, migas en la mesa.

Se deslizó por la parte lateral de la estructura de madera deteriorada y se acercó a la ventana del salón. Se armó de valor y lanzó una mirada dentro, esperando encontrar una escena típica: la de una familia reunida ante el televisor. No se vio decepcionado. Brian East estaba sentado en su sillón,

disputándose el espacio para los pies en el sofá con su mujer y sus dos hijos mayores. Pies descalzos luchando contra pies descalzos. El televisor los bañaba a todos en un brillo azulado que los mantenía amodorrados. Chandler respiró aliviado. Los East estaban bien. Encontrarlos vivos y de una pieza reforzaba aún más su teoría de que Gabriel les había dado una pista falsa. Chandler decidió no molestarlos.

De repente, Diane East miró a su marido, que se enderezó rápidamente, volcando la lata de cerveza en la alfombra. Habían oído algo. Chandler sabía qué era. Dio la vuelta por detrás. Al llegar, vio que Brian lanzaba un golpe a una figura de negro en el porche.

—¡Brian, Brian, soy yo! —gritó Chandler.

Brian echó atrás el puño y guiñó los ojos en la oscuridad.

—¿Quién es «yo»? —gruñó, arrastrando las palabras.

—El sargento Jenkins —respondió Chandler, que esquivó el puño de aquel exboxeador aficionado.

Sun y MacKenzie le apuntaban con sus armas.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí? —preguntó Brian.

Aunque estaba muy nervioso, Chandler se sintió un poco aliviado. Viniendo de Brian East, aquella respuesta era de lo más educado. Agitó la mano para que los agentes bajaran las armas, pero ninguno de ellos le obedeció.

—¡Apartad eso! —insistió Chandler, que esperó hasta que ambos, de mala gana, enfundaron sus armas.

La esposa de Brian, Diane, ya había sacado la cabeza por la puerta, sujetando a sus cuatro hijos.

—¿Quién es? —dijo.

—Volved adentro —dijo Brian.

Su familia no se movió.

Volvió a enfrentarse a Chandler, con una ceja peluda levantada: ¿qué estaba haciendo allí?

—Solo estábamos comprobando una cosa —le respondió Chandler.

—¿Comprobando el qué?

—Buscábamos a alguien.

—¿Y? —dijo Brian, atisbando en la oscuridad que los rodeaba.

—Nada. Podéis volver dentro y disfrutar de la velada.

Brian frunció el ceño; no estaba satisfecho. Sus ojos se entrecerraron, como si sospechara que la policía estaba detrás de algo.

—No os metáis en mis cosas —dijo.

—¿Qué encontraríamos, si lo hiciéramos? —La voz de Sun era musical... e inesperada.

—Nada —respondió Brian, con brusquedad.

—No vamos a andar fisgoneando —dijo Chandler.

Había poco que fisgonear. Lo importante es que Gabriel no estaba allí.

—Brian, pasa adentro —le ordenó Diane.

Pero a su marido le había entrado la curiosidad.

—¿Y quiénes son esos dos? —preguntó, señalando con la cabeza hacia Sun y MacKenzie.

—Nos están ayudando —se limitó a responder Chandler.

—Bueno, pues tienen suerte de que no les haya machacado la cabeza —gruñó Brian mientras retrocedía hacia la puerta.

Chandler le vio entrar y se volvió hacia los oficiales de Mitch.

—Les advertí de que no sacaran las armas.

—Él sacó el puño —respondió Sun tan tranquilo.

—Estaban husmeando en su jardín, en medio de la noche. Tienen suerte de que no tenga un arma.

—En ese caso, él también ha tenido suerte —replicó Sun, glacial.

Fue mucho más fácil en casa de Mincey. El propietario estaba esperándolos en el porche, disfrutando de un cigarrito a última hora de la noche. Los invitó a tomar una cerveza, a pesar de que era abstemio desde que le dejó su primera mujer. Respondió a las preguntas de Chandler con buen humor. No, no había visto nada fuera de lo normal. Bueno, su hijo menor, Wayne, había intentado salir por la ventana de la cocina porque le habían retado a hacerlo. ¿A que no era capaz? Pero, más allá de eso, nada. Ni coches, ni bicicletas, ni movimiento alguno. Al menos hasta que Chandler y compañía habían aparecido por allí.

Chandler llamó y recabó noticias de Nick sobre las otras búsquedas. Sin novedades. Las granjas, los bares, la sala adjunta de la iglesia, incluso la iglesia misma. Todo estaba tranquilo. Gabriel no estaba por ninguna parte.

Las diferentes dotaciones se reagruparon en la comisaría.

Mitch iba de un lado a otro, nervioso.

—Quiero que se comprueben todas las demás granjas, por si acaso alguien está retenido como rehén. O por si se ha quedado a pasar la noche allí.

—Eso nos tendrá ocupados hasta mañana por lo menos —le advirtió Chandler.

—Ya lo sé.

—¿Y cómo quiere que se haga, inspector? —preguntó Luka.

A Chandler le molestaba cómo trataba de complacerlo. En solo un par de días, Mitch había conseguido domar a ese caballo salvaje.

—Igual que con todo —dijo Mitch—. Empezad por el principio.

«Empezad por el principio». Otro recordatorio de la nota que habían encontrado en la cabaña: «En el principio se les dio nombre».

Mientras Mitch pronunciaba una arenga para motivarlos, diciendo que debían redoblar sus esfuerzos, Chandler recordó lo que Gabriel había dicho por teléfono: iba a matar a noventa. Posiblemente quería que les entrara el pánico y abandonaran la comisaría; así dejarían a Heath expuesto. Pero lo había dicho con tal aplomo que a Chandler le pareció que ese tipo lo tenía todo bajo control. Gabriel había hablado de que quería matar «noventa». No era el total de muertes..., sino que hablaba de ese número en concreto...

—Gabriel dijo que iba a matar noventa... —dijo Chandler en voz alta, interrumpiendo a Mitch que había cogido velocidad en su arenga.

—Ya lo sabemos, sargento. Estamos intentando evitarlo —respondió, más exasperado que furioso.

—No. Dijo que iba a matar... noventa. Al número noventa. Heath lo mencionó en su declaración. El asesino le dijo que iba a ser el número cincuenta y cinco. Lo hemos estado tomando como si Heath fuese la víctima número cincuenta y cinco, pero ¿y si él fuera «el número cincuenta y cinco»?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mitch, frustrado.

—Bueno, si ha matado a cincuenta y cuatro personas, ¿por qué solo hay seis tumbas..., y ocho nombres en la lista? ¿Y si, en realidad, lo que busca es el nombre, como si el nombre de Heath estuviese en una lista?

—¿Qué lista? —dijo Mitch, impaciente—. ¿La que estaba en la cabaña?

—Sí. O bien otra lista, en algún otro sitio.

—Eso no nos ayuda mucho, sargento. Vuelve cuando tengas...

Pero Chandler continuó:

—Heath mencionó que Gabriel dijo: «En el principio se les dio nombre». ¿En el principio de qué?

—Yo creo que te estás acercando al final, sargento —escupió Mitch—. Al final de tu carrera.

Chandler lo ignoró y miró a sus compañeros.

—Tendría que ser el principio de algún libro —dijo Tanya.

—¿Qué libro?

Más miradas desconcertadas. Algunos de los policías hablaron entre sí. No sabían si dudar de su teoría o de su cordura.

Y entonces a Chandler se le ocurrió la respuesta.

—El Génesis. El principio de la Biblia. Una lista de nombres.

Se volvió hacia Tanya, pero ella ya había sacado la Biblia de tapa dura y negra que guardaba en el cajón de su escritorio, un ejemplar muy manoseado, pero que seguía de una sola pieza. La abrió por el principio: el Génesis. Las primeras páginas revelaron una lista de nombres.

—¿Cuál es el número cincuenta y cinco? —preguntó.

Ella contó. Los policías empezaron a arremolinarse alrededor. Chandler por fin había captado su atención, más allá de lo que Mitch pudiera decir.

—¿Cuál es? —preguntó Chandler, impaciente.

—Espera un... —dijo Tanya. Asintió con la cabeza, como si estuviera contando los últimos. Levantó la vista y le miró—. Es Heth.

Chandler miró a Mitch. Por fin parecía comprenderlo. Ese nombre. Sus labios parecieron volverse aún más azules.

—Adán, Seth, Eva... —dijo, pronunciando los otros nombres de la lista que habían encontrado en la cabaña.

—Adán, Seth, Eva...

Tanya examinó las páginas. Otra espera angustiosa.

—Todos están ahí, de alguna manera.

—Jared, Sheila, Noah...

Ella asintió de nuevo.

—¿Y cuál es el número noventa? —preguntó Chandler.

—Espera... —dijo Tanya, que contó en voz alta. Finalmente tuvo la respuesta—. Es Sarai —dijo, pronunciando la i.

—¿Tenemos a alguien que se llame así? —exclamó Mitch, dirigiéndose a Chandler y su equipo.

Tanya y Luka negaron con la cabeza.

—¿No hay ningún niño con nombre raro? —añadió, esperanzado.

Chandler no respondió, cogiéndole la Biblia a Tanya.

Entonces recordó algo que había aprendido cuando estudiaba la Biblia en el colegio. Pasó las páginas y encontró lo que buscaba. Un escalofrío recorrió su espalda. Como pudo, dijo:

—Cuando se le anunció el nacimiento de su hijo Isaac, Sarai fuera rebautizada como Sarah.

Chandler salió de la oficina sin decir una palabra y sin apenas escuchar a Mitch, que chillaba pidiendo una lista de todas las Sarai, Sara y Sarah de la ciudad y de los alrededores.

Corrió por la puerta delantera y apartó a los reporteros, saltó a su coche patrulla y salió a toda velocidad. Al doblar la esquina de Beaumont llamó al móvil de su madre. Probablemente no había por qué preocuparse, se dijo a sí mismo. Otra pista falsa. Ese hijo de puta les estaba haciendo correr en círculos. Y esta vez Chandler estaba en el lado sin filo del cuchillo. El teléfono siguió sonando. Con cada tono sin respuesta, su pánico se multiplicaba.

Cuando llegó a Prince, el eje delantero derrapó en el asfalto. ¿Dónde demonios se había metido esa mujer?

Al décimo tono, respondieron.

—¿Mamá? —preguntó Chandler, aliviado—. ¿Estás...?

—Prueba otra vez —dijo Gabriel, con una voz suave y satisfecha.

Casi estrella el coche en una farola. Apenas pudo recuperar el control del coche.

—¿Gabriel?

—Eso es.

—¿Qué ha hecho?

—Nada —dijo, inocente.

—Será mejor que no les haga ningún daño —le advirtió Chandler, que apretó el acelerador: los árboles, los coches y su vida pasaban a toda velocidad.

—Están sanos y salvos.

—No haga nada —advirtió Chandler.

—Ni usted tampoco —dijo Gabriel—. Y ni se le ocurra informar a Mitchell o a alguno de los demás.

—No les haga daño —rogó Chandler, acelerando por Mellon.

La carretera era apenas un borrón. No podía dejar de imaginarse la casa de sus padres y lo que podía estar ocurriendo allí. Negó con la cabeza para deshacerse de la imagen.

—A lo mejor llega demasiado tarde —dijo Gabriel.

—Déjeme hablar con ellos —suplicó Chandler.

Intentaba ir lo más deprisa posible, pero estaba todo demasiado oscuro y había demasiadas curvas en la carretera.

—Hablará con ellos otra vez... si hace lo que le digo.

—No se atreva... —soltó Chandler, sin poder contener su ira. Los neumáticos chirriaron al dar la vuelta en Greensand—. ¿Qué quiere?

—Un intercambio.

—¿Qué quiere decir con eso de intercambio?

—Un intercambio, sargento —dijo Gabriel—. Heath por su hija. Por Sarah.

Al principio, le costó entenderlo. ¿Qué significaba eso de Heath por Sarah? No, no. Eso no podía ser.

—No soy muy partidario de matar a niños, a menos que sea absolutamente necesario —dijo Gabriel—. Por supuesto, como es católica, ella nació pecadora. Pero, bueno, no puedo echárselo en cara antes de que tenga una oportunidad de redimirse.

Chandler no supo qué responder. Su cabeza iba a mil por hora. Al final invadió una acera y derribó un cartel de «Se vende», cuya madera crujió al partirse.

—¿Todavía está ahí, sargento? —dijo Gabriel.

—Yo...

—Es una decisión bastante sencilla, ¿no le parece? —dijo Gabriel—. No es como esa gente enterrada en la colina o como un tipo como Heath. Esto significa algo para usted. Usted es un padre de familia, un «policía», no un psicólogo. Nada más, ¿verdad?

Chandler intuyó que tenía que mantener a Gabriel al teléfono. Un par de minutos bastaría.

—Dese prisa, sargento. Tome su decisión.

—Necesito tiempo.

—¿Tiempo para qué? —Esa voz suave y burlona—. Es una decisión muy fácil. Sus hijos..., carne de su carne, sangre de su sangre, a cambio de un desconocido. De un hombre que ni siquiera le gusta. De eso no me cabe duda.

Era cierto. Aunque era una víctima inocente, nada en los modales de Heath despertaba su simpatía. Nada indicaba que fuera una buena persona, alguien que merecía salvarse. Pero ¿quién era él para juzgarlo?

—Necesitaré algo de tiempo.

—¿Para decidir algo tan sencillo como esto? No me sorprende pues que no pudiera atraparme...

—No. Necesitaré tiempo para sacarlo.

Chandler estaba en Howe Street. Sesenta segundos y tendría rodeado a Gabriel. Le volaría la cabeza, si era necesario.

—Tiene una hora.

—No, espere... —dijo Chandler.

—Y si me encuentro con algún policía local, estatal, militar o con ese exsocio suyo, me limitaré a matarlos. Y punto. Ya lo ve, Chandler, ni Dios, ni la policía, ni las personas inocentes pueden impedir que el diablo haga su trabajo.

—Quiero saber que están bien.

—Y lo sabrá. En cuanto me traiga lo que le he pedido. Y recuerde: venga solo. Le diré adónde. Sé que sabe orientarse en los bosques.

Chandler ya estaba en Crowe Street, acelerando hacia la luz del porche.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Chandler.

Pero Gabriel había colgado.

*F*renó junto a la acera con una sacudida que amenazó con arrojarlo a través del parabrisas. Al salir del coche, sacó el arma. Le dio vueltas a las palabras de Gabriel: las amenazas y ciertas frases que aquel demente parecía asumir que él entendería. Había insinuado que Chandler no se preocupaba por las víctimas, que seguía adelante como si tal cosa después de que terminaran los casos.

«Es usted un padre de familia, un policía, no un psicólogo. Nada más, ¿verdad?».

Además, sabía que Mitch había sido compañero de Chandler. Pero ¿cómo? ¿Había oído algo en la comisaría? ¿O es que resultaba totalmente obvio? ¿O lo había adivinado? No podía ser alguien a quien hubiesen arrestado antes. Chandler lo sabía por la fecha de nacimiento en los registros del orfanato. Gabriel era demasiado joven para ser uno de los suyos, de cuando él y Mitch trabajaban juntos. Quizá hubiese mentido sobre su edad, para que cuadrara con la de Heath..., para ayudar a que su historia encajara con la de su víctima. También existía la posibilidad de que Gabriel fuese alguien a quien Mitch hubiese perjudicado en Perth..., pero entonces ¿por qué aparecer allí e implicar a Chandler y a su familia?

Echó un vistazo por la ventana. La luz estaba encendida, pero su padre no estaba de guardia. El salón estaba vacío; la televisión, apagada; el piano del rincón, en silencio. Todo parecía normal. Tal vez Gabriel no estuviese allí después de todo. Puede que la llamada telefónica hubiese sido un juego enfermizo de un hijo de puta para despistarlos a todos. Sobre todo a él. Sin embargo, aquella esperanza pronto se desvaneció. En su lugar, cuando Chandler abrió la puerta principal y entró en la casa, sintió miedo.

El salón estaba vacío. Sus pasos resonaban en el suelo de madera. Contuvo las ganas de llamar a sus hijos. No quería que Gabriel supiera que había llegado.

Pistola en mano, fue hasta la cocina. En su imaginación, escenas sangrientas y terroríficas. Sin embargo, no vio nada: ni señales de lucha, ni salpicaduras de sangre, ni gemidos moribundos. Pero si allí no había..., ¿eso sería una buena señal o todo lo contrario?

Respiró hondo y dobló la esquina. Atado en el suelo a los armarios de la cocina, luchando por soltarse, vio un bulto. Era Teri. Estaba amordazada y agitaba las piernas tratando de ponerse en pie. Su mirada era de auténtico pavor. Chandler siguió su mirada hasta un rincón más alejado a la derecha. Dos siluetas sobre el suelo: sus padres. Estaban atados. Y su padre sangraba por la cabeza. Corrió hacia ellos.

—¿Estáis bien? —les preguntó.

Su madre asintió. Su padre gimió de dolor.

Echando una rápida mirada por encima de su hombro, preguntó:

—¿Aún está aquí?

Su madre negó con la cabeza. Chandler los desató. Ella se quitó la mordaza sola.

—Se los ha llevado —dijo, jadeando.

Se lo esperaba. Pero, aun así, dolió. De repente notó que sus extremidades estaban entumecidas, como si la sangre hubiera desaparecido de ellas.

—¿A los dos? ¿Adónde?

—No lo sé —sollozó su madre.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Media hora. Se ha llevado mi teléfono. Tu padre ha intentado detenerle, pero...

Chandler le quitó la mordaza a su padre.

—Lo siento, hijo —dijo el hombre, guiñando los ojos de dolor.

—¿Les ha hecho...?

No pudo terminar la frase.

—No, solo se los ha llevado. Nos ha advertido que te dijéramos que no podemos decirle nada a la policía.

Desde detrás llegó un gemido ahogado.

Chandler fue hacia Teri y la desató. En su cara vio su propia preocupación. Esperaba un torrente de insultos. Sin embargo, le echó los brazos al cuello y lo abrazó muy fuerte. Hacía años que no estaban tan cerca. El miedo los había unido.

Los llevó a casa de uno de sus mejores amigos, que estaba a unas pocas calles. Su padre dejó la escopeta de mala gana, para no levantar sospechas, y

tuvo que convencer a su madre y a Teri de no recorrer las calles en busca de Sarah y Jasper. Esta vez los periodistas se retiraron cuando él entró como una tromba en la comisaría.

Esperaba encontrar la comisaría en plena ebullición, pero estaba casi vacía. Vio a Nick detrás del mostrador, sin hacer caso del teléfono, que no paraba de sonar.

—¡Sargento!

Chandler asintió una sola vez y se llevó el dedo a los labios.

—¿Dónde está todo el mundo?

Nick hizo clic con el ratón.

—En casa de Pete Stenzl. Tom DeVrai ha llamado diciendo que habían visto luces en la cabaña de Old Pete, y que se oían gritos. Creen que alguien se ha escondido allí.

—Quizás haya algo —dijo Chandler—, pero no es Gabriel.

Nick parecía confuso.

—¿Y cómo lo sabe?

Chandler calló un momento. No había necesidad de revelar lo que sabía.

—Solo es una suposición. Probablemente, Pete tenga allí un par de vehículos robados. Los gritos podrían ser el taladro funcionando.

Nick asintió.

—¿Me ha preguntado dónde estaba?

—¿Mitch?

—Sí.

—¿Y qué le has dicho?

—Que había ido a comprobar que su familia estaba bien.

Chandler dio unas palmaditas en el escritorio: respuesta correcta.

—Iba a enviar un coche para comprobar que Sarah y usted estaban bien, si no volvía —continuó Nick.

A Chandler le costaba respirar. No necesitaba que hubiera policías rondando por su casa y preguntándose por qué estaba vacía.

—Todos están bien. No hay necesidad de molestar a los niños. Están durmiendo. —Esperaba que colase. Por si acaso, cambió de tema—. ¿A quién tienes vigilando a nuestro prisionero?

—Allí —dijo Nick, señalando a Roper y Flo, que trabajaban en sus respectivos teclados.

A dos podía manejarlos.

—¿Y el prisionero está bien? —preguntó Chandler, elevando la voz, para que pudieran oírlo.

Roper respondió, pero no apartó los ojos de la pantalla.

—Quejándose, como de costumbre.

—Cree que deberíamos tener a más policías custodiándolo —dijo Flo, concentrado en la pantalla.

—Dice que es un VIP —apuntó Nick—. Insiste en que tenemos que protegerlo a toda costa.

—Por eso tendremos que trasladarlo —dijo Chandler.

Flo levantó los ojos de la pantalla. Arrugó la frente, suspicaz.

—No nos han dicho nada de eso, sargento —dijo, desconfiado.

—Fue tu jefe quien lo ordenó —respondió Chandler, que clavó la mirada en aquellos dos policías, intentando sonar autoritario.

—¿Trasladarlo adónde? —preguntó Roper, de pie junto al escritorio.

Su tamaño imponía, pero algo en su postura sugería que aún no se había recuperado del ataque de Gabriel. No del todo. Si la cosa acababa en una pelea a puñetazos, Chandler tendría alguna oportunidad. La cosa estaba al cincuenta por ciento.

—¿No está seguro aquí, sargento? —añadió Nick, preocupado.

Si alguien era capaz de darse cuenta de que había algo raro en el comportamiento de Chandler, ese era Nick.

—Creemos que Heath ya no es un objetivo —respondió Chandler, que se dirigió al armario de la pared para recuperar las llaves de la celda—, pero no nos hace demasiado felices que Gabriel sepa dónde está. Podría cambiar de opinión. El nombre Heath todavía sigue en su lista.

Flo asintió.

—Debo llamar al inspector para confirmar esto.

Chandler hizo una pausa buscando una excusa para evitarlo. No se le ocurrió nada.

—Adelante —dijo Chandler.

No podía hacer nada más que cruzar los dedos y esperar que Mitch estuviera fuera de cobertura en la gran Stenzl.

Intentando aparentar seguridad, continuó con el plan. Cogió las llaves del armario y fue hacia las celdas. En ese momento, él estaba al mando. Aquella seguía siendo su comisaría. Al menos, hasta que hiciera lo que tenía pensado.

Heath recorría su celda. La cara roja y redonda estaba aún más sudorosa. La tenía cubierta por una capa gruesa e impenetrable de grasa.

Chandler intentó calmarse. Abrió la celda.

—¿Lo tienen? —preguntó Heath, esperanzado.

Chandler negó con la cabeza. Heath lanzó un taco y miró a su alrededor, quizá buscando algo blando en la celda para darle una patada.

—Pero la cosa va bien... —dijo Chandler.

—¿Qué es lo que va bien? —escupió Heath. A aquellas alturas nada podía tranquilizarlo—. No me dejarán salir hasta que le hayan cogido. O él me coja a mí.

Chandler rechinó los dientes. Necesitaba que Heath estuviera tranquilo, que le hiciera caso.

—Se ha centrado en otro objetivo —dijo con un tono tan plano como el de Flo.

Heath se detuvo. Aquello sí que había captado su atención.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Me está diciendo la verdad?

Chandler asintió.

—Bien. Gracias por todo, ¡joder! —dijo, sonriendo.

Chandler no le devolvió la sonrisa. Tenía un plan y, dijera lo que dijera aquel tipo, seguiría adelante con él.

—Que sufra algún otro pobre mamón —añadió Heath.

Chandler contuvo su ira.

—¿Entonces puedo irme? —preguntó finalmente.

—No.

—¿Qué quiere decir? ¿No puedo? —explotó Heath.

—No podemos descartar la posibilidad de que se esté tirando un farol. Ya lo ha hecho antes. Podemos esconderle en un lugar más cómodo. Un hotel. Con todos los gastos pagados.

Esa era su baza para negociar: comida basura después de dos noches en una celda vacía.

Heath dudó. No es que fuera una gran oferta, pero...

—Cualquier cosa es mejor que este agujero de mierda.

Chandler lo condujo hacia la oficina. Tanto Roper como Flo estaban al teléfono. Intentando contactar con su jefe.

—¿Has conseguido hablar con él? —preguntó Chandler, intentando controlar los nervios.

—No, pero... —respondió Flo.

—Voy contigo —dijo Roper, que caminó hacia ellos, cojeando ligeramente.

Chandler negó con la cabeza.

—No. Nadie salvo vuestro jefe y yo tiene que saber dónde estará.

Hizo un gesto a Heath para tranquilizarlo. Lo único que quería era largarse. Cada segundo de más, aumentaba las posibilidades de que Flo contactara con Mitch.

—Seguridad extra —dijo Roper.

—No creo que Mitch quisiera perder a un miembro valioso de su equipo para hacer de niñera.

—¡Eh! —protestó Heath.

—Ya sabe lo que quiero decir —respondió Chandler.

—No debería transportarlo solo —dijo Roper—. Vamos siempre en parejas.

—Normalmente estaría de acuerdo —replicó Chandler—. Pero, como te he dicho, esto tiene que permanecer en secreto. Es lo más importante. —Miró a Flo. Llevaba los auriculares puestos y estaba tecleando y marcando el número de su jefe de nuevo.

—Ese tío tiene razón —dijo Heath, señalando a Roper—. No quiero salir de aquí solo.

Chandler sopesó las opciones. Aquello se estaba torciendo.

—Vale —dijo, señalando a Roper—. Ven conmigo.

Roper miró a Flo y atravesó la habitación hacia Chandler. Ojalá la fuerza de ese hombretón hubiera quedado debilitada tras el ataque de Gabriel. Cuando Roper pasó a su lado, Chandler se sacó las esposas del cinturón y se las puso en las muñecas. En la décima de segundo que tardó en reaccionar, Chandler había cerrado la otra parte de las esposas en torno a la muñeca de Heath.

—¿Qué demonios...? —dijo Heath.

Parecía tan confuso como Roper. Entonces Chandler sacó la pistola y golpeó al policía en un lado de la cabeza, precisamente donde lo habían herido. Roper cayó al suelo hecho un guiñapo y, en su caída, arrastró a Heath.

Chandler se volvió hacia Flo. Ella los miró, a él y a su compañero, tendido en el suelo. Se llevó la mano a los auriculares. ¿Habría respondido Mitch? Chandler se acercó a ella, que sacó su pistola. Chandler le golpeó en la mano y el arma resbaló por el suelo. Inmovilizó a la agente con una llave de cabeza y la arrastró hasta las celdas, como si fuera un preso que estuviera causando problemas. La agente intentó resistirse, pero al cabo de unos segundos la había arrastrado hasta la celda que hasta hacía unos momentos había ocupado Heath. Cerró la puerta tras ella, mientras Flo se arrastraba por el suelo, insultándolo.

Al volver a la oficina, vio que Nick había dejado su escritorio y estaba de pie, delante de Heath (completamente aterrorizado) y de Roper, que estaba tirado con la cara contra el suelo.

—¿Sargento? ¿Qué está haciendo? —preguntó Nick, con las manos en los costados.

Su voz sonaba confusa, débil.

Ningún entrenamiento le había preparado para aquello.

—¡Se ha vuelto loco, por el amor de Dios! —respondió Heath, intentando moverse, pero incapaz de llegar muy lejos con el peso muerto de Roper unido a su muñeca—. ¡Deténganle! ¡Mátenle! Es un enfermo, como ese hijo de puta...

—Sargento —rogó Nick—. Deje esto...

Chandler se adelantó.

—Nick, no puedo explicártelo ahora. Tengo que hacerlo. —Cerró ambos puños. No quería hacer daño a su joven colega. No quería hacer daño a nadie.

—Puede arreglarlo —suplicó Nick—. Sea lo que sea...

—Sí, arréglole, joder —añadió Heath, todavía luchando por soltarse las esposas que rodeaban su muñeca.

Chandler se sentó en la silla más cercana y tomó aliento con fuerza. Por el rabillo del ojo, vio que Nick se acercaba a él.

—Sea lo que sea, lo solucionaremos —dijo su agente, que parecía tan asustado como Chandler—. Llamaremos al inspector y a los demás y encontraremos a ese tío. No es culpa suya que haya escapado. Hemos hecho todo lo que hemos podido.

Nick estaba de pie, justo a su lado. Chandler le esperaba. El chico apoyó una mano amistosa sobre su hombro.

Chandler se puso en pie de un salto, cogió la mano de Nick y la retorció detrás de la espalda del joven: su cara Nick aplastada contra la dura mesa de plástico, gritando de dolor.

—Lo siento, Nick.

Se inclinó hacia él y lo condujo hacia las celdas. Lo dejó en la de en medio. Dos celdas ocupadas, quedaba solo una.

—Sargento... Chandler... no haga esto —rogó Nick.

—Si no nos suelta ahora mismo, lo despedirán. Lo meterán en un calabozo como este —dijo Flo desde la celda más lejana.

Chandler ignoró sus súplicas. Heath chillaba pidiendo ayuda y reptaba hacia la puerta delantera, arrastrando con él a Roper, que seguía inconsciente.

Cuando Chandler llegó hasta él, dejó de reptar y asumió una postura defensiva.

—¿Qué es lo que quiere? —suplicó—. ¿Está trabajando con él?

Chandler casi no pudo contener su enfado. Le frustraba no poder explicar que no se había vuelto loco. Que tenía un plan.

—No, no trabajo con él.

—Entonces ¿qué cojones está pasando?

Chandler abrió las esposas de la muñeca flácida de Roper y la enganchó a las tuberías de la pared.

—Quería salir de la celda, ¿no?

—No así. Quería que me soltaran, no que me cogiera como rehén otro psicópata.

Chandler arrastró a Roper por el suelo y lo metió en la última celda. Se levantó otro coro de súplicas por parte de Nick: le pidió que no cometiera ninguna estupidez.

Demasiado tarde.

Cuando Chandler dejó las celdas y se acercó a Heath, se le ocurrió una idea. Gabriel sabía que Mitch y él se conocían de antes... Por lo que había insinuado, sabía que habían buscado en la colina hacía muchos años. Pero ¿cómo podía haberse enterado de esos detalles? ¿Quién demonios se lo habría dicho? ¿Uno de sus colegas de por aquel entonces? ¿Uno de aquellos mercenarios locos? ¿Alguien de la familia?

«La familia».

Ese nombre colectivo e impersonal.

Chandler intentó recordar sus nombres. Se avergonzó de que no le vinieran a la mente de inmediato.

Poco a poco, llegaron a su recuerdo, haciéndose espacio en aquel torbellino de pensamientos que nublaban su mente. Arthur, aquel anciano corpulento, que trabajaba de contable y que hizo tantos esfuerzos para recorrer esa tierra baldía durante semanas. La madre, Sylvia. Una mujer rica y orgullosa, que al final se derrumbó. Y su hijo menor. Recordaba que llevaba el pelo largo y lacio. Pero Chandler había perdido la memoria de su nombre, igual que el hijo mayor de la familia se perdió en las tierras salvajes. En su recuerdo, había quedado como «el chico». Allí estaban todos. A pesar de que había intentado olvidarlos, seguían en su memoria.

Aquellos días dormían latentes en su mente. Los recuerdos volvían una vez más a la superficie. En realidad, aunque quisiera, no podía olvidar todo lo que había pasado.

2002

La comunicación matutina por radio instó a Chandler y Mitch a redoblar sus esfuerzos para persuadir a la familia de que detuvieran la búsqueda. Habían pasado veinticinco días, y nada. Los de arriba pensaban dos cosas: Martin había desaparecido sin dejar rastro y, con toda probabilidad, estaba muerto. Eso sí, no se lo podían plantear a la familia de ese modo.

Mitch estaba totalmente de acuerdo. Tenía el rostro y los brazos quemados por el sol, los pies llenos de ampollas y los tobillos repletos de hematomas por las numerosas colisiones con tocones de árbol y rocas. Se quejó del tiempo que llevaba ahí fuera, recorriendo kilómetros y kilómetros hasta cocerse. Y todo por intentar dar con una persona a la que no conocía y que, francamente, le importaba un bledo.

Después llegó el ritual matutino. Primero el grupo de oración, al que Chandler se había unido por no contrariar al anciano. Luego, pagar a aquellos mercenarios, que se apelotonaban en torno a Arthur, que casi babeaba mientras lo hacía.

Mitch hizo una seña a Chandler, que se estaba calzando las botas como podía para no hacerse más daño con las ampollas.

—¿Vas a dejar que le sigan estafando? No hay ninguna posibilidad de encontrar al chico.

Mitch lo estaba provocando. Lo sabía. Aun así, Chandler no se pudo contener.

—No lo entiendes, Mitch: tienen esperanza. Siempre tendrán esperanza.

—Esperanza sí..., pero posibilidad, ninguna.

—Tú tampoco te rendirías si fuera alguien de tu familia.

—«Nadie» de mi familia es tan estúpido ni tan suicida como para irse por ahí él solo.

—Quizá fue un accidente —dijo Chandler, aunque no lo creía.

Mitch levantó una ceja.

—Sabes perfectamente que no ha sido un accidente. Nadie puede alejarse tanto por accidente. —Señaló a cada lado del sendero por el que cruzaban el terreno yermo. A medida que avanzaban, cada uno iba buscando un camino nuevo—. Podría estar en cualquier parte, a dos metros de nosotros. Y nunca lo sabríamos. Mira, aunque por algún extraño milagro todavía estuviera vivo, cuanto más tiempo pasa sin encontrar nada, más probable es que no lo encontremos nunca. Quizás haya vuelto a casa y nos esté esperando.

—De ser así, se hubiera puesto en contacto con nosotros, ¿no crees?

—A lo mejor disfruta de toda la atención que le estamos prestando. Puede que sienta un enfermizo placer por toda esta atención. Sus quince minutos de fama. A lo mejor no soporta a su familia. Tal vez esta sea su venganza. Puede que les quiera hacer daño, igual que se lo han hecho a él.

—Tus teorías son igual de disparatadas que las tuyas —replicó Chandler, que le hizo una seña al adolescente de Murray River para que se metiera el dinero en efectivo en los calcetines. Eso sería más seguro.

—Cuando la fuente se seque, todos esos mercenarios se marcharán por donde han venido. Quizá sea hora de decírselo a la familia.

Mitch gritó la orden de que todo el mundo se pusiera en marcha, mientras Chandler pensaba en sus opciones. Sabía que Arthur le escucharía si le dejaba bien claro que su hijo ya no volvería. Pero ¿era capaz de hacerlo? ¿Podía quitarle esa última esperanza? Además, ¿qué sería de su familia entonces?

Υ

Al final, Linda Keeler y la falta de dinero lo precipitaron todo. El vigésimo séptimo día tras la desaparición de Martin, Linda ocupó los titulares de prensa. Aquella joven y bella ama de casa salió por la puerta delantera de su casa en las Blue Mountains vestida con el traje de novia y unas zapatillas deportivas. Su marido la había dejado por una compañera de trabajo. Entonces la mente de Linda decidió que también era hora de partir. Al cabo de poco, se organizó su búsqueda. Como su afligida familia poseía el segundo negocio de transportes más grande de toda Nueva Gales del Sur, los pocos mercenarios que aún quedaban abandonaron la búsqueda de Martin, camino de pastos más verdes. No hubo disculpas ni adioses; simplemente, se largaron. Todos menos el adolescente de Murray River, que antes de irse se

despidió de Chandler algo avergonzado. Pero él no sintió pena al verlo partir. A medida que avanzaba la búsqueda, se había dado cuenta de que aquel chico tenía más de timador que de *bushman*.

A pesar de que ya habían alcanzado los cuarenta grados y que estaban exhaustos, mental y físicamente, el grupo reanudó la marcha. Ya solo quedaban cuatro personas: Chandler, Mitch, Arthur y su hijo.

Arthur corría por el monte como una roca que cae rodando por una pendiente. Sabía que el tiempo se le agotaba. Chandler tuvo que estirar de la camisa al anciano, que cada vez estaba más flaco y menos sano.

—Arthur...

—¿Qué? —preguntó el anciano, que intentó soltarse, como un niño castigado.

—No se separe de nosotros.

Arthur se soltó de las manos de Chandler y siguió su camino. Lo miró unos segundos: su rostro, rojo y quemado por el sol, dando tumbos entre los matorrales. Al cabo de un instante, se dio cuenta de que el chico no había salido corriendo tras su padre. Se había quedado al lado de Chandler y lo miraba fijamente. El chico parecía indeciso. En torno a sus ojos, vio unas arrugas de preocupación impropias de un chaval de su edad. Chandler se preguntó si él también estaría pensando que su padre era ya un peligro para sí mismo y para la gente que tenía a su alrededor.

—¿Por qué te preocupas? —soltó Mitch—. Si tuviera un accidente, conseguiríamos que, por fin, parase esta mierda.

Mitch ya lo había dejado claro: no había gloria alguna en encontrar un puñado de huesos. Nadie le felicitaría por eso. Acaso una nota en el periódico diría que, tras cuatro semanas de búsqueda, la policía (en términos genéricos) había encontrado los restos del chico desaparecido. En realidad, solo pensaba en sí mismo.

Cuando el chico echó a correr detrás de su padre, Mitch siguió:

—Explícales que ya no tiene sentido. Están desperdiciando tiempo, esfuerzo y dinero.

—Son ellos mismos los que tienen que llegar a esa conclusión —respondió Chandler.

No estaba seguro de poder pedirles que ya estaba, que ya bastaba, por mucho que quisiera volver con Teri.

—Pero ¿y si no lo hacen nunca?

Chandler creía que sí lo harían. Llegaría el momento.

—Están jodidos —dijo Mitch—. Están mal de la cabeza. Tenemos que parar esto. Tú tienes que pararlo. Si les pasa algo, la responsabilidad caerá sobre tus hombros. Si le pasa algo al otro chico...

—Bueno, pues díselo tú —replicó Chandler.

—Ya lo he intentado —le respondió—, pero tú estás más unido a ellos.

Lo dijo con un tono que parecía acusarlo de haber establecido una relación demasiado personal con esa familia. Poco profesional.

—¿Por qué nos iban a escuchar? —dijo Chandler—. A «nosotros» no nos escuchan.

—Pues oblígales —gruñó su compañero—. Cada puto paso que damos me pone de los nervios.

Mitch caminó más despacio. Chandler siguió adelante, persiguiendo a Arthur.

Al cabo de un rato, pidió un descanso. Necesitaban algo de tiempo para respirar, beber agua y comer algo, lo que pudieran.

Arthur siguió andando. Y andando. Chandler pensó en seguirle, pero, de repente, el viejo se volvió. Parecía exhausto. Apenas se sostenía sobre sus piernas.

Chandler le llevó un poco de agua.

—¿Está bien?

Arthur asintió en silencio y bebió agua. Su hijo se sentó junto a él e hizo lo mismo.

—Creo que he visto algo ahí abajo —farfulló Arthur entre trago y trago, mirando hacia sus pies, pero apuntando en la distancia.

Chandler siguió el dedo. No veía nada más que árboles y tierra.

—¿Algo?

—Un trozo de tela, algo así. Podría indicar... —Se volvió hacia su hijo—. Ve a comprobarlo.

El chico se levantó. Estaba a punto de ir hacia donde indicaba su padre cuando Chandler le ordenó.

—No. Quédate aquí.

Arthur levantó la vista hacia Chandler, dolido y con la mirada cansada.

—Estaba ahí... Se lo llevaba el viento.

—Ahora mismo, a todos se nos lleva el viento ya —dijo Mitch, molesto.

—Por favor, un poco de respeto —dijo Chandler.

—Ten un poco de decencia y dile la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó Arthur, pero Chandler se había vuelto hacia su compañero.

—¿La verdad? La verdad es que eres un hijo de puta egoísta, Mitch. Y será mejor que reces para que no te pase algo así a ti.

—No me pasará. No me quedaré ahí atrapado en este agujero de mierda para siempre. Me voy a Perth, a ocuparme de crímenes reales, no de idiotas demasiado estúpidos como para encontrar el camino de vuelta después de una excursión. Eso suponiendo que quisiera que le encontraran. Como tú mismo dijiste: somos policías, no psicólogos que ayudan a la gente con su duelo.

Chandler miró a Arthur. Tenía la cabeza gacha, demasiado cansado o acobardado para levantarla. Apretaba los puños, mirando la tierra roja. Chandler sintió unas ganas locas de abalanzarse sobre Mitch y pegarle un puñetazo en la cara. Pero eso no cambiaría un hecho irrefutable: lo que había dicho era cierto. Quería explicarse ante Arthur, pero no sabía cómo.

Mitch se volvió y se fue a toda prisa al campamento. Él solo. Contra las normas y contra todo sentido común.

—Voy a recoger y me vuelvo —dijo—. Si es lo que quieres, tienes mi permiso para continuar haciendo de niñera de los putos Taylor.

Taylor. Arthur Taylor. Un apellido que tendría que haber sido difícil de olvidar, dadas las circunstancias. Sin embargo, a Chandler se le había extraviado entre el montón de nombres extraños. Mercenarios que se llamaban Chaz, Blazz, Bagboy, Yippy. Pero el apellido Taylor...

Chandler lo había visto recientemente.

Se detuvo junto a los escritorios, sin hacer caso a los gritos de Heath. Incluso el coro de voces que le llegaba de las celdas quedó en un segundo plano. Descargó la información que le habían mandado desde el Cuartel General en Perth. Y, de repente, todo cobró sentido: por qué Gabriel sabía cosas de la búsqueda de Martin, por qué conocía el pasado en común de Mitch y su propio pasado, por qué se movía tan bien por la colina.

Había estado allí.

Gabriel Wilson se llamaba antes David Gabriel Taylor. Y era el hermano menor de Martin Taylor. Con su nuevo nombre enterró el pasado y abrió camino al futuro.

Volvieron todos los recuerdos. Davie, como lo llamaba Arthur, según recordaba Chandler, debía de tener once o doce años cuando su hermano desapareció. Y once años más tarde había vuelto. Tenía solo veintidós o veintitrés años, aunque parecía mayor: la piel curtida, el cuerpo lleno de cicatrices, maltratado. No se parecía en nada al niño inocente de antaño.

Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes. Gabriel sí que lo había reconocido a él, tal vez porque Chandler no había cambiado tanto a lo largo de los años. Seguía siendo policía en Wilbrook, solo había ganado un par de kilos de peso y tenía un par de niños.

Sin embargo, por su parte, Gabriel, Davie, parecía una persona completamente distinta.

¿Por qué había vuelto? ¿Para vengarse? Pero ¿de qué? ¿Y por qué había matado a seis personas antes de presentarse? Chandler chorreaba sudor. Su cuerpo era como una caldera a presión sin válvula de escape sobrecargada, a

punto de explotar. Su vida entera estaba a punto de explotar. Intentó concentrarse. Saber por qué Gabriel había regresado era importante, pero no era lo más urgente: sus hijos estaban en peligro.

Se le ocurrieron muchos motivos para lo que Gabriel estaba haciendo. ¿Sentía que habían abandonado demasiado pronto la búsqueda de Martin? ¿O que no habían hecho lo suficiente para ayudar? Sin embargo, si realmente buscaba venganza por lo de su hermano, ¿por qué no tomársela antes, en cuanto supo que Chandler todavía vivía allí? Además, si quería vengarse de él ¿por qué le ofrecía la posibilidad de un intercambio? ¿Para matar a Heath, a sus hijos, al propio Chandler? ¿A todos?

Negó con la cabeza. Lo único que quería era hablar con sus hijos. Ya. Y con Gabriel.

Le interrumpió un grito procedente de las celdas. Nick suplicaba a Chandler que se entregase, que no siguiera adelante con aquello.

—Ya sé quién es... Ya sé quién es Gabriel —dijo Chandler, hablando solo—. Sé que conoce esta ciudad. Y sé por qué me conoce. Por qué conoce a Mitch. Todo. Voy a reunirme con él.

—¡No, conmigo no! —dijo Heath, agitando las esposas, desesperado.

—¡Déjenos salir, sargento Jenkins! —gritó Flo desde la otra celda—. Lo único que está consiguiendo es empeorar su situación.

—No estoy seguro de que pueda empeorar —respondió Chandler.

—Si va a reunirse con él, necesitará apoyo —exclamó Nick—. Yo puedo ayudarle, sargento.

Entonces se le ocurrió un plan. Pero no podía hacerlo solo. Necesitaba a una tercera persona. ¿Podía confiar en Nick? Eso esperaba.

—¿Has disparado alguna vez a alguien, Nick? —preguntó Chandler.

El silencio le dijo todo lo que necesitaba saber.

—No sé quién es el más chiflado —dijo Heath.

Ya no intentaba liberarse. Ahora, incrédulo, escuchaba a aquel policía.

—Tengo que recuperarlos —dijo Chandler, para intentar convencerlo. Pero fracasó.

—¿Intercambiarlos conmigo? ¡Como si yo fuera una puta ficha de casino!

—Es una trampa. Lo he pensado. —En realidad, su plan tenía bastantes lagunas. Pero eso no lo dijo—. Necesito su ayuda.

Heath negó con la cabeza.

—Pues no la va a tener.

—Nick nos cubrirá.

Nick estaba de pie junto a la pared del fondo, las manos por delante, sujetas con las esposas que Chandler había insistido en ponerle antes de sacarlo de la celda. Todavía no sabía si estaba dispuesto a ayudarlo.

—Bueno, eso sí que me deja más tranquilo —replicó Heath, sarcástico. De repente, su rostro se iluminó—. Bueno, si me saca de aquí, no podrá impedir que hable con la prensa que está ahí afuera. Les diré qué está pasando, que usted se ha vuelto loco y...

El timbre del teléfono le interrumpió. Todos se lo quedaron mirando. Si era Mitch o alguno de los agentes y no respondían, se levantarían sospechas.

—Sargento, no puede llevárselo —dijo Nick—. Usted es un oficial de policía. Juró defenderlo.

Chandler apretó los ojos con fuerza. No necesitaba que Nick le recordase su juramento, pero imaginarse a Jasper y a Sarah en aquella situación pesaba mucho más.

—Tengo dos personas más a las que proteger, Nick.

—¿Y por qué ellos son mejores que yo? —soltó Heath.

Por un millón de cosas. Por todas y cada una de las putas cosas. Chandler cerró los ojos y respiró hondo antes de contestar.

—A veces es necesario correr un riesgo —dijo.

—No con mi vida.

—No tengo elección —insistió Chandler.

—Siempre hay elección, sargento —dijo Nick.

Chandler negó con la cabeza.

—Esta vez no.

En su plan había un gran escollo: cómo conseguir que un rehén que no quería colaborar y un agente de policía que no participaba de su idea salieran de la comisaria sin que nadie los viera. El teléfono seguía sonando. De repente, se detenía un momento. Pero enseguida volvía a sonar. Parecía, incluso, que con más fuerza.

Se le ocurrió una idea. Algo arriesgada, sin duda. Pero debía jugar con la baza de la curiosidad innata de los periodistas.

Salió por la puerta delantera y se dirigió a aquella multitud. Un montón de preguntas llovió sobre él. Chandler alzó la voz y les dijo que habían encontrado y rodeado a Gabriel. Intentó mantener la calma y dejar caer «accidentalmente» que había ocurrido en la granja abandonada de Potter, lejos de Wilbrook. En una zona sin cobertura.

Después de algunas preguntas, los periodistas corrieron hacia sus furgonetas a transmitir aquella nueva información. Todos quería ser los

primeros en informar de la gran noticia del verano. Partieron a toda prisa. Por su parte, los vecinos se dirigieron a sus casas para verlo todo por televisión.

Al cabo de poco rato, el aparcamiento quedó vacío.

Chandler comprobó los alrededores para ver si Gabriel andaba por ahí. Pero no había nadie.

Volvió a la comisaría y buscó algo en la caja de ropa para caridad.

—Es hora de irnos.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Nick.

—Les he dado una noticia estupenda —respondió Chandler. Se inclinó hacia Heath, que estaba encogido contra la pared—. Y ahora, señor Heath, voy a soltar las esposas de la tubería. No hará ninguna tontería, ¿verdad? —Chandler le traspasó con la mirada, para intimidarlo.

No hubo respuesta. Heath tenía los ojos vidriosos.

Chandler dio la vuelta a la llave y sacó el círculo de metal de la tubería.

—Su otra mano, por favor —dijo—: Nadie le hará daño.

—No ti..., tiene por qué hacer esto —tartamudeó Heath.

—Sí, sí que tengo —replicó Chandler—. Es la única forma de que pare. Será usted un héroe.

—Yo no quiero ser un héroe. Los héroes mueren —respondió Heath.

—Esta vez no.

—¿Al menos puedo llevar un arma?

—No la necesitará. Yo llevaré una. También Nick.

Cerró las esposas en torno a sus muñecas y lo ayudó a ponerse de pie.

Al dar su primer paso en la oscuridad de la noche, Heath chilló pidiendo ayuda. Su voz resonó encima del asfalto y entre los edificios de la calle. Chandler cogió la camiseta vieja que había sacado de la caja para la caridad y se la metió en la boca a Heath. Para eso la había cogido: para ahogar sus gritos.

Heath continuó chillando a través de su mordaza, pero Nick se mantuvo sereno.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó.

—Se han ido a ver cómo detenemos a Gabriel —respondió Chandler, que empujó a Heath a la parte trasera del coche.

Antes de que pudiera hacer lo mismo con Nick, este tendió las manos.

—Ha dicho que me necesitaba, sargento. Para el plan. Ya puede quitarme las esposas.

—Todavía no —respondió Chandler.

No quería más sorpresas.

Fueron hasta el aparcamiento de tierra. Era donde se habían reunido con Gabriel para ir hasta su guarida, esa que había sido pasto de las llamas. Parecía lógico que aquel fuera el punto de reunión. Aquel lugar traía recuerdos crueles tanto a Gabriel como al propio Chandler.

«En el principio».

Al aparcar el coche junto al camino de tierra, Chandler explicó la situación a Nick y a Heath: Gabriel se había llevado a Sarah y a Jasper como rehenes, y quería a Heath a cambio de ellos. Luego les explicó el plan, mientras Heath, a través de la mordaza, dejaba bien claro su desacuerdo, dando patadas contra la parte trasera del asiento del conductor. Pero Heath no tenía más papel que el de estar presente. Nada más. Lo importante era la ayuda que pudiera prestarle Nick. Esperaba que ahora que conocía cuál era la situación, se pusiera de su parte. Si todo salía como había previsto, se convertiría en un héroe.

Si todo salía como había previsto.

La duda le revolvió el estómago.

Al llegar al aparcamiento, redujo la velocidad y se inclinó para quitarle las esposas a Nick. Chandler temió por un momento cómo iba a reaccionar.

Sin embargo, su joven agente no hizo nada extraño. Abrió la puerta del coche, salió del vehículo con sigilo y desapareció con rapidez en la oscuridad. Sus talones relampaguearon solo un momento, rojos por la luz de los frenos.

Chandler continuó avanzando muy despacio para dar tiempo a Nick a situarse en posición. Estaba aterrorizado. Era la primera vez que permitía a Nick salir de la comisaría y participar en una operación. Había tantas vidas en juego: la de Nick, la de sus hijos, la de Heath...

Pisó el freno en la entrada del aparcamiento y observó a su alrededor. Ningún movimiento. Le quitó la vieja camiseta de la boca a Heath, que jadeó en busca de aire.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Cerca de donde todo empezó —respondió Chandler.

—¿Cómo va a garantizar mi seguridad? Se trata de sus hijos, lo sé. Y lo siento muchísimo, joder, de verdad, pero no quiero dar mi vida por ellos.

—¿Confía en mí? —preguntó Chandler.

Esa era la parte que no podía controlar.

—¿Confiar en usted? ¡Pero si me ha secuestrado!

—Vamos a hacerlo así: lo llevaré allí y pediré que el intercambio tenga lugar al mismo tiempo. Usted... a cambio de mis hijos. Cuando usted y ellos estén en medio, Nick disparará.

El plan sonaba temerario y excepcionalmente arriesgado. Aquello le revolvía las tripas. Cada vez le parecía que tenía menos sentido.

—¿Y qué tal tirador es? —preguntó Heath, buscando algo a lo que agarrarse.

—Ha pasado el entrenamiento y las simulaciones con armas.

—¿Simulaciones? ¡O sea, que solo ha disparado a unos putos muñequitos de cartón! Deme un arma, por favor —suplicó Heath—. Al menos yo he tirado a algunos canguros. Y a larga distancia. Puedo acercarme y sacar el arma.

—O pegarme un tiro a mí —dijo Chandler.

—Tendrá que confiar en mí —concluyó Heath, con un bufido.

Chandler se quedó mirando a Heath. No era un gran tipo, desde luego, pero era un ser humano. Y era inocente. Chandler no podía obligarle a arriesgar su vida.

Salió del coche.

—¿Adónde va? —gritó Heath, su chillido le llegó a través de las ventanas reforzadas.

Chandler se inclinó y se asomó dentro.

—A la reunión.

—¿Sin mí?

—Sin usted.

—¿Y me va a dejar aquí? ¿Y si le mata y luego viene a por mí?

—Si me mata, Nick le disparará.

Chandler se apartó del coche patrulla y anduvo por la calle hacia el aparcamiento. Esperó que Nick hubiera tenido tiempo para situarse en posición. Y rezaba para que fuera capaz de disparar.

La grava chirriaba bajo sus pasos.

Le pareció que avanzaba hacia ningún lugar, como cuando caminaba por el monte buscando al hermano de Gabriel.

2002

Cuando Mitch se hubo ido, Chandler se unió a padre e hijo bajo el tronco de un árbol frondoso. Las preocupaciones del padre ahora se reflejaban en el rostro del chico, que parecía prematuramente viejo.

—Quizá tenga razón —dijo Arthur, mirando la tierra seca.

Observó a su hijo y luego a Chandler.

—Solo tendrá razón si usted «siente» que tiene razón —dijo Chandler.

—No puedo juzgar cómo me siento ahora mismo —respondió Arthur—. No sé lo que siento. No sé si lo sabré alguna vez.

Miraba a Chandler como pidiendo que le dijera qué tenía que hacer. Chandler no supo de dónde le salieron aquellas palabras, pero fueron como un torrente que no pudo contener.

—Déjelo ya, Arthur. Martin se ha perdido. No hay necesidad alguna de perderlos a Davie y a usted también. Él no lo habría querido. —Hizo una pausa para aspirar un poco de aquel aire caliente y seco—. No siempre se llega a una solución satisfactoria. No siempre hay una respuesta. Siempre habrá un elemento de misterio. Pero depende de usted, y de nosotros, mantener a Martin vivo en nuestros corazones. Él ahora forma parte de la tierra, parte de este bosque. Y será así para siempre.

Chandler los miró. Había dicho lo que pensaba y se sintió aliviado.

Por su parte, Arthur tenía la cabeza hundida entre las piernas. Davie miraba a Chandler, conmocionado, como intentando comprender mejor qué les estaba diciendo. Con la agilidad propia de un niño, se levantó y se alejó. Chandler buscó alguna palabra para detenerle, pero qué podía decir.

La voz de Arthur flotó sobre el silencio.

—No quiero que el espíritu de Martin vague por aquí.

—Tiene usted que ocuparse de su mujer y de Davie. Ha hecho todo lo que ha podido —dijo Chandler.

El viejo empezó a sollozar cuando la realidad le golpeó con toda su dureza. Pero Chandler no podía entretenerse en su dolor. Tenía que pensar en qué hacer a continuación. Primero, llamar a la base para que enviasen el helicóptero. Luego hacer unas declaraciones para confirmar que la búsqueda había concluido y para dar las gracias a todos los que habían participado.

No era una idea muy atractiva que digamos. ¿Y luego qué? A su debido tiempo, pasarían página y se irían olvidando de aquel asunto.

Chandler levantó la vista. Davie se había ido.

—¿Davie? —gritó Chandler hacia la extensión de tierra donde había visto al chico por última vez.

Ayudó a Arthur a ponerse en pie y se dispuso a perseguir al chico. Las lágrimas habían desaparecido de los ojos del anciano. Ahora había miedo en ellos. Abandonaron toda precaución y siguieron su instinto. Tropezaron con arbustos y maleza, gritaron una y otra vez. Pero nada. Chandler se sentía aterrorizado. Mitch tenía razón: tenía que haber acabado antes con aquello; cuando aquella familia todavía estaba a salvo.

Corrió bajo la espesa copa de los árboles. Una rama le azotó en la cara. Era un estúpido. Arthur seguía sus pasos. Sus gritos y los de Chandler recorrían el camino, mientras buscaban el jersey azul chillón del chico, que debía de contrastar con la tierra marrón. Los pies de Chandler rozaron la tierra, arrancando hierbas del suelo. Se le enredaba el pelo en las ramas; parecía que querían arrastrarle, como si quisieran llevarle consigo y mostrarle alguna cosa. A menos que hubiera echado a correr, aquel chico no podía estar lejos de allí.

De repente, aquel relámpago azul.

—¡Davie!

El chico no se volvió. Se había quedado inmóvil mirando algo entre los arbustos. Después de todo aquel tiempo, de todos los kilómetros recorridos... Cuando estaban a punto de rendirse, habían encontrado a Martin. Lo habían conseguido cuando más desesperados estaban.

Chandler recorrió aquel paisaje con abandono.

Deseaba encontrar a Martin con vida. Pero no tenía esperanzas respecto a lo que se iba a encontrar.

Sin embargo, al acercarse, vio algo que no fue ni lo que deseaba ni lo que esperaba encontrar. Comprendió por qué el hermano de Martin se había quedado quieto, de piedra.

La pezuña sobresalía de los arbustos. Estaba unida al cuerpo recién muerto de un camello. Era una masa de piel y carne. Los intestinos, desgarrados y parcialmente devorados. Los gusanos se arremolinaban en torno a aquel revoltijo putrefacto y rosado. El hedor que llenaba el aire era inmensamente desagradable, pero, al mismo tiempo, ejercía una atracción en quien lo miraba.

Eran los restos de lo que en tiempos había sido una vida.

Una vida que ya no era.

Chandler podía ver la imagen de aquel animal pudriéndose entre los arbustos. Podía ver al chico paralizado, mirándolo.

Entonces había sido David.

Ahora era Gabriel.

Lo veía en su mente. Aquella mirada joven enfrentándose a la brutalidad de la vida y la muerte. El cadáver de ese animal le confirmaba que nada podía sobrevivir allí afuera. Que ya no quedaría nada de su hermano.

—¡Alto ahí! —dijo una voz ruda desde la oscuridad.

Chandler se imaginó una sombra rodeada de otras dos más pequeñas. Pero no podía ver nada en medio de aquella oscuridad.

Una linterna parpadeante lo cegó. Sin embargo, también era un objetivo al que Nick podía apuntar. Intentó protegerse de la luz, pero apenas lo logró.

—Está solo —dijo la voz, algo decepcionada.

—Sí, pero...

—Pero ¿qué? No está cumpliendo su parte del trato, sargento.

—Primero quiero hablar con usted —dijo Chandler—. Tengo que confesarle algo.

Hubo una ligera pausa, la linterna osciló.

—Parece que les viene de familia —dijo Gabriel, fríamente—. Su hija mayor, Sarah... —casi escupió el nombre—, también hablaba de confesiones, intentando calmar a su hermano. Me pone de los nervios.

Chandler soltó el aliento que había contenido. «Me pone de los nervios...». Eso parecía sugerir que aún estaban vivos.

Gabriel continuó.

—¿Por qué su hija quiere unirse a una religión que lo único que pretende es controlarla? ¿Y por qué se lo permite? Puede que le haga un favor..., si la mato..., antes de que usted mismo le arruine la vida.

Aquella amenaza fue como un puñetazo en la boca del estómago. Debería entregarle a Heath. Luego podría gestionar el sentimiento de culpa. Podría

confesarse como su hija. Podría purgar su alma.

—Por favor, no lo haga —dijo Chandler—. Dígame dónde están, nada más.

—Están a salvo. Por ahora.

«Por ahora». Movi6 la mano instintivamente hacia el arma.

—No haga eso, Chandler —le dijo Gabriel—. Si lo hace, no podr6 salvar a sus hijos. Dios solo salva almas..., no los cuerpos...

—Por favor, har6...

—¿Qu6 har6? ¿Darse la vuelta y traer lo que le he pedido?

Chandler consider6 la oferta. ¿Qu6 le importaba la vida de Heath? ¿A cambio de sus dos hijos? Dos por uno ser6 un buen trato, ¿no? Entorn6 la mirada y pudo ver aquella figura oscura frente a él. Una figura solitaria. Sintió unas ganas casi incontenibles de matarlo allí mismo.

—Sargento, sus hijos tendr6n muchos problemas si yo no vuelvo —le dijo Gabriel, que hab6a le6do sus intenciones.

—¿D6nde los ha metido?

—Ah, eso no puedo dec6rselo. Todav6a no. Y ahora, muy despacio, coja su arma y d6jela en el suelo.

—S6 qui6n es —dijo Chandler.

Gabriel no le respondi6.

—David Taylor. Davie Taylor.

La silueta sonri6. Pudo ver la sonrisa en esos dientes iluminados. Tal vez hab6a sido la primera emoci6n genuina que dejaba ver.

—Le ha costado un poco, ¿verdad? —Hab6a cierto alivio en su voz—. Sinceramente, pensaba que me reconocer6a antes. En realidad, era mi 6nica preocupaci6n... Despu6s de que nos vi6ramos en la comisar6a y habl6ramos y me llevara en coche hasta el hotel, me di cuenta de que no ten6a ni idea. Se hab6a olvidado de m6, igual que se olvid6 de mi familia.

—¿Qu6 quiere decir? —pregunt6 Chandler.

—¿Que qu6 quiero decir? Hace casi once a6os nos fuimos de aqu6..., y ya est6. Asunto concluido. Nadie nos volvi6 a hacer caso. El trabajo estaba hecho. Un trabajo fracasado. Y a la siguiente cosa. Aquel caso ser6 otro que la polic6a esconder6a debajo de la alfombra. De los otros, como Mitchell, me lo esperaba. Pero de usted, Chandler... Recuerdo que estaba muy unido a mi padre. Nos consolaba, nos guiaba, rezaba con nosotros. Todos juntos, dirigi6ndonos hacia la nada.

—Yo... intentaba mostrarme amable —dijo Chandler.

No sab6a qu6 m6s decir.

—Si tan amigo nuestro era, ¿por qué no se puso en contacto con nosotros después? Ni una llamada telefónica. Una sencilla llamada para preguntar qué tal lo llevábamos. Eso habría bastado para pararlo todo.

Chandler buscó una excusa, pero no encontró ninguna. Podía haber conseguido un número de teléfono, «tenía» que haberlo hecho. No tenía excusa. De todos modos, lo intentó.

—Mi novia de entonces..., mi mujer. Mi exmujer...

—¿La que conocí en casa de sus padres? —le interrumpió Gabriel.

Chandler apretó los dientes al recordar la herida de su padre.

—Sí. Estaba embarazada de nueve meses por aquel entonces. A punto de dar a luz. Después de la búsqueda, dio a luz. Nació Sarah y yo tuve que ocuparme de otras cosas. De intentar seguir viviendo.

Gabriel gruñó.

—Nuestra familia también intentó seguir viviendo. Pero no lo consiguió.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que quiero decir, Chandler..., lo siento, «sargento»... Murieron en un accidente de coche tres meses después de que volviéramos a casa.

—Lo siento —dijo Chandler, y de verdad que lo sentía.

—Sí, claro, ahora seguro que sí.

—¿Fue un accidente? —preguntó Chandler.

—Al coche no le pasaba nada —respondió Gabriel con total naturalidad.

—¿Iba usted...?

La sombra asintió.

—Sí, pero yo llevaba cinturón de seguridad. Ellos no. Murieron al instante —contestó, y le tembló algo la voz.

—¿Y Geoffrey y Dina se ocuparon de usted?

—Dígame, Chandler, esos hijos suyos... ¿Alguna vez los ha castigado?

—La voz suave volvió a sonar siniestra.

La linterna tembló.

A Gabriel le estaban dominando las emociones. Chandler no estaba seguro de si eso era bueno o malo. ¿Era mejor tener enfrente a un hombre calmado, racional, o a alguien airado que cometiera un error? ¿Un error fatal?

—Por supuesto —dijo Chandler, indeciso.

—No, quiero decir «castigarlos» de verdad.

—Un azote si hacían algo realmente malo de pequeños. Pero no sucedía a menudo.

—¿Los castigaba usted aunque fueran buenos?

—No.

—Por ejemplo —continuó Gabriel—, ¿castigaría usted a Sarah por no saberse bien el texto de la primera confesión?

Hablar de los niños: eso era bueno. Tal vez se le escapara dónde los tenía. Pero debía proceder con cuidado, y más teniendo en cuenta cómo le temblaba la linterna.

—No, claro que no. Nadie es perfecto —replicó.

—Exacto —dijo Gabriel. Cierta suavidad volvió a su voz: la respuesta le había gustado—. Nadie es perfecto. Nada lo es. La gente no es perfecta. ¿Querría usted que enseñaran a sus hijos a golpes? ¿Que les pegaran y los insultaran por equivocarse?

—¿Fue eso lo que le ocurrió a usted?

Hubo una pausa y la linterna osciló.

—Porque cuando les pregunté... —continuó Chandler.

La ira de Gabriel explotó.

—¿Habló con ellos?

—Solo intentaba...

—¿Por qué habló con ellos?

—Para averiguar qué podía pasar dentro de...

Había hablado demasiado.

—¿Dentro de mi cabeza? —escupió Gabriel—. Tengo la cabeza perfectamente. Mis actos están claros. Sólido de cuerpo y mente. Pero esos fanáticos hijos de puta... —Dejó la frase sin terminar.

—Se negaron a hablar conmigo. De usted —dijo.

—Porque se sienten culpables —escupió Gabriel—. No quiero saber nada más de ellos. Se apoyaban en la pared y me azotaban mientras me leían el principio de ese maldito libro.

—El Génesis.

Gabriel hizo una pausa.

—Sí. El Génesis. Me azotaban y me decían que todos éramos pecadores. Todos pecadores, pero solo me castigaban a mí. Como si ese fuera su salvoconducto hacia la salvación: la letra con sangre entra. Y me hicieron esto. —Se llevó la linterna a la oreja y dejó ver una cicatriz de diez centímetros que solía cubrirse con el pelo.

Al iluminar su cabeza con el haz de luz, se convirtió en un blanco fácil. Pero Nick no dispararía, no antes del intercambio. En todo caso, Chandler rezó para que no lo hiciera.

—Una vez me dieron justo aquí —dijo, acariciándose la cicatriz—, partiendo la carne. No dejaba de sangrar, así que me llevaron al médico. El

médico era de la misma congregación. No hizo preguntas. Me lo volvió a coser y me dijo que Dios lo curaría con el silencio.

—Que ellos fueran malos no significa que usted tenga que hacer daño a otros.

Gabriel resopló.

—Ellos me quitaron el último vínculo que tenía con mis padres. El amor de Dios. Me enseñaron que soy malo. Y el mal hace lo que le place. Si yo soy el demonio, como ellos aseguran, entonces debo llevar a cabo la obra de Dios, el ángel Gabriel enviado para castigar a aquellos que han sido nombrados. Yo soy la mano del demonio.

—¿Y qué pasa con los nombres que se ha saltado? —preguntó Chandler.

El rayo de luz bailoteó cuando Gabriel se encogió de hombros.

—Actué a medida que fui dando con ellos. No elijo el orden. Imagínese, Chandler, imagínese recitar esos nombres una y otra vez. Las palizas duraban tanto como el tiempo que tardaba en decirlos en voz alta. Si cometía un error, después de un azote inesperado, tenía que repetir la lista entera. Hasta el capítulo trece.

—¿Por qué el capítulo trece? ¿Porque trae mala suerte?

—Allí se menciona por primera vez Sodoma y Gomorra. Unas palabras que nuestros amados Geoff y Dina no querían ni oír en su casa. Como si aún estuvieran a salvo de la depravación. A veces, incluso olvido el nombre de mi hermano y de mis padres... Pero esos nombres..., esos nombres están grabados a fuego en mi mente.

—Pero usted mata a personas inocentes...

—¿Y usted cómo lo sabe? —replicó Gabriel—. En realidad, ninguno de los nombrados en ese libro es inocente. Todos están malditos y son pecadores.

Aunque su voz seguía siendo firme, Chandler notaba que Gabriel empezaba a resquebrajarse. Necesitaba ganar tiempo...

—¿Por qué matarlos ahora? —preguntó Chandler—. Seguramente, este sitio solo le trae malos recuerdos..., como a mí.

—Y pensar que creía que había olvidado...

—Nunca —dijo Chandler, tal vez demasiado repentinamente: parecía que admitía ser culpable.

—Cuando me liberé de los fanáticos y de su idea del paraíso, intenté irme lo más lejos que pude. Accedí al dinero de un fondo fiduciario que mi padre creó años atrás. Viajé por ahí un par de años: Nueva Zelanda, Tailandia, Malasia. Luego, no sé cómo, volví al oeste de Australia. Algo me impulsó a buscar este sitio..., otra vez. Y nada había cambiado: el paisaje, el olor... Era

todo igual. Como si el tiempo se hubiera detenido. Como si las muertes de mi madre, mi padre y mi hermano no hubieran significado nada en el «gran plan del universo». Como si hubieran caído totalmente en el olvido. Eché a andar. Tal vez quise hacer lo mismo que Martin. Después de un par de días caminando y durmiendo en el coche, encontré la cabaña y empecé a considerarla mi hogar. Me trasladé y viví allí. Es asombroso lo que se puede averiguar sobre uno mismo cuando siempre estás solo.

Gabriel hizo una pausa para coger aliento. Chandler pensó en rogarle que no les hiciera nada a sus hijos, pero el instinto le dijo que no era buena idea.

—Hay mucho dolor en este bosque, Chandler... Y es un dolor que caía sobre mí. La gente no me había dado más que dolor, la religión no me había dado más que dolor. Y sí: quise vengarme de esas cosas, allí donde todo empezó. Quise ofrecer algo al alma de mi hermano, al alma de mis padres. Ellos no murieron aquí, pero fue aquí donde se perdieron. También merecen algo de compañía ahí fuera.

De repente, Gabriel soltó una risita sin humor.

—La primera víctima se llamaba Adam —continuó, mirando a Chandler—. Irónico, supongo... Le prometo que no fue nada planeado.

—¿Cuándo? —preguntó Chandler, con su instinto de policía.

—Hace casi tres años. El 14 de enero de 2010. Estaba haciendo dedo en busca de trabajo, como Heath. Esos son los más fáciles: los desesperados. Era un tipo muy hablador, un poco mayor que yo, ansioso de hacer algo de dinero para irse de vacaciones. Estaba obsesionado consigo mismo: Adam hizo esto, Adam hizo lo otro. Repetía su nombre una y otra vez. Oírlo repetir de esa manera... Bueno, de repente, sentí la urgencia de matarlo. «Tenía» que matarlo. Pero no sabía cómo hacerlo. De modo que, en medio de la nada, salí de la carretera principal por un camino de tierra. Le dije que tenía que ir a orinar, cogí la cuerda del maletero, me subí en el asiento de atrás y lo estrangulé.

Gabriel lo observó.

—Fue duro. Más duro de lo que me había imaginado. Pero me sentí lleno de energía. Era como, si de algún modo, por fin me hubiera vengado.

Chandler se preguntó si también lo mataría a él. Después de todo, le había atraído hacia allí en mitad de la noche. No creía que su nombre estuviera en el Génesis, pero cualquier cosa era posible: podía retorcer su nombre para que encajara con algo de la Biblia; Canaán, por ejemplo. Se parecía bastante a Chandler como para que aquel loco pensara que merecía un castigo.

Pero Chandler iría hasta lo más profundo del infierno si eso le ayudaba a recuperar a sus hijos.

—A la siguiente pareja la secuestre con la esperanza de que pudieran ayudar a recuperar los restos de Martin, pero mantener tanto tiempo a un rehén resultó difícil. Siempre están quejándose —dijo, como si no pudiera creérselo, como si no comprendiera que a la gente no le gusta que la tengan encerrada—. No es fácil traer suministros aquí. Al final, pasaba más tiempo cuidándolos que buscando. Intenté explicárselo, lo de Seth y Eva. Que entendieran por qué los había elegido a ellos. Me dijeron que estaba loco. Me dijeron cosas peores. Pero no: yo no estoy loco.

Chandler se mordió la lengua. De alguna manera, aquel hombre se había convencido de que, matando a aquella gente, su hermano volvería.

—Sin embargo, puede dejar que Sarah se vaya..., a cambio de Heath. Quizá sea malo. Usted lo piensa. Y mucha gente está convencida de ello. Pero yo no soy un monstruo. Usted intentó consolar a mi padre, aunque le dijo que abandonara la búsqueda.

—Era lo mejor para su familia.

—¿Cómo puede decir eso? Ahora todos están muertos.

—Yo no sabía...

—No, no lo sabía. —Se hizo un breve silencio. Un arma brilló en la mano de Gabriel—. Tráigame a Heath y le devolveré a sus hijos con mucho gusto.

—No tiene por qué morir nadie más. Su padre no habría querido... —dijo Chandler.

—La gente muere, Chandler, así son las cosas.

—Heath, Sarah, Jasper... Ellos no merecen morir. No han hecho nada malo.

—Tampoco mi hermano..., ni mi madre ni mi padre. Pero Dios se los llevó.

—Está usted furioso. Tiene motivos para estarlo, sin duda. Pero no puede hacer esto... Davie.

—Es lo que tengo que hacer. No me queda elección, Chandler. Pero usted sí que puede elegir. Es muy sencillo: o él o sus hijos.

—Dígame dónde están.

—Ahora, Chandler... —La sonrisa de Gabriel brilló en la oscuridad. Chandler necesitaba más tiempo.

—Si lo tenía todo tan controlado, ¿cómo es que se le escapó Heath? En la débil luz de la linterna, vio que Gabriel fruncía el ceño.

—¿Es una trampa? ¿Quiere ganar tiempo hasta que llegue la ayuda?

Chandler negó con la cabeza, bloqueando el rayo de la linterna con la mano.

—No hay ayuda. ¿Cree usted que me dejarían secuestrar a Heath y entregárselo?

Gabriel esbozó una sonrisa retorcida en medio de la oscuridad.

—Esperaba que usted se comprometiera y lo hiciera.

—¿Y cómo se escapó?

—Como ya le dije, consiguió abrir las esposas —dijo Gabriel, ahogando una risa—. De alguna manera, le admiro. Debió de costarle un gran esfuerzo. Salió de la cabaña y escapó. Le atrapé y nos caímos por aquel terraplén. Cuando me desperté, lo único que tenía era un trozo de su camisa. Sabía que había corrido colina abajo, hacia la carretera, pero también sabía que había un largo trecho a pie. Así pues, volví a por mi coche. Quería huir, salir del estado y esconderme. Olvidé lo que tenía que hacer. Estaba pasando una prueba. Sin embargo, me resistí, decidí seguirle y dirigirme al pueblo. Quizá también sentía un poco de curiosidad. Quería saber si Dios me permitiría salirme con la mía. Quería averiguar si una persona inocente acabaría cargando con la culpa. Dios no lo permitiría, ¿no? Matar a alguien, disponer de su vida, era como ser Dios. Resulta intrigante. Nuevo. Yo era la maldad personificada. Dios tenía el poder último, pero yo me libraría de él. En definitiva, cuando fui a la policía, lo dejé todo en manos del destino. Si Dios lo consideraba oportuno, dejaría que Heath escapara de mi justicia. Si no, actuaría como la mano del destino.

—El destino no necesita un ejecutor. El destino ocurre. Es inevitable —replicó Chandler.

—Es su opinión. Antes, yo también era un pasajero del destino. Hasta que me di cuenta de que tanto mi mano como la suya eran igual de inestables manejando el timón. ¿Por qué el destino debía guiar mis pasos? Yo podía guiarme a mí mismo. Ya me había permitido salir con vida de aquel accidente... ¿Sabe?, Martin siempre creyó en el destino.

Chandler no sabía qué decir.

—Piénselo: nunca se celebra tanto la felicidad como se soporta la pena de la tristeza. ¿No cree? ¿Será que esperamos que la tristeza aparezca en cualquier momento? Bueno, pues yo lo puse a prueba...

—¿Qué es lo que puso a prueba? —preguntó Chandler.

Aquella palabrería estúpida de Gabriel, que solo pretendía justificar todo lo que había hecho, le estaba poniendo de los nervios. Lo único que quería era que le devolviera a sus hijos sanos y salvos. En un momento dado, el arma

tembló en la mano de Gabriel. A Chandler empezaba a preocuparle que Nick perdiera la paciencia y disparase antes de que pudiera averiguar dónde estaban Sarah y Jasper.

—Un destino sufriente —contestó Gabriel—. Un día estaba encima de una roca que se alzaba sobre un valle, buscando a Martin, cuando resbalé y caí por un talud. Mucho rato. Llegué al fondo todavía consciente. Pero me había torcido el tobillo, así que no podía trepar por donde me había caído. Me quedé tumbado. El cielo y los árboles eran indiferentes a mi dolor. Tal vez a mi hermano le había ocurrido lo mismo años atrás, esperando su muerte, perdido y solo. En esos momentos, pensé que por fin estaba en paz. Sin embargo, también sabía que me quedaba algo que hacer..., antes del fin. Cerca de una hora más tarde, encontré una rama gruesa y subí renqueando por el talud, de vuelta a la cabaña. Pasé un mes entero encerrado. Me quedé sin suministros al cabo de dos semanas. Temblaba de frío en sueños por la noche y me moría de hambre durante el día. Me preguntaba si mi destino sería morir allí, de aquel modo. Pero, una vez más, no alcanzaba esa paz que necesitaba sentir. Así pues, elegí un día para vivir o morir. Conseguí llegar al coche cojeando y fui hasta Port Hedland. Al hospital.

—Así pues, sobrevivió —dijo Chandler—. El destino no acabó con usted. ¿No debería alegrarse? ¿No debería querer ayudar a la gente..., y no hacerle daño?

—¿Por qué? Nadie me ayudó. Yo probé mi destino. Otros pueden también probar el suyo.

—No dos niños.

—Y no tendrán que hacerlo. Usted pasará la prueba por ellos.

—Pero entonces seré yo quien decida el destino de Heath.

—No —negó Gabriel—. Usted solo me lo entregará. Su destino se decidirá después.

Chandler sacudió la cabeza despacio.

Después de escaparse del hotel, ¿por qué volvió?

Gabriel sonrió.

—Para ver si usted me reconocía. O quizá, en el fondo, lo que quería era que me cogieran. También prefiero acabar lo que he empezado. Es algo que te limpia. Pero ¿qué sabrá usted de terminar lo que comenzó?

Chandler no supo qué decir. Se hizo un silencio abrumador.

—Pero estoy dispuesto a darle una última oportunidad. Tráigame a Heath. De lo contrario, no me dejará otra alternativa que... —Gabriel levantó el arma y apuntó con ella a la cabeza de Chandler.

—Ya he matado a una Sarah. Una chica guapa, bastante coqueta, creo recordar. Veamos si el destino está del lado de Heath o del de su hija.

—No... —susurró Chandler, con voz ahogada.

Se había hecho una idea bastante completa de quién era Gabriel y qué había tenido que soportar. Perdió a su familia en lo que tal vez fue un pacto suicida. Se quedó huérfano. Después tuvo que vivir con unos padres adoptivos que eran unos fanáticos enfermos. Había soportado mucho dolor en esta vida. Peor Chandler no estaba dispuesto a que sus hijos pagaran por ello. Tenía que entregar a Heath. Estaba a punto de ser el instrumento del demonio.

En ese momento, oyeron un disparo, cuyo su eco resonó entre los árboles.

Delante de él, la luz de la linterna cayó.

Chandler corrió hacia delante. La linterna golpeó el suelo y giró iluminando la silueta de Gabriel, que yacía boca arriba. La suave luz amarilla delineaba la mancha oscura que se iba extendiendo por su pecho. Aquellos labios finos que pronunciaban las palabras tan suavemente estaban abiertos. Pero de su boca ya no surgiría ningún sonido: ni jadeos ni gritos de dolor. Silenciados para siempre.

—¿Dónde están? —preguntó Chandler, que se arrodilló junto a aquel cuerpo sin vida—. ¿Dónde están mis hijos?

Cogió a Gabriel por el cuello y lo levantó. Su cabeza colgó hacia atrás.

—¿Dónde están? —gritó, tan fuerte como para despertar a un muerto.

Pero Gabriel no se despertó.

¿Por qué cojones había disparado Nick? Ese no era el plan. Debía reconocer que el plan tenía sus lagunas, pero... tendría que haber... ¿Qué tenía que haber hecho? ¿Pedir refuerzos? Había necesitado más cómplices... Pero solo podía confiar en Nick. Gabriel le había apuntado con un arma..., así que Nick había decidido...

—¿Está muerto?

No era la voz de Nick. Ni de Heath.

Cuando se dio la vuelta, una figura larguirucha avanzó hacia ellos, con el arma desenfundada.

Mitch.

—¿Está muerto? —repitió.

—Pero ¿qué mierda estás haciendo? —chilló Chandler.

Mitch estaba ahora junto a él, mirando el cuerpo de Gabriel. Parecía muy contento de sí mismo.

—¡Lo necesitaba vivo! —dijo Chandler.

—Te estaba apuntando con un arma.

—No me iba a disparar, quería a Heath.

—Sí, al hombre inocente a quien querías intercambiar.

—Tiene a Sarah y Jasper.

—Lo sé, Chandler. Pero no puedes disponer de la vida de una persona para salvar la de otras.

—No iba a intercambiarlo —replicó Chandler, intentando convencerse a sí mismo de que era cierto—. Tenía que ganar tiempo..., para que me dijera dónde están.

—¿Y?

—Tú le has disparado.

Mitch siguió mirándolo como si nada. Señaló el cadáver.

—¿No sabes quién era?

Mitch se encogió de hombros. Se guardó el arma en la pistolera, seguro de que aquel asesino ya no se iba a levantar.

—Es David Taylor. Davie.

Mitch dudó un instante, pero luego recordó.

—¿Davie? No... El chico cuyo hermano no encontramos... ¿Ese?

—Sí.

—Yo no..., no le habría reconocido. Así que era él... ¿Y toda esta mierda era por venganza?

—No exactamente —dijo Chandler—, pero ahora no tengo tiempo para explicaciones.

—Sí, sí que lo tienes. En la comisaría nos lo podrás explicar. Usaste a un sospechoso como cebo.

Mitch estaba intentando sonar autoritario, pero no era el momento.

—Necesito saber dónde están mis hijos, Mitch. Ha dicho que tendrían problemas si él no volvía.

—Es probable que sea mentira.

—Los secuestró de casa de mis padres. Estaba con Teri. Golpeó a mi padre. Eso no es ninguna mentira —dijo Chandler—. Necesito que se recorra la zona por el aire. Hay que hacer que encuentren algún lugar donde haya podido esconderlos.

—Yo doy las órdenes, Chandler.

—¡Pues entonces da la puta orden!

Le quitaron las esposas a Heath. Cuando le dijeron que Gabriel estaba muerto, se soltó y amenazó con demandar a Chandler, al estado, a la policía...

Chandler intentó no hacerle caso, mientras Mitch y él, cada uno con una radio, intentaban organizar una búsqueda por tierra inmediatamente. Cuando llegaran las primeras de luces, habría que emprender la búsqueda por el aire.

Chandler deshizo los bloqueos de las carreteras y puso a todos esos hombres a trabajar en la nueva búsqueda. Por su parte, Heath seguía con lo suyo: se quejaba y decía que iba a demandarlos a todos. Con un dedo, Chandler se tapó un oído mientras escuchaba la respuesta de los estatales, a punto de perder la paciencia.

Mitch dejó la radio y se volvió hacia Heath.

—¿Por qué no se va, señor Barwell?

—Ah, sí, ahora quieren que me vaya... —se burló Heath.

—Mire, váyase y, si quiere, vuelva con un abogado..., y ya hablaremos —dijo Mitch, tranquilo y seguro—. Hasta entonces, déjenos trabajar. Hemos de encontrar a dos niños.

—No me voy a olvidar de todo esto.

—No le pido que lo olvide —replicó Mitch—. Le he pedido que se largue de una puta vez.

Al cabo de una hora habían reclutado a veinticuatro personas para el equipo de búsqueda: la gente de Mitch, incluidos Roper y Flo (molestos con Chandler por cómo los había tratado), Nick, Tanya, Jim y Luka. Salieron todos hacia el monte, en parejas.

Chandler se separó rápidamente de Nick, a quien le habían asignado como compañero. Corrió entre los arbustos, gritando cada pocos pasos el nombre de sus hijos. Iluminaba el lugar con la linterna, pero resultaba inútil. El terreno tenebroso. Los arbustos. Las sombras que a cada paso le parecían que eran Sarah y Jasper.

Pronto se quedó ronco. Podían estar en cualquier sitio. Incluso en el pueblo. Allí, con la ayuda de los vecinos, registraban hasta el último recoveco en busca de cualquiera señal.

Avanzó entre la maleza persiguiendo el eco de sus gritos, pero sin llegar a alcanzarlos nunca. Caminaba muy deprisa, casi sin poder controlar el pánico. Las lágrimas corrían por su rostro. Se ocultaba entre los arbustos y el polvo para disimular su desesperación. Nick le seguía unos pasos por detrás, como un ángel protector. Gabriel no había podido llevarse a sus hijos muy lejos. No le había dado tiempo. A esa esperanza se aferraba. Tenían que estar cerca. Con el esfuerzo y la gente necesaria, los encontrarían.

Pensó en Gabriel. Y en quien había sido: Davie. Aquel chico se había convertido en un asesino en serio impulsado por el odio y la sed de venganza. Y todo se remontaba a la búsqueda en aquella misma colina, muchos años atrás. ¿Ese era su plan, su venganza final? ¿Quería que Chandler corriera por los bosques en un intento desesperado de encontrar a sus hijos?

Chandler convertido en Arthur. Nadie, ni el mismísimo diablo, podía ser tan cruel como para hacerle eso, once años después.

Pero esta vez no se rendiría. Aunque le llevase el resto de su vida.

Se quedó despierto toda la noche, buscando entre los árboles. Indicaba cómo llegar a la cabaña quemada. No es que pensara que sus hijos pudieran estar allí. Simplemente, era una dirección tan buena como otra cualquiera a la que encaminarse. Nick le recordó que debían comprobar que nadie más tuviese noticias. Así pues, regresaron a toda prisa. Llegaron al aparcamiento por una ruta alternativa que tampoco les dio ningún resultado.

Aquella primera noche, a pesar de recorrer la colina palmo a palmo, no encontraron nada.

Durante los dos días siguientes, la búsqueda aumentó su escala. Superó incluso la que se alcanzó para Martin. Era amargo. Chandler se movía entre los arbustos, moviéndose cada vez más lejos del lugar donde habían encontrado a Gabriel.

Los drones zumbaban por encima de los árboles. Habían salido con las primeras luces. Los controlaban remotamente desde la base, en el aparcamiento. Hasta el momento, lo único que habían vislumbrado era una alfombra de un verde pálido moteada de un rojo vivo. Ni rastro de Sarah ni de Jasper.

Al cabo de sesenta horas, Chandler no pudo más. Durmió durante dos horas. Durante la noche, contra todo consejo, siguió buscando. La gente quiso ser empática con él, pero no quería saber nada de nadie. Ni necesitaba ni quería su compasión o su negatividad. Tampoco abrazos, palabras, compasión, comida, aire...

Lo único que necesitaba era andar y andar hasta encontrarlos.

No era capaz de otro sentimiento. Ver a Mitch consolar a Teri le dejó indiferente. El mundo entero podía desaparecer. No le importaba.

A medida que iban pasando los días, todos parecían confundirse y convertirse en uno solo. Apenas conseguía dormir inquietas cabezadas que le hacían sentir enfermo de vergüenza, antes de comenzar otro turno arduo.

Largos turnos y falsas esperanzas. Avistamientos que resultaban en nada: un tronco caído o un fuego de campamento adormecido durante mucho tiempo. Y con cada uno de esos descubrimientos, él iba comprendiendo. Por primera vez, comprendía «de verdad» lo que los Taylor habían pasado: la esperanza y la desesperación. Su existencia concentrada en solo caminar y caminar. Buscar e intentar mantener intacta la esperanza. Gritar los nombres de sus hijos con la vana ilusión de recibir una respuesta. Cuando los voluntarios gritaban los nombres de Sarah y Jasper, quería decirles que se callaran, que les dejaran respirar.

En un momento dado, pegó un puñetazo contra un árbol. Este se sacudió, pero se mantuvo firme, indiferente. Chandler sintió que el dolor recorría sus nudillos, pero no logró apartar de su cabeza las más horribles ideas.

Cuando la búsqueda llegó al cuarto día, Chandler estaba furioso. Él podía reconocer mejor que nadie que la gente empezaba a perder la fe en encontrar a sus hijos. Y solo habían pasado cuatro días. Debían pasar diez para que los niños estuvieran en grave peligro de morir de hambre. En cuanto a la deshidratación..., eso era completamente diferente. El día anterior, había abroncado a Luka por mirar su teléfono mientras andaban entre los bosques. Hoy, había echado una bronca a un pobre agente al que Newman había llevado allí a rastras: se había atrevido a sugerir que quizá los niños ya estuvieran muertos. Nick y Mitch prácticamente tuvieron que apartarlo a la fuerza para que no se echara sobre él. Al final, se puso a caminar en una dirección inexplorada.

No dejaba de pensar en lo que había sucedido hacía unos años. Recordaba cómo se habían rendido con Martin. Quizás hubiera habido una oportunidad de encontrarlo... Sin embargo, la naturaleza acaba por enterrarlo todo, incluidos los pecados del pasado.

Pero no: sus hijos no estaban muertos. Chandler lo sabía. Borró de su mente cualquier pensamiento negativo al respecto. Combatió contra ellos y los desterró. Sarah y Jasper estaban vivos. No había ninguna otra posibilidad. Pero ¿estarían juntos? ¿Habría conseguido escapar uno de ellos? ¿Habría ido en busca de ayuda? Sin brújula ni forma de orientarse, habría sido muy difícil. Sin agua. Una mano invisible le retorció el estómago. ¿Por qué no les había enseñado a orientarse con el sol? ¿Por qué no les había explicado trucos para sobrevivir en la naturaleza? Pero no... ¿Qué chico de su edad necesitaba saber esas cosas? Quizá si Sarah hubiera tenido su teléfono a mano y hubiese podido conectar alguna aplicación de brújula o algo..., podría haber encontrado el camino hacia el pueblo. Era una posibilidad.

Chandler intentaba pensar en cosas positivas. Acabar con cualquier atisbo de negatividad.

No, sus hijos no estaban libres. Si no, se habrían dirigido hacia el pie de la colina. Eso al menos sí que lo sabían. Tenían que estar encerrados en alguna parte. Otra vez el horror de su imaginación desbocada. Se los imaginó encadenados en algún cobertizo perdido. Se negó a pensar que estuvieran a la intemperie, en campo abierto, donde podían congelarse hasta la muerte. Había tantos peligros ocultos en la naturaleza salvaje...

Miró hacia atrás. El pasado le seguía los pasos, esta vez con la figura de Mitch. Aquel día se había nombrado a sí mismo guardián de Chandler. Su rostro demacrado era una señal inequívoca de lo preocupado que estaba. Ese mismo hijo de puta que había ejecutado a Gabriel. Si sus hijos estaban muertos, sería culpa suya. Entonces, Chandler no podía imaginar qué le haría... Pero no, se dijo: Sarah y Jasper tenían que estar vivos.

*P*asó una semana en un parpadeo. Fue casi como una de esas cabezadas que de vez en cuando interrumpían su búsqueda.

El operativo seguía en marcha. La policía no iba a rendirse tan fácilmente. Mitch estaba al mando. Expertos de Australia occidental y de lugares más remotos aún se comunicaban con ellos a través de un teléfono por satélite, para ofrecer consejo y tácticas.

Chandler continuó su régimen torturante de caminatas de veinte horas diarias; apenas paraba unas horas, pero ni siquiera entonces podía descansar. Beber un poco de agua le recordaba que sus hijos podían estar sedientos. Si comía un bocadillo, este le rasgaba la garganta como si las uñas de Sarah y Jasper le estuvieran arañando.

Instalaron el campamento cerca de la cabaña quemada, para maximizar el tiempo en el terreno. Desde su saco de dormir, Chandler miraba las estrellas, dormidas y tan lejos de él como estaban de la Tierra, preguntándose si sus hijos estarían mirando el mismo cielo, deseando una vez más haberles enseñado algo de las constelaciones, para que pudieran orientarse. Se reprochaba no haber sido un padre mejor; se culpaba por haber sido el padre ausente que había sido. Se sentía avergonzado y no lograba pegar ojo. En las constelaciones se le aparecían los rostros de sus hijos.

Salió del saco. Sintió el aire nocturno en su cuerpo sudado. Enseguida se echó a temblar. No podía controlar los espasmos musculares y los temblores involuntarios. No podía y no quería controlarlos. Miró a su alrededor, al resto del equipo. Estaban todos dormidos. Aquel silencio le irritaba. Estaban muy cansados, claro, pero ¿cómo podían dormir cuando sus hijos todavía estaban por ahí, en alguna parte? Intentó recordar qué día de la semana era. No lo consiguió. Lo único que sabía era que hacía nueve días... El noveno después de Cristo. Nueve días después de que todo su mundo se viniera abajo.

2002

Vio a Arthur caer al suelo, doblar las piernas, mirar el camello en descomposición. Chandler alejó a Davie de allí. Aquella imagen y aquel hedor... Aquel cadáver putrefacto le decía cuál era la verdad última. Chandler no podía habérselo dicho más claramente: nada sobrevive mucho tiempo ahí afuera.

—Todo ha terminado —dijo a Arthur, tan bajo que al principio ni siquiera él mismo estaba muy seguro de haber pronunciado las palabras.

Apartó más aún de allí al chico.

—Todo ha terminado —repitió Arthur, ya sin esperanza.

Chandler sintió un alivio que le avergonzó. Sintió náuseas por haberlos obligado a abandonar.

Chandler miró al chico. Él le devolvió la mirada, pidiendo una explicación a gritos. Pero ¿qué podía decirle? ¿Se daba cuenta de que ya nunca volvería a ver a su hermano, de que todo había terminado? Además ¿qué se podía añadir a las palabras de Arthur? La vida seguía, el viento pasaba entre los árboles como un asesino silencioso, el sol cruzaba el cielo con el mismo silencio perturbador.

Chandler paseó la mirada a su alrededor. Martin estaba por allí, perdido en alguna parte, disfrutando del mismo silencio: muerto, con la lengua y los ojos devorados... Las partes blandas de su cuerpo habrían sido las primeras en desaparecer. Al final, toda la carne desaparecería. Solo quedarían unos huesos que, poco a poco, el sol volvería amarillos.

La imagen se fue formando despacio, mientras él permanecía allí de pie, temblando. Sarah y Jasper, sus cuerpos pudriéndose lentamente, abandonados a la tierra.

Sacó el cuchillo de su cinturón y se lo clavó en el antebrazo, lo bastante hondo para eliminarlo todo de su mente, salvo el dolor. Un dolor agudo, intenso. Volvió a guardar el cuchillo en la funda cuando la sangre empezó a gotear de sus dedos hacia el suelo. Era demasiado temprano, pero tenía que ponerse en marcha. No podía seguir esperando.

Empaquetó todo lo que necesitaba procurando hacer el menor ruido posible.

—¿Adónde vas? —susurró Mitch.

—No puedo..., tengo que irme. —Chandler se volvió y vio a su antiguo amigo mirándole desde su propio saco, con el pelo revuelto. Parecía aquel adolescente tímido a quien tanto le gustaba ir de acampada.

—Si vas solo, te perderás.

Chandler siguió haciendo el equipaje. Mitch seguramente tenía razón, pero ya no le importaba.

—¿Qué te ha pasado en el brazo?

Chandler miró la sangre que goteaba del corte y se echó la mochila al hombro.

—Concentración —dijo, dispuesto a marcharse.

—Voy contigo —soltó Mitch, saliendo con facilidad de su saco.

«Como una serpiente», pensó Chandler.

—No va a salir tu nombre en los periódicos por esto, Mitch.

Era su dolor quien hablaba, quien hería a aquellos que querían ayudar. Como había sucedido con esa familia tantos años atrás.

—Ya lo sé. Yo también quiero encontrarlos —dijo Mitch.

Chandler se lo quedó mirando con dureza.

—Me voy.

—Dos minutos.

Chandler no esperó, sino que echó a andar despacio. Quería ver si Mitch le dejaba irse solo. Si era así, es que seguía siendo un desgraciado.

Faltaba casi una hora para que amaneciera. Era difícil orientarse en la oscuridad. Sin embargo, el silencio de primera hora le permitió oír los pasos que le seguían y, finalmente, caminaban a su lado. Chandler miró a Mitch.

No se lo esperaba, pero le alegró verlo a su lado.

Atravesando una ligera pendiente, sus linternas perforaron el color índigo del suelo nocturno.

—Lo siento —dijo Mitch.

—¿Por qué?

—Por disparar a Gabriel... o Davie, o quienquiera que fuese ahora. Por venir aquí y hacerme cargo. Por no contarte lo de Teri. Por perder el contacto. Porque Teri quisiera...

Chandler le interrumpió. El tono contrito de Mitch era demasiado extraño.

—Ya nada de eso me preocupa, Mitch. Es agua pasada.

Continuaron en silencio, anduvieron hasta que la luz del día empezó a asomar lentamente entre los árboles. Luego, una imagen extraña interrumpió el paisaje característico de árboles, rocas y tierra, un color antinatural para el campo. El gris oxidado de un grupo de antiguos cobertizos emergió lentamente de la luz. Eran..., podían ser...

Chandler apretó el paso. Al mirarlas de cerca, luchando por mantener el equilibrio, comprobó que eran chozas forestales, o quizás incluso cobertizos militares abandonados después de unas maniobras hacía muchos años. Allí habrían preparado una guerra, ya fuera real o imaginaria. Eran cuatro cobertizos. Una explosión de esperanza agarrotó su estómago. La misma esperanza que vio reflejada en la cara de Mitch.

—Yo miraré los dos de la izquierda —farfulló Chandler.

Le costaba hablar. De repente, se le había quedado la boca tan seca como el aire que respiraba. Echó a correr.

—Vale, pero ten cuidado —dijo Mitch—. Llevan mucho tiempo ahí. Quién sabe lo que habrá dentro.

Chandler corrió al primer cobertizo. Tenía la chapa desgastada y curvada por el calor del verano. Tocó la puerta esperando que ardiese, pero estaba congelada. Abrió el cerrojo y contuvo el aliento. La puerta se abrió con un crujido profético, las bisagras oxidadas y secas. Hacía tiempo que nadie las usaba. Tiró más fuerte y la abrió del todo. El rayo de su linterna llenó el pequeño espacio. Vio equipo electrónico y maquinaria de los setenta.

Olvidados. Llenos de polvo. Una bandada de diminutos insectos que corrían por el suelo y por encima de las mesas, que huían del depredador que invadía su hogar.

Ni Sarah ni Jasper estaban allí. Sintió el vacío de su desesperación. Raspó el suelo de tierra con sus zapatos.

Pero había otras edificaciones.

—Chandler...

La voz de Mitch sonaba insegura, algo perturbada.

Chandler salió y corrió hacia él. Mitch se había quedado de pie junto a la puerta de otro cobertizo, con la chapa igual de gastada y oxidada, abandonado hacía años.

Mitch temblaba y sollozaba. Tenía la boca abierta, pero de ella no salía palabra alguna.

Lo que había ocurrido estaba más allá de las palabras.

La linterna con la que había alumbrado el interior del cobertizo dio la vuelta e iluminó el rostro de Chandler.

Lo cegó.

Y Chandler fue hacia la luz.

AGRADECIMIENTOS

*A*ntes que nada, quiero dar las gracias a mis padres por inculcarnos los valores de la independencia y la honradez desde muy temprana edad, así como por criarnos en un lugar donde la imaginación y la creatividad fueron esenciales. Doy las gracias a mis hermanos y a sus esposas por apoyarme tanto, por ser tan inteligentes e inspiradores. Gracias a mis buenos amigos Dave, Pete, Simon y Michael por su perspicacia y por las risas. Gracias al resto de mi familia por leer los primeros borradores de esta novela y por darme consejos que me han ayudado mucho (incluso por darme aquellos que no me han ayudado). Y me gustaría dar las gracias especialmente a mi esposa, porque ella es mi compasión, mi inteligencia y mi fortaleza. Le doy las gracias por todas esas noches redactando este libro hasta tarde... Y después llegaban los consiguientes ronquidos (los míos, claro).

Me gustaría dar las gracias a mi agente, Marilia Savvides, en Peters Fraser and Dunlop, por su entusiasmo y su esforzado trabajo siguiendo esta novela desde que era un borrador hasta que acabó siendo un libro. Por subirse a bordo tan rápido y con tanta pasión. También me gustaría darle las gracias a toda la gente que me ha apoyado en PFD: Laura, Kim, Alexandra, Jonathan, Zoe y Rebecca, por su ingente trabajo negociando contratos entre bambalinas y ocupándose de todos esos temas que tienen que ver con los impuestos y demás..., algo que a mí me da auténtico pavor.

En el aspecto de la corrección y la edición, mi más sincera gratitud a todo el mundo en Simon & Schuster UK, por llevar este manuscrito desde el mundo digital hasta el papel. Especialmente, gracias a mi correctora, Anne Perry, que siempre me ofreció soberbias y rápidas sugerencias para cualquier problema. Si algún día quiere dedicarse a algún trabajo de resolución de crisis, seguro que sería estupenda. Gracias también a Kay y su excelente corrección de pruebas, en la que identificó varias cosas que se me habían escapado, a Justine y Rhiannon por su magia creativa, y a Jo por conseguir que el libro llegara a su publicación.

Probablemente me habré dejado a alguien; me disculpo de antemano. Ese error y cualquier otro que pudiera haber cometido en los aspectos objetivos de la novela son culpa mía..., así que esperemos que haya sabido ocultarlos bien. O que haya tenido suerte.

No estoy seguro de cómo acabar esto... Así pues, simplemente, una vez más: ¡gracias a todos!



JAMES DELARGY (Irlanda). Nació y creció en Irlanda, pero vivió en Sudáfrica, Australia y Escocia antes de recalar en un pueblo de Inglaterra, donde ahora vive. 55 es su primera novela, con la que ha conquistado a más de diecinueve editoriales en todo el mundo y a miles de lectores.